traducción de
ROSA CUSMINSKY DE CENDRERO

AMÉRICA LATINA
Introducción al Extremo Occidente

por

ALAIN ROUQUIÉ









siglo veintiuno editores, sa de cv
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
CALLE PLAZA 5, 28043 MADRID, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores

siglo veintiuno editores de colombia, ltda
CARRERA 14 NÚM. 80-44, BOGOTÁ, D.E., COLOMBIA



TRADUCIDO CON LA AYUDA DEL MINISTERIO
FRANCÉS ENCARGADO DE LA CULTURA

edición al cuidado de maría oscos
portada de maría luisa martínez passarge

primera edición en español, 1989
segunda edición en español, 1994

isbn 968-23-1522-0

primera edición en francés, 1987

título original: *amerique latine: introduction à l'extrême occident*

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

Esta obra, elaborada en gran parte en el marco de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas, *alma mater* para mí, si es que hay una, en gran parte es resultado de mis enseñanzas en el Instituto de Estudios Políticos de París. Debe pues mucho a sus estudiantes.

Jamás se habría publicado sin la estimulante confianza de Olivier Bétourné.

Por último, Stéphanie hizo mucho más que soportar mis vagabundeos latinoamericanos, compartir mi nomadismo y disciplinar mi estilo, que ya es mucho.

A.R.

PRÓLOGO

Desde Colón América es el continente de los malentendidos. El almirante buscaba la ruta de las Indias, descubrió a los indios, es decir el Nuevo Mundo. Un mundo que aún sigue siendo nuevo. La permanente aparición de clichés y mitos que suscita, tercermundistas o liberales, lo testifica. Si bien el buen revolucionario sucedió allí al buen salvaje, el capitán de industria héroe del desarrollo sin obstáculos remplaza hoy al pionero o al colonizador. ¿Acaso no decían los portugueses en el siglo XVII que "al sur del ecuador ya no hay pecado"? Quizás esa sea una de las razones del interés por la "otra América". No es la única. No podemos hoy ignorar la importancia de esta clase media de orden planetario. Más de 300 mil millones de dólares de deuda la distinguen de otros continentes en desarrollo a los cuales jamás se les concedió semejante crédito, 390 millones de habitantes, 610 según todas las probabilidades en el año 2000. Otros tantos elementos que no son sólo muestra de exotismo. Para esa fecha las dos ciudades más grandes del planeta serán la ciudad de México y São Paulo. Triste récord, en verdad, el de esas megalópolis congestionadas y monstruosas. Sin embargo el gigante brasileño con sus 130 millones de habitantes, México, potencia petrolera de 80 millones de almas a las puertas de Estados Unidos, una Argentina con un territorio igual al de la India dan razón hoy al profético título del libro que publicaba en 1954 Tibor Mende: *L'Amérique latine entre en scène.* Si a ello se añaden Cuba y Nicaragua podemos suponer que no está por salir de apuros.

Esta América es mucho más todavía. Tiene sentido, si no es que un sentido para nosotros los occidentales. Cierto, la proximidad cultural no es muy popular. Aun cuando ese Extremo Occidente no podría sernos extraño, esa familiaridad es sospechosa. Esas "civilizaciones" demasiado próximas no merecerían ser objeto de curiosidad científica. Ni las religiones, ni los sistemas de parentesco ni las lenguas y las culturas nos alejan de la vieja Europa. Por ello quizá, si bien en

nuestras escuelas es respetable ser sinólogo o islamista del presente, el "americanista" no puede sin perder prestigio más que estudiar los misterios precolombinos o los aborígenes supuestamente carentes de historia. Cuando voces autorizadas hablan de los "pueblos americanos", jamás se trata de los uruguayos o de los costarricenses sino de los apaches, de los onas o de los jíbaros.

Dado que al principio estaba el indio, el sentimiento de familiaridad que despierta esta América más mestiza de lo que confiesa es a la vez significativo e insignificante. Es demasiado fácil dejarse engañar por la apariencia ilusoria de esas civilizaciones deducidas y miméticas. La ausencia de exotismo radical y de incomunicable particularismo no podría ocultarnos el sutil desfase, la esclarecedora disonancia de lo que Lucien Febvre llamaba acertadamente el "laboratorio latinoamericano". Más aún, es una diferencia inteligible la que precisamente nos propone esta América que sólo se revela remitiéndonos a nosotros mismos. "Brasil me hizo inteligente": esa profunda frase de Fernand Braudel al final de su vida no es ninguna ocurrencia. La similitud de las categorías y de los valores, lejos de volver insulsos los procesos sociales o las realidades político-culturales "otras", obliga al observador a una actitud comparativa permanente, factor de rigor y de realismo. ¿Acaso hacer surgir una misma institución en dos tierras diferentes no es resultado del método experimental?

Por ello este libro se presta, creemos nosotros, a dos lecturas. Una informativa, inmediata, utilitaria. La otra más exigente, dirían algunos heurística porque puede, si no aportar su grano de arena al saber acumulativo que constituye la ciencia de las sociedades, por lo menos alimentar una reflexión.

Dado que esta América vale la pena y que desde hace mucho tiempo me pareció bien tomarla ya en serio y respetarla, el lector no debe esperar encontrar aquí un complaciente "libro catástrofe" ni una catártica hagiografía de la miseria. Ni siquiera un ensayo que defienda una tesis sorprendente y unívoca. Por lo demás esta obra tiene más bien algo de manual. Sin embargo aprecio demasiado la modestia intelectual como para pensar que se trata de un estudio de "sociología de América Latina", y menos aún de una tentativa de

"explicación" del subcontinente. Más sencillamente, tras haber recorrido prácticamente todos los países de América Latina, vivido por mucho tiempo en dos o tres y estudiado varios de ellos, sentí la necesidad de hacer un balance de mis investigaciones a menudo expuestas en trabajos especializados, de nuestros conocimientos y a veces de nuestras ignorancias, es decir también de los debates sobre la América Latina contemporánea. Espero que no se considere prematuro haber intentado esta provisional y precaria síntesis tras menos de un cuarto de siglo consagrado a descifrar la "América desafortunada". Quizás era presuntuoso querer abarcar demasiado, yendo de la geografía a las sociedades, de los problemas económicos a las ideologías, de la historia a la diplomacia. No obstante nunca tuve la sensación de haber salido del territorio que es habitualmente el mío, el del politólogo. Esta introducción a América Latina que se aventura a los márgenes de diversas disciplinas es esencialmente política, puesto que se habla de geografía y de economía políticas.

Este libro está escrito como la mayoría de los que le han precedido en una perspectiva comparativa, la única adaptada a las realidades latinoamericanas. Sin embargo, una vez más me he negado a alinear monografías nacionales. Ese procedimiento de presentación repetitivo y cómodo no se ajustaba en absoluto a mi propósito. Por lo demás, si bien a veces gana en información, pierde en comprensión. André Siegfried escribía muy acertadamente a propósito de América Latina: "Los países particulares deben, creo, explicarse en función del continente al que pertenecen; se descubren entonces [. . .] puntos de vista generales que aclaran los puntos de vista particulares. Por tanto cuando se estudia un país conviene saber elevarse al plano continental [. . .].[1]

Por ello el enfoque elegido es transversal; lo cual es tanto como decir que escapa a las generalizaciones superficiales y a las extrapolaciones aproximativas para buscar las diferencias significantes,[2] o las concomitancias explicativas en el

[1] André Siegfried, prefacio a Jacques Lauwe *L'América ibérique*, París, Gallimard, 1938, p. 2.

[2] Véase R.P. Dore, "Latin American and Japan compared", en J.J. Johnson, *Continuity and change in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, 1962, pp. 227-249.

Istmo de América Central

América del Sur

espacio y el tiempo. A menudo me pregunté si no era la última vez que una aprehensión global y comparada del subcontinente se revelaba operatoria. ¿Acaso América Latina, como unidad de destino, no pertenece de ahora en adelante al pasado? La fragmentación del subcontinente y la divergencia de los caminos seguidos por las naciones ¿acaso no ponen fin a innegables paralelismos históricos y a pesadas tendencias continentales? No hallé respuesta a este problema pero tampoco intenté eludirlo. Incluso se halla en el centro de este libro, entre otros que parecerán menos abstractos y mucho más importantes al lector: la independencia, el desarrollo, la democracia. Para éstos, a nadie se le ocurriría dar una respuesta única y global.

Lo que hoy pierde la América llamada latina en unidad, sin duda lo gana en universalidad. Así les pese a los aficionados a la desorientación, son nuestros problemas aumentados, hipertrofiados, dramatizados los que encontramos allí. Por ello, como hace cinco siglos, ese nuevo mundo tiene mucho que enseñarnos. Ojalá este libro aporte su modesta contribución a ese intercambio.

Para facilitar la lectura y la consulta de este libro, reduje al mínimo el aparato crítico. Al final de cada capítulo el lector podrá sacar de las orientaciones bibliográficas sumarias complementos o un contrapunto al contenido de la obra. Voluntariamente elegí los títulos más accesibles, sobre todo de autores franceses. Justa deuda para con mis colegas y maestros y homenaje merecido —sin chovinismo alguno— a una escuela "latinoamericanista" de calidad cuyas obras suscitan el respeto al otro lado del Atlántico.

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ ES AMÉRICA LATINA?

Puede parecer paradójico comenzar a hablar de un "área cultural" mencionando la precariedad de su definición. Por singular que pueda parecer, el concepto mismo de América Latina representa un problema. No es inútil pues intentar precisarlo, recordar su historia y hasta criticar su uso. De empleo corriente hoy en la mayoría de los países del mundo y en la nomenclatura internacional, no tiene todo el privilegio del rigor. Un poco al estilo del más reciente y muy ambiguo "Tercer Mundo", ese término a veces parece ser fuente de confusión más que instrumento de delimitación preciso.

¿Qué se entiende geográficamente por América Latina? ¿El conjunto de los países de América del Sur y América Central? Desde luego, pero según los geógrafos México pertenece a América del Norte. ¿Quizá para simplificar debemos conformarnos con englobar bajo esta denominación a las naciones al sur del río Bravo? Pero entonces habría que admitir que Guyana y Belice donde se habla inglés y el Surinam de habla holandesa forman parte de América "Latina". A primera vista se trata de un concepto cultural. Y nos inclinaríamos a pensar que cubre exclusivamente las naciones de cultura latina de América. Ahora bien, aunque con Quebec, Canadá sea infinitamente más latina que Belice y tanto como Puerto Rico, estado libre asociado de Estados Unidos, nunca nadie ha pensado incluirlo, ni siquiera al nivel de su provincia francohablante, en su subconjunto latinoamericano.

Más allá de estas imprecisiones, podríamos pensar en descubrir una identidad subcontinental fuerte, tejida de diversas solidaridades, ya sea que se refieran a una cultura común o a vínculos de otra naturaleza. Sin embargo la diversidad misma de las naciones latinoamericanas, amenaza con menospreciar esta justificación. La escasa densidad de las relaciones económicas, y hasta culturales, de naciones

que durante más de un siglo de vida independiente se volvieron la espalda mirando deliberadamente hacia Europa o América del Norte, las enormes disparidades entre países —ya sea desde el ángulo del tamaño como del potencial económico o del papel regional— no favorecen una real conciencia unitaria, a pesar de las oleadas de retórica obligada que este tema no deja de provocar.

Por eso uno se interroga sobre la existencia misma de América Latina. De Luis Alberto Sánchez en Perú a Leopoldo Zea en México, los intelectuales se han planteado la cuestión sin dar respuesta definitiva. Lo que está en tela de juicio no es sólo la dimensión unitaria de la denominación y la identidad que encierra frente a la pluralidad de las sociedades de la América llamada latina. En efecto, en ese caso, para poner el acento en la diversidad y evitar cualquier tentación generalizante, bastaría con eludir la cuestión hablando, como por lo demás se ha hecho, de "Américas latinas".[1] Este término tiene la ventaja de reconocer una de las dificultades, pero al precio de acentuar la dimensión cultural. Ahora bien, también plantea un problema.

¿Por qué latina?

¿Qué abarca esta etiqueta ampliamente aceptada hoy? ¿De dónde viene? Las evidencias del sentido común desaparecen pronto en el caso de hechos sociales y culturales. ¿Son latinas esas Américas negras descritas por Roger Bastide? ¿Latinas la sociedad de Guatemala donde el 50% de la población desciende de los mayas y habla lenguas indígenas, y la de las sierras ecuatorianas donde domina el quechua? ¿Latino el Paraguay guaraní, la Patagonia de los agricultores galeses, la Santa Catarina brasileña poblada de alemanes así como el

[1] Desde el famoso número de los *Annales* de 1949 (4), subtitulado "À travers les Amériques latines", este término ha sido muy utilizado por todos aquellos que deseaban poner el acento en las particularidades nacionales huyendo de las generalidades anodinas. Como los *Cahiers des Amériques latines* que publica el Institut des Hauts États de l'Amérique latine de París, o la obra clásica de Marcel Niedergang, *Les vingt Amérique latines* (París, Seuil, 1962). [*Las veinte jóvenes Américas*, Madrid, Rialp.]

sur chileno? En realidad se hace referencia a la cultura de los conquistadores y de los colonizadores españoles y portugueses para designar formaciones sociales de componentes múltiples. Se comprende así a nuestros amigos españoles y muchos otros que hablan más fácilmente de América hispana, y hasta, para no ignorar el componente de habla portuguesa del que es heredero el gigantesco Brasil, de Iberoamérica. En efecto el epíteto latina tiene una historia aun cuando Haití, francohablante en sus élites, puede hoy servir de coartada: aparece en Francia bajo Napoleón III, vinculado al gran designio de "ayudar" a las naciones "latinas" de América a detener la expansión de Estados Unidos. La desafortunada locura mexicana fue la realización concreta de esta idea grandiosa. La latinidad tenía la ventaja, al borrar los vínculos particulares de España con una parte del Nuevo Mundo, de dar a Francia legítimos deberes para con esas "hermanas" americanas católicas y romanas. Esa latinidad fue combatida por Madrid en nombre de la hispanidad y de los derechos de la madre patria, donde el término América Latina sigue sin tener derecho de ciudadanía. Estados Unidos, por su parte, opuso el panamericanismo a esa máquina de guerra europea antes de adoptar esa denominación vertical conforme a sus propósitos y que contribuyó a propagar.

Esa América conquistada por los españoles y los portugueses es bastante latina, al menos hasta 1930, en la formación de sus élites donde la cultura francesa reina exclusivamente. ¿Quiere esto decir que esa América sólo es latina por sus "preponderantes" y sus oligarquías, que la América del primer ocupante y de *los de abajo* que sólo recoge migajas de latinidad y resiste a la cultura del conquistador representa por sí sola la autenticidad del subcontinente? Los intelectuales de la década de los treinta, particularmente en los países andinos, que descubrían al indígena olvidado, desconocido, lo creyeron. Haya de la Torre, poderosa personalidad política peruana, propuso incluso una nueva denominación regional: "Indoamérica". Tendrá menos éxito que el indigenismo literario en el que se inscribe o el partido político de vocación continental al cual Haya dio origen. El indio no tiene mucho éxito en América ante las clases dirigentes. Marginado y excluido de la sociedad nacional, es culturalmente minoritario en todos los grandes estados e incluso en los de viejas

civilizaciones precolombinas y de fuerte presencia indígena. Así, según el último censo (1980), de 66 millones de habitantes sólo había en México 2 millones de no hispanohablantes y menos de 7 millones de mexicanos que conocían una o varias lenguas indígenas. Podemos seguir soñando, con Jacques Soustelle, imaginando un México "que a semejanza del Japón moderno hubiera podido conservar en lo esencial su personalidad autóctona sin dejar de introducirse en el mundo de hoy". No fue así, y ese continente está condenado al mestizaje y a la síntesis cultural.

No obstante, incluso en los países más "blancos" la trama indígena jamás está totalmente ausente y participa claramente en la conformación de la fisonomía nacional. Esa América, según la expresión de Sandino, es "indolatina".

Si bien la definición latina del subcontinente no abarca integral ni adecuadamente realidades multiformes y en evolución, no por ello podemos abandonar una etiqueta evocadora retomada hoy por todos y particularmente por los propios interesados ("nosotros los latinos"). Esos señalamientos tenían por único objetivo subrayar que el concepto América Latina no es ni plenamente cultural ni solamente geográfico. Utilizaremos pues ese término cómodo, pero con conocimiento de causa, es decir sin ignorar sus límites y sus ambigüedades. América Latina existe, pero sólo por oposición y desde fuera. Lo cual significa que los "latinoamericanos" en cuanto categoría no representan ninguna realidad tangible más allá de vagas extrapolaciones o de generalizaciones cobardes. Lo cual significa también que el término posee una dimensión oculta que completa su acepción.

Una América periférica...

A primera vista, nos hallamos frente a una América marcada por la colonización española y portuguesa (y hasta francesa en Haití) que se define por contraste con la América anglosajona. Así pues allí se habla español y portugués en lo esencial, a pesar de florecientes culturas precolombinas y hasta de núcleos inmigratorios recientes más o menos bien asimilados. Sin embargo la ausencia de Canadá (a pesar de Quebec) en ese conjunto y el hecho de que organismos internacionales como el SELA o el BID incluyan entre los estados latinoamericanos a Trinidad y Tobago, las Bahamas y Guyana[2] dan al perfil de la "otra América" una innegable coloración socioeconómica y hasta geopolítica.

Todas esas naciones, cualesquiera que sean su riqueza y su prosperidad, ocupan en efecto el mismo lugar en la discrepancia Norte-Sur. Aparecen en vías de desarrollo o de industrialización y ninguna forma parte del "centro" desarrollado. Dicho de otra manera, esos países se inscriben entre los estados de la "periferia" del mundo industrial. Pero tienen por añadidura varias particularidades comunes.

Todos dependen históricamente del mercado mundial como productores de materias primas y de bienes alimentarios (en ello el estaño de Bolivia no es diferente de la nuez moscada de Granada), pero igualmente del "centro", que determina las fluctuaciones de precios, les proporciona tecnología civil y militar, los capitales y los modelos culturales. Notable particularidad e innegable factor de unidad, todos esos países situados en el "hemisferio occidental" se hallan a diversos niveles en la esfera de influencia inmediata de la primera potencia industrial del mundo que es también la primera nación capitalista. Peligroso privilegio que ninguna otra región del Tercer Mundo comparte. A este respecto, los 3 000 kilómetros de frontera entre México y Estados Unidos constituyen un fenómeno único. La famosa "cortina de tortillas" que fascina a millones de mexicanos candidatos a la inmigración clandestina en el país más rico del planeta, forma una línea de demarcación a la vez cultural y socioeconómica excesivamente cargada de valor simbólico.

Quizá podríamos clasificar entre las naciones latinoamericanas a todos los países del continente americano en vías de desarrollo, independientemente de su lengua y su cultura, tan cierto es que a nadie se le ocurriría incluir en la opulenta América anglosajona a las Antillas anglohablantes o a Guyana. Tan cierto es también que en esa zona la política domina mucho más que la geografía —¿acaso el presidente Reagan no incluyó recientemente, en nombre de los eventuales beneficiarios de su Iniciativa de la Cuenca del Caribe (Carib-

[2] Véase por ejemplo: Banco Interamericano de Desarrollo, *Progrès économique et social en Amérique latine*, Washington (informe anual).

bean Basin Initiative), a El Salvador que sólo tiene fachada marítima en el Pacífico? En todo caso, ¿por qué no seguir a quienes, haciendo a un lado la geografía, proponen llamar "América del Sur" a la parte "pobre" y no desarrollada del continente?

. . .que pertenece culturalmente a Occidente

Con relación al resto del mundo en desarrollo la singularidad del subcontinente "latino" también es flagrante. Forma parte, para emplear la frase de Valéry, de un mundo "deducido": una "invención" de Europa que por la conquista entró a la esfera cultural occidental. Las civilizaciones precolombinas, en crisis para algunos en el momento de la llegada de los españoles, no resistieron en efecto a los invasores que impusieron sus lenguas pero también sus valores y religión. Los propios indígenas y los africanos llevados como esclavos a ese "Nuevo Mundo" adoptaron bajo diversas formas sincréticas la religión cristiana. Brasil es hoy la primera nación católica del mundo. Todo ello da a la región un lugar aparte en el mundo subdesarrollado. Por ello América Latina aparece como el Tercer Mundo de Occidente o el occidente del Tercer Mundo. Lugar ambiguo si así puede decirse en el que el colonizado se identifica con el colonizador.

Así pues, no podría sorprendernos que el conjunto de los países latinoamericanos haya propuesto en la ONU, en 1982, contra el sentir de los países afroasiáticos recién descolonizados, que la organización internacional celebre a Cristóbal Colón y el "descubrimiento" de América. A diferencia de África o Asia, ¿acaso ese continente no es una provincia a veces lejana, cierto, pero siempre reconocible, de nuestra civilización, que ha ahogado, ocultado, absorbido los elementos culturales y étnicos preexistentes?

Ese carácter "europeo" de las sociedades de América Latina tiene consecuencias evidentes sobre el desarrollo socioeconómico de los países involucrados. La continuidad con Occidente facilita los intercambios culturales y técnicos que no tienen ningún obstáculo lingüístico o ideológico. La fluidez de las corrientes migratorias del Viejo Mundo al Nuevo ha multiplicado las transferencias de conocimientos

y capitales. Asimismo las naciones de América Latina aparecen en la estratificación internacional como una especie de "clase media", o sea en una situación intermedia. Entre las naciones en transición sólo una, Haití, pertenece al grupo de los países menos avanzados (PMA), en compañía de numerosos compañeros de infortunio asiáticos y africanos (pero con un ingreso per cápita igual a más del doble del de Chad o Etiopía). La mayoría de los grandes países de América Latina tienen economías semiindustriales (dado que la industria entra en un 20 o 30% en la composición del PNB) y los tres grandes, Brasil, México y Argentina, se sitúan entre los nuevos países industrializados (los NIC de la nomenclatura de la ONU). Los indicadores de modernización colocan a Brasil, México, Chile, Colombia, Cuba y Venezuela por encima de los países africanos y de la mayoría de las naciones de Asia (salvo las ciudades-estados). A este respecto Argentina y Uruguay se hallan entre los países avanzados.

Si más allá de esos grandes rasgos, se buscan los factores de homogeneidad de un conjunto que no es ni Occidente ni el Tercer Mundo, pero que a menudo aparece como síntesis o yuxtaposición de los dos, nos damos cuenta de que casi todos proceden del exterior del subcontinente, sobre todo si volvemos a una acepción restrictiva de América Latina, es decir esencialmente cultural y clásica: las antiguas colonias de España y Portugal en el Nuevo Mundo.

Paralelismo de las evoluciones históricas

Si bien la existencia de *una* América Latina es problemática, si la diversidad de las sociedades y las economías se impone, si la separación de las diferentes naciones es un elemento básico de su funcionamiento, no por ello deja de ser cierto que una relativa unidad de destino, más sufrida que elegida, acerca a las "repúblicas hermanas". Puede leerse en las grandes frases de la historia, y percibirse en la identidad de los problemas y las situaciones a las cuales esas naciones se enfrentan hoy.

Las antiguas colonias de España y Portugal, políticamente independientes (con excepción de Cuba que no se emancipa sino hasta 1898) desde el primer cuarto del siglo XIX, es-

tán más cerca en eso de Estados Unidos que de los países recién descolonizados de África o Asia. Sin embargo, siglo y medio de vida independiente no podría hacer olvidar la profunda influencia de tres siglos de colonización (1530-1820 aproximadamente) que marcaron de manera irreversible las configuraciones sociales y labraron el singular destino de las futuras naciones.

A partir de la independencia, los estados del subcontinente recorren —con diferencias y retrasos en el caso de ciertos países— *grosso modo* trayectorias paralelas en las cuales aparecen períodos claramente discernibles.

Primeramente comienza para los estados recién emancipados lo que el historiador Tulio Halperín Donghi ha llamado la "larga espera", durante la cual la destrucción del Estado colonial no permite aún la instauración de un nuevo orden. Mientras a esas balbucientes naciones les es difícil hallar un papel a su medida, las repúblicas hispanas atraviesan largos períodos de turbulencias anárquicas donde se despliega el desorden depredador de señores de la guerra (los caudillos), y el Brasil independiente parece prolongar sin sobresaltos, bajo la égida de la monarquía unitaria de los Braganza y del emperador Pedro I, el *statu quo* colonial.

Entre 1850 y 1880, con raras excepciones concernientes a algunas pequeñas repúblicas de América Central o del Caribe, las naciones del subcontinente entran en la "edad económica", que algunos han bautizado como "orden neocolonial": las economías latinoamericanas, y por consiguiente las sociedades, se integran al mercado internacional. Producen y exportan materias primas. Importan bienes manufacturados. Mecanismo esencial de la nueva división internacional del trabajo que se efectúa bajo la égida de Gran Bretaña, cada país se especializa en algunos productos, y a veces en uno solo.

Es entre 1880 y 1930 cuando ese nuevo orden alcanza su punto máximo. Los países del subcontinente viven en el apogeo de un crecimiento extravertido que lleva en sí la ilusión de un progreso indefinido en el marco de una dependencia aceptada por sus beneficiarios locales y racionalizada en nombre de la teoría de las ventajas comparativas. La crisis de 1929 pondrá fin a la embriagadora euforia de esta "bella época", de la cual la mayoría de los trabajadores está por

supuesto excluida, al desorganizar las corrientes comerciales. El final del mundo liberal es también el de la hegemonía británica. Estados Unidos, ya dominante en su traspatio caribeño, sustituirá la preponderancia del Reino Unido por la suya y se convertirá en la metrópoli exclusiva de toda la región. Asimismo el período que comienza es determinado por las relaciones de América del Norte con los países de la región o, más precisamente, por los tipos de políticas latinoamericanas que Washington pone en práctica sucesivamente. Sin embargo paralelamente a esta periodización internacional, se inscriben fases económicas muy diferenciadas, sin que por lo demás pueda discernirse un lazo causal evidente.

Esta periodización sólo tiene valor de punto de referencia y su objetivo es subrayar que, más allá de las especificidades nacionales, algunos fenómenos comunes rebasan las fronteras. Las similitudes no se derivan simplemente de la historia, sino que se hallan igualmente en estructuras análogas y problemas idénticos.

	Relaciones con Estados Unidos	*Modelo de desarrollo*
1933-1960	Política de buena vecindad, escasamente intervencionista.	Industrialización autónoma que sustituye importaciones. Producción industrial destinada al mercado nacional y que sobre todo utiliza capitales nacionales.
1960	Crisis de las relaciones interamericanas, en respuesta al desafío castrista; política de contención del comunismo, dado que el activismo de Estados Unidos adopta diversas formas, desde la ayuda económica hasta la intervención militar directa o indirecta.	La sustitución de importaciones entra en crisis. Halla su límite en las capacidades tecnológicas y financieras de los países de la zona para la producción de bienes duraderos o de equipo. Se asiste a la "internacionalización de los mercados nacionales" a través del establecimiento de sucursales de las grandes sociedades multinacionales en la industria.

Semejanzas de las obligaciones y las estructuras

Las similitudes no podrían ser sobrestimadas. Con todo, historias paralelas han forjado realidades que, sin ser semejantes, tienen numerosos puntos comunes que las distinguen, por lo demás, de otras regiones del mundo desarrollado o subdesarrollado. Sólo mencionaremos tres:

1. *La concentración de la propiedad de la tierra.* La distribución desigual de la propiedad territorial es una característica común de los países de la región. Es independiente de la conciencia que de ella tienen los actores y no siempre aparece como una fuente de tensiones sociales o de debate político. No obstante el predominio de la gran propiedad agraria tiene consecuencias evidentes sobre la modernización de la agricultura, así como sobre la creación de un sector industrial eficaz. Afecta directamente la influencia social y por tanto el sistema político. El fenómeno de la gran propiedad va a la par con la proliferación de micropropiedades exiguas y antieconómicas. Si bien esta tendencia se remonta a la época colonial, no ha cesado hasta nuestros días: la conquista patrimonial continuada aparece como un elemento/situación permanente a escala continental a la cual sólo escapan las revoluciones agrarias radicales (Cuba). Algunos indicadores evaluados en cifras permitirán definir las ideas, a pesar del alcance necesariamente limitado de estadísticas que abarca el conjunto subcontinental tomado como un todo indiferenciado: el 1.4% de las propiedades de más de 1 000 hectáreas concentraba hacia 1960 el 65% de la superficie total, mientras el 72.6% de las unidades más pequeñas —de menos de 20 hectáreas— sólo abarcaban el 3.7% de las superficies.[3] Desde la publicación de estos datos es poco probable que se hayan dado cambios que puedan modificar su significado global.

2. La antigüedad de la independencia así como los modelos de desarrollo adoptados han determinado la *singularidad de los procesos de modernización.* Para resumir, a una

[3] Según Jacques Chonchol, "Land tenure and development in Latin America", Claudio Véliz *et al.*, *Obstacles to change in Latin America*, Londres, Oxford University Press, 1965. [*Obstáculos para la transformación de América Latina*, México, FCE, 1969.]

industrialización tardía y escasamente autónoma correspondió una urbanización fuerte, anterior al nacimiento de la industria. El excesivo desarrollo del sector terciario de las economías es el efecto más aparente de una urbanización refugio, vinculada a los factores de expulsión del campo debidos a la concentración territorial.

No es casual que se prevea que de continuar la actual evolución, la ciudad de México y São Paulo serán en el año 2000 las dos ciudades más grandes del mundo, con 31 y 26 millones de habitantes respectivamente.

3. *La amplitud de los contrastes regionales* es también resultado de la urbanización concentrada, de las particularidades de las estructuras agrarias y de la industrialización. Así, dentro de cada país se reproduce el esquema planetario que opone un centro opulento a periferias miserables. Los contrastes internos son más flagrantes que en la mayoría de los países en vías de desarrollo. Al grado de que, tras haber descrito asépticamente estas disparidades bajo la etiqueta de "dualismo social", se ha llegado a hablar de "colonialismo interno". Por su parte, los sociólogos han evocado acertadamente la "simultaneidad de lo no contemporáneo", pero ésta no se limita a la pintoresca evocación de indios en la edad de piedra que viven a dos pasos de laboratorios científicos ultramodernos. En Brasil, el estado de Ceará en el nordeste ocupa el tercer lugar en el mundo, tras dos de los países menos avanzados, por la mortalidad infantil, mientras São Paulo tiene la primera industria farmacéutica del continente, algunos de los hospitales más modernos del mundo y Río goza de una reputación internacional en cuanto a la cirugía estética! Para continuar con Brasil, "tierra de contrastes", si así se le puede llamar, un economista brasileño pudo decir con cierta razón que su país se parecía al Imperio británico en la época de la reina Victoria, si África, India y Gran Bretaña hubieran sido reunidos en un mismo territorio.

Podríamos intentar multiplicar las similitudes y las concomitancias. Los rasgos compartidos no están ausentes. No se limitan, como veremos en los siguientes capítulos, a esas características estructurales. El término América Latina, si se le da un contenido ampliamente extracultural, designa pues una realidad discernible y específica. Sin embargo esta especificidad fuerte, innegable, rebasa las peripecias socioe-

conómicas. Se inscribe en el tiempo y el espacio regionales. Antes de formar parte del Tercer Mundo, esta América es el Nuevo Mundo "descubierto" en el siglo XV y conquistado en el XVI. Posee, según Pierre Chaunu, su tiempo propio, un "tiempo americano" "más denso, más cargado de modificación, por lo tanto que corre más rápido que el nuestro", producto de una "historia acelerada" hecha de una "gigantesca recuperación" que comienza con la prehistoria del continente, tardíamente poblado, probablemente por migraciones. Quizá podría pensarse asimismo en la pluralidad, en la variedad de ese "tiempo americano", y en su estiramiento, es decir en sus virtudes conservadoras. No sólo los indios neolíticos se rozan aquí o allá con las técnicas de punta del último cuarto del siglo XX, sino que las sociedades latinoamericanas aparecen como verdaderos conservatorios de formas sociales superadas en el resto del mundo occidental, incluso como "museos políticos" donde las sustituciones de élites se efectúan por yuxtaposición más que por eliminación. Por lo demás, ¿acaso no es cierto, como señalaba Alfred Métraux, que "las especies animales hoy extintas se han mantenido en América hasta una fecha mucho más reciente que en el Viejo Mundo"?

También se ha podido hablar de una "naturaleza americana", no sólo para subrayar la desmesura de los elementos y el gigantismo del espacio que no deben nada al hombre, sino para señalar la huella singular de éste en el paisaje. La naturaleza ha sido violada y agredida por la depredación y el desperdicio de una "agricultura minera" (René Dumont) que la ha dejado "no salvaje sino disminuida" (Claude Lévi-Strauss) y por tanto poco humanizada, a semejanza de un continente conquistado. Sobra decir cuánto nos equivocaríamos al ignorar los fenómenos transnacionales en el estudio de este conjunto regional.

DIVERSIDAD DE LAS SOCIEDADES, SINGULARIDAD DE LAS NACIONES

Un destino colectivo forjado por evoluciones paralelas, una misma pertenencia cultural a Occidente y una dependencia multiforme en relación con un centro único situado en el mismo continente: los factores de unidad rebasan fortaleciendo la sorprendente continuidad lingüística de la América de habla portuguesa y, *a fortiori*, de la América española; al llegar de nuestra Europa exigua y fraccionada siempre nos sorprende hallar la misma lengua y a veces la misma atmósfera de una capital a otra separada por cerca de 8 000 kilómetros y nueve horas de avión. Sin embargo a esta homogeneidad responde una no menos grande heterogeneidad de naciones contiguas. Las disparidades entre países saltan a la vista. Su tamaño ante todo. Es evidente que Brasil, quinto Estado del mundo por su superficie, gigante de 8.5 millones de km², es decir igual a 15 veces Francia y 97 veces Portugal, su madre patria, no puede ni medirse ni confundirse con el "pulgarcito" del istmo centroamericano, El Salvador, más pequeño que Bélgica, con sus 21 000 km². Haciendo a un lado la variable lingüística que diferencia a Brasil de todos sus vecinos, podemos retener cierta cantidad de criterios sencillos que dan cuenta de la diversidad de los estados y las sociedades. En el caso de los primeros, la geopolítica domina, y sobre todo la situación en relación con el centro hegemónico norteamericano; en el de las segundas conviene tomar en cuenta los componentes etnoculturales de la población, y los niveles de evolución social, a fin de poner un poco de orden en el mosaico continental.

. . ."*Tan cerca de Estados Unidos*": *potencias emergentes y "repúblicas bananeras"*

Conocemos la triste reflexión del presidente Porfirio Díaz (1876-1911) sobre México: "[. . .] Tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos." Sin duda sabía de qué hablaba, dado que la república imperial había amputado a su país la mitad de su territorio en 1848 durante la guerra que siguió a la anexión de Texas por Estados Unidos. Los actuales estados norteamericanos de California, Arizona, Nuevo México y, además de Texas, una parte de Utah, Colorado, Oklahoma y Kansas (o sea unos 2.2 millones de km²) pertenecían a México antes del tratado de Guadalupe Hidalgo.

La dominación de Estados Unidos es hoy particularmente notoria en este "Mediterráneo americano" que forman, entre el istmo centroamericano y el arco de las Antillas, el golfo de México y el mar Caribe. Ese *mare nostrum* es considerado por Washington como la frontera sur estratégica de Estados Unidos: supuestamente todo lo que afecta a esta zona afecta directamente la seguridad del país "líder del mundo libre". El control de los estrechos[4] y del canal interoceánico, así como de los posibles trazados de nuevos pasos del Atlántico al Pacífico, es considerado vital para Estados Unidos: la comunicación marítima entre las costas este y oeste transforma, es cierto, el canal de Panamá en una vía de agua doméstica, mientras las líneas de comunicación con los aliados europeos serían puestas en peligro, según se dice, por una presencia hostil en el conjunto de las Grandes Antillas. Sea lo que fuere, los estados ribereños insulares o continentales están en libertad vigilada. La soberanía de las naciones bañadas por el "lago americano" está limitada por los intereses nacionales de la metrópoli septentrional. Desde Theodore Roosevelt, que no se conformó con "tomar Panamá", donde Estados Unidos impuso en 1903 el enclave colonial del canal, éste se ha arrogado un poder de policía internacional en la zona, ya sea controlando directamente las finanzas de estados en apuros, o haciendo desembarcar a los *marines* para poner fin al "relajamiento general de los lazos de la sociedad civilizada" en los países vecinos meridionales. Por ello Nicaragua fue ocupada militarmente de 1912 a 1925, y luego nuevamente de 1926 a 1933, Haití de 1915 a 1934, la República Dominicana de 1916 a 1924. Finalmente, Cuba sólo se liberó del yugo español en 1898 para convertirse en semiprotectorado, dado que la enmienda Platt de 1901 impuesta por los vencedores de la guerra hispanoamericana preveía un derecho de intervención permanente de Estados Unidos en la isla cada vez que el gobierno no pareciera capaz de "garantizar el respeto a las vidas, los bienes y las libertades". Esta cláusula incorporada a la Constitución cubana presidió de hecho las relaciones desiguales entre ambos países hasta 1959.

[4] Esos estrechos que separan a Cuba de México, a Haití de Cuba y a la República Dominicana de Puerto Rico son de oeste a este: el canal de Yucatán, el Windward Passage o Canal del Viento y el Canal de la Mona. Esta preocupación parece explicar el que Puerto Rico se haya convertido en posesión estadunidense y que Estados Unidos siga ocupando la base de Guantánamo en Cuba.

Esta puntillosa hegemonía no cambió ni sus métodos ni sus objetivos a la hora de los misiles intercontinentales. Las tropas estadunidenses intervinieron en la República Dominicana en 1965 para evitar una "nueva Cuba", y en octubre de 1983 en la pequeña isla de Granada para echar a un gobierno de tipo castrista. La ayuda poco discreta de Washington a las guerrillas contrarrevolucionarias de Nicaragua hostiles al poder sandinista obedece a las mismas preocupaciones si no es que a los mismos reflejos. Más generalmente, la exasperación neocolonial estadunidense ha conducido a Estados Unidos a apoyar en la zona a cualquier régimen con tal de que fuera claramente proestadunidense y a derrocar, o por lo menos a desestabilizar, a cualquier gobierno que intentaba sacudirse la tutela del hermano mayor, o afectaba sus intereses privados y más generalmente el modo de producción capitalista.

Además de su situación geoestratégica, los estados de la zona de influencia norteamericana, con excepción de México, son pequeños, de población reducida (el peligroso Nicaragua tiene menos de 3 millones de habitantes, ¡o sea aproximadamente el número de inmigrantes hispanos de Los Ángeles!), cuando no se trata de microestados como los que componen el polvo insular de las pequeñas Antillas: ¡es comprensible que Granada "la roja" y sus 120 000 habitantes no podían oponer mucha resistencia militar al cuerpo expedicionario de la primera potencia mundial! Es evidente que las posibilidades económicas de esos estados entre los cuales se hallan los más pobres y atrasados del subcontinente, no compensan ni su exigüidad ni su infortunio geopolítico. A causa de la importancia histórica de la monoexportación agrícola, algunas de esas repúblicas tropicales han recibido el sobrenombre despreciativo y cada vez menos exacto de *repúblicas bananeras*: dado que las grandes sociedades fruteras norteamericanas, la United Fruit, sus competidoras o sus filiales, ejercieron allí durante mucho tiempo un poder casi absoluto. Todo lo contrario ocurre con los estados más alejados de América del Sur.

Los estados de la América meridional, con excepción de aquellos que, en la fachada caribeña son producto de una descolonización reciente (Guyana, Surinam) y que podríamos asimilar a las naciones del "Mediterráneo americano", son a la vez que lejanos de Estados Unidos, más grandes y más ricos: los dos más extensos de la región, Brasil y Argentina, son también los dos países más industrializados del subcontinente. Su voz cuenta, su autonomía política es antigua. Por lo demás, las naciones de América del Sur jamás han padecido alguna intervención militar directa de Estados Unidos, quien para con ellos utiliza estrategias más sutiles o por lo menos más indirectas. Pero también la fascinación del *American way of life* se da en menor medida, y vigorosas culturas nacionales, además de la influencia preservada de Europa, hacen fracasar allí una "cocacolonización" a la cual raros países escapan más al norte en esta América intermedia donde Washington dicta la ley.

De esta "clase media" a la cual pertenece igualmente México —que a pesar de Porfirio Díaz y la fatalidad geográfica, cuenta con la fuerza de sus 2 millones de km², sus aproximadamente 80 millones de habitantes y su personalidad cultural y política— se desprenden estados capaces de individualizarse en la escena internacional y cuyo perfil propio se destaca claramente sobre un conjunto latinoamericano condenado todavía ayer a la imitación y aún hoy en mucho al anonimato bajo una tutela paternal y condescendiente. Así vemos surgir potencias medias que a veces aspiran a desempeñar un papel regional y hasta extracontinental. Sin embargo ningún determinismo da cuenta directamente de ese vigoroso avance. La presencia de un recurso valorizado en el mercado mundial o una coyuntura favorable pueden elevar a un país modesto a la categoría de los "grandes" del subcontinente: recientemente ése fue el caso de Venezuela, promovida por el *boom* petrolero. La ruptura con la metrópoli, una inversión de alianza o de sujeción pudieron dar a un pequeño país una situación sin relación con su importancia específica: fue el caso de la Cuba castrista, a partir de 1960, y la Nicaragua sandinista parece querer seguir hoy, en un registro menor, el peligroso camino tomado por su hermana mayor.

Si bien la clasificación de los estados está sujeta a las modificaciones de la historia, la de las sociedades es más estable y quizá más significativa para nuestro propósito.

Clima, población y sociedades

No es fácil dividir subconjuntos regionales que tengan alguna coherencia en el continente, dado que la historia a menudo contradice la geografía. Así, Panamá, ex provincia colombiana, al igual que México no forma parte de América Central, que se reduce a los cinco estados federados duranta la independencia en el territorio de la capitanía general de Guatemala. Lo cual no impide que entre América del Sur y Estados Unidos exista por imposible que parezca una "América media", zona de transición y de un establecimiento humano antiguo, lugar de brillantes civilizaciones precolombinas en tierras de un volcanismo que no ha dicho su última palabra, y que desde todos los puntos de vista posee una personalidad propia. En América del Sur generalmente se distingue una *América templada* que ocupa el "cono sur" del continente y que comprende a Argentina, Uruguay y Chile, que por su clima, sus cultivos y su población es la parte más cercana al Viejo Mundo, y una *América tropical*, en donde generalmente se clasifica a los países andinos, Paraguay y Brasil. Por lo demás este último difícilmente se deja etiquetar. País continente que tiene fronteras con todas las naciones sudamericanas, excepto Ecuador y Chile, comprende en efecto un sur templado, poblado de europeos que se dedican a cultivos mediterráneos. Sin embargo Chile, país andino si lo es, parece más templado que tropical; en cuanto a Bolivia, andina ciertamente, también es parcialmente tropical, pero vinculada históricamente a la América templada, mientras que Colombia y Venezuela son a diferentes grados a la vez andinos y caribeños. Puede verse la dificultad de establecer esas clasificaciones.

Podemos pensar que la población es un indicador mejor y más manejable para una tipología rigurosa. Es cierto que se encuentra cierta correspondencia entre climas y poblaciones, en conexión sobre todo con los tipos de culturas históricamente privilegiadas. En efecto la distribución regional de los tres componentes de la población americana —el sus-

trato amerindio, los descendientes de la mano de obra esclava africana, y la inmigración europea del siglo XIX— dibuja zonas de dominante identificable. Decimos dominante, pues las naciones mestizas son las más numerosas y, a menudo, en sociedades de población compleja, se yuxtaponen espacios étnicamente homogéneos. Así, en Colombia, los resguardos indígenas de las "tierras frías" de altura a menudo están en contacto con los valles "negros" de las "tierras calientes". Groseramente, podemos sin embargo distinguir: una zona de densa población india que abarca la América media y el noroeste de América del Sur, donde florecieron las grandes civilizaciones; de las Américas negras al noreste en el perímetro caribeño, Antillas y Brasil, ligadas a la gran especulación azucarera de la época colonial sobre todo; y finalmente un sur, pero sobre todo un sureste "blanco", tierra templada que recibió a la mano de obra libre europea, que se diseminó allí a partir del último cuarto del siglo XIX.

Utilizando las mismas variables, el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro ha propuesto una tipología que no carece de atractivo aun cuando podamos juzgarla ideológicamente artificiosa. Distingue tres categorías de sociedades: los pueblos testigos, los pueblos trasplantados y los pueblos nuevos. Los *pueblos testigos*, en sus variedades mesoamericana o andina, son los descendientes de las grandes civilizaciones azteca, maya e inca. Corresponden pues a esos países donde la proporción de indígenas es relativamente elevada, lo cual significa entre otras cosas que una importante fracción de la población habla otra lengua vernácula y que en las comunidades autóctonas ha hecho poca mella la civilización europea. Así ocurre en el caso de la América media, Guatemala con cerca de 50% de indígenas, pero también Nicaragua o El Salvador que sólo cuenta con el 20%, muy aculturados, u Honduras con menos del 10% (cifras que deben manejarse con todas las reservas que merece la definición de indígena en ese continente). México igualmente con apenas el 15% de ciudadanos que hablan una lengua india pero que tiene concentraciones muy grandes en algunos estados del sur (Oaxaca, Chiapas, Yucatán), y reivindica el pasado de los "vencidos" en su ideología nacional. En la zona incaica, los indígenas que hablan quechua y aymará constituyen hasta el 50% de la población de Perú, de Bolivia y de Ecuador, también allí con grandes concentraciones en las zonas rurales montañosas.

Los *pueblos trasplantados* forman la América blanca: simétricos de los angloamericanos del norte, son los rioplatenses de Uruguay y Argentina. En esas tierras de población reciente donde indígenas nómadas de escaso nivel cultural fueron despiadadamente eliminados antes de la oleada inmigratoria, nació una especie de Europa austral. Sin embargo esos espacios aparentemente abiertos, al igual que Nueva Zelanda, Australia o Estados Unidos, presentan características sociales diferentes, lo cual explica su evolución posterior. Su singularidad es fuerte. Los argentinos se enorgullecían a principios de siglo de ser el "único país blanco al sur de Canadá". Y esas prolongaciones del Viejo Mundo que por mucho tiempo ignoraron el continente no se sentían muy "sudamericanas" que digamos sino hasta fechas recientes.

Finalmente los *pueblos nuevos*, entre los cuales Darcy Ribeiro coloca a Brasil, Colombia y Venezuela, así como a Chile y las Antillas, son producto del mestizaje biológico y cultural. Para él, allí está la verdadera América, aquella donde, en el crisol racial de dimensiones planetarias, se forja la "raza cósmica" del futuro cantado por José Vasconcelos. Esa clasificación, incluso así jerarquizada, posee cierta lógica y contribuye a dar una apreciación global más clara de la rosa de los vientos latinoamericana.

Sin querer multiplicar las clasificaciones, no es inútil introducir una última, basada en la homogeneidad cultural y la importancia del sector tradicional de la sociedad. Estas tipologías son tan arbitrarias como los criterios elegidos para construirlas, pero indudablemente son indispensables para aportar los matices necesarios para un estudio transversal de los fenómenos sociales continentales.

Si se toma como indicador la más o menos grande homogeneidad cultural, estimándosela en función del grado de integración social y de la existencia de una o varias culturas en el seno de la sociedad nacional, es posible discernir tres grupos:[5]

[5] Según Gino Germani, "América Latina y el Tercer Mundo", en *Aportes*, núm. 10, París, octubre de 1968.

—*Homogéneos*: Argentina, Chile, Uruguay; en un menor grado Haití, El Salvador y Venezuela.

—*Heterogéneos*: Guatemala, Ecuador, Bolivia, Perú.

—*En vías de homogeneización*: Brasil, México, Colombia.

Los criterios de semejante clasificación pueden ser considerados eminentemente subjetivos. El grado de tradicionalismo puede medirse mejor pues las más de las veces coincide con la importancia del sector agrario y del analfabetismo. Bajo este ángulo estarían los países más *tradicionales* como: Haití, Honduras, Paraguay, El Salvador, Guatemala y Bolivia, mientras serían *modernas* las sociedades de Argentina, Chile, Uruguay, Colombia y Venezuela o Cuba.

La multiplicación de las tipologías permite circunscribir cierta cantidad de países en los dos extremos de la cadena; da una idea aproximativa, grosera, es verdad, pero útil, de las diferencias y, por consiguiente, del abanico de realidades sociales heterogéneas que se ocultan bajo la etiqueta abarcatodo de América Latina, sin por ello ceder a los espejismos del particularismo nacional y de la singularidad histórica. Dos dimensiones capitales que sin embargo no proporcionan las claves que buscamos, ya que éstas sólo pueden provenir de un incesante vaivén entre los múltiples niveles de una aprehensión global de las similitudes y las diferencias, de lo continental a lo local pasando por la nación y la región.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Bastide, Roger, *Les Amériques noires. La civilisation africaine dans le Nouveau Monde*, París, Payot, 1967.

Beyhaut, Gustavo, *Raíces contemporáneas de América Latina*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

Chaunu, Pierre, *L'Amérique et les Amériques*, París, Colin, 1964.

Chevalier, François, *América Latina: de la independencia a nuestros días*, Barcelona, Labor.

Germani, Gino, "América Latina y el Tercer Mundo", en *Aportes*, núm. 10, París, octubre 1968.

Halperín Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1969.

Lévi-Strauss, Claude, *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba.

Manigat, Leslie, *Évolutions et révolutions: l'Amérique latine au

XXe. siècle (1889-1939)*, París, Richelieu, 1973.

Martinière, Guy, *Les Amériques latines. Une histoire économique*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1978.

Métraux, Alfred, *Les indiens de l'Amérique du sud*, París, A.-M. Métailié, 1982.

Ribeiro, Darcy, *Las Américas y la civilización*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969, 3 vols.

Romano, Ruggiero, *Los conquistadores*, Buenos Aires, Abril.

Soustelle, Jacques, *Los cuatro soles: origen y ocaso de las culturas*, Madrid, Guadarrama.

Tapié, V.L., *Histoire de l'Amérique latine au XIXe. siècle*, París, Aubier, 1945.

PRIMERA PARTE

CARACTERES GENERALES DE LOS ESTADOS LATINOAMERICANOS

1. LOS MARCOS GEOGRÁFICOS Y EL ESTABLECIMIENTO HUMANO

Estaríamos condenados a no entender nada de América Latina si no la abordáramos a partir de los medios naturales a los cuales el hombre ha tenido que adaptarse antes de transformarlos e imponerles su huella. El conocimiento de los cimientos físicos de las economías es igualmente indispensable para la comprensión de las configuraciones sociales. La política de los estados, si bien está "inscrita en su geografía" según la frase napoleónica, ¿no lo está aún más en el caso de "naciones dependientes", es decir a la vez extravertidas y sometidas a la vecindad tutelar de un "supergrande"? Nos parecen pues indispensables algunas reflexiones sobre los rasgos dominantes que estructuran el conjunto continental para captar la lógica de las diferenciaciones regionales, mientras la mención de las grandes unidades estructurales nos permitirá situar mejor los tipos de medios geográficos que han condicionado la ocupación del espacio. Es evidente que este enfoque geográfico es estrictamente utilitario y está subordinado a la problemática sociopolítica que es la única que nos interesa aquí.

Algunos rasgos dominantes

Si hubiera que caracterizar por la sola lectura de un mapa este conjunto subcontinental que se extiende del grado 32 de latitud norte al grado 55 de latitud sur, no dejaríamos de señalar que esta América más austral que boreal está colocada bajo el signo del Ecuador y de los trópicos, y estructurada de acuerdo a un eje norte-sur extremadamente acusado.

La meridianidad del Nuevo Mundo

El conjunto del continente está dispuesto según el eje de los

meridianos. Las líneas de fuerza tienen una disposición norte-sur particularmente evidente en lo que llamamos América Latina a causa justamente del aspecto triangular e ístmico de su trazado, que contrasta con el carácter voluminoso y continental de América del Norte más allá del Río Bravo. Los grandes accidentes, las cadenas montañosas, están orientados en esa dirección. De norte a sur, la espina dorsal del continente está constituida por una enorme muralla que costea o domina el Pacífico, del estrecho de Magallanes a México donde se prolonga en las sierras Madres antes de unirse a las Rocallosas en América del Norte. A André Siegfried le gustaba subrayar la "unidad territorial del continente americano, al norte y al sur desde el punto de vista geográfico", que los avatares de la historia y las divisiones políticas tienden a anular: la correspondencia de los Andes y las Rocallosas era para él la mejor prueba de esta semejanza.[1]

Ese eje norte-sur no es igualmente notable en todos los estados: así la masa horizontal de Brasil lo ignora mientras vuelven a salir con sorprendente claridad de la "loca geografía"[2] de Chile, estrecha franja de tierra de más de 4 000 km de largo encerrada entre la barrera andina y el océano, y cuyo ancho en ciertos puntos de su territorio no rebasa los 100 km. Sin embargo esta estructuración meridiana afecta la distribución de las regiones naturales, y sin duda ha ejercido gran influencia hasta en la evolución política del continente.

A causa de esta disposición axial, las diferencias de medio, de clima así como de paisaje o de población son menos acusadas entre el norte y el sur que entre el este y el oeste. Los contrastes más notables provienen de las influencias rivales de las vertientes pacífica y atlántica. A menudo, hay regiones naturales que parecen muy similares en millares de kilómetros de norte a sur, mientras un pasito de lado de este a oeste basta para cambiar la escenografía, dado que la altitud y el escalonamiento vertical favorecen particularmente

[1] André Siegfried, *Le Canada, puissance internationale*, París, Colin, 1956, p. 8.

[2] Según el título del libro de Benjamin Subercasseaux, *Chile, una loca geografía*, Santiago de Chile, Ercilla, 1940.

continuidad y diversidad. Los países andinos ofrecen algunas ilustraciones sorprendentes de esta particularidad. Bogotá, capital de Colombia, está situada a sólo un centenar de kilómetros por carretera del valle del Magdalena al oeste. El cambio es tan breve como impresionante: se abandonan los paisajes de mesetas húmedas y brumosas de abundantes pastos casi normandos de la sabana por la luminosidad tropical de una tierra de caña de azúcar risueña y florida. En las altas tierras del Cundinamarca alrededor de Bogotá (2000 m de altitud aproximadamente) vive una población abrigada y taciturna de fuerte componente indio; en el valle (altitud de 230 m) se descubre la exuberancia y el hábitat africanos de una población mayoritariamente negra. La misma experiencia se tiene en Ecuador. De la alta cuenca de Ibarra en el norte a la hoya de Loja en el sur, se desprende una serie de altas depresiones coronadas por imponentes volcanes nevados de más de 5 000 m donde se cultiva trigo y maíz. Sin embargo a 100 km de la sierra, a veces menos, al oeste, la costa extiende bajo un clima tropical sus plantaciones de cacao y plátano.

Este "alargamiento" ha sido señalado por algunos historiadores como una de las causas de la separación, del aislamiento de las naciones americanas. Supuestamente acentuó sus vínculos con Europa. Se sabe que por mucho tiempo los países latinoamericanos se comunicaron entre sí a través del Viejo Mundo. Pierre Chaunu considera así que esta característica física ha contribuido a la "vocación atlántica" de las naciones del continente y a su "dificultad para realizarse como un todo".

Américas tropicales y ecuatoriales: el "desafío geográfico"

Veamos el mapa. El ecuador pasa a algunos kilómetros al norte de Quito, capital del país que lleva su nombre, y sobre la desembocadura del Amazonas, no lejos de Belem, en el estado de Pará en Brasil. El trópico de Capricornio atraviesa los suburbios norte del gran São Paulo, primera región industrial del subcontinente, y sobrevuela Chile al norte de Antofagasta, quinta ciudad del país y centro de la gran acti-

vidad minera. En cuanto al trópico de Cáncer, sobrevuela el golfo de México a la altura de La Habana y al mismo México prácticamente a la mitad, a medio camino de Monterrey, gran metrópoli industrial, y de Tampico, uno de los principales puertos del Atlántico. La mayoría del territorio de América Latina está pues encerrada entre los trópicos. Esta predominancia de las latitudes intertropicales tiene importantes consecuencias climáticas e influye en las formas que adopta el establecimiento humano.

El geógrafo Pierre Monbeig escribió, un poco por afición a la paradoja, que Brasil era un "continente tropical de población blanca". Bajo esta semiocurrencia se oculta una profunda verdad: el desafío de la adaptación de la civilización europea a un medio si no poco propicio por lo menos muy distinto. Los climas tropicales se caracterizan en efecto por temperaturas medias relativamente elevadas (de 20 a 28°, según la latitud y sobre todo la altitud), y escasas oscilaciones térmicas anuales (5 a 6° en el centro-sur de Brasil o en la meseta mexicana). La ausencia o la atenuación de las estaciones térmicas es una de las características de esos climas. Los contrastes entre estaciones son principalmente pluviométricos, ya que una temporada de lluvias más o menos bien delimitada sucede a una temporada seca en casi la totalidad del subcontinente. Sólo el extremo sur argentino y chileno padece inviernos rigurosos que se dejan sentir claramente en Buenos Aires y Santiago, pudiendo remontarse la influencia patagoniana hasta Río de Janeiro. Los climas ecuatoriales son más hostiles todavía al establecimiento humano. En efecto, la franja constantemente caliente y húmeda que va del Pacífico en Belem pasando por Manaos, capital de la Amazonia brasileña, presenta elevadas temperaturas anuales (28°) y oscilaciones térmicas prácticamente inexistentes (de 1 a 2°), dado que las lluvias abundantes se reparten a lo largo del año.

Asimismo los primeros habitantes al igual que los colonizadores europeos buscaron tierras templadas de clima más hospitalario para el hombre. Huyendo de las tierras bajas y malsanas de las llanuras y de las costas donde por mucho tiempo reinaron las fiebres, los establecimientos humanos se asentaron en las montañas tropicales y sobre todo en los altiplanos que la ausencia de nieve perenne por encima de

5 000 m hace habitables. La existencia de importantes concentraciones humanas a altitudes impensables bajo las latitudes europeas es uno de los rasgos propios de esta América. Los dos grandes imperios, inca y azteca, establecieron su centro en el altiplano andino en el primer caso y en el altiplano central mexicano en el segundo. La capital del Tahuantinsuyo —el imperio inca que se extendía a lo largo del Pacífico, del río Maule en el actual Chile a la frontera colombiana— era Cuzco, ciudad de Perú situada a 3 650 m de altura. Todavía hoy es la principal ciudad de los Andes peruanos. Y la puna alrededor del lago Titicaca, en la frontera de Bolivia y Perú, tiene a 3 800 m de altura, a pesar de un clima bastante riguroso, muy fuertes densidades de población. Nuevamente en Perú, alrededor de las minas de Cerro de Pasco, a 4 300 m nació una pequeña ciudad que cuenta con unos 30 000 habitantes, mientras más del 50% de la población peruana vivía aún en 1961 en los altos valles andinos. Sin embargo, lo que sin duda sorprende más al europeo, es la existencia de grandes ciudades modernas de varios cientos de miles, y hasta de varios millones de habitantes, dotadas de actividades industriales, a alturas muy superiores a la del pueblo más alto de Europa —encantadora curiosidad de 300 habitantes situada a 2 000 m en los Alpes franceses del sur. Varias capitales se encuentran en ese caso. México se estableció en un valle a 2 240 m de altura, rebasado por Bogotá y sus 2 640 m y Quito a 2 900 m al pie del volcán Pichincha. La capital de Bolivia, La Paz, a 3 400 m es la más alta del mundo; encajonada en una garganta, parece sin embargo aplastada por el altiplano que la domina. Esta singularidad sólo tiene desventajas para las comunicaciones comerciales y políticas, para no hablar de los problemas que plantea la adaptación a la altitud no sólo del organismo humano sino también de la civilización industrial.

Las grandes unidades estructurales

Condicionan la fisonomía de los diferentes medios naturales y el perfil geográfico y territorial de los estados. A causa de la complejidad de la América media y sus particularidades, la estudiaremos aparte tras haber examinado las grandes ar-

ticulaciones de la América meridional, de Panamá a la Tierra del Fuego.

América del Sur

Podemos distinguir tres grandes series de elementos morfológicos que se leen muy claramente en un mapa:

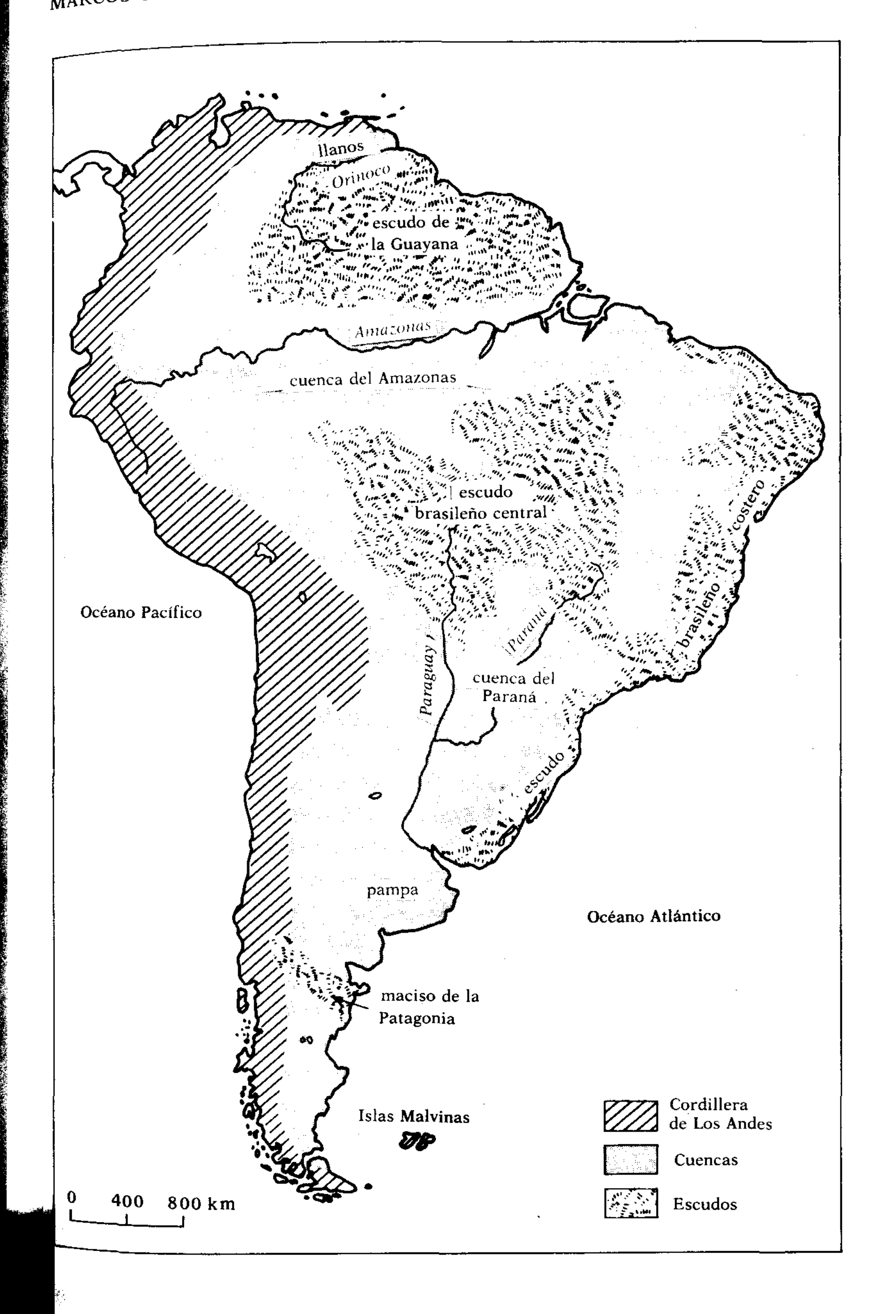
1. En el este, una base primaria, un zócalo de tierras arcaicas, y sobre todo de rocas cristalinas, que comprende la vasta planicie brasileña, que algunos geógrafos han bautizado como "escudo" a causa de su forma y, al norte de éste, separado por la zanja del Amazonas, el "escudo" guayanés, oval, formado por el Amazonas y el Orinoco. Al final, como resultado de las mismas formaciones, hallamos también, al sur del río Colorado, la meseta de la Patagonia.

2. La cadena de los Andes se yergue a lo largo del Pacífico sobre más de 7 000 km, no dejando subsistir entre ella y el océano sino estrechas llanuras costeras. La cordillera se compone de varios ramales que las más de las veces circundan a altiplanos y valles de altura. Comprende numerosas cumbres de más de 6 000 metros.

3. Entre los dos se extienden las grandes llanuras, tierras bajas en las que depositan aluviones los tres grandes sistemas fluviales: el Amazonas, el Orinoco y la red del Paraná al sur.

Como se ve, se trata de grandes conjuntos relativamente sencillos. Sólo es en función de los medios naturales y del hábitat que proporcionan al hombre que nos interesan aquí.

a] *El zócalo de rocas arcaicas.* El escudo brasileño es su formación más extensa. Esta amplia mesa de rocas antiguas de 4 000 km del nordeste al suroeste se alza al este y se inclina lentamente al oeste hacia las llanuras centrales del continente. Coronada por paisajes poco diferenciados, la uniformidad y la monotonía que origina son sin duda uno de sus rasgos característicos. Sin embargo, en este conjunto de mediocre altura (el 40% de los suelos se sitúa por debajo de los 200 m y menos del 5% se eleva por encima de 900 m), la extremidad sureste de la meseta se eleva en escarpaduras muy marcadas ya que el punto culminante es el pico de Bandeira, en el Espíritu Santo, al norte del estado de Río, que



alcanza 2 884 m. Esas alineaciones de tierras altas bautizadas como *serras*, pero que carecen del esbelto perfil de las sierras de los países hispanos, siguen la dirección de las costas y cambian pues de orientación alrededor del paralelo 20: al norte corren en el sentido norte-sur, al sur se desvían a lo largo de un eje sur-oeste/norte-este. Esas *serras* bordean al norte el río San Francisco, que fue la gran vía de paso de la época colonial entre el nordeste azucarero y la región minera de Minas Gerais. Al sur, enmarcan otra vía de penetración capital para la evolución de Brasil, el río Paraíba, entre Río y São Paulo. La serra do Mar domina abruptamente el Atlántico mientras que la serra da Mantiqueira se extiende al norte de Paraíba.

El macizo de Guayana abarca 1 000 km de este a oeste al norte del Amazonas en los territorios de Venezuela, Brasil y de las tres Guayanas. Está dividido en dos por la depresión del río Branco, y seccionado por poderosos ríos como el Essequibo, el Corantín, el Maroni y el Oyapoc. Es elevado al sur y sureste por montes cuyas crestas culminan a 2 800 m en el Roraima en la serra Pacaraima, el punto más septentrional de Brasil.

La Patagonia, entre el estrecho de Magallanes y el grado 40 de latitud sur aproximadamente (a la altura del río Colorado), es una extensa meseta de erosión caracterizada por glaciaciones recientes, inclinada de oeste a este. Bordeada por acantilados altos e inhóspitos en el Atlántico, este conjunto de poca altura (400-1 000 m) es barrido por un viento del oeste frío y muy violento, que tuerce los árboles y da a esas tierras una atmósfera de *finis terrae* que no atrae el establecimiento humano.

b] *Las grandes llanuras.* Comprenden tres grandes conjuntos ligados al sistema hidrográfico.

1. En el norte, los llanos, llanuras del Orinoco parcialmente inundadas, formadas por los aluviones de los numerosos afluentes del río que descienden de los Andes, se extienden en Colombia y Venezuela. Son sabanas, con grupos de árboles aquí y allá y corredores de selvas-galerías a lo largo de las riberas fluviales.

2. La Amazonia es una inmensa llanura en forma de abanico o de embudo ancho de boca hacia los Andes, drenada

por el río más grande del mundo, de 6 420 km de largo, el cual recibe decenas de afluentes que descienden del parteaguas andino y cuya fuente brota de Venezuela a Bolivia, en todos los estados andinos limítrofes de Brasil. Dotado de una considerable fuerza de aluvión, el Amazonas ha formado en su inmenso delta la gran isla de Marajó. La Amazonia está constituida por una llanura aluvial inundable (*várzea*), que puede alcanzar hasta 80 km de ancho, y por terrazas de arena y grava. Esos dos tipos de terreno, cuyas particularidades parecen ocultas por el manto forestal del "infierno verde", dan origen a dos variedades distintas de selva ecuatorial: una exuberante selva de tierra firme, difícil de penetrar, y una selva inundada de árboles más pequeños, menos densa, de especies utilizables para la recolección (palmeras, jebes), accesible al hombre por la red de brazos de agua que prolonga el río (*igapos*).

3. El sistema Paraná-Paraguay. Comprende dos formaciones muy distintas tanto por su paisaje como por su riqueza potencial. En el norte, el Chaco se extiende en torno al eje del Pilcomayo en los territorios de Bolivia, Paraguay y el norte argentino, formando una extensa llanura arenosa, mal drenada, interrumpida por depósitos salinos y cubierta por una selva escasa y rala en el oeste, rica en maderas duras como el quebracho y el algarrobo en el este.

En el sur, la pampa, vasta pradera limosa/cenagosa mayor que el territorio de Francia, desesperantemente plana, sin ríos, sin piedras pero que gracias a un clima fresco y húmedo se ha convertido en una tierra de sorprendente fertilidad que ha hecho la fortuna de Argentina a la vuelta del siglo.

c] *Las cordilleras.* A orillas del Pacífico, los Andes corren pues del estrecho de Magallanes a Venezuela. Están separados del océano por llanuras costeras a veces estrechas, como en Perú, y otras relativamente anchas como la costa ecuatoriana donde se concentra en un territorio de 100 a 200 km de profundidad lo esencial de la actividad económica del país. La cresta de esas altas montañas se sitúa casi siempre por encima de los 3 000 m, y las cumbres superiores a 5 000 m abundan, como el Aconcagua, que culmina a 6 959 m. Un vulcanismo reciente y la presencia de varios volcanes activos,

así como una fuerte sismicidad, nos recuerdan que se trata de relieves jóvenes, aún inconclusos.

Los Andes se presentan bajo la forma de cadenas paralelas, separadas por altas cuencas interiores o largos valles longitudinales. De norte a sur, se distinguen combinaciones muy diferenciadas de estos elementos. En Chile, la cordillera de los Andes, en el este, sirve de frontera con Argentina, y la cordillera de la costa bordea el Pacífico; entre las dos se abre el valle central, de clima mediterráneo que, de Santiago a Puerto Montt, forma sobre un millar de kilómetros de largo el corazón del país.

Al norte de Chile, los Andes se extienden en Perú y Bolivia rodeando altiplanos (el altiplano boliviano, en el límite con Perú y Argentina, entre 3 400 y 5 000 m de altura) o cuencas como la larga depresión longitudinal abierta por el Marañón que separa en Perú las dos cordilleras. En Ecuador, ambas cadenas se acercan; están coronadas a uno y otro lado de una serie de cuencas medianas, por imponentes volcanes como el Chimborazo (6 267 m), el Cotopaxi (5 897 m) o el Cayambe (5 840 m). Las cuencas u hoyas se extienden de sur a norte entre 2 000 y 2 800 m, de Loja a Ibarra. Quito está situado en una de esas hoyas. En Colombia, a partir del nudo de Pasto al sur, los Andes se dividen en tres alineaciones separadas por los valles del Cauca al oeste y del Magdalena al este. La cordillera central entre Cauca y Magdalena es la más elevada: comprende una serie de cumbres volcánicas coronadas de glaciares de más de 5 000 m como el Ruiz, el Huila y el Tolima. La cordillera oriental, a pesar del Nevado de Cocuy (5 780 m), está constituida por una sucesión de elevadas mesetas (4 000 m) y de llanuras como la sabana de Bogotá. La cadena occidental, más baja, apenas rebasa los 3 000 m. En Venezuela, los Andes cambian de dirección y pierden altura. Desviados hacia el noreste en la cordillera de Mérida al sur del lago Maracaibo, conjunto de altiplanos que culmina a 5 000 m en el pico Bolívar, toman la dirección este-oeste paralela a la costa caribeña descendiendo hacia el este, y el golfo de Paria, en dos cadenas de las cuales la del litoral apenas rebasa los 1 000 metros.

La América media

Tras el estrangulamiento del golfo de Darién y del istmo de Panamá, los relieves de la América meridional continúan perpendiculares a una línea Cartagena-Quito, transformándose el triángulo continental repetido en cuerno de la abundancia apenas deformado por la excrecencia calcárea de Yucatán.

América Central comprende dos alineaciones de tierras altas muy marcadas por la actividad volcánica. En el norte, las llanuras costeras de Guatemala y de El Salvador son coronadas por un eje montañoso de más de 2 000 m de altura, de relieve variado, donde no son raros volcanes de cerca de 4 000 m. El conjunto desciende hacia el noreste y continúa en Nicaragua en un cabrilleo de colinas que apenas rebasa los 1 500 m, marcado por numerosos conos volcánicos a lo largo del Pacífico, como el Momotombo querido por Víctor Hugo, que alcanza los 1 850 m. Más al sur, una serie de cordilleras corre del noreste al sureste de Costa Rica. La cordillera central, que culmina en el volcán Irazú a 3 400 m, domina las altas tierras del valle donde se encuentra la capital San José. Al sur, la cordillera de Talamanca, sin accidentes volcánicos, presenta relieves elevados entre los cuales se halla el punto culminante del país, el Chirripo, de más de 3 800 m. En Panamá, la sierra centroamericana se reduce a colinas.

El relieve de México prolonga el de Estados Unidos y presenta una distribución considerablemente similar a la de la América meridional, pero con componentes distintos. Dos cadenas montañosas, continuación de las Rocallosas, enmarcan un altiplano y dominan las llanuras litorales. Al oeste, la Sierra Madre Occidental, de Chihuahua a Jalisco, constituye una muralla de 2 000 a 3 000 m, sobre 300 km de ancho, junto al golfo de California. Es de origen volcánico, al igual que la cordillera de Baja California que es su gemela en la península. Menos compacta en el este, la Sierra Madre Oriental, desde Coahuila y Nuevo León hasta el estado de Oaxaca en el sur, domina llanuras costeras más extendidas que la del Pacífico y frena la penetración de los vientos húmedos del golfo de México. Casi al centro del país, entre los grados 19 y 21 de latitud norte y al sur de la ciudad de México, un eje volcánico transversal muy elevado divide a México

de este a oeste. Comprende las cumbres más altas del país: Popocatépetl e Ixtaccíhualt, y sobre todo el punto culminante, el Pico de Orizaba, con sus 5 760 m. El conjunto es de un volcanismo reciente a juzgar por la actividad del Paricutín aparecido brutalmente en 1943 en el estado de Michoacán. Cadenas secundarias dividen cuencas a menudo llenas de corrientes de lava con lagunas aquí y allá. En la más célebre, la del Anáhuac, los aztecas edificaron su capital Tenochtitlán —México—, en una laguna cerca de volcán Ajusco, entre los lagos de Texcoco y Xochimilco. Más allá, la Sierra Madre del Sur cierra el paso a los atormentados estados de Guerrero y Oaxaca con un dédalo de crestas y valles, regiones de difícil acceso cuyas partes más escarpadas han sido refugio de etnias indígenas que huyeron de la dominación azteca y luego de la de los españoles. La Sierra Madre de Chiapas, que continúa en Guatemala, forma el último accidente montañoso al sur del país.

Las llanuras costeras son anchas del lado del golfo. Alcanzan 250 km en Tamaulipas. La cordillera se acerca posteriormente al mar cerca de Veracruz, se aleja de nuevo en Tabasco, donde la llanura ensanchada se une a las tierras bajas y calcáreas de la meseta de Yucatán. Del lado del Pacífico, las llanuras anchas en el norte, en Sonora, son prácticamente inexistentes de Michoacán a Guerrero.

El altiplano central constituye entre las dos sierras una superficie irregular de 1 000 a 2 500 m de altura erizada de ramales montañosos y de convexidades que alternan con depresiones. Esta parte central, muy densamente poblada, completa el aspecto seccionado de la topografía mexicana, caracterizada por la dificultad de las comunicaciones y el aislamiento de numerosos grupos humanos, sobre todo en el sur. Asimismo es preciso señalar la ausencia de grandes ríos y por tanto de vías naturales de penetración, como en Colombia o Brasil.

Tipos de medios naturales y climas: algunos señalamientos

Los paisajes naturales (y las posibilidades agrícolas) están evidentemente ligados a la pluviometría, y por tanto al clima. Éste, a la misma latitud, está muy desigualmente repartido en función del relieve y de las vertientes. Sin pasar revista a las diferentes categorías climáticas, nos gustaría hacer tres señalamientos directamente ligados al establecimiento humano en el continente.

El primero concierne al escalonamiento de los climas y los paisajes en las zonas tropicales montañosas, en México, en América Central o en los países andinos que responden a esta definición climática. Las denominaciones varían según los países. Hasta los 1 000 m, generalmente se habla de tierras calientes; se hallan en las llanuras costeras, los valles bajos al pie de las sierras y de las mesetas. El clima tropical se despliega allí sin atenuación.

Más alto hasta los 2 000 m, las tierras templadas ofrecen una vegetación tropical y un clima de "eterna primavera" sin heladas con un invierno seco.

Las tierras frías, de 2 000 a 3 000 m, sufren eventuales heladas en invierno; no obstante constituyen buenas tierras cerealeras.

Más arriba, las tierras heladas. Están cubiertas de bosques de pinos y robles en México y hasta los 4 000 m. Están destinadas al cultivo de papa en el altiplano andino. A alturas superiores, por debajo de los hielos y nieves persistentes que se instalan hacia los 4 800/5 000 m, se extiende el páramo o la puna (Bolivia), ayer dominio de la llama y hoy del borrego en los Andes.

La última consideración se refiere a la importancia de la selva en sus diferentes variantes en el subcontinente. La densa selva de la Amazonia abarca, como sabemos, una parte de la América meridional, por tanto más de una tercera parte de Brasil. Durante mucho tiempo explotada sólo para la "recolección" de piedras preciosas (*garimpeiros*) o del jebe (*seringueiros*), gracias a las nuevas carreteras transamazónicas y a las políticas oficiales de desarrollo, es objeto en Brasil de grandes desmontes que ponen en peligro un equilibrio ecológico frágil y sobre todo una capa de humus muy ligera. Sin embargo históricamente, la conquista agrícola de las tierras de la fachada atlántica o de las cordilleras bien bañadas se ha hecho igualmente por el desmonte de las selvas tropicales. La agricultura en América parece estar estrechamente ligada a la selva y a su desaparición. Esta práctica

deja huella en el vocabulario. Si Brasil debe su nombre a un árbol tintóreo, la *zone da mata*, zona azucarera por excelencia del litoral de Pernambuco, recuerda su origen forestal —ya que *mata* significa "gran bosque". Se reconoce allí la marca de un continente joven, recientemente valorizado tras haber sido conquistado por el europeo. Esa agricultura devastadora de la selva se ajusta a las modalidades de explotación de un continente donde lo único que cuenta es la rentabilidad inmediata, donde la preocupación por el futuro es secundaria: el beneficio rápido que da la exportación engendra esta "agricultura de rapiña".

Nuestro tercer señalamiento se refiere a las zonas áridas y semiáridas. Si bien no hay grandes desiertos propiamente dichos en América, como el desierto de Gobi o el Sahara, las zonas áridas y semiáridas son sin embargo numerosas. Un gran cinturón semidesértico atraviesa América del Sur desde el norte de Perú hasta la costa oriental de la Patagonia. Una estrecha franja costera árida bordea el Pacífico desde el grado 5 de latitud hasta el 27, de Tumbes en Perú a Coquimbo y al valle de Copiapó en Chile. Los 2 200 km de desierto peruano están agujereados de oasis muy densamente habitados, los cuales conservan las aguas que bajan de los Andes. En Chile, la región de las pampas y del desierto de Atacama posee un subsuelo rico, sobre todo en nitrato y cobre, que es la única justificación para un establecimiento humano difícil y artificial. Dentro del continente, la transversal árida, que se explica ya no por el anticiclón tropical pacífico sino por la alta barrera de los Andes y el alejamiento del Atlántico, esteriliza las regiones subandinas caracterizadas por formaciones erosionadas y a menudo salinas.

Otra zona de aridez, ésta cíclica, se halla en el nordeste brasileño. La irregularidad de la pluviometría, debida al enfrentamiento de las masas de aire ecuatoriales y atlánticas, tiene consecuencias dramáticas en el "polígono de la sequía" que engloba el interior de todos los estados de la región, del Piauí al norte de Minas Gerais. En una zona donde la pluviometría media está por debajo de 500 mm anuales, los años sin lluvias desencadenan verdaderas catástrofes con su séquito de éxodo de los *flagelados* y de revueltas del hambre. El paisaje de ese nordeste semiárido está constituido por una vegetación de árboles espinosos y cactáceas aquí

y allá, la "selva blanca" o *caatinga*; entre esta zona y la *mata* húmeda y verde del litoral, se extiende el *agreste*, donde los ríos jamás se quedan secos pero donde la vegetación se empobrece en forma de selvas de plantas espinosas.

El norte de México, cuya mitad del territorio recibe menos de 500 mm de agua anuales, es golpeado por la aridez, sobre todo en los bolsones de las tierras bajas (bolsón de Mapimí, desierto de Altar) que reciben 100 mm de lluvias, pero también en las mesetas más elevadas de una parte de Coahuila y Chihuahua. En el norte y el centro-norte hasta San Luis Potosí, predominan los paisajes de estepas de cactos y plantas espinosas.

Esta rápida evocación de algunos aspectos del medio natural revela los desafíos a los cuales ha tenido que hacer frente al establecimiento humano para desarrollar una civilización colectiva e industrial. Esas dificultades de aceptación y los logros precolombinos o modernos que de ellas han surgido forman parte de la especificidad subcontinental. Se cometería un error al subestimarlas.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Aubert de la Rüe, Edgar, *Brésil aride. La vie dans la caatinga*, París, Gallimard, 1957.

Bassols Batalla, Ángel *Geografía económica de México*, México, Trillas, 1980.

Castro, Josué de, *Une zone explosive: le nord-est du Brésil*, París, Seuil, 1965.

Cunill, P., *La América andina*, Barcelona, Ariel.

Daus, F. A., *Geografía de la Argentina*, Buenos Aires, Estrada, 1981.

Lasserre, Guy, *América media*, Barcelona, Ariel, 1976.

L'Amérique latine: approche géographique générale et régionale (bajo la dir. de Claude Collin Delavaud), París, Bordas, 1973, 2 vols.

Latin America; geographical perspectives (ed. por Harold Blakemore y Cliford Smith), Londres, Methuen, 1971.

Monbeig, Pierre, *Le Brésil*, París, PUF, 1976.

Rochefort, Michel, *Géographie de l'Amérique du Sud*, París, PUF, 1974.

Siegfried, André, *L'Amérique latine*, París, Colin, 1934.

2. LA OCUPACIÓN DEL ESPACIO Y LA POBLACIÓN

Los medios naturales y los climas delimitan espacios que el hombre ha ocupado selectivamente. La dimensión histórica de esta ocupación es fundamental para la comprensión de la población actual. De esta manera la censura de la conquista aún se deja ver en los paisajes y la distribución de los hombres, para no hablar de su conciencia o de sus comportamiento. Las etapas de la población, sus componentes, su localización constituyen el telón de fondo de los dos grandes fenómenos contemporáneos: la revolución demográfica, por una parte, y la hipertrofia urbana y hasta metropolitana, por la otra. Quien dice espacio dice medios para controlarlo: el problema de las comunicaciones y los transportes será pues igualmente mencionado en este capítulo.

Las etapas de la población

Todo sucede como si el espacio americano fuera el terreno privilegiado de sucesivas migraciones. La población del continente es tardía. Se sitúa entre unos 30 000 a 40 000 años a. de C., y probablemente es de origen alógeno. Se supone que el indio americano vino de otra parte, ciertamente de Asia. Algunos antropólogos, como Paul Ribet, han subrayado los innegables caracteres asiáticos de gran parte de los primeros habitantes, tanto desde el punto de vista físico como lingüístico. Según algunas hipótesis, aquéllos llegaron por el estrecho de Behring que las glaciaciones pudieron haber transformado en un enorme puente. Otras migraciones más reducidas pudieron haberse efectuado a través del Pacífico Sur. Paradójicamente, Colón no estaba del todo equivocado cuando, "al descubrir" esa prolongación de Asia, creyó haber llegado a las Indias; y hablar de "nuevo mundo" refiriéndose al continente americano no carecía de cierta pertenencia antropológica.

Antes de la llegada de españoles y portugueses, el territorio de la actual América Latina estaba muy desigualmente poblado. Si bien estimaciones retrospectivas de las diferentes escuelas son claramente contradictorias, los expertos concuerdan en suponer que los grandes imperios centralizados tenían densidades de población relativamente elevadas, gracias a un avanzado desarrollo técnico de la agricultura y a un alto nivel de organización social. El dominio del riego, la metalurgia del bronce, hierro y oro, un sistema de contabilidad y hasta de inscripción glífico muy cercano a la escritura, permitían una fuerte estructura política en el imperio azteca, entre los incas y los mayas y quizá también entre los chibchas de Colombia. Hay quienes han emitido la hipótesis de que la meseta de Anáhuac, en México, alcanzaba en aquel entonces la densidad de 50 habitantes por km². Junto a esas concentraciones, se hallaba una gran dispersión de pueblos cazadores o recolectores pero también de agricultores de técnicas pobres, que practicaban cultivos en chamiceras sin irrigación y vivían en estado seminómada.

Las cifras globales de la población precolombina no son anodinas. Permiten calcular el impacto demográfico de la conquista. Tienen un alcance político, de allí sin duda las hipótesis contradictorias y las polémicas. Tradicionalmente, se evaluaba la población del altiplano central mexicano en 10 millones de habitantes. La escuela demográfica de Berkeley (Cook y Borah), sobre la base de minuciosas investigaciones, ha emitido la cifra de 25 millones. Perú pudo haber contado con unos 10 millones de habitantes en 1530. Por consiguiente se ha estimado entre 40 y 60 millones la población del continente entero antes de la conquista. Europa tenía entonces 100 millones de habitantes. Ahora bien, en 1650, según algunos cálculos, el conjunto del subcontinente incluidas todas las razas no tenía más de 12 millones de habitantes y 11 millones un siglo después. Y según Humboldt, en 1810 no había más que 8 millones de indios. Esto habla de los trastornos acarreados por la conquista. La brutal irrupción de los conquistadores españoles, en particular, puso en entredicho la ocupación del espacio provocando la desaparición de una parte de los habitantes originales (remplazados por esclavos negros africanos), al desplazar las poblaciones hacia nuevos focos de producción, y crear una serie de establecimientos

portuarios que los enlazaban a las metrópolis y facilitaban así la explotación del Nuevo Mundo.

La catástrofe demográfica de la conquista

La colosal disminución de la población se desprende de las cifras emitidas por los historiadores, que no hacen sino confirmar los documentos y las crónicas de la época. La "destrucción de las Indias" denunciada por el padre Las Casas sí ocurrió. Los arauacos y los caribeños insulares fueron totalmente exterminados. En el territorio de la actual Colombia, los quimbayas, según los cálculos de Juan Friede, pasan de 15 000 a 69 entre 1539 y 1628. En México, según Cook y Borah, los 25 millones de indígenas de 1519 no son más que 1 millón en 1605. Perú cae a 3 millones en cincuenta años. Se supone que la población masculina disminuyó en ciertas zonas andinas un 80% en treinta años. Las causas de esta sangría demográfica son múltiples; no se reducen a las masacres de la invasión aun cuando a causa de la superioridad del armamento de los conquistadores, no faltaron, sobre todo en los primeros decenios: la venganza de Cortés sobre los aztecas tras su derrota de la Noche Triste, en 1520, es un ejemplo de ello. Sin embargo, semejante fenómeno tiene causas más profundas, más duraderas e irreversibles que obedecen a lo que se ha dado en llamar el "traumatismo de la conquista".

¡La visión que de ello nos dejaron los vencidos nos permite, todavía hoy, calcularlo! Para las sociedades autóctonas, y sobre todo las más organizadas y centralizadas, la llegada de los europeos y la caída de los imperios, con el sentido religioso que los indígenas atribuyeron a esos acontecimientos, provocaron una verdadera desintegración cultural. Todos los sistemas de valores que ceñían la vida cotidiana, tanto en materia política como moral y religiosa, estallaron. La ruptura de los puntos de referencia cronológicos tradicionales muy coercitivos y protectores, acarreó a veces "libertades" fatales: el uso del alcohol fue una de ellas. Las epidemias de gripe, viruela o sarampión causaron espantosos estragos en pueblos sin inmunidad. Las transferencias de población, el ritmo de trabajo impuesto por la codicia de los nuevos amos

en las plantaciones y en las minas consumaron el exterminio o por lo menos provocaron una mortalidad considerable. Conductas de desesperación que llegaban hasta el rechazo de la vida fueron a veces la única respuesta de los vencidos a sus nuevas condiciones de existencia y al desencanto del mundo: automutilaciones, suicidios colectivos fueron los trágicos medios de resistencia opuestos al trabajo forzado y a la temible mita, el trabajo en las minas de plata, para la cual se deportaba a los indios de Perú a varios cientos de kilómetros de su hábitat tradicional.

Esta rememoración histórica no es en absoluto gratuita. No podría insistirse lo suficiente sobre el alcance y la permanencia de ese cataclismo fundador que fue la intrusión colonial en un mundo cerrado. El folklor indígena actual, con sus "danzas de la conquista", da prueba de su supervivencia en la memoria colectiva de los vencidos. Sin embargo más allá, el acontecimiento indujo a la aparición de los mecanismos étnicos de la estratificación y la distribución del poder social, así como el recurrir a otros componentes migratorios. ¿Cómo comprender de otra manera que el indio de Perú o de Guatemala, hoy pauperizado, despojado y hasta convertido en mendigo, sea sin embargo descendiente de los constructores de Machupichu o de los astrónomos de Tikal y de Copán, si no tomando en cuenta el asesinato de las prodigiosas civilizaciones que sostenía con su trabajo y su fervor?

Un mundo conquistado

Si bien "la población indígena se derritió como cera en un bracero al contacto con sus conquistadores", según la frase de Marcel Bataillon, la catástrofe demográfica no fue la única consecuencia de la conquista sobre la población y las modalidades de ocupación del espacio. Sus móviles mismos contribuyeron duraderamente a dar forma a territorios y sociedades.

En efecto, uno de los motores más poderosos de la conquista, y no sólo española fue, digan lo que digan los admiradores de la gesta ibérica, el enriquecimiento rápido por el descubrimiento de metales preciosos, mediante el robo primero y luego la explotación intensiva de las minas. Es cierto

que la propagación del cristianismo y la conversión de los indígenas paganos figuraban en el primer lugar de las preocupaciones oficiales pero, en la práctica, el oro, a pesar de los esfuerzos de la Iglesia, tenía prioridad sobre los evangelios.

De esta manera, a diferencia de la metódica colonización de la "frontera" en el frente pionero de América del Norte, al sur del río Bravo prevaleció la arriesgada aventura en busca de metales preciosos o de indios para reducirlos a esclavos. A las cabalgadas hispánicas corresponden las *bandeiras paulistas* en Brasil. El "espejismo *bandeirante* de la fortuna fácil" mencionado por Vianna Moog no se aplica exclusivamente a la América portuguesa; condiciona igualmente más tarde, a través de todo el subcontinente, una apropiación de tierras muy anterior a su explotación. La hacienda colonial valía más por su población vasalla que por sus riquezas potenciales. Como se ve, la conquista no sólo compete a la historia.

Además, a partir de principios del siglo XVI, toda la organización de la vida colectiva de ese Nuevo Mundo ya no se orienta hacia las necesidades de las poblaciones locales, sino en función de los intereses de las élites europeas. Se organiza una extraversión económica pero también social de la que el continente aún no sale. Dado que las perspectivas de producciones eran dictadas por Europa, los "preponderantes" ibéricos, y luego criollos, lo sacrifican todo a la especulación, al producto bien cotizado en el mercado mundial. La ganancia inmediata, aún sin mañana, tiene todas las preferencias. Se aniquila la vegetación y se agotan los suelos, como se agota un filón de mineral, y luego se abandonan los lugares en busca de otras tierras. La población estable que humaniza el paisaje no es la nota dominante en semejante lógica productiva. Los ciclos de productos soberanos en Brasil, del azúcar al café pasando por el oro, han hecho que se desplace el centro de gravedad del país y hasta su capital. La América hispana lleva igualmente los estigmas de las sucesiones de *booms* y de avalanchas hacia los productos nuevos dictados por la demanda exterior. La población se deja llevar y se adapta.

Las inmigraciones: esclavos negros y trabajadores libres europeos

Para paliar la extinción de los trabajadores indígenas, los colonizadores se volvieron hacia otras fuentes de mano de obra: la inmigración forzada de esclavos africanos primero, luego, tras la abolición de la trata y la esclavitud, el reclutamiento de trabajadores libres provenientes de Europa pero también de Extremo Oriente. Aunque, hasta principios del siglo XX, la dinámica demográfica del subcontinente se basa esencialmente en la inmigración.

La de los esclavos negros africanos es la más antigua, de manera que a veces se olvida que se trata de un fenómeno inmigratorio, aun si era un viaje sin retorno y se realizaba en condiciones atroces. Esta deportación comenzó muy temprano. Se calcula que en 1650 ya había 380 000 negros en América del Sur, o sea, casi la misma cantidad de los blancos. En 1829, según las estimaciones de Humboldt, había 6 433 000 negros en las dos Américas, o sea 4 483 000 para lo que hoy llamamos América Latina, de los cuales 1 960 000 sólo en Brasil (excluyendo a los mulatos). A causa de la desigual distribución de los sexos y por tanto de la reducida tasa de reproducción de una población mayoritariamente masculina, podemos pensar que esa cifra corresponde a la llegada a los países del subcontinente de unos 6.5 millones de africanos, 3.5 millones de los cuales fueron a Brasil. Cuando uno conoce las espantosas condiciones de deportación de la "madera de ébano" en buques negreros, del elevado porcentaje de mortalidad durante el viaje (aproximadamente un 20% de pérdidas), puede estimarse que son de 9 a 10 millones de negros los que fueron arrancados de África por el "tráfico infame".

Esos negros fueron esencialmente conducidos hacia las zonas sin indios o bien hacia aquellas donde los indios habían sucumbido a las malas condiciones de trabajo. Se les halla pues agrupados en las tierras bajas, costas o valles tropicales, en las plantaciones de azúcar y en las minas de las zonas calientes. A juzgar por las cifras de principios del siglo XIX, hay incluso cierta coincidencia entre el mapa de las zonas azucareras y el de las concentraciones de población negra. En Brasil, al final de ciclo del "oro blanco", hay dos ve-

ces más negros que blancos. Se decía en aquel entonces: "Si no hay negros no hay azúcar ni Brasil." En Cuba, en 1817, la población cuenta con un 40% de negros puros; en Haití, en 1804, con un 90 por ciento.

La trata fue abolida en las nuevas naciones independientes entre 1810 y 1815, más tarde en Brasil donde es practicada hasta 1850 mientras la esclavitud sólo desaparece hasta 1888. Sin embargo el tráfico de esclavos se prolongó más allá de las fechas de abolición de la trata, y las repercusiones sociales de la esclavitud están lejos de haber desaparecido. El efecto de la aportación africana marcó de manera indeleble las culturas nacionales de las "Américas negras".

La inmigración masiva de origen europeo es un fenómeno de fines del siglo XIX. En efecto, hasta entonces españoles y portugueses se habían establecido en las Américas en flujos continuos, pero relativamente limitados. En 1810, de nuevo según las estimaciones de Humboldt, no había más que 3 276 000 blancos en toda la América española. La incorporación de los nuevos territorios al mercado mundial, y la expansión de nuevos cultivos provocaron una fuerte demanda de mano de obra que coincidió con una creciente facilidad para efectuar viajes transatlánticos, y con excedentes de población en Europa. Esta inmigración se dirigió hacia las zonas templadas del sur de Brasil, donde el progreso del cultivo de café se produjo al mismo tiempo que la abolición de la esclavitud; hacia Argentina y Uruguay, tierras vacías cuyo aprovechamiento agrícola requería una población acelerada. La frase del escritor argentino Alberdi: "gobernar es poblar", fue aplicada al pie de la letra por los poderes públicos.

Así, Argentina recibió entre 1857 y 1930, 6 330 000 inmigrantes. 3 385 000 de ellos decidieron establecerse en el país. Ahora bien, el "desierto argentino" contaba apenas, durante su primer censo en 1869, con 1 700 000 habitantes. Huelga mencionar la importancia de esos extranjeros en la formación de una nación que sufrió la transfusión de población más intensa del Nuevo Mundo (incluyendo a Estados Unidos). Gracias a esta enorme afluencia de extranjeros, la población argentina se duplicaba cada veinte años hasta 1914, fecha en la cual los extranjeros representaban el 30% de la población total. La predominancia de italianos (el 47.4% del total) y de españoles entre los recién llegados facilitó su asimilación, pero no dejó de plantear algunos problemas políticos. El flujo descendió bruscamente en 1930 para reanudarse, con reducida intensidad, sólo hasta 1945.

Por su parte, Brasil recibe, de 1884 a 1939, 4 158 000 inmigrantes, 34% de los cuales italianos, que también aquí son los más numerosos —São Paulo es una gran ciudad italiana—, 29% portugueses, 14% españoles. Sin embargo, se hallan también entre los europeos más de 170 000 alemanes (4.1%). Por lo demás esos alemanes comenzaron a establecerse muy pronto en el sur del país (Rio Grande do Sul, Santa Catarina), desde 1824 (fundación de São Leopoldo en Rio Grande do Sul) y sobre todo tras el fracaso de las revoluciones de 1848: Blumenau funda en 1850 la ciudad que lleva su nombre. Esta población tan compacta y solidaria, apegada a su lengua y a sus tradiciones, se consagra sobre todo a la agricultura y a la pequeña industria, aunque no carece de cuadros, quienes le permiten una vida comunitaria cerrada y difícil de asimilar, hasta la segunda guerra mundial.

Las cifras son más modestas en el caso de Uruguay, que en 1908 sólo contaba con 181 000 extranjeros de una población de 1 millón de habitantes aproximadamente; pero ese 18% de extranjeros representaba el 50% de la población de Montevideo donde se establecieron cerca del 80% de ellos. Los italianos, seguidos de los españoles, fueron allí también el elemento mayoritario. Entre los polos de inmigración generalmente se olvida a Cuba, que en el siglo XX tuvo una corriente migratoria muy intensa de españoles pero también, en menor cantidad, de antillanos sobre los que se ignora si se establecieron o no. Cerca de 1 millón de inmigrantes llegan así a la isla entre 1902 y 1929.

Para completar lo relativo a esas migraciones de ultramar, conviene añadir algunos señalamientos sobre la reanudación de posguerra y sobre la aportación del Extremo Oriente.

Al término de la segunda guerra mundial, entre 1946 y 1954, Argentina, Brasil, y también Venezuela, recién llegada a la prosperidad gracias al petróleo, reciben aproximadamente 1 millón de inmigrantes, italianos (537 000) o españoles (295 000) mayoritaria pero no exclusivamente. Argentina sigue a la cabeza de los países que reciben inmigrantes con 567 000 entradas. La reconstrucción europea y la estabili-

zación del Viejo Mundo agotan muy pronto esa corriente que habían alimentado las convulsiones de la guerra.

La inmigración asiática, china y japonesa, jamás alcanzó el carácter masivo de la aportación europea y sobre todo mediterránea. Sin embargo, en los países donde se concentró, tuvo una influencia significativa en el terreno social y económico, pero también cultural. La inmigración china fue relativamente densa en la costa del Pacífico, sobre todo en Perú, pero no es desdeñable en Cuba, mientras los japoneses ocupan un lugar importante en Brasil. En Perú, como en Cuba, a causa de la escasez de mano de obra que acompaña a la prohibición de la trata de negros se recurre a culís chinos reclutados por enganche en los barrios bajos de Cantón o Shangai. La necesidad de mano de obra era tal en Perú, en pleno *boom* del guano, y tras la supresión del tributo indígena, que grandes propietarios no vacilaron en organizar expediciones para "hacer razzias" de "trabajadores" en la isla de Pascua. Se comprende que los hacendados vieran con buenos ojos la llegada al Callao de esos semiesclavos amarillos, poco exigentes y que les eran "vendidos" con un contrato teórico de ocho años durante el cual debían pagar su viaje. Entre 1860 y 1874, oficialmente 75 000 culís chinos desembarcaron en Perú; en realidad hubo muchos más antes de que Gran Bretaña se opusiera al tráfico de esos nuevos negreros asiáticos. La cultura nacional peruana está marcada por esa aportación, que aparece en el vocabulario así como en las tradiciones culinarias de las populares chifas. En Cuba, en 1862 se cuenta con 60 000 chinos, es decir el 4.4% de la población, que trabajan en las plantaciones de caña de azúcar. La construcción del canal de Panamá atrajo igualmente un flujo de mano de obra asiático cuyos descendientes se establecieron, sobre todo, en las ciudades de la costa del Pacífico.

En Brasil, los japoneses llegados después de la guerra ruso-japonesa, y sobre todo en los años treinta, constituyen el cuarto grupo de importancia entre 1884 y 1939 (cerca de 200 000). Sin embargo, durante algunos años, antes de 1940, esta inmigración, muy bien organizada para el trabajo, es la más numerosa. Contratados para explotar las *fazendas* de café como asalariados agrícolas, los inmigrantes japoneses no tardaron en consagrarse a actividades más tradicionales y remunerativas: el cultivo del arroz, los cultivos de hortalizas alrededor de las ciudades, el pequeño comercio. Sospechosa sobre todo durante la segunda guerra mundial de constituir un peligro para la unidad nacional, y hasta una quinta columna del Eje germano-nipón, esta activa colonia se asimiló según modalidades propias, preservando su fidelidad cultural a la tierra de los ancestros como lo ilustra de manera pintoresca el imponente barrio japonés de São Paulo. El ascenso social a través de la universidad le permitió contar en sus filas con varios ministros y altos funcionarios así como con intelectuales que honran a Brasil.

Los focos de población y sus características

La población de América Latina está mal repartida. La evocación de las modalidades migratorias y voluntaristas de la población permite pensar que el medio natural sólo es parcialmente responsable de ello. Cierto, podemos fácilmente imaginar las razones por las cuales el "infierno verde" amazónico tiene una densidad inferior a 0 habitantes por km² (en realidad, 1 habitante por cada 3 km² aproximadamente): la selva ecuatorial, los climas semiáridos donde las actividades que no propician la población como la ganadería extensiva difícilmente permiten establecer la población. Pero de hecho, si se lanza una mirada global al continente, es posible advertir que la repartición de la población depende sobre todo de la historia y del papel que las sociedades latinoamericanas estuvieron destinadas a desempeñar en la economía mundial. Haciendo a un lado la movilidad característica de poblaciones siempre dispuestas a sucumbir al atractivo de nuevas y precarias especulaciones, para no examinar más que las zonas de estabilidad, se perciben claramente dos grandes características: concentraciones de origen precolombino en el interior del continente, y un cinturón de islotes de población en el perímetro, nacidos de la colonización europea.

En la meseta central mexicana y en las altas tierras andinas, dos grandes focos de población anteriores a la llegada de los españoles resistieron a la conquista y se consolidaron según distintas modalidades, arcaicas y predominantemente

rurales (a pesar de Quito y La Paz) en el territorio del antiguo imperio inca, más modernos y netamente urbanos en México. No son raras densidades elevadas en las zonas rurales tradicionales de los Andes a pesar de los rigurosos climas; es el caso del lago Titicaca, pero también de los altos valles del departamento de Cuzco, del Apurímac y de Ayacucho en Perú. En México, en la meseta central se concentra la mitad de la población (más de 30 millones de habitantes, de los cuales 15 a 17 millones corresponden a la ciudad de México).

Con excepción de esos dos grandes focos, podemos afirmar que el interior del subcontinente, y sobre todo de América del Sur, está poco poblado, estando el centro del continente sudamericano —en Brasil— casi totalmente vacío en cuanto uno se aleja más de 100 a 200 km de la estrecha franja costera. Lo que los brasileños llaman significativamente *sertão*, el "desierto" en el sentido del francés del siglo XVII, designa regiones del "interior", de hábitat ralo, mal conocidas y aparentemente lejanas, pero no desérticas. El Brasil costero constituye con el Río de la Plata una de las zonas de población más grandes de América del Sur.

En el Brasil de los *rushes* y de los ciclos económicos en que los hombres parecen seguir los sucesivos focos de especulación —azúcar, café o caucho—, los productos dominantes, incluso sacados del interior del país, no han sido suficientes para vencer los tropismos atlánticos. A pesar de la transferencia de la capital a Brasilia, ninguna ciudad millonaria (con excepción de Belo Horizonte en Minas Gerais) se halla a más de 100 km del mar. De Belem al norte a Porto Alegre al sur, todas las capitales están a orillas del océano o tienen comunicación con él. São Paulo, a unos 50 km de Santos en el Atlántico, está directamente enlazado a su puerto por la conurbación satélite de la Baixada Santista. Por lo demás esta particularidad no es propiamente brasileña puesto que en el continente México y Bogotá son, con Belo Horizonte, las únicas grandes metrópolis situadas en el *hinterland*.

Por lo demás, la franja de población litoral no es en absoluto continua. El viejo Brasil colonial de Recife y de Salvador (nuestra Bahía) sigue estando muy densamente poblado. En él se concentra, en la franja marítima de nueve estados, el 22% de la población total del país (el 24% en 1950), agrupada gran parte de ella en las ciudades de Belem (1 millón de habitantes), Salvador (1.9 millones) y Recife (2.6 millones). La población del litoral disminuye en el sur de Bahía para recuperarse en Victoria, proyectándose hacia el interior de las tierras y prolongándose hasta Santos y luego más allá en el sur alrededor de Porto Alegre. En la región más concentrada y más rica de América del Sur, el triángulo Río-Belo Horizonte-São Paulo, al cual se añade el estado de Paraná, viven unos 70 millones de brasileños. Tan sólo el estado de São Paulo, con más de 28 millones de habitantes, reúne cerca del 20% de la población brasileña en menos del 3% de la superficie total del país. La capital São Paulo, una de las ciudades más grandes del mundo, rebasa los 12 millones de habitantes.

Veinte millones de argentinos y uruguayos viven en el litoral del Río de la Plata, confluente del Paraná y del Uruguay. Alrededor de ellos, el vacío de la pampa. Este sector de población austral y templada es esencialmente urbano. Ambos países tienen impresionantes índices de urbanización. Cerca de la mitad de la población de Uruguay vive en Montevideo, una tercera parte de la de Argentina en el gran Buenos Aires, una de las metrópolis más grandes del continente, la cabeza de un país inmenso y subpoblado. A esas dos franjas de población faltaría, para completar esto, añadir el Caribe y algunas zonas del istmo centroamericano en estado de sobrepoblación, como El Salvador (250 hab/km²) que a este respecto es rebasado considerablemente por Jamaica o Barbados (500 hab/km²).

Así pues la discontinuidad domina la población en América Latina. Al lado de las zonas de antiguo establecimiento amerindio estabilizado, el carácter periférico de los núcleos de colonización densa está directamente ligado a la extraversión atlántica, al papel de los puertos en la explotación colonial y a la proximidad de Europa o de África, proveedoras de mano de obra.

La urbanización precoz

América Latina tomada en su conjunto tiene una tasa de urbanización (68%) muy cercana a la de la Europa desarrolla-

da, el doble de la de Asia y casi el triple de la de África, con un nivel de "metropolización" superior al del Viejo Mundo. Argentina, Chile y Uruguay se hallan entre los quince países más urbanizados del mundo, cualquiera que sea el criterio retenido (aglomeraciones de más de 20 000 habitantes o de 100 000). Hoy, el 22% de la población latinoamericana vive en ciudades de más de 4 millones de habitantes.

Tasa de población urbana: 1980 (%)	
Argentina	85.7
Brasil	67.6
Chile	8.5
Colombia	76.3
México	69.0
Perú	70.5
Uruguay	81.3
Venezuela	77.7

FUENTE: BID, *Progrès économique et social en Amérique latine.* Según las estadísticas oficiales de los diferentes países. El umbral de urbanización retenido es generalmente de 2 000 habitantes.

Es sorprendente la paradoja que constituyen países de economías agrarias, como los del Río de la Plata, exportadores de productos agrícolas, donde más del 80% de la población vive en ciudades e incluso ciudades muy grandes. Esta urbanización tiene una historia. La colonización española fue esencialmente urbana. La administración de la Corona había creado una red muy jerarquizada de ciudades administrativas que dividía en zonas la totalidad del territorio. Las capitales de los virreinatos, de las capitanías generales, de las audiencias y de las provincias, donde residía el poder, se edificaban según un plano único y sistemático (plano en damero, Plaza Mayor sede de las instituciones del Estado). La dominación de las colonias tenía su sede en las ciudades donde se instalaban no sólo los funcionarios reales sino los encomenderos, los grandes propietarios de tierras, los dueños de las minas. El prestigio y la riqueza se concentraban en torno a la autoridad real. Los indios estaban prácticamente excluidos de ellos. En Brasil, el sistema urbano estaba constituido por los puertos y luego, en el siglo XVIII, por

los centros mineros. La expropiación territorial fue allí menos sistemática que en la América hispana, pero la importancia de la ciudad en esta colonia de explotación no era menor.

Durante la independencia, la división de los nuevos estados se realiza a menudo en función de las ciudades, alrededor de ellas, y de sus cabildos de burguesía criolla, más que a partir de una idea territorial de nación a menudo bastante vaga.

Con la integración de esos países al mercado mundial como productores de bienes primarios, la situación de las ciudades se fortalecio aún más. Los servicios financieros y comerciales se establecieron allí. La extraversión económica hizo de ellas las cabezas de puente culturales y sociales de Europa o Estados Unidos. Las ciudades, y sobre todo las más grandes, concentraron en su seno los mecanismos de la economía y los atractivos de una existencia "moderna" apartada de un mundo dominado por la tradición y el arcaísmo rural. Al resguardar a las clases privilegiadas, éstas experimentaron, desde fines del siglo XIX, un fuerte crecimiento de su sector terciario. Si bien el ausentismo agrícola contribuyó al lujo de las ciudades y a su dinamismo, la gran propiedad y el acaparamiento de las tierras parecen haber contribuido notablemente a la hiperurbanización actual. En las regiones templadas del sur, la emigración europea, ante las dificultades de acceso a la propiedad de la tierra, se replegó a las zonas urbanas. El éxodo rural, producto del latifundio y de diferentes factores de expulsión del campo, hizo el resto, con ayuda de las luces de la ciudad. Hoy las grandes ciudades del continente se caracterizan por el crecimiento de un sector terciario parasitario de pequeños oficios y por la proliferación de viviendas improvisadas donde se amontonan inmigrantes y desempleados.

La amplitud del fenómeno urbano es en América Latina, a diferencia de la Europa del siglo XIX, casi totalmente independiente de la tasa de industrialización. Al grado de que ha podido hablarse de un creciente desfase entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la aceleración de la concentración espacial de la población. Sin embargo esta urbanización refugio carece igualmente de relación con la densidad de población. Así, fuertes densidades pueden, como en Haití, co-

rresponder a una tasa de urbanización muy reducida (25%), mientras países subpoblados como Argentina sólo tienen una población rural residual y padecen de macrocefalia.

Metropolización y red urbana

La desproporcionada preponderancia de las grandes aglomeraciones, y hasta de una megalópolis, es el resultado en varios países de ese fenómeno de sobreurbanización. Aparece claramente cuando se compara la cifra de la población metropolitana con la de la población total del país. Ya hemos señalado la macrocefalia argentina y uruguaya. En Lima se concentra la tercera parte de la población peruana; Santiago de Chile, un punto por debajo, agrupa cerca de la cuarta parte de la población chilena; San Juan de Puerto Rico por su parte rebasa ese porcentaje. Una metropolización menos visible afecta a países donde la capital no es una ciudad muy grande. La diferencia entre la capital y la segunda aglomeración del país puede ser pasmosa. Montevideo está veinte veces más poblada que Paysandú, pero Asunción, capital de Paraguay, tiene doce o trece veces más habitantes que Villarrica o Encarnación, y San José de Costa Rica equivale a diez veces Limón o Puntarenas.

Los contrastes son todavía más flagrantes si se pasa del número de habitantes al peso económico de las metrópolis. Buenos Aires absorbe una tercera parte de la población argentina, pero la conurbación "porteña" agrupa al 45% de los establecimientos industriales, al 55% de los obreros de la industria, y consume el 45% de la producción eléctrica nacional. El gran São Paulo contribuye con el 59% a la producción industrial de Brasil.

La tendencia a la metropolización puede sin embargo adoptar formas más diversificadas y a veces ir a la par con un tejido urbano relativamente complejo. La metropolización puede primero ser compartida como en Ecuador, donde Quito, capital política y administrativa de la Sierra, rivaliza con Guayaquil, el gran puerto del Pacífico, centro de la actividad comercial e industrial. En Brasil, la antigua capital Río de Janeiro, que contribuye con el 15% a la producción industrial y conserva un prestigio cultural intacto, es una



enorme aglomeración de cerca de 10 millones de habitantes (19 millones en el año 2000) que sólo es rebasada por el gran São Paulo (12 millones en 1983, 26 millones en 2000). Sin embargo, Brasil cuenta igualmente con varios focos urbanos millonarios bastante bien repartidos en las diferentes regiones: Belo Horizonte, Recife, Porto Alegre, no tienen menos de 2 millones de habitantes cada una.

La geografía y las dificultades de comunicación han multiplicado a veces las metrópolis regionales como ocurre en Colombia. Bogotá, aislada en la cordillera occidental, es la capital política con 4 millones de habitantes, pero Medellín, capital de la muy dinámica región de Antioquia, constituye el principal centro industrial del país y roza los 2 millones de habitantes; Cali, capital del sur, tiene 1.5 millones de habitantes al igual que el puerto caribeño de Barranquilla.

Las metrópolis alternativas pueden dibujar una red urbana más equilibrada. En México, Monterrey, la metrópoli del norte, orgullosa de sus grupos bancarios e industriales autónomos, ha sustraído a sus 2 millones de habitantes del dominio económico de la ciudad de México. Guadalajara, que la rebasa en número de habitantes, es un foco industrial próspero pero cuyos centros de decisión están por el contrario ligados al Distrito Federal.

La explosión demográfica, causas y consecuencias

La revolución demográfica que hizo irrupción en todos los países en vías de desarrollo se llevó a cabo más pronto en América Latina. De 1950 a 1965, el continente tiene el mayor índice de crecimiento promedio del mundo (2.8% anual frente a 2.1% en el caso de África, 2.2% en el de Asia y 1.2% en el de los países desarrollados). Claro que esta explosión demográfica está muy desigualmente repartida. Afecta principalmente la América del Sur tropical y la América media continental donde se rebasa el 3% de crecimiento anual. El Caribe tiene un crecimiento más moderado, de tipo africano, y la América del Sur templada no alcanza el 1.9% anual y disminuye muy rápido para alcanzar niveles europeos en algunos países. Sin embargo, en promedio, puede hablarse de revolución demográfica si se comparan los índices de creci-

miento de la posguerra con los de los años veinte-treinta que eran inferiores a 1.5 por ciento.

Las causas del fenómeno son conocidas: los progresos sanitarios y la erradicación de las grandes endemias hicieron disminuir brutalmente una mortalidad antes muy fuerte, mientras la tradición cultural de la natalidad no controlada no es puesta en tela de juicio en el momento en que ya no está equilibrada por una reducidísima esperanza de vida. El mantenimiento de una natalidad fuerte se debe a diferentes factores socioculturales que hallamos en todo el Tercer Mundo. Además del reducido nivel de educación o la promiscuidad, podemos sobre todo señalar la fragilidad de las condiciones de vida y de seguridad social, dado que la multiplicación de los niños aparece menos como una carga que como una fuente de ingresos, una garantía contra el desempleo y la vejez. La influencia católica actúa igualmente homogeneizando los comportamientos: así, las clases medias y educadas no tienen familias menos numerosas que los estratos populares.

Mientras los índices de natalidad se mantienen alrededor del 40‰ y a veces más cerca del 50‰, la verdadera revolución proviene de la espectacular caída de la mortalidad. En Brasil, pasa de 17.9‰ en 1930 a 9.5‰ en 1980 (cifra inferior a la de Francia en 1957). En Argentina, de 1914 a 1970, el índice se redujo a la mitad (de 17‰ a 8.4‰ en 1975) y sube después. Si bien los índices son bajos también en Chile y Uruguay (inferior a 9‰ en 1970), podemos pensar que la ausencia de endemias y la elevada urbanización de esos países templados constituyen factores favorables. Sin embargo los países tropicales no escapan a esta evolución, que allí adquiere un ritmo y una importancia todavía más acentuados. En México, mientras el índice de natalidad no descendía por debajo del 42.6‰, los de mortalidad pasaban, entre 1950 y 1975, de 16.2 a 9.15‰ y por debajo de 8‰ a fines de la década de los setenta. Desde luego no todos los países siguieron la tendencia de manera tan clara. La calidad del cuerpo médico, el control de las causas de epidemias, los niveles de nutrición y urbanización son otras tantas variables que explican las diferencias con los países menos desarrollados, en los cuales el índice de mortalidad está todavía por encima del nivel de 16‰ (Haití, Bolivia, Guatemala, Honduras). A partir de condiciones objetivas, particularmente sanitarias, la disminución de la mortalidad posee su propia dinámica. Un elevado porcentaje de jóvenes en la población crea una especie de proceso circular: mientras más joven se vuelve la población, más baja es la mortalidad.

Sin duda tales evoluciones provocan situaciones virtualmente explosivas. En efecto, los países de América Latina han recorrido en veinte años el camino que los países europeos tardaron medio y hasta un siglo en escalar. Se llega así a casos extremos como el de Venezuela que presenta una natalidad de 40.9‰ y un índice de mortalidad de 7.7‰, ejemplo elocuente de las situaciones demográficas así creadas con todos los problemas socioeconómicos que acarrean.

Disparidades cuantitativas y cualitativas

Dos tendencias son claramente perceptibles en el panorama demográfico latinoamericano. El acelerado crecimiento, durante los últimos dos decenios, de la América media y tropical, y la estabilidad de la América del Sur templada y del Caribe. La América blanca meridional parece incluso haber entrado en una fase de retroceso demográfico que contrasta con el dinamismo de sus vecinos y con la gran expansión a principios de siglo debida a la inmigración europea. Los índices de crecimiento de Argentina y Uruguay se acercan al modelo europeo (1.6 y 1.2% para esos dos países). La causa esencial es la disminución del índice de natalidad. En efecto, si comparamos las demografías más dinámicas con las de los países del cono sur, advertimos que las tasas de mortalidad tienden a coincidir —ese índice es incluso más bajo en México (7.95‰) que en Argentina (9.1‰ en 1980)—, pero los índices de natalidad divergen mucho: 21.4‰ en 1980 para Argentina y 38‰ en México en la misma fecha.

A pesar de los esfuerzos de los gobiernos a los que atañe para provocar mediante la educación y la incitación a la planificación de los nacimientos una desaceleración de la ola demográfica, los índices de crecimiento siguen siendo superiores al 2.5%, con su efecto acumulativo, que ahonda la brecha entre los dos grandes —Brasil y México— y el resto de los países del continente: en 1984, según estimaciones serias,

Brasil contaba con 130 millones de habitantes, México con 75 millones, llegando Argentina en tercer lugar con 30 millones.

En países que presentan contrastes, es preciso observar las variaciones regionales de la natalidad. Esta última está esencialmente ligada a la urbanización, dado que la oposición ciudad/campo es la única variable verdaderamente significativa. (Ni el clima ni la composición étnica pueden ser considerados como factores explicativos.) Así Ceará, uno de los estados más pobres del norte de Brasil, tiene un índice de natalidad del 47‰ mientras el estado de São Paulo desciende por debajo del 40‰ (37) y la ciudad de Río no alcanza más que el 25‰. En medios urbanos, la difusión de la instrucción y el acceso a los servicios médicos contribuyen a la baja del índice de natalidad. En el México rural, el número de niños por familia es dos veces y medio más elevado que en la capital donde el 69% de las parejas utilizan medios anticonceptivos. Además, a causa de las migraciones internas, el elevado índice de masculinidad de las ciudades acentúa igualmente este fenómeno.

Por otra parte, los países de elevados índices de natalidad se encuentran entre aquellos donde la mortalidad infantil sigue siendo muy grande, y viceversa. En los primeros lugares de una mortalidad infantil controlada figuran países de escaso dinamismo demográfico: Argentina (59‰), Chile (56‰), Uruguay (47‰), Cuba (27‰). Cifras relativamente altas ya que las tasas en el caso de Francia y Suecia en 1980 son respectivamente de 12.6‰ (pero de 84‰ en 1946) y de 8‰. Entre los países de índice elevado se halla Colombia (90‰), Bolivia (157‰), Brasil (109‰), Haití (115‰), Honduras (103‰). Pero en esto también conviene introducir en cada país matices regionales. En Argentina, las cifras van de menos del 40‰ en la capital federal a 120‰ en la provincia subtropical de Jujuy, en la frontera boliviana. En Brasil, Brasilia con el 28.9‰ se acerca a Estados Unidos (20‰), pero Fortaleza, capital de Ceará, alcanza el 160‰, Recife el 114‰, mientras Río apenas rebasa el 40 por mil.

Las disparidades entre naciones y dentro de ellas son no menos flagrantes cuando se trata de la esperanza de vida. Podemos identificar tres grupos. Los que tienen una esperanza de vida de tipo occidental superior a 65 y a veces a 70 años, en el primer lugar de los cuales se hallan Puerto Rico y Cuba (más de 70 años) seguidos de Uruguay (69 años), Argentina y Costa Rica (68) y Panamá (66). Un grupo medio se sitúa entre 60 y 65 años (México, Venezuela, Chile, Colombia, Brasil). Y una serie de países donde la esperanza de vida es de tipo tradicional: Bolivia (48), Haití (50), Guatemala (53), Honduras (55). Las diferencias comprobadas en el inmenso Brasil lo colocan entre varios grupos: en el nordeste, la esperanza de vida no rebasa los 47 años, pero es de 64 en el estado de São Paulo y pertenece al primer grupo en Río o en Brasilia.

El peligro joven: desarrollo y geopolítica

Las implicaciones estrictamente cuantitativas de esta revolución demográfica importada son enormes, aun haciendo a un lado las consecuencias sociales inmediatas sobre las necesidades de infraestructuras y servicios. América Latina es un continente joven. Los menores de 15 años eran más del 40% en 1960 (frente al 22% en Gran Bretaña en la misma fecha). En Brasil, según el censo de 1980, los menores de 19 años constituyen la mitad de la población. En México, en el mismo año había un 54.3% de menores de 20 años. Dado que la entrada al mercado de trabajo es generalmente más baja que en Europa, podemos juzgar las tensiones que aquél debe sufrir anualmente, pero sobre todo la carga que los grupos de edad inactivos (hay que añadir al 50% de jóvenes el 4 a 5% de mayores de 65 años) representan sobre la población activa.

El crecimiento del potencial demográfico latinoamericano ha modificado el equilibrio geopolítico del continente. En 1940, con 126 millones de habitantes, América Latina estaba todavía menos poblada que Estados Unidos, que contaba con 140 millones de habitantes. En 1980, los 360 millones de latinoamericanos han rebasado demográficamente a la superpotencia septentrional. En el año 2000, habrá dos veces más latinoamericanos que norteamericanos. Esto modificará la importancia específica del subcontinente aun cuando los estados desunidos de América Latina estén lejos de hablar a una sola voz. Además, Estados Unidos teme con cierta razón que el exceso de jóvenes sin empleo de los países del

sur sea atraído cada día más por los espejismos de la prosperidad norteamericana. 16 millones de hispanos de los cuales 8 millones son mexicanos, que en su mayoría entraron clandestinamente, viven hoy en Estados Unidos y sobre todo en los estados del suroeste. De continuar esta silenciosa reconquista haría de los "hispanos" la primera minoría, rebasando así a los negros y alcanzando 47 millones, o sea una sexta parte de la población, en 2020. Sin duda la potencia americana tiene todos los medios para resistir al "peligro hispano", pero haríamos mal en subestimar esta dimensión de la cues-mensión de la cuestión demográfica.

Comunicaciones y transportes

El argentino Sarmiento escribía en 1848: "El mal que aflige a la República Argentina es la inmensidad." Un geógrafo francés hablaba más recientemente, a propósito de Brasil, de la "maldición del espacio". Es cierto que entre Belem y Porto Alegre existe la misma distancia que entre París y Dakar, es decir 4 500 km. Sin embargo, el progreso de los transportes y sobre todo el avión han transformado el dominio del hombre sobre el espacio. Por lo demás, no todas las naciones de América Latina son desmesuradas, ni mucho menos. Incluso haciendo a un lado las naciones centroamericanas de reducidas dimensiones (la más extensa, Nicaragua, tiene menos de 150 000 km^2), en América del Sur, Ecuador, con sus 281 341 km^2 (tomando en cuenta los territorios amazónicos que perdió en 1942 en beneficio de Perú), y Uruguay, que cuenta con 187 000 km^2, tienen dimensiones que podríamos calificar de europeas.

La inmensidad está lejos de ser el único obstáculo para las comunicaciones. La barrera de los Andes, un relieve accidentado, concentraciones humanas a elevadas alturas constituyen otros tantos desafíos para los desplazamientos de hombres y bienes. Humboldt cuenta cómo el viaje a Honda, a orillas del Magdalena, en Bogotá, que en aquel entonces duraba varios días (y hoy tres o cuatro horas por una carretera asfaltada), se efectuaba en 1801 a lomo de mula o a pie escalando un camino hecho de "escaloncitos tallados" en la roca. En la misma fecha, se atravesaba el paso del Quindió

en la cadena central de los Andes de la Nueva Granada (la actual Colombia) a lomo de carguero, es decir de hombre, ¡pues las mulas no lograban subir la pendiente! Todavía hoy, en los escabrosos caminos de Colombia, se cuentan los trayectos en horas y no en kilómetros y las vías transversales siguen siendo igualmente raras. En Ecuador, antes de la construcción en 1908 del extremadamente acrobático ferrocarril que enlaza Quito con Guayaquil, se necesitaban varios días —a veces semanas— para ir de la sierra al gran puerto del Pacífico.

Claro está que los ríos constituían vías naturales de penetración e intercambio. El Amazonas es navegable de Belem, en la desembocadura, a Manaos, que fue la capital de la hevea. A partir de 1866, los vapores surcan este inmenso río, mientras pequeñas barcas remontan sus afluentes y sus múltiple brazos. Más al sur, el Paraná es navegable para la armada hasta Santa Fe y las chalanas remotan hasta Corrientes. Sin el Cauca y el Magdalena, navegables casi de norte a sur del país, el aprovechamiento de Colombia habría sido imposible. Finalmente, el cabotaje en la fachada atlántica durante mucho tiempo fue el único medio de transporte del Brasil "útil". Sin embargo, fueron los ferrocarriles los que permitieron el desarrollo hacia afuera de los países de América Latina a fines del siglo XIX. Hoy, cuando la carretera y el camión han triunfado sobre el ferrocarril mientras la preponderancia de Estados Unidos sustituía la de Gran Bretaña, tendemos a no ver en los ferrocarriles del subcontinente más que equipo de otros tiempos, y su pintoresca obsolescencia hace las delicias de los turistas. En realidad el ferrocarril fue un logro decisivo para el aprovechamiento de la mayoría de los grandes países de América Latina. En Argentina, las primeras grandes líneas se remontan a 1857; en Brasil la vía férrea hace su modesta inauguración en la misma fecha. A menudo puestos en marcha por nacionales, los ferrocarriles en su mayoría fueron construidos por sociedades extranjeras, británicas y francesas particularmente, que se preocuparon por la rentabilidad inmediata enlazando un foco de producción a un puerto. Esas redes no fueron, como en Estados Unidos, instrumentos de colonización y población. Las vías férreas, características de economías dependientes, cuyo objetivo es la ganancia rápida, a menudo tie-

nen un trazado irracional (atravesando desiertos en vez de cuadricular el espacio) e infraestructuras de mala calidad.

En Brasil, la vía férrea sólo es densa en el estado de São Paulo, que cuenta con el 21% de los 35 000 km de rieles (menos que Francia), donde ha seguido a los propietarios de plantaciones y a los exportadores de café. A pesar de algunas uniones interiores (Minas-Bahía), el resto del país no posee sino ramales aislados. Argentina tuvo la red más densa del subcontinente (43 000 km en 1943 frente a 25 000 km de México). Sin embargo, el sistema de transporte ferroviario diseñado como embudo fue evidentemente creado para llevar al puerto de Buenos Aires la producción exportable y hacer llegar a las provincias argentinas los bienes manufacturados europeos. La semiausencia de enlaces transversales, así como el carácter obsoleto del material y de la explotación, hacen hoy de él más bien un freno al desarrollo armonioso del país.

A pesar de algunas veleidades de regreso al ferrocarril tras la crisis petrolera mundial en los países que presentaban un fuerte déficit energético, el transporte por carretera, a causa de su flexibilidad de explotación y uso, parece haber triunfado definitivamente —incluso sobre el barco, ya que se construyen carreteras que a veces duplican ríos importantes, como los grandes pasos amazónicos en Brasil a partir de 1970. La Transamazónica paralela al curso del Amazonas, al sur del río, une por tierra a João Pessoa, en el estado atlántico de Paraíba, en Rio Branco (Acre), con la frontera boliviana. No es seguro que esta unión entre el nordeste y los confines amazónicos haya permitido la explotación de los vastos espacios del *hinterland* continental y su población. En cambio los ejes norte-sur han roto considerablemente el aislamiento de los centros urbanos que hasta entonces no eran sino islas a las que se llegaba en avión o por barco. La carretera Belem-Brasilia y sobre todo la nacional Cuiabá (Matto Grosso)-Santarem (a orillas del Amazonas) contribuyen a la apropiación continua de un espacio hasta entonces fragmentado.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Castells, Manuel, "L'urbanization dépendante en Amérique latine" *Espaces et Sociétés*, julio de 1971, pp. 5-23.

Hauser, Philippe *et al.*, *La urbanización en América Latina* (Documentos del seminario sobre problemas de urbanización en América Latina, 6-18 de julio de 1959), Buenos Aires, Solar-Hachette, 1962.

Humboldt, Alexander von, *Voyages dans l'Amérique équinoxiale*, t. I, *Itinéraire*; t. II, *Tableau de la nature et des hommes* (selección de textos y notas de Charles Minguet), París, La Découverte, 1980.

Las Casas et la défense des Indies (presentado por Marcel Bataillon y André Saint-Lu), París, Julliard ("Archives"), 1971.

Le Lannou, Michel, *Le Brésil*, París, Colin, 1971.

León-Portilla, Miguel, *Visión de los vencidos, relaciones indígenas de la conquista*, México, UNAM, 1959.

McNamara, Roberts, "Time bomb or myth, the population problem", en *Foreign Affairs*, verano de 1984, pp. 1107-1131.

Mauro, Frédéric, *Le Brésil du XVe. à la fin du XVIIe. siècle*, París, SEDES, 1977.

Moog, Vianna, *Défricheurs et pionniers: parallèle entre deux cultures*, París, Gallimard, 1963.

Organización de los Estados Americanos, *América en cifras*, Washington.

Sánchez Albornoz, Nicolás y José Luis Moreno, *La población de América Latina (bosquejo histórico)*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

Wachtel, Nathan, *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española*, Madrid, Alianza, 1976.

3. LA HERENCIA DE LA HISTORIA

ESTRUCTURAS AGRARIAS Y SOCIEDADES

Si bien la concentración urbana es hoy uno de los rasgos predominantes de las naciones de América Latina, su historia reciente está sin embargo considerablemente marcada por las consecuencias sociales de su pasado agrario. Por diferentes razones, las estructuras agrarias, en efecto, constituyeron la matriz de las relaciones sociales en la mayoría de los países del continente. Será fácil convencerse de ello si se sabe que son raras las naciones de la región que no poseen hoy una u otra de las tres características siguientes:

—una importante población rural;

—un elevado porcentaje de producción agrícola en la composición de las exportaciones;

—una preponderancia absoluta de la gran propiedad.

1. El *índice de urbanización* no es uniformemente grande en todos los países del continente y menos aún en todas las regiones de un mismo país. Las sociedades esencialmente rurales predominan en América Central y en los países andinos. Así, la proporción de población no urbanizada es superior al 60% en Guatemala, Honduras, Bolivia y Paraguay; rebasa el 50% en El Salvador, Ecuador y Costa Rica. Sin embargo, hasta en los grandes países de urbanización galopante, como Brasil o México, es posible hallar zonas donde todavía predomina fuertemente la población rural. En el nordeste brasileño, a pesar de las grandes aglomeraciones de Salvador y Recife, sólo el estado de Pernambuco es mayoritariamente urbano, los de Rio Grande do Norte y Sergipe están equilibrados y los demás estados, incluyendo Bahía, tienen una población rural que rebasa el 55% (70.4% en el caso de Maranhão). En México, donde el 60% de la población todavía estaba empleada en la agricultura en 1960, los estados de Hidalgo, Querétaro, Zacatecas, Tabasco, Oaxaca y Chiapas tienen menos del 30% de población urbana. En los estados

de Veracruz y Michoacán, la población rural es todavía ligeramente superior a la de las ciudades. Allí se trata, sin duda, de zonas arcaicas o de regiones de menor desarrollo, por tanto poco representativos de la América Latina de hoy. Sin embargo, precisamente porque esos elementos concuerdan con la América Latina de ayer, el atento examen del mundo rural y del pasado reciente puede ayudar a comprender las sociedades actuales. Sobre todo porque, fuera de algunos países mineros que han sacrificado su agricultura, ésta sigue ocupando una parte preponderante en las economías.

2. *Agricultura y composición de las exportaciones.* En los países más modernizados, la agricultura apenas cuenta en la composición del producto nacional, pero no ocurre lo mismo en el caso de las exportaciones. En esas economías relativamente complejas, la parte de la agricultura en el PNB a menudo es inferior al 25% (6% en Venezuela), generalmente por debajo del 20%, incluso en países altamente exportadores de bienes agrícolas. En Argentina y Uruguay, el valor agregado del sector industrial duplica al del sector agrícola. En el primero de esos dos países, los cereales y la carne constituyen más del 50% (1980) de las exportaciones y la totalidad de los productos derivados de la agricultura conforma el 80% del total de los bienes exportados, mientras que en el país vecino, la lana, el cuero y la carne por sí solos constituyen más del 80% del comercio exterior. Con excepción de la Venezuela petrolera, del Chile productor de cobre, de la Bolivia exportadora de estaño, plata e hidrocarburos, del Perú que después de 1968 deja de ser un importante exportador de algodón y azúcar pero que sigue siendo proveedor de cobre, todos los demás países del continente dependen de la producción agrícola para su comercio exterior. En Colombia, el café proporcionaba hasta fechas recientes más del 70% de los ingresos del país; el plátano, el cacao y el café conformaban todavía en 1971 cerca del 80% de las exportacioes ecuatorianas. Antes del *boom* de los hidrocarburos que "petrolizó" su comercio exterior, los productos agrícolas (algodón, azúcar, café) representaban hasta el 50% de las exportaciones de México. Siguen constituyendo más del 40% de las exportaciones brasileñas frente al 60% tan sólo de café en 1955.

Esta preponderancia de la agricultura en el "salario" na-

cional de países tan distintos nos indica que la riqueza agrícola es un factor en juego político de primer orden, y que los productores de esos bienes o quienes los controlan siguen ejerciendo una influencia decisiva sobre las grandes orientaciones de la vida nacional como pudieron ayer dejar su huella en la plasticidad de sociedades en formación.

3. *La concentración de la propiedad territorial.* No podríamos subestimar ni la dimensión económica ni las repercusiones sociales ni las consecuencias políticas de la preponderancia de las grandes propiedades cuya aparición plurisecular jamás está ausente de la constitución de las sociedades y del poder nacional.

La gran propiedad y su historia

Recordar la historia no puede ser superfluo. En efecto, nos interesa menos el estado actual de la distribución de la tierra que la evolución que ha conducido a ese resultado y las huellas que ha dejado.

La apropiación de la tierra tal como la conocemos hoy se remonta a la época colonial, lo cual no quiere decir que las grandes propiedades no sean mucho más recientes. La época precolombina no es muy bien conocida. Parece haber tenido en los grandes imperios sobre los cuales estamos mejor informados dos características: la propiedad de Estado de las tierrras, por una parte, y una organización comunitaria de aquéllas, por la otra. El *ayllu* entre los incas y el *calpulli* mexicano son sistemas comunitarios locales con usufructo familiar de las parcelas que existían sin duda antes del establecimiento de las grandes civilizaciones y que les ha sobrevivido parcialmente. En el imperio inca, las tierras están divididas en tres partes: las "tierras del sol", cultivadas para las necesidades del culto y de sus dignatarios, las "tierras del Inca" y finalmente las de los *ayllus*. El Inca, además de que parece haberse llevado la mejor parte en la distribución, igualmente se arrogó la propiedad eminente de todas las tierras comunitarias que concede a sus súbditos a cambio del trabajo en sus posesiones y las de la casta dirigente. Lo que Louis Baudin bautizó "socialismo inca", y que otros han identificado con el "modo de producción asiático", no es pues más que una forma muy centralizada de poder absoluto pero con un sistema de reciprocidad que crea una "sociedad de previsión", al menos de confiar en los *Comentarios reales* de Garcilaso de la Vega, cronista del siglo XVI que no escatima en la apología. El Inca, al controlar el excedente, constituye reservas a fin de alimentar y equipar a los soldados y campesinos que trabajan en sus tierras, mientras los pueblos tienen la obligación de socorrer a las viudas y de subvenir a las necesidades de enfermos y ancianos.

Con la llegada de los conquistadores van a crearse las grandes propiedades coloniales. Los recién llegados no enfrentaron los peligros de lo desconocido y de la conquista para trabajar la tierra, muchos incluso huyeron de España para no ser obligados a hacerlo. Nada en común con los pioneros que desembarcaron hacha en mano para roturar. Esos hidalgüelos de Extremadura o de Andalucía vienen a enriquecerse y vivir noblemente. Han atravesado el océano para "valer más". Por otra parte son demasiado pocos para colonizar. Ni España ni Brasil concibieron sus nuevas posesiones como colonias de población. Fieles al espíritu feudal del que son tributarios, los conquistadores se apropian de las tierras donde hay hombres, por su trabajo pero sobre todo por el prestigio y el poder que da su número. Esas tierras son tanto más extensas cuanto que están poco pobladas o que, como propiedades comunitarias, se han quedado indivisas.

Algunas de esas tierras han sido "legalmente" atribuidas por la corona a los soldados de la conquista para transformarlos en colonos. Sin embargo, las más de las veces es por usurpación, sobre todo a través de la corrupción de la institución llamada encomienda, como se convierten en las posesiones españolas en dueños de la tierra. La encomienda no es un feudo, sino una responsabilidad administrativa y religiosa no hereditaria que los españoles de las Indias interpretan feudalmente. El encomendero recibe el encargo de recaudar el tributo que los indígenas en cuanto súbditos del rey deben al soberano, a condición de administrarlos y sobre todo de evangelizarlos. En efecto, la conquista fue en mucho una empresa privada de cuyos ingresos finales los soberanos españoles sólo controlaban una parte. La corona, aunque consideraba a los indios súbditos libres, los repartió a los españoles en función de las necesidades de la economía

y del peso político de cada uno. A algunos conquistadores se les confiaron miles, los cuales, tanto en el marco de la encomienda como en el del trabajo en las minas (la mita), las más de las veces están sujetos al trabajo forzado. Sobre la base de esas relaciones de vasallaje se constituyen las grandes propiedades. No obstante la corona española intenta preservar la propiedad comunal de los indios en las zonas más densamente pobladas, dado que los indígenas son a menudo relegados a tierras menos fértiles. Las comunidades indígenas forman reducciones, que ocupan un territorio reconocido, pagan tributo y proporcionan mano de obra para los diversos trabajos públicos. Esta situación legal no impide que las grandes propiedades avancen sobre las tierras comunitarias con el objeto principal de reclutar mano de obra indígena.

De esos orígenes coloniales del sector agrario proceden varias características casi permanentes de las relaciones sociales en el campo latinoamericano. Así, el pasado servil del trabajo de la tierra marcó la condición campesina incluso después de que el trabajo forzado —o la esclavitud en el caso de Brasil— fuera abolido. Pero sobre todo, de la colonia proviene lo que podríamos llamar la confusión "feudal" entre tareas administrativas o misioneras e intereses privados. En un país conquistado donde el conquistador difiere étnicamente de los grupos sociales dominados, el encomendero a quien se le confían hombres y que se apropia de las tierras se convierte en una especie de señor enfeudado. Un sistema de tipo señorial se instaura tanto más fácilmente, con sus pirámides de vasallos y sus obligaciones de reciprocidad, por el hecho de que el encomendero debe tener "armas y caballo" para defender la corona y hacer la guerra. Todo ello modeló las mentalidades e influyó en las configuraciones marcadas por la imposición de las relaciones personales y la amplitud de las distancias sociales. Estas últimas siguen siendo notables hasta en el lenguaje popular del campo. En los países andinos por ejemplo, el "patrón", es decir el blanco, o el hombre que encarna culturalmente la autoridad, todavía es tratado de don (*dominus*) o de Su Merced.

Durante la independencia, las grandes propiedades se consolidaron o a veces hasta crecieron mientras la situación de los indígenas, a quienes hasta entonces mal que bien protegían las leyes de la corona, se agravaba. La emancipación

de las colonias españolas fue, como sabemos, estrictamente política; no acarreó ni descolonización cultural ni progreso social. Al echar al español, la aristrocracia de los grandes propietarios criollos se apoderó del poder político, a veces haciendo frente a las reivindicaciones igualitarias de las masas indígenas o mestizas. Así, en México, los precursores de la independencia, Hidalgo y Morelos, que habían movilizado ejércitos de indios para restaurar las tierras comunes usurpadas por los españoles, fueron fusilados por haber intentado una revolución popular.

Más aún, en nombre de la igualdad de los ciudadanos y del liberalismo, se suprimió la situación particular y las garantías dadas por la corona a los indígenas. Incluso se alentó el fraccionamiento individual de las tierras comunitarias y su comercialización. Así las solidaridades primordiales tendieron a disgregarse mientras las disparidades socioculturales entre indígenas y burgueses criollos aumentaban las posibilidades de expoliación.

Las grandes leyes liberales sobre la secularización de los bienes de manos muertas que fueron promulgadas a mediados del siglo XIX en México, generalmente más tarde en otros países, a menudo permitieron a un reducido número de poderosos acaparar las vastas posesiones de la Iglesia. En México, el proceso de "desamortización" que afecta la mitad de las buenas tierras del país fue el origen de las grandes haciendas. La división de los eriales locales en nombre del progreso prolongó, también en México, esa tendencia a la concentración territorial. Bajo Porfirio Díaz, las sociedades extranjeras o nacionales de agrimensura fueron autorizadas a catastrar tierras comunitarias a menudo sin títulos y a apropiarse de una parte. En 1910, 40 millones de hectáreas pasaron así a manos de ese nuevo tipo de acaparadores. Ese movimiento de expropiación, que obedecía al espíritu de modernización de la época, facilitaría a la vez la circulación de tierras inmovilizadas y la aparición de una mano de obra poco costosa de campesinos despojados de sus medios de subsistencia. Fue una de las principales causas de la explosión agraria de la revolución que simboliza el nombre de Emiliano Zapata, líder de los campesinos despojados del estado de Morelos en el centro de México.

En otros países, como Argentina, es el Estado el que, para

recompensar a aquellos con quienes ha contraído obligaciones o hacer frente a sus necesidades de tesorería, distribuye enormes extensiones de tierra inaccesibles en la "frontera" con los pueblos indios insumisos. Esas tierras, que sólo existían en el papel en el lejano sur de la provincia de Buenos Aires, serán valorizadas hacia 1880 por las campañas de "pacificación del desierto" y gracias a los ferrocarriles. También allí, la gran propiedad está ligada a la conquista.

La conquista patrimonial continúa

Hoy, el proceso de acaparamiento de tierras prosigue, aun cuando reformas agrarias más o menos profundas y las divisiones por herencia de las grandes propiedades parecen a veces contradecir esta tendencia ininterrumpida. La lucha de las comunidades y de los pequeños agricultores contra la expropiación o las invasiones de las grandes propiedades está lejos de pertenecer al pasado. Marca la historia agraria actual: a la brutal expropiación de los aparceros o de los "precaristas" responde la invasión colectiva de tierras desocupadas o no cultivadas. El Perú indio aparece, hasta las reformas de 1968, como el lugar clásico de esos enfrentamientos seculares que atestigua, de Ciro Alegría a Manuel Scorza, una rica literatura indigenista. En Colombia, en las zonas indias del Cauca, los indígenas relegados en los resguardos de las tierras altas y pobres no están a salvo de las presiones patrimoniales. La violencia, esa feroz guerra civil que destrozó al país durante una decena de años a partir de 1948, tendría entre otras consecuencias la de apresurar la modernización capitalista del sector agrario al precio principalmente de la expulsión de los agricultores y de los pequeños propietarios de las tierras que cultivaban. Una encuesta realizada en una región "violenta" del departamento del Valle al sur del país (Caicedonia) indicaría que el 80% de los campesinos sin tierras en 1970 eran propietarios antes de 1940.[1]

[1] Germán Castro Caycedo, *Colombia amarga*, Bogotá, Carlos Valencia, 1976, pp. 4-8.

En Brasil, a pesar de la inmensidad y de la reducida población relativa, el acaparamiento de tierras se agravó considerablemente en el último período. Entre 1920 y 1975, las superficies ocupadas por las propiedades mayores de 100 hectáreas no dejaron de aumentar. Es principalmente la instauración de una agricultura de exportación eficaz, para responder a una creciente demanda del mercado mundial, la que echó a los aparceros y obreros estables de las *fazendas* para transformarlos en jornaleros itinerantes (*boias frias*) o en emigrantes urbanos. En el noreste, la repentina alza de los precios del azúcar acarreó el crecimiento de las superficies cultivadas y la supresión de las *roças*, parcelas asignadas a los trabajadores de la plantación para sus hortalizas. En el sur, las necesidades del cultivo mecanizado, sobre todo de soya, provocaron la expulsión de los *posseiros* que fueron a instalarse en gran cantidad a las tierras vírgenes abiertas en el centro-norte del país por los pasos de las carreteras transamazónicas. Sin embargo, cuando la crisis y la falta de petróleo a principios de la década de los ochenta hicieron que Brasil recuperara su vocación agrícola, inmensas propiedades (de 100 000 a 200 000 hectáreas) en principio desocupadas fueron ofrecidas a las grandes sociedades europeas, norteamericanas o japonesas en la Amazonia. Esas grandes compañías, de las cuales algunas no tenían ninguna competencia particular en materia agrícola, hicieron que sus pistoleros, *grileiros* y *jagunços*, desalojaran a los ocupantes sin títulos llegados de lejos, que habían roturado insignificantes parcelas arrancadas a la selva. Esos conflictos territoriales, suscitados por los contradictorios proyectos gubernamentales de aprovechamiento de la Amazonia, tomaron un sesgo grave en algunas regiones como la zona Tocantins-Araguaia donde los "precaristas", a veces con ayuda de la Iglesia, decidieron defender sus fincas.

Sin duda el caso más espectacular de esta expansión patrimonial, aun cuando terminó en un fracaso financiero, es el imperio privado que logró un hombre de negocios norteamericano en el río Jari, no lejos de Belem y de la Guayana francesa, y del cual jamás se supo cuántos millones de hectáreas (1 o 6) comprendía. En todo caso es en las zonas de colonización reciente donde la concentración de la propiedad es mayor y donde, desde 1967, las fincas de más de 10 000 hec-

táreas se han multiplicado. Además, la reaparición de grandes propiedades en tierras previamente repartidas por la reforma agraria no es rara. En México, donde la expropiación agraria originó la revolución de 1910 y donde se llevó a cabo una reforma agraria permanente de la cual se enorgullece el régimen, la situación actual de la propiedad no es muy distinta de la que existía antes de la revolución a pesar de las prohibiciones legales que pesan sobre la gran propiedad. En el Chile de Pinochet, una contrarrevolución agraria devolvió a los grandes poseedores su propiedad y su poder.

Como se ve, la apropiación del espacio no es socialmente neutra; va a la par con un desposeimiento de los dominados. Los móviles relacionados con la rentabilidad capitalista han remplazado hoy, a menudo agravándolos, los objetivos y mecanismos de tipo precapitalista anteriores. Los resultados son idénticos y los medios similares.

Latifundios y coerción extraeconómica

La concentración territorial dio origen en todo el continente a la pareja antagonista y complementaria *latifundia-microfundia*. Si bien la micropropiedad o unidad "subfamiliar", según algunas nomenclaturas interamericanas,[2] es fácil de definir, otra cosa sucede con el latifundio que puede designar dos tipos distintos de gran propiedad. A veces evoca simplemente las dimensiones de la hacienda y de la *fazenda* y la etimología recupera sus derechos. Las más de las veces el latifundio, a diferencia de la gran propiedad de la agricultura capitalista, es un tipo de finca tradicional de carácter extensivo, incluso insuficientemente explotada, donde sólo una parte de las superficies útiles es cultivada, y que es trabajada indirectamente por aparceros.

En efecto, no podemos ignorar la existencia de fincas medias de alta productividad en la mayoría de los países del continente. En Argentina, Brasil y Colombia, esos tipos de unidades proporcionan el 60% o más de la producción agrícola. Sin embargo, no por ello el binomio latifundio-minifundio deja de ser una realidad, sobre todo en los países de fuerte población indígena donde el predominio de las micropropiedades es grande mientras la diferencia entre ellas y los latifundios adquiere una dimensión gigantesca. En Argentina, la superficie promedio de las grandes propiedades es 270 veces mayor que la de las unidades subfamiliares, pero la relación es de 2 000 a 1 en Guatemala. En este último país, 8 800 propietarios, o sea menos del 3%, reúnen el 62% de las tierras cultivables, mientras el 87% de los agricultores se reparten el 17% de las superficies. En la vecina Honduras, donde la situación agraria es sin embargo menos tensa, 667 propiedades se reparten el 28% de las superficies, mientras otros 120 000 (de un total de 180 000) se concentran en el 12% de las superficies cultivables. En Brasil, el 50% de las propiedades detenta el 31.5% de las tierras, el 1% de las fincas posee el 49% de las tierras, según el censo agrícola de 1975. En el Chile anterior al inicio de las reformas de 1964, menos del 7% de las fincas se repartían más del 81% de las tierras.

Lo que sorprende en las formas más tradicionales y arcaicas del latifundio, es que se trata menos de una empresa productiva que de una institución social y hasta política, poco sensible a la coyuntura económica. El "sistema de hacienda", tal como se le halla en las zonas andinas o en América Central, debe más su riqueza a los hombres que a las tierras. El espítiru de dominación es más importante en la lógica de su reproducción que la preocupación por los rendimientos agrícolas. Por lo demás, la producción (sobre todo de plantas comestibles) es escasa y sólo los excedentes son colocados en el mercado. Y la subexplotación puede ir a la par con una especie de repliegue distante con relación a la sociedad global.

El modo de aprovechamiento que prevalece en ese sistema poco monetarizado es una especie de aparcería precaria contra prestaciones en trabajo. El patrón de la hacienda, por convenio tácito y revocable, presta una parcela a un campesino, quien tiene la obligación junto con su familia, de pagar el arriendo con jornadas de trabajo en las tierras patrimoniales así como mediante diversos servicios personales. Esos pequeños arrendatarios sujetos a prestación personal llamados inquilinos en Chile, colonos en Perú, huasipungue-

[2] Véanse sobre todo las publicaciones y estudios del CIDA (Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola), filial de la OEA, de la CEPAL y la FAO.

ros en Ecuador, trabajan gratuitamente o a cambio de un salario simbólico. Cierto, esas prestaciones gratuitas en todos lados están prohibidas por las leyes, pero el salariado está lejos de estar tan ampliamente propagado en el campo como lo prevé el legislador. Así, en ese sistema de semiservidumbre, no es raro que el campesino esté a disposición de su "señor" tres días o más por semana y sin otra remuneración que el usufructo de una parcela y la protección patronal. Asimismo es frecuente que el patrón imponga los cultivos que el aparcero deberá efectuar en su parcela, para no hablar del control de las idas y venidas de ese siervo sujeto a la gleba y a menudo feliz de estarlo.

Múltiples servidumbres personales vienen a añadirse al trabajo agrícola no remunerado. Se recogieron las reivindicaciones de los campesinos de una arcaica hacienda en la región de Cuzco, Perú, en la década de los sesenta, época en la cual aparecen los primeros sindicatos campesinos de la zona.[3] Las demandas son las siguientes:

1. supresión del pongaje o servicio semanal, dicho de otra manera, del servicio doméstico impuesto a la familia de cada aparcero en casa del dueño en la hacienda o la ciudad;
2. supresión del transporte gratuito a la ciudad de los productos de la hacienda;
3. eliminación del servicio no remunerado en otras haciendas, ya que el patrón presta o renta fácilmente su gente a sus vecinos;
4. limitación del trabajo no pagado en las tierras del patrón a 12/15 días al mes;
5. eliminación de la venta forzada de los productos del aparcero a la hacienda (que fijaba los precios).

Se trata por supuesto de un caso extremo, tanto más exorbitante cuanto que en esa zona las haciendas se establecían muy a menudo sobre tierras comunitarias usurpadas: los campesinos eran pues de alguna manera siervos en su propia tierra. Si bien en esos casos peruanos la reforma agraria posterior a 1968 abolió lo esencial de un pliego de condicio-

[3] Según Julio Colter, "Traditional haciendas and communities in a context of political mobilization in Peru", en Rodolfo Stavenhagen *et al.*, *Agrarian problem and peasant movements in Latin America*, Nueva York, Anchor Books, 1970, p. 545.

nes feudal, éste atestigua sin embargo el tipo de relación de producción que prevalecía entonces y las relaciones sociales que aquéllas implican.

En otros casos menos extremos el aislamiento de la hacienda fortalece el poder del patrón. Dado que éste controla el único medio de transporte, el único teléfono, organiza a su voluntad el trabajo y los descansos de sus hombres. Las posibilidades para los trabajadores de mejorar su condición mediante la acción colectiva son reducidas en tales situaciones. La violencia es el horizonte obligado del cambio, la otra cara de la rigidez de las estructuras sociales. Es evidente que entre el amo y los de abajo, existe una diferencia innata. Los segundos son los deudores del primero que en el mejor de los casos los trata paternalmente. Que no se les ocurra salirse del aro y soñar con relaciones contractuales. Puede entonces caerles alguna desgracia como a esos campesinos peruanos que Manuel Scorza describe en una de sus novelas, y a quienes les dio un "infarto colectivo" durante una comida ofrecida en casa de su hacendado, ¡por haber tenido la desfachatez de querer crear un sindicato![4] Queda la huida a la ciudad, que por otra parte provoca de manera natural una modernización de las estructuras agrarias que a su vez acarrea la reducción de la mano de obra, sobre todo por la recuperación de las parcelas distribuidas y la supresión de la aparcería. Ese proceso de modernización es uno de los principales factores de expulsión del campo.

No obstante la configuración jerárquica de las relaciones sociales y las modalidades más o menos disimuladas de trabajo forzado se hallan igualmente en propiedades que no son latifundios. La economía hidalga caracteriza a veces las relaciones de trabajo en las plantaciones que producen para la exportación con técnicas avanzadas. En efecto, muy a menudo las grandes propiedades modernas utilizan medios precapitalistas para administrar su mano de obra. La movilidad de los factores y el mercado libre del trabajo están lejos de constituir la realidad dominante. El uso de la coerción extraeconómica en las relaciones de trabajo aparece frecuente-

[4] Manuel Scorza, *Redoble por rancas*, Barcelona, Planeta, 1970, pp. 113-121.

mente durante el siglo XX, en contextos perfectamente capitalistas. No es raro que los trabajadores sean mantenidos en un régimen de explotación por deudas a las cuales la modicidad de su salario y el monopolio ejercido por la tienda patronal a precios usurarios no les permiten poner fin. Así pues, a menudo los *boias frias* se ven obligados a pagar su "viaje" al lugar de trabajo de la misma manera que los primeros trabajadores libres europeos que llegaron a Brasil permanecían bajo la férula de su patrón hasta pagar su travesía por el Atlántico. Por lo demás la retención por deuda era tan normal en el siglo XIX que hacia 1820, según François Chevalier, los propietarios de Puebla, en México, se lanzaron a la guerra contra una medida que limitaba a 5 pesos el endeudamiento de los indios. El acaparamiento de las tierras de hortalizas por grandes sociedades puede tener igualmente por objetivo obtener una mano de obra numerosa y estable en las plantaciones para el período de las cosechas. Era el caso de las grandes y modernas fábricas azucareras en las provincias de Salta y Jujuy en Argentina en la década de los treinta,[5] donde se ha señalado que se recurría al endeudamiento para asegurar la zafra. Aun cuando estas prácticas hoy son residuales, no por ello han dejado de impregnar un tejido social singular y singularmente rígido.

Dependencia personal y poder privado

La supervivencia de relaciones sociales no contractuales y la importancia de las de patrocinio, incluso en contextos modernos donde la racionalidad del mercado parece imponerse, es una de las características significativas de las sociedades marcadas por la herencia latifundista. El salariado no siempre obedece sólo a las leyes de la oferta y la demanda cuando tradiciones de semiservidumbre o vínculos patrimoniales matizan la totalidad de las relaciones de dominación. En efecto, en esas sociedades jerárquicas donde la familiaridad protectora de los poderosos es la base de las expectativas clientelistas de los humildes, las relaciones de asimetría personalizada muy a menudo son más determinantes que la lógica desnuda de las relaciones de producción. Es incluso la proximidad y hasta la ubicuidad de ese orden "señorial" la que determina la especificidad de las formaciones sociales de América Latina. Dado que se han integrado al mundo capitalista utilizando mecanismos propios de sociedades poco secularizadas y modernizadas, se ha podido hablar con respecto a ellas de "capitalismo autoritario" o de "desarrollo reaccionario" del capitalismo en referencia a los clásicos del marxismo. La diferencia con los sistemas prusiano o ruso a los cuales se refieren esos conceptos es sin embargo patente y obedece al carácter privado de las formas de dominación y a la escasa incidencia de la estructuración estatal en esos modos de surgimiento del capitalismo moderno.

[5] Véase Ian Rutledge, "Plantations and peasants in modern Argentina: the sugar cane industry in Salta and Jujuy", en David Rock *et al.*, *Argentina in the XXth century*, Londres, Duckworth, 1975, pp. 89-113.

La segunda consecuencia del orden hidalgo que durante varios siglos dominó la historia latinoamericana es en efecto la importancia del poder privado, y por consiguiente de las autoridades locales. La concentración del poder económico y social, así como la fragilidad del Estado tras la independencia o la inestabilidad de las instituciones políticas ulteriores, ha reforzado la verticalidad de las relaciones sociales a través de las diferentes formas del patrocinio y el clientelismo. El aislamiento geográfico, la inseguridad de la situación, la rareza de un bien indispensable (tierra, agua, trabajo) consolidan relaciones de reciprocidad desigual en torno al cacique, gran propietario o comerciante y notable, que sirve de intermediario obligado entre esa "gente" y el resto de la sociedad. En torno al "poderoso" se organiza una red de favores. En esta "política de rareza", cada individuo favorecido es el eterno deudor y el cautivo de su benefactor aun cuando cada una de las partes se esfuerza por sacar el mejor provecho de ese intercambio desigual. Esas solidaridades verticales nacidas en el campo no sólo afectan el mundo rural tradicional. En la ciudad moderna surgen también formas de patrocinio más o menos institucionalizadas. Las condiciones irregulares de alojamiento, el empleo informal, el atascamiento de un Estado-providencia más mimético que efectivo si no es que clientelizado empujan al individuo en busca de protección, de favores, de seguridad. Así pues, y

bajo otras formas, el dominio señorial y la preponderancia del poder privado se perpetúan.

SOCIEDADES POSCOLONIALES

Ciento cincuenta años de independencia, menos de un siglo en el caso de Cuba, no han podido borrar los tres siglos de colonización ibérica que abre el traumatismo de la conquista. Los negros brasileños siguen llamando todavía "portugueses" a los blancos "malos", mientras los indios del Quiché en Guatemala siguen negándose a celebrar la fiesta de la independencia nacional que sienten exclusiva de los ladinos que los oprimen. Si bien la conquista es para algunos una especie de pecado original de las Américas, no es menos cierto que el tiempo largo y somnoliento de la colonia constituyó el crisol donde se formaron sociedades de múltiples componentes étnicos. La estratificación social de hoy se constituyó en lo esencial en ese período decisivo y a menudo olvidado. En el comienzo de las independencias, la suerte está echada. Las aportaciones ulteriores, sobre todo europeas, no cambiarán en lo esencial ni las relaciones de dominación ni la arquitectura de la organización social.

El indio de hoy

En esos países occidentales donde el blanco domina numéricamente en casi todos lados y siempre socialmente, las razas de color, primeros habitantes o descendientes de esclavos africanos, llevan los estigmas del hecho colonial.

Más allá del genocidio inicial, casi podríamos decir "fundador", de la conquista, que ya hemos mencionado, las masacres de indios continúan hasta la época contemporánea a pesar de la abnegación de algunos misioneros, antropólogos (o "sertanistas" en Brasil) que toman su defensa y son acusados de oponerse al progreso. Los "barones" de la lana de la Patagonia o Tierra del Fuego pagaron a "cazadores de indios" a principios de siglo para desembarazarse de los indígenas que no comprendían que los borregos eran propiedad privada. Tampoco es sorprendente que los tehuelches y los alacalufes mencionados por Darwin hayan prácticamente desaparecido, mientras el último ona murió en 1984. Por lo demás, en Argentina las campañas de pacificación llevadas a cabo por el ejército continuaron en el norte (Chaco) hasta después de la primera guerra mundial. En Brasil, el aprovechamiento de la Amazonia acarreó, a veces voluntaria y a menudo involuntariamente, la destrucción de tribus indias que vivían prácticamente sin contacto con la sociedad nacional. Varios proyectos de asimilación integral del indio selvático, en nombre de las necesidades nacionales, han sido detenidos en el último momento por antropólogos y grupos de oposición. El organismo de defensa del indígena (FUNAI) no parece haber estado siempre, sobre todo bajo el régimen militar posterior a 1964, por encima de cualquier sospecha.

Un resonante suceso ocurrido en Colombia en 1972 ilustra de manera dramática la cuasilegitimidad del genocidio en la percepción popular y, por consiguiente, la brecha que separa a los indios del resto de la sociedad. En un apartado lugar de los llanos, dieciséis indios fueron asesinados a sangre fría por mestizos. Detenidos y juzgados ante el tribunal de Villavicencio, los culpables confesaron que los indios eran para ellos "animales dañinos", y que ignoraban que estuviera prohibido matarlos. El tribunal los absolvió para gran escándalo de numerosos colombianos, y se apeló para la realización de un nuevo proceso. Sea lo que fuere, el lenguaje de los acusados que llamaron a los indios "irracionales" oponiéndolos a los "civilizados", dotados de razón, dice mucho sobre la condición del indígena. Por lo demás, numerosas expresiones populares traducen el temor latente del indio así como el sentimiento de inferioridad inculcado a los indígenas "aculturados" por siglos de opresión y desprecio. "Se le despertó el indio", se dice de los accesos de violencia en los mestizos; los indios ladinizados o cholos (es decir los "aculturados" en su versión mesoamericana o peruana) hablan de los benefactores que les enseñaron el español y las "costumbres civilizadas" (misioneros o maestros) diciendo: "nos hizo gente".[6]

[6] El discurso conformista del indio es además el de la culpabilidad, del

Ésos son los aspectos más tenaces y más espectaculares de la herencia colonial. Al organizar la repartición de los indígenas a los blancos y al favorecer el trabajo forzoso, la presencia española creó relaciones de tipo colonial entre el mundo blanco y el mundo indígena que se revelaron extremadamente duraderas. Desde entonces, ambos universos se rozan, menos separados que complementarios, en relaciones de explotación y dominación.

Hoy, en las zonas de fuerte concentración indígena, Mesoamérica y países andinos, el indio no es sólo un ser explotado en cuanto trabajador más o menos sometido a un patrón, lo es también en cuanto productor y hasta como consumidor. El indio, propiamente dicho, no constituye una supervivencia o un grupo de "cultura tradicional" identificable en función de rasgos somáticos distintivos, sino que pertenece a un grupo social excluido y desposeído que vive en una situación de verdadero "retroceso social". Como vigorosamente lo expresa el antropólogo Henri Favre, la situación del indio no es otra más que la "forma que adopta la alineación absoluta en los países latinoamericanos". Esta definición extrema es compartida por todos aquellos, particularmente sociólogos, que hacen hincapié en los fenómenos de colonialismo interno en las relaciones ladinos-indios. Quizá sorprenderían algunas comunidades indígenas prósperas como la de los artesanos tejedores de Otavalo, en Ecuador, que comercializan ellos mismos su producción a través de todo el continente.

La huella de la economía esclavista

Cuando la mano de obra indígena falta, los dueños de la tierra importan de África esclavos para el aprovechamiento de las riquezas del Nuevo Mundo. La importancia numérica de esta inmigración forzada y la densidad de población afri-

combate contra sí mismo, de la percepción negativa de sus propios valores más que la manifestación de una reivindicación cultural. Véase a ese respecto el interesante estudio de Martine Dauzier, *L'Indien tel qu'il se parle. Interventions indiennes dans la campagne présidentielle du PRI au Mexique en 1982*, París, ERSIPAL-CNRS, 1984 (18 pp., mimeografiado).

cana esclava en algunas regiones del continente han contribuido profundamente a la especificidad de su desarrollo social. La historia misma de los estados predominantemente esclavistas difiere de la de los países vecinos. Así podemos pensar que en Cuba son el gran miedo, entre las élites criollas, de una revuelta de esclavos como la que devastó Santo Domingo a principio del siglo XIX y el deseo de mantener la trata de negros, los que contribuyeron a la lealtad de la isla hacia España, mientras la ruptura pacífica y sin guerra de Brasil con la metrópoli portuguesa respondía al mismo reflejo de prudencia conservadora. La esclavitud no fue abolida en Brasil sino hasta mayo de 1888, y no es sorprendente el que, tanto del lado de los antiguos amos como del de los descendientes de esclavos, los comportamientos y los valores de la antigua sociedad colonial hayan dejado huellas indelebles.



Dado que el esclavo negro era considerado "un animal y una máquina", según la expresión de Gilberto Freyre, la esclavitud contribuyó sobre todo a frenar el progreso técnico estableciendo una barrera de color igualmente interiorizada por blancos y negros. A un viajero inglés le sorprendía en 1840 la casi ausencia de tracción animal en las ciudades de Brasil, ya que la tracción humana era con mucho la más propagada: los palanquines de las ricas cariocas eran en efecto mucho más frecuentes que las yuntas. Según los historiadores brasileños, la utilización de esclavos para todas las tareas domésticas bajas, retrasó la instalación de canalizaciones de agua y alcantarillas: tropas de esclavos son empleadas en las ciudades para acarrear agua y llevarse las aguas residuales. Al francés Expilly, que evoca Río en 1860, incluso le escandaliza el nauseabundo olor de esos "barriles impuros" derramados por esclavos en las playas de la bahía de Guanabara. En el terreno económico, la abundancia de la fuerza de trabajo servil desechó la adopción de máquinas que habrían podido ahorrar el esfuerzo de los hombres y permitir el perfeccionamiento de las técnicas de producción. Podemos suponer las consecuencias sociales ulteriores de ese pasado que todavía hoy condiciona las jerarquías sociales.

El negro, descendiente de esclavo, despreciado y ridiculizado en el folklor brasileño, en el Brasil contemporáneo generalmente se halla en el lugar más bajo de la escala social.

Si bien el racismo como referencia legitimadora es tabú desde la abolición de la esclavitud, la discriminación no deja de ser evidente a pesar de la ideología nacional de la "democracia racial". Simplemente se confunde con la distinción de clase. De manera natural los pobres son negros y los ricos blancos. Razas y clases se superponen. Uno de los raros diputados negros del Parlamento de Brasilia preguntaba recientemente dónde estaban "los senadores, los diputados negros, los ministros negros, los oficiales superiores y los jueces de origen africano".[7] La igualdad racial está lejos de ser una realidad cerca de cien años después de la "Abolición". Los dichos populares son elocuentes sobre la permanente humillación del pueblo negro: "El lugar del negro está en la cocina", se dice, razón por la cual generalmente está condenado a la entrada de servicio en los barrios ricos; "Un blanco que corre es un atleta, un negro que corre es un ladrón". Por último, la "buena apariencia" para la admisión a algunos empleos ¿acaso no es un simple e hipócrita eufemismo que significa que el empleo está reservado a los blancos?

El ideal de ascenso social a través de los matrimonios mixtos que permiten "blanquearse" no hace sino fortalecer en el seno mismo de la sociedad negra el prejuicio. "En la casa del mulato, el negro no entra", se dice frecuentemente, y María Carolina de Jesús cuenta cómo una de sus tías mulata clara negaba la entrada en su casa a sus padres negros. Tampoco es sorprendente que, durante los censos, el número de negros haya permanecido estable —alrededor de 6 a 7 millones— mientras la población brasileña de 1940 a 1980 pasaba de 41 a 118 millones de habitantes. Dado que los ciudadanos brasileños declaran ellos mismos su propio color, se comprende que al mismo tiempo el grupo de pardos (mestizos, morenos) haya pasado de 8.8 a 45.8 millones. Los negros tienen una tendencia natural a rechazar así una identidad étnica considerada fuertemente desvalorizante, sobre todo porque la experiencia social tiende a ponderar la herencia racial, desde la época colonial. El éxito tiende a "blanquear" y hasta a hacer del negro o del mulato un "semiblanco". La epidermis social es tan sensible al color que un etnólogo brasileño pudo registrar cerca de trescientos términos para traducir los infinitos matices que, del negro al blanco, sitúan socialmente a un individuo sobre la base de una interiorización casi indiscutida del ideal "caucásico".

[7] Declaraciones del diputado Abdias Nascimiento, *Le Monde*, 26 de mayo de 1983.

En Brasil, donde paradójicamente la cultura negra es valorizada —los principales símbolos nacionales (samba, camdomblé, feijoada) provienen de la minoría dominada—, la discriminación racial se identifica con la situación económica y cultural cuyas diferencias fortalece. Sin embargo la antigua colonia portuguesa no es el único país de la zona donde la estratificación social descansa sobre la marginación del negro. En Cuba, donde los negros constituyen una fracción importante de la población (entre el 15 y 25%, más con los mulatos y si se toma en cuenta la "atenuación social" del color que, como en Brasil, disminuye el número de negros), el acceso de los descendientes de esclavos al prestigio social o al poder es de los más limitados bajo todos los regímenes desde la independencia. Si bien Fidel Castro, de pura cepa española, ha justificado las intervenciones de Cuba en África mediante la naturaleza afrolatina de la sociedad y la cultura cubanas, sus adversarios, de los Panteras Negras al escritor hispanofrancés Arrabal, no han dejado de reprochar a su socialismo el estar dominado por los blancos y no dar a los afrocubanos el lugar que debería corresponderles. A este respecto podemos recordar que el dictador Batista (a quien los castristas derrocaron en 1959) era él mismo un mulato según la nomenclatura étnica socialmente aceptada en aquella época en Cuba, y que llegó al poder gracias a la revuelta de sargentos, en su mayoría de sangre mezclada, contra un cuerpo de oficiales blancos procedentes de la clase política dirigente. Por lo demás Batista gobernó durante sus dos presidencias cuidando su popularidad en la población negra y fomentando los cultos afrocubanos de las santerías. Más curiosamente aún, en Haití, república negra en un 95%, las oposiciones de clase tienen igualmente que ver con el color de la piel. La burguesía mulata o clara —o que supuestamente lo es pues un rico no puede ser más que mulato— que se identifica con el poder blanco colonial domina a la masa desprovista de los campesinos negros. Por lo demás fue en nombre de esos dominados y de los valores africanos —entre

ellos el vudú— que el médico etnólogo Duvalier instauró su dictadura "redentora" y antimulata.

El mestizaje, ayer y hoy

Sin duda América Latina es un continente mestizo, y si bien los historiadores y los apologistas de la colonización ibérica han insistido fácilmente en la ausencia de prejuicios raciales de los colonizadores españoles y portugueses, no hay que creer que la frecuencia de la relaciones sexuales o de las uniones entre razas basta para anular las separaciones de la sociedades étnicamente jerarquizadas. Sin duda la miscegenación ha sido muy fuerte desde la conquista, pero no por ello ha acarreado ni una aculturación total de los segmentos sociales dominados ni una homogeneización igualitaria de las sociedades coloniales. Por lo demás, antes de la independencia la fraternidad epidérmica, a menudo fruto de la necesidad, va a la par con un "sistema de discriminación legal" (Magnus Mörner) que es la base de una "sociedad de castas". Las colonias españolas y portuguesas de América constituyen verdaderas "pigmentocracias", donde el rango de cada quien está establecido por sus componentes étnicos. Al lado de los indios y de los negros, se hallaban las castas de sangre mezclada, de identidad codificada en un centenar de categorías oficialmente jerarquizadas y en las cuales el elemento indio valía siempre un poco más que el negro. Sea lo que fuere, a todos los no blancos se les prohíbe, según las épocas y los lugares, el acceso a la mayoría de los empleos de autoridad y prestigio, sobre todo el sacerdocio. Se les prohíbe llevar armas, o algunos trajes reservados a los amos españoles; la utilización de caballos o molinos, en pocas palabras toda la tecnología de punta de la época les es igualmente negada. Esta puntillosa discriminación que tanto parecía interesar a la burguesía criolla fue suprimida durante la independencia en las colonias españolas y mucho antes de la abolición de la esclavitud en Brasil. No obstante es sorprendente la importancia concedida a los problemas de las relaciones raciales en los escritos de los contemporáneos de la emancipación y entre los autores latinoamericanos de principios del siglo XIX. Bolívar, quien a pesar de pertenecer a la aristocracia de los propietarios de plantaciones de la capitanía general de Venezuela, hizo mucho por la igualdad de los indios y la libertad de los negros, profetiza en sus cartas no sólo un gran conflicto racial —las guerras de independencia de Venezuela fueron efectivamente guerras de razas y de clases así como enfrentamientos entre patriotas y poder colonial— sino igualmente el advenimiento de un "poder moreno" (pardocracia), al que estigmatiza con horror.

Así pues el mestizaje, y su importancia en las sociedades latinoamericanas, no podría ser subestimado, no más que el ideal de la supremacía blanca que le sirve de base. El ascenso social pasa siempre por el "blanqueo", tanto en el caso de los negros brasileños o venezolanos como en el de los mestizos argentinos del interior del país, que aspiran a casarse con hijos de inmigrantes europeos. La configuración de esas sociedades poscoloniales debe mucho a su complejidad etnocultural. Se comprende que presenten estratificaciones de extrema rigidez. En efecto, las desigualdades sociales son sin duda más fáciles de perpetuar cuando la distribución desigual de los ingresos y del prestigio es reforzada por diferencias étnicas. La movilidad allí es más difícil cuando la visibilidad de la situación social hace más natural la preservación de las situaciones adquiridas.

Conquista y modo de producción

Por la conquista, las sociedades americanas, al tiempo que se transforman según la lógica colonial que acabamos de mencionar, se integran al mercado mundial en función de las necesidades de las sociedades europeas. La extraversión económica que de allí se desprende condicionó las modalidades de introducción del capitalismo en América Latina, donde hay quienes sólo han querido ver una prolongación de las economías del centro. No obstante, la existencia de economías esclavistas y de fuertes componentes precapitalistas en las economías agrarias (trabajo forzado, trabajo no monetarizado, debilidad del sector asalariado, poder territorial) plantea a este respecto problemas de interpretación que no podemos eludir.

Para los analistas que podríamos calificar de "liberales"

(pero las teorizaciones son aquí impuras y expresan u ocultan estrategias políticas y concepciones del desarrollo), la heterogeneidad de esas formaciones sociales, consideradas sólo bajo el ángulo de las disparidades socioeconómicas, se resumiría en la yuxtaposición de dos subsociedades, o en la coexistencia de dos polos, uno de los cuales sería moderno y el otro tradicional. Sin embargo el retraso de la sociedad arcaica está destinado a desaparecer por la difusión de los valores modernos, dado que las "tareas de modernidad" se amplían hasta penetrar todo el tejido social. En efecto, para hablar como el argentino Sarmiento y los liberales del siglo XIX, dado que la "civilización" occidental triunfó sobre la "barbarie" americana, la racionalidad capitalista va a dominar poco a poco las relaciones sociales.

Los teóricos de la "dependencia" rechazan esta interpretación "dualista" de las sociedades latinoamericanas. Para ellos, las sociedades del continente están sometidas a las necesidades y evoluciones del sistema capitalista internacional. Su margen de autonomía es tan escaso como reducida su especificidad. En ese marco, algunos autores van más lejos definiendo las sociedades latinoamericanas como estrictamente capitalistas desde su inserción en el mercado mundial, por tanto desde la época colonial (André Gunder Frank). Sin duda es ir demasiado rápido. Los capitales no crean el capitalismo, y la esfera de la producción no puede confundirse con la de la circulación de las mercancías. Sin afirmar de manera igualmente dogmática que no hay capitalismo sin movilidad absoluta de los factores, es decir esencialmente cuando hace falta un mercado generalizado de mano de obra libre, por tanto de sector asalariado, no podríamos suponer que el destino de la producción baste para caracterizar sus modalidades. Así el cultivo del café en Brasil antes de la abolición de la esclavitud difiere fundamentalmente de la misma producción confiada a trabajadores europeos libres a final de siglo, tanto desde el punto de vista económico como social. Tampoco podríamos subestimar la huella del "sistema señorial", sus manifestaciones actuales y sus consecuencias diversas. El ejercicio de la autoridad política y judicial por parte del patrón, la fuerza del poder territorial y del poder local, la importancia de los vínculos personales hasta en el manejo de las relaciones sociales, son otras tantas manifestaciones de sistemas sociales donde la neutralidad de las relaciones contractuales está lejos de estar totalmente establecida. Al grado de que hemos podido preguntarnos si no se trataba de un modo de producción específico.



De hecho, la realidad es más compleja de lo que piensan "difusionistas" y "dependentistas". Podemos admitir la coexistencia de dos sociedades, no podemos conformarnos con señalar el retraso de una sobre la otra. El dualismo, si existe, es un elemento, un mecanismo fundamental y estable del sistema. El polo llamado tradicional está dominado por el polo moderno al que complementa. El sector moderno no tiende a hacer desaparecer el sector atrasado, que le es indispensable. El principio de la "unidad de los contrarios" actúa aquí de lleno. El arcaísmo y las relaciones sociales precapitalistas resultan ser funcionales para la lógica capitalista dominante. Así, la permanencia de zonas desarrolladas, verdaderas reservas de mano de obra barata, el arcaísmo del cultivo de hortalizas que producen a bajo costo los alimentos de la fuerza de trabajo industrial, o aun el crecimiento no capitalista del sector terciario urbano, son otros tantos fenómenos que se explican por la dominación del polo moderno sobre un polo tradicional que le está subordinado. Asimismo, la monopolización de las tierras de agricultura de subsistencia por grandes sociedades que producen para el mercado, y hasta el restablecimiento de diversas formas de trabajo forzado, como en el Chiapas mexicano en 1936 (para responder a una creciente demanda de exportaciones a causa del carácter "indefinido" de la proletarización campesina), constituyen otros tantos ejemplos de relaciones de trabajo precapitalistas al servicio de empresas capitalistas modernas. Las leyes sobre el vagabundeo (ley de vagancia) promulgadas en el siglo XIX en casi todos los estados del continente y que obligaban a todo hombre adulto a tener un patrón no tenían otra finalidad más que proporcionar mano de obra, bastante escasa, para las propiedades agrícolas. Los medios legislativos así como los subterfugios económicos han sido igualmente utilizados para ese mismo fin.

Sociedad desarticulada y clases sociales

La principal característica de esas sociedades dependientes que son las sociedades latinoamericanas es la diferencia entre lo económico y lo social. Las situaciones económicas son independientes de las relaciones sociales. Ese fenómeno, llamado "desarticulación" por Alain Touraine, puede hacer por ejemplo que un trabajador produzca para el mercado mundial y se halle sometido a un patrón por lazos de tipo patrimonial —dado que la modernidad capitalista y el tradicionalismo social no se excluyen sino por el contrario van a la par en una relación estrechamente solidaria. Esta "desarticulación" es evidentemente producto de una dependencia multiforme, es decir a la vez de una accesión indirecta, mimética, a la civilización industrial y de una integración a un conjunto cuyo actor dominante es extranjero. Dicho de otra manera, la conquista no crea *ipso facto* sociedades idénticas a las sociedades metropolitanas, sino produce sociedades coloniales penetradas y sometidas a las necesidades de sociedades extranjeras. De allí esta "desarticulación" entre lo "económico" y lo social. Las consecuencias de la extraversión económica son múltiples. Así, el control externo del proceso de acumulación hace que las relaciones de dominación social tomen la delantera sobre las relaciones de producción. La racionalidad capitalista está a menudo al servicio de la reproducción social y de una maximización del poder que llega hasta sacrificar el desarrollo y la ganancia.

En esas sociedades penetradas, el juego de las clases fundamentales como aparece en Europa y como fue sistematizado en el siglo XIX no está en el centro de la dinámica social, no más que los enfrentamientos y las mutaciones de las clases dirigentes que han marcado la evolución del Viejo Mundo. En primer lugar a causa de la presencia de un actor externo que, frecuentemente, determina, cuando no los induce, los comportamientos de las burguesías locales o de las clases obreras. Este actor, burguesía o capital extranjero, se convierte incluso en el protagonista central del desarrollo social y político en el caso extremo de economía de enclaves, minas o plantaciones. En segundo porque el Estado, lugar donde se negocian los intercambios entre la dominación externa y la dominación interna, es un actor preponderante,

sobre todo porque muy a menudo ha desempeñado un papel original y decisivo en la creación misma de las clases sociales. Finalmente porque la lógica de exclusión de los sistemas económicos impulsa al compromiso entre grupos dominantes mientras el papel de arrastre de las exportaciones primarias hace el desarrollo industrial menos antagónico de la producción agraria que subordinado a ésta.

Además, la dialéctica de las estructuras de dominación es mucho más activa que una supuesta oposición en el campo social entre lo tradicional y lo moderno. Más precisamente, las fracciones dirigentes de las clases superiores, por la continuidad y el mismo inmovilismo de las estructuras sociales, resultan ser a la vez modernas y arcaicas; en la punta del progreso técnico a veces más espectacular y socialmente retrógradas, reflejan la cultura europea más refinada y manejan el poder social con la mayor brutalidad.[8] El "efecto de fusión" de valores y comportamientos dualizados procede concretamente del lugar que ocupan esos grupos sociales en el funcionamiento del sistema global: garantía de la dominación externa, se apoderan de legitimaciones exógenas para ejercer su hegemonía interna. Dicho de otra manera, las oligarquías ilustradas pueden ser tanto más modernas en el plano de las ideas y los gustos cuanto que están ligadas a una dominación social de tipo patrimonial. Los recursos de la modernidad así como los de la tradición son igualmente utilizados para el mantenimiento del orden y de los privilegios que nacen de la "desarticulación" de las relaciones sociales.

[8] Varias veces se ha señalado el caso de los propietarios de esclavos en la época de la independencia que comulgaban con las ideas de "libertad, igualdad, fraternidad" de la Revolución francesa. En la película de Louis Malle, *Viva María*, que supuestamente ocurre a principios de siglo en un mítico país de América, se ve a un hacendado "progresista" mostrar a sus invitados franceses los prodigios del "hada electricidad". Y en la escena siguiente descubrimos que la producción eléctrica proviene de una noria accionada por hombres encadenados.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Burgos, Elizabeth, *Me llamo Rigoberta Menchú. . . y así me nació la conciencia*, México, Siglo XXI, 1985.
Favre, Henri, *Changement et continuité chez les Mayas du Mexique. Contribution à l'étude de la situation coloniale en Amérique latine*, París, Anthropos, 1971.
Freyre, Gilberto, *Maîtres et esclaves (Casa Grande et Senzala)*, París, Gallimard, 1952.
______, *Sobrados e mucambos*, Lisboa, Livros do Brasil, 1962.
Furtado, Celso, "Développement et stagnation en Amérique latine", en *Annales ESC*, enero de 1966, pp. 5-12.
Gutelman, Michel, *Capitalismo y reforma agraria en México*, México, ERA, 1974.
IBGE, *Censo Agropecuario, 1975*, Río de Janeiro, 1978.
Jesús, María Carolina de, *Journal de Bitita*, París, A.-M. Métailié, 1982.
Linhart, Robert, *Le sucre et la faim*, París, Éd. de Minuit, 1980.
Mauro, Frédéric, *La vie quotidienne au Brésil au temps de Pedro Segundo (1831-1889)*, París, Hachette, 1980.
Meister, Albert, *El sistema mexicano*, México, Extemporáneos, 1973.
Moraes, Teresa, Maria Alice Rocha, *Histoire de Marli*, París, Éd. des femmes, 1982.
Mörner, Magnus, *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, México, Paidós.
Oliveira, Francisco, "A economia brasileira: crítica a razão dualista", en *Seleções CEBRAP*, núm. 1, São Paulo, 1976.
Queiros Mattoso, Katia M. de, *Être esclave au Brésil (XVI-XIXe.) siècle)*, París, Hachette, 1979.
Romano, Ruggiero, *Los conquistadores*, Buenos Aires, Ariel.
Stein, Stanley J., Barbara H. Stein, *La herencia colonial de América Latina*, México, Siglo XXI, 1970.
Touraine, Alain, *Las sociedades dependientes*, México, Siglo XXI, 1978.

SEGUNDA PARTE

PODERES Y SOCIEDADES: ACTORES Y MECANISMOS DE LA VIDA POLÍTICA Y SOCIAL

1. PODER Y LEGITIMIDAD

Si bien podemos identificar fácilmente a los actores centrales de la vida política en las sociedades latinoamericanas, y si esos actores prácticamente son los mismos para todos los estados, ¿es posible sin embargo descubrir grandes tendencias, sacar a la luz regularidades o desprender permanencias, es decir, cierto número de rasgos distintivos que a escala del continente presentan una innegable homogeneidad? ¿Debemos por el contrario resignarnos a la singularidad nacional o a los estereotipos gastados? En efecto, en este terreno, los clichés prevalecen en la medida en que ese Nuevo Mundo es el continente mitológico por excelencia. No sólo florecen en las tiras cómicas de nuestra infancia, las novelas exóticas de espionaje o la literatura de kiosko; la imagen de una vida política caracterizada por la violencia, marcada por revoluciones y golpes de Estado, abandonada a soldadotes y aventureros, a patriarcas sanguinarios o a los Robin Hood irresponsables parece imponerse incluso muy a menudo en la propia América Latina. ¿Nos enfrentamos pues a sociedades sin reglas del juego político, de carácter imprevisible y hasta caótico? Evitemos las generalizaciones. ¿Imprevisibles el México posrevolucionario de base política inconmovible, la Costa Rica de posguerra donde la continuidad democrática atraviesa imperturbablemente las crisis y enfrenta la tormenta centroamericana, o la Colombia de inalterable bipartidismo? Excepciones, se nos objetará. Pero ni siquiera por eso insistiremos sobre la preeminencia de las historias singulares y del particularismo nacional. La reiteración de fenómenos similares, el surgimiento de modelos de poder o de esquemas de acción y de comportamientos recurrentes hacen la comparación necesaria y la inteligibilidad posible.

Por lo demás es justamente a la búsqueda de elementos de comprensión de las características aparentemente más frecuentes pero también más inusitadas a lo que vamos a dedicarnos. Al explorar la inestabilidad, la violencia, la exclusión política, examinaremos a la vez lo que ocultan esas

realidades y cómo podemos dar cuenta de ellas. Para eso, evidentemente se imponen algunas precauciones metodológicas. Ante todo evitar proyectar sobre realidades distintas preferencias normativas procedentes de una concepción más o menos idealizada de nuestras sociedades. Tarea particularmente difícil en el caso de ese "Tercer Mundo de Occidente" que tan familiar nos parece, sobre todo porque emplea el mismo lenguaje ideológico y la misma inspiración institucional que nuestras sociedades occidentales. Luego, tener en mente lo que podríamos llamar el "desafío latinoamericano", esa voluntad permanente de "recuperación" ya señalada y el desfase que de allí resulta en relación con el objetivo central conscientemente perseguido de la transferencia y la aclimatación en otra tierra de la civilización industrial en su versión occidental.

El quid *de la inestabilidad política*

Con excepción de Cuba, todos los países de América Latina (incluyendo a la Nicaragua sandinista, al menos en 1984)[1] han adoptado instituciones representativas y afirman ser democracias pluralistas. Ahora bien, las discontinuidades políticas o por el contrario el continuismo dictatorial y diversas formas de autoritarismo, particularmente militar, parecen haber hallado en ese continente su tierra preferida. Juzguémoslo: entre 1958 y 1984, sólo cuatro estados tuvieron una sucesión regular e ininterrumpida de gobernantes civiles elegidos conforme a las reglas constitucionales, lo cual no significa que en todos los casos se trate de democracias ejemplares. Esos estados son: Colombia, Costa Rica, México y Venezuela. Circunstancia indiscutible, si es que la hay. No obstante, el rasgo más sorprendente y significativo de la vida política latinoamericana no son ni los golpes de Estado y los alzamientos recurrentes, ni la sombría persistencia de presidentes vitalicios, ni los mil y un medios fraudulentos para corregir la aritmética electoral, sino indudablemente el apego teórico, platónico y omnipresente por las

[1] Véase capítulo 8: "Nicaragua", para problemas distintos a los mencionados aquí.

instituciones representativas. En el momento en que se violan los principios liberales o se eluden los marcos constitucionales y la regla mayoritaria, afirman apelar a los valores permanentes del orden democrático pluralista. A diferencia de la Europa en el período entre las dos guerras, el "nuevo orden", que debía construirse sobre las ruinas del liberalismo, jamás echó raíces verdaderamente en ese nuevo mundo. Los dictadores más antiliberales, como el general Pinochet en Chile, sólo piensan en instaurar una "democracia protegida" contra las amenazas del comunismo. Por lo demás, la Constitución que aquél sometió al plebiscito de septiembre de 1980, más allá del gradualismo y las restricciones a las libertades que la conforman, no se puede calificar como corporativista; por el contrario prevé la instauración, desde luego lejana, de un sistema representativo que comprenda partidos, un Congreso y elecciones por sufragio universal.

Las proclamaciones de los militares alcistas, en la mayoría de los países del continente donde están en servicio activo, generalmente insisten en los móviles democráticos de su intervención: para ellos se trata de "fortalecer" o "perfeccionar" un régimen representativo débil o amenazado, y nada más. Las dictaduras más rústicas y depredadoras dan prueba de un sorprendente respeto de las buenas maneras constitucionales. Trujillo en la República Dominicana o los Somoza en Nicaragua siempre se hicieron reelegir regularmente o, cuando la Constitución lo prohibía, cedieron el lugar a algún hombre de paja de absoluta fidelidad. El general Stroessner en Paraguay vuelve a presentarse ante los electores cada cinco años desde 1954, con regularidad de reloj. Lleva incluso el legalismo hasta levantar el estado de sitio permanente en el que vive el país el día de las elecciones a fin de permitir a la oposición tolerada manifestarse. En Brasil, tras el derrocamiento del régimen democrático en 1964, los militares en el poder han convocado escrupulosamente a elecciones legislativas no sin fijar ellos mismos, por supuesto, las reglas del juego para preservar al partido oficial de los avances de la oposición legal.

La dependencia de las élites latinoamericanas respecto a Europa, y sobre todo a Gran Bretaña, "madre de los parlamentos", o actualmente para con el país "líder del mundo libre", cuyas presiones democratizantes hacia sus vecinos del

sur tienen por objeto ante todo guardar las apariencias, puede explicar en parte esa sorprendente fidelidad. Sin embargo, la naturaleza misma del continente, su situación transitoria y ambigua, algunos dirán contradictoria, está en el centro de esas prácticas: ¿acaso no nos hallamos frente a sociedades que innegablemente forman parte de Occidente pero cuya herencia social es otra? No podríamos dejarnos engañar por la similitud de los textos constitucionales y los de inspiración jurídica. Para comprender el funcionamiento de los sistemas políticos latinoamericanos, sin duda hay que descartar las ilusiones etnocéntricas e intentar comprender las distorsiones sufridas por instituciones copiadas. En efecto, una brecha separa las constituciones escritas de las constituciones vividas. Numerosos autores han señalado la distancia entre el ideal constitucional y la práctica política, la diferencia llena de culpa entre el modelo ortodoxo y la realidad pagana.

Generalmente se considera que las dificultades de adaptación de la democracia en los países de América Latina provienen de la no correspondencia entre la ideología y las estructuras sociales. El funcionamiento estable del sistema político competitivo no sería posible dado que requiere de actitudes y valores que se hallan en contradicción con la distribución del poder social. Dicho de otra manera, habría divorcio flagrante entre la ideología, las presuposiciones democráticas (igualdad jurídica de los ciudadanos) y la realidad social caracterizada por rígidas relaciones de dominación, una asimetría social intangible y desigualdades acumulativas.[2] Así, las normas que deberían servir de base a prácticas ajustadas a las instituciones adoptadas cumplen una función de utopía inaccesible o accesible sólo por algún milagro. Un secretario de Estado boliviano declaraba en 1981: "La Constitución será para el paraíso. . .", resumiendo así a su manera, realista y cínica, el fondo del problema.

[2] Según la teoría de la congruencia sociopolítica expuesta por Harry Eckstein (*A theory of stable democracy*, Princeton, Princeton University Press, 1961), la estabilidad procede de la correspondencia entre modelos de autoridad social y relaciones de autoridad en el seno del sistema político.

Cultura política y legitimidad

De hecho, tanto la verticalidad de las relaciones sociales como la distancia a veces prodigiosa entre las ideologías institucionales y los comportamientos sociales producen una verdadera cultura política ficticia. Las falsas ventanas del universalismo jurídico ocultan el particularismo de las relaciones personales y de la fuerza. Las leyes no se hacen sólo para ser aplicadas; muchas veces son promulgadas, como se dice en Brasil, "para engañar a los ingleses" (*para inglês ver*). Y eso no data de hoy. En la época colonial, cuando recibían edictos reales, y sobre todo el texto de las leyes de protección de los indios, que suscitaban la resistencia de los colonos, los virreyes, regidores o miembros de las audiencias se conformaban con besar el sello de Su Majestad o con colocar el pergamino sobre su cabeza en señal de respeto y decir: "se acata pero no se cumple". No se puede pedir peras al olmo. Los vetos sociales están por encima del poder legal. Hoy América Latina no es avara de legislaciones perfectas, de vanguardia, inaplicables e inaplicadas, esas etéreas *blue sky laws* que se enarbolan en las instancias internacionales. El poder judicial tampoco escapa al destino de la ley. El lenguaje popular y el folklor proverbial son reveladores al respecto. ¿Acaso no dicen aquí: "A los amigos se les hace justicia y a los enemigos se les aplica la ley", y allá: "La justicia es para los que llevan ruanas"? Esas distorsiones cuasiesquizofrénicas no provienen, como a veces se ha escrito al norte del Río Bravo, de una incapacidad psicológica para la democracia supuestamente propia de los pueblos y sociedades de América Latina, y hasta el mundo ibérico, sino de condiciones sociohistóricas objetivas.



Si definimos la legitimidad de los gobiernos y el Estado como la capacidad de hacer que todos respeten las decisiones incluso cuando afectan los intereses de algunos grupos y sobre todo de los más poderosos, puede decirse que la concentración del poder social vuelve *ipso facto* ilegítima cualquier medida que no refleje las relaciones de dominación, o no se ajuste a éstas. Situación tanto más frecuente cuanto que los grupos dominantes no siempre logran traducir su posición de facto a procedimientos constitucionales, y por tanto controlar o influir legalmente de una u otra manera en

el Estado. Esta afirmación requiere ser completada y matizada. En efecto, en cada sociedad latinoamericana, en función de sus estructuras e historia, existen umbrales variables de intolerancia de los grupos dominantes y de los dominios reservados independientes en los cuales la intrusión del poder público no es aceptada. Cualquier política que afecte esas zonas sensibles acarrea la ilegitimidad del gobierno que la ha promovido. Generalmente, todo lo que afecta la verticalidad de las relaciones sociales es considerado subversivo e inaceptable por los beneficios del *statu quo*. Relaciones horizontales entre pares, y la organización libre de las clases populares pueden bastar para descalificar al gobierno que las ha tolerado.

Así, sabemos que las ligas agrarias organizadas por Francisco Julião en el nordeste brasileño fueron uno de los detonadores de la movilización que condujo al golpe de Estado de 1964. En Chile, el proceso de desestabilización de una democracia ejemplar comenzó mucho antes de la llegada de la Unidad Popular al poder: fueron la ley de reforma agraria de 1967 promulgada por el gobierno demócrata-cristiano de Frei y el desarrollo del sindicalismo campesino estimulado por ese mismo gobierno los que moderaron fuertemente el entusiasmo de la burguesía chilena por la democracia.

En Argentina, donde el umbral de tolerancia parece ser menor todavía que en los países vecinos, no sólo la simple idea de reforma agraria es un tabú desde hace mucho tiempo interiorizado por los diferentes grupos políticos, sino que el impuesto territorial (más exactamente el impuesto sobre el ingreso potencial de las propiedades agrícolas) destinado a aumentar la productividad fue vivido y presentado dos veces por las organizaciones agrarias y los grandes propietarios como una medida colectivista y expropiatoria, que quita toda autoridad al gobierno que la había promulgado. Por lo demás, dos veces en la década de los setenta, esos gobiernos que habían tenido la osadía de infringir una prohibición social cardinal mordieron el polvo.

Así, detrás de la "escena pública" de la soberanía popular, funciona una "escena privada" donde negocian y se ponen de acuerdo los "factores del poder", los garantes y beneficiarios del "pacto de dominación". Por ello además, como señalaba François Bourricaud en el caso peruano,[3] las elecciones pueden ser "contenciosas" y no reconocidas como una "instancia última e indiscutible". El "veredicto de las urnas" está a menudo sujeto a examen y revisión en la escena privada de los "preponderantes". La "legitimidad mayoritaria", siempre sospechosa de desviación demagógica, de debilidad populista o de ineficiencia simple y sencilla, permanentemente debe hacer que la legitimidad social dominante valide sus derechos: los "más capaces", en una palabra, forman el tribunal donde deben comparecer los "más numerosos" o, para hablar como los doctrinarios liberales del siglo XIX, la "voluntad colectiva" no es nada si la "razón colectiva" encarnada por la élite no la reconoce.

Por ello no faltan los ejemplos de gobiernos legales y legítimos de acuerdo a las normas constitucionales, entrados en la era de la sospecha y condenados a la ilegitimidad en la escena privada antes de ser blanco de tentativas de desestabilización. Para no tomar sino algunos casos muy diferentes, fue lo que le ocurrió a Perón, el "general de los descamisados", desde su primera presidencia en 1946, pero no durante la tercera en 1973 cuando fue recibido como un salvador por la burguesía argentina atemorizada; Salvador Allende incluso antes de su entrada a la Moneda, es el blanco del acoso faccioso de la burguesía y de una parte de las clases medias. Hasta en un régimen tan sólido y conservador como el de las "instituciones revolucionarias" de México, pudimos ver cómo el presidente Echeverría, al final de su "sexenio" en 1976, había provocado tal ofensiva desestabilizadora de los medios económicos, que hasta se oyeron rumores de golpe de Estado.[4]

Estas reflexiones no hablan en favor de una concepción determinista de los regímenes políticos. No hay fatalidad en la inestabilidad. Nos inclinamos más bien a creer en la primacía de las prácticas políticas y por tanto de la voluntad

[3] François Bourricaud, "Règles du jeu en situation d'anomie: le cas péruvien", en *Sociologie du Travail*, 3/67, p. 334.

[4] Véase Soledad Loaeza, "La política del rumor: México, noviembre-diciembre de 1976", en Centro de Estudios Internacionales, *Las crisis en el sistema político mexicano (1928-1977)*, México, El Colegio de México, 1977, pp. 121-150.

de los actores sobre las condiciones objetivas o que pretenden serlo. No por ello deja de ser cierto que si bien los umbrales y los terrenos sensibles que determinan y provocan sobre todo el carácter leal o desleal de la oposición dependen de la voluntad de grupos sociales, voluntad que está condicionada por situaciones objetivas. Podemos así preguntarnos si la inestabilidad política no es la otra cara del carácter estable, inmóvil y hasta inmutable de las bases económicas de esas sociedades. La rigidez de las estructuras agrarias que ya hemos mencionado y cuya permanencia a menudo constituye la piedra de toque de la legitimidad social, va en ese sentido. Así como el monopolio económico de algunas minorías dominantes "multifuncionales" de intereses diversificados, que engendra una imperiosa voluntad de acceso privilegiado al Estado, y se opone a la diferenciación en el seno de los grupos poseedores. Finalmente, el papel de la penetración extranjera multiforme, y naturalmente inquieta por cualquier cambio, no hace sino reforzar la concentración del poder y el brutal conservadurismo de sus detentadores. Otras tantas razones que explican la feroz defensa del *statu quo* que no se enreda con el collar de hierro de las leyes y los textos constitucionales; una de las fuentes permanentes de lo que Enrique Baloyra ha llamado, con respecto a América Latina, "el despotismo reaccionario".[5]

Las dimensiones de la violencia

América Latina es vista como un continente violento. A propósito de ella se ha podido hablar hasta de una "cultura de la violencia política" (Merle Kling). Cierto, los profesionales de la violencia desempeñan allí un papel más "difuso que especializado" y la inestabilidad política es generalmente la ruptura de un orden institucional, por tanto un acto violento. La imposición de un candidato único, al recurrir a la suspensión de las garantías, los diversos procedimientos de excepción utilizados a veces de manera continua hasta en las democracias estables —¿acaso Colombia, democracia testigo, no padeció el estado de sitio durante cerca de veinte años a partir de 1958?— son resultado del empleo de la fuerza con fines políticos. No obstante no podemos quedarnos allí ni resignarnos con seudoexplicaciones de la psicología de los pueblos, añadiendo a la cuenta de un tautológico machismo la intemperancia colectiva de las sociedades latinoamericanas. En realidad es preciso entenderse sobre lo que es la violencia. Ya casi no se asesinan los presidentes en el continente más de lo que se hace en Estados Unidos, modelo de poliarquía. Y las peores hecatombes intestinas latinoamericanas han tenido cuantitativamente pocas víctimas en comparación con las masacres millonarias de las guerras europeas. Habiendo precisado lo cual, conviene distinguir tres tipos de violencia directa que se sitúan fuera del campo de los golpes de fuerza políticos a veces poco sangrientos, cuyos mecanismos nos hemos dedicado a desmontar. Podemos percibir una violencia social, una violencia política expresiva o representativa, y finalmente una violencia revolucionaria.

[5] Enrique A. Baloyra, "Reactionary despotism in Central America", en *Journal of Latin American Studies*, 1983, 15, pp. 295-319.

La violencia cotidiana

El estilo de mando que resulta de relaciones causantes de desigualdad y hasta personalizadas tiene por contrapartida una violencia que los teólogos han bautizado como "estructural", porque está ligada a la injusticia social. Es una violencia que se ve poco. No ocupa la primera plana de los periódicos. Así como sólo el niño que muerde al perro es noticia para la prensa y no lo contrario, sólo la violencia de los excluidos merece la atención de los medios de comunicación. No obstante, la brutalidad cotidiana es la trama y el estilo de los enfrentamientos sociales, es con la que se expulsa a los campesinos sin títulos o al "colono" que ya no agrada, la de la tropa que desaloja de su fábrica a los obreros que reclaman sus salarios. De ninguna manera se trata de un fenómeno del pasado. La máxima violencia resurge en cualquier momento, incluso en las sociedades más modernizadas, y en las industrias con asalariados combativos y organizados, con riesgo de un conflicto social, de una tensión económica.

Esa violencia generalmente descentralizada puede convertirse en práctica corriente de organismos oficiales, sobre todo de las fuerzas de seguridad. El restablecimiento de facto de la pena capital por parte de los "escuadrones de la muerte" de algunas policías locales de Brasil contra pequeños delincuentes, marginados molestos y hasta mendigos, no es un hecho aislado. Es cierto que ayer la arbitrariedad del tirano local se revestía de la autoridad de un Estado muy lejano para asegurar su justicia privada: el comisario, el juez de paz, el coronel de la guardia civil o el "jefe de sección" obedecían al gran propietario cuando éste no asumía por sí mismo esas funciones. Los múltiples estados terroristas que han florecido en los últimos años a la sombra de los fusiles no han hecho más que aplicar a la clase política, y a los sectores intermedios urbanos que hasta entonces se escapaban, las rudas prácticas de fuerzas del orden a las que difícilmente obstaculizaba el respeto de los derechos humanos. Se torturaba en las comisarías argentinas o chilenas al ladrón de animales o al mendigo sospechoso mucho antes de que los militares se lanzaran con técnicas sofisticadas a la guerra antisubversiva. Si bien en ese caso se trata de otra forma de violencia, ésta tiene sus raíces en la trivialización de las violaciones de los derechos de la persona, cuya frecuencia en una sociedad depende de qué tanto les cuesta a los de arriba reconocer a los de abajo como sus semejantes. Esto nos escandaliza en nuestras sociedades igualitarias, pero sin duda habría parecido normal en Europa en el siglo XVII o XVIII, cuando a los aristócratas no les conmovían mucho que digamos los horrores infligidos a la "chusma".

La violencia expresiva

A consecuencia de algunas particularidades estructurales o coyunturales de los sistemas políticos, la violencia puede ser un medio de participación política, una manera de hacer llegar un mensaje al poder en funciones. La debilidad de las estructuras intermedias, la ausencia o el mal funcionamiento de los canales de comunicación entre gobernantes y gobernados, y a veces el monopolio del poder por parte de un grupo regional o una estrecha fracción de la élite, desencadenan el paso a la acción directa, sin posibilidad ni voluntad de apoderarse de las palancas de mando, sino simplemente para llamar la atención o bien para mostrar o demostrar *"a power capability"*, según las palabras de Charles Anderson. Cierto, no siempre es sencillo distinguir el acto de violencia simbólica o representativa de una organización política, de un asalto directo contra el poder. Por lo demás tampoco es fácil distinguir, salvo en teoría, la violencia horizontal entre pares de la violencia vertical de las clases populares contra las dominantes.

Por otro lado, es preciso señalar que esta violencia vertical pura es más una amenaza que una realidad tangible. La naturaleza colonial de las diferencias sociales, el profundo abismo de diferencias étnicas que separa a los poseedores de los excluidos dan al espectro de la revuelta de las clases peligrosas una consistencia inquietante y que muy a menudo hace las veces de tela de fondo sobre la cual se desarrolla la vida política. En Río, la gente se estremece ante la idea de que los favelados pudieran bajar de los morros para asaltar los barrios elegantes. En Buenos Aires, los habitantes del barrio norte viven en el temor de ver a los cabecitas negras, obreros mestizos de las periferias, franquear el puente sobre el Riachuelo e invadir la ciudad. En Santiago, la pesadilla de las poblaciones atormenta las noches de Providencia y de los barrios altos. En Perú, la cuestión étnica y los riesgos de una repentina explosión de la "mancha india" de la Sierra constituyen desde Tupac Amaru uno de los horizontes malditos de la vida política nacional.

Sin embargo, incluso la revuelta campesina de 1932 en El Salvador, que fue ahogada en un espantoso baño de sangre por la oligarquía terrorista, no fue un simple levantamiento de los miserables y parece haber sido una compleja insurrección en la cual las disputas en el seno de la burguesía desempeñaron un papel significativo. En algunos países, la violencia horizontal, la luchas entre grupos dominantes, aparece de manera más frecuente que la revuelta vertical de los pobres. Al grado de que ha podido concluirse, por ejemplo, que Brasil era una sociedad poco violenta, a pesar de la multiplicidad de las rebeliones locales, de la guerra de los Mascates del Pernambuco en el siglo XVIII a la secesión "paulista" de 1932. Para tampoco hablar de los bandidos so-

ciales o *cangaço* y de las violentas utopías del *sertão* como las de Canudos o del Contestado, rebeliones milenaristas trasplantadas a la lucha de clases.

El bogotazo colombiano de 1948 o el cordobazo argentino de 1969 aparecen como explosiones de violencia urbana más expresiva que instrumental, de alcance y origen muy diferentes. En Colombia, el asesinato de Jorge Gaitán, dirigente liberal que había movilizado a las clases populares contra las oligarquías denunciando la brecha que existía entre el país legal de la politiquería y la miseria del país real, puso a Bogotá a sangre y fuego. En Argentina, el golpe de Córdoba, ese "sangriento referéndum" de toda la ciudad contra una dictadura militar centralizadora y gastada que había suprimido todos los mecanismos de representaciones que permitían canalizar y expresar las tensiones sociales, alcanzará su objetivo: un año después, el general Onganía es destituido por sus pares. El mensaje fue entendido.

La violencia revolucionaria

Es quizá la más conocida, la más comentada si no es que la mejor analizada: las organizaciones armadas intentan apoderarse del poder, las más de las veces con un programa de cambio social radical. Pensamos en la guerrilla urbana de la década de los setenta o en el foquismo rural de la década de los sesenta. En caso de éxito, la oposición armada termina en una insurrección nacional como la que en 1979 barrió con la tiranía de los Somoza en Nicaragua. Los alzamientos o las "revoluciones de palacio", dos modalidades del golpe de Estado militar, no entran en esta categoría, aunque sus promotores de ninguna manera dudan en proclamarse "revolucionarios", para dejar bien claras sus ambiciones "fundadoras". En cambio, otros levantamientos políticos, seguidos o no de guerras civiles prolongadas, tienen que ver con este tipo de violencia: la revolución antioligárquica de 1930 en Brasil, el levantamiento democrático de liberación nacional en Costa Rica en 1948, la revolución reformista boliviana de 1952, para no hablar del conjunto de levantamientos, guerras civiles y diversos disturbios que constituyen en México, durante unos quince años posteriores a 1910, la Revolución.

La repetición de la palabra así como la ostentación de la cosa han conducido a veces a pensar que América Latina es el continente revolucionario por excelencia. Si se mira más de cerca, si se consideran las revoluciones como movimientos políticos que provocan transformaciones sociales de envergadura, aquéllas son más bien raras. La revolución cubana es evidentemente una de ellas, al igual que la revolución sandinista y la gran convulsión mexicana puede también pertenecer a esa categoría. Pero en rigor allí se detiene la lista. Por el contrario, el continente se caracteriza por su conservadurismo. Más que de propensión revolucionaria, convendría hablar de inestabilidad inmovilista o bien de inmovilidad convulsionaria para circunscribir más de cerca la realidad. Por lo demás, las revoluciones latinoamericanas, fuera de las que apelan al marxismo-leninismo, afectan más la composición del poder que las estructuras de la sociedad. En Brasil y Costa Rica, así como en Bolivia, revoluciones eminentemente políticas han introducido nuevos actores en la arena del poder; constituyen rupturas por donde hacen irrupción grupos sociales hasta entonces excluidos. Las más de las veces sin por ello eliminar a los antiguos protagonistas. Superposiciones o alianzas, la yuxtaposición de las antiguas y las nuevas élites es la consecuencia de esos enfrentamientos civiles que no cambian nada de lo esencial, es decir la dinámica de la dominación. En el caso de México, donde las guerras civiles han provocado decenas y hasta cientos de miles de muertos, se ha podido pretender que la convulsión social revolucionaria casi no había modificado la sociedad sino que sólo había contribuido a remplazar algunos de los beneficiarios del poder. Hasta se ha creído percibir cierta continuidad entre el porfiriato derribado por la "primera revolución agraria del siglo XX" y el Estado posrevolucionario: ¿acaso no intentaron ambos liquidar el viejo México y crear un Estado moderno? Hoy la reconstitución de las grandes posesiones, así como el autoritarismo de la "modernización conservadora" puesta en marcha por los herederos de la revolución, permite pensar que semejante interpretación tiene algún fundamento. Sea lo que fuere, la violencia política en su variedad revolucionaria está muy a menudo ligada al problema de la participación.

Exclusión y participantes

Sociedades y sistemas políticos tradicionales en América Latina se basan en la exclusión y el particularismo. Las democracias latinoamericanas del siglo XIX tienen más que ver con la "democracia a la ateniense" que con los estados de masa contemporáneos. Su lógica es perfectamente censual, aun en ausencia de cualquier regulación social o financiera de la participación electoral. La exclusión se obtiene mediante distintos procedimientos. El voto puede ser limitado legalmente sólo a los ciudadanos alfabetizados lo cual, en Perú o Brasil por ejemplo, colocaba fuera del mercado político a una mayoría de ciudadanos. La limitación de los partidos tan sólo a las formaciones que representaban a las élites sociales y la "publicidad" del voto a veces bastaban para moderar el sufragio universal colocándolo bajo el control de las autoridades sociales. Sin embargo, más que la ausencia de secreto durante la expresión del sufragio, era del propio contexto social de donde provenía la principal fuente de exclusión, ya sea que los notables alejen de las urnas a los "malos elementos", o que se conformen con hacer que la "gente" vote mediante una mezcla bien dosificada de respeto, amenazas y recompensas.

Las "situaciones autoritarias" predominan en América Latina antes de la "movilización social" que transforma a esos países en sociedades de masa secularizadas. El control del sufragio por las élites se efectúa entonces de manera discreta y no obstante eficaz. El recurrir a la fuerza contra el régimen liberal y sus reglas del juego no es útil. El control local de los electores o el de los votos hacen superfluos la negación de las urnas y el llamado al autoritarismo salvador. Por lo demás no es necesario mencionar otras formas institucionales de participación a través sobre todo de las asociaciones voluntarias profesionales o no. Mientras la participación electoral sigue siendo reducida y en el mejor de los casos conformista, sólo los "ciudadanos activos" tienen derecho de organizarse: la verticalidad de las configuraciones sociales es así preservada.

Se comprende que uno de los escollos contra los que se rompe la estabilidad institucional sea justamente la ampliación del universo político. Siendo la prueba *a contrario* justamente, durante períodos variables entre 1860-1880 y 1930, la sorprendente y armoniosa madurez de la república elitista u oligárquica en los países que serán poco después casos patentes de inestabilidad o de dictaduras recurrentes: tanto en Argentina como en El Salvador, en Perú así como en Bolivia. La participación ampliada es directamente sentida como una amenaza para el sistema de dominación. La ampliación del electorado ante todo, porque implica la pérdida de control de las élites (frente a una sociedad política donde la lógica patrimonial actúa con mayor dificultad) y la aceptación del igualitarismo jurídico —un hombre, un voto— que hace abstracción de los papeles individuales: el individuo anónimo toma la delantera sobre la "persona", la cantidad desborda la "calidad". El voluntarismo asociativo de las agrupaciones horizontales por otra parte, que modifica las relaciones de fuerza y por tanto pone directamente en peligro el sistema de dominación. No se necesita más para clamar contra la subversión, y echar mano del ejército o, tras haber declarado como Odilón Barrot "la legalidad nos mata", intentar instaurar medidas de excepción destinadas a reducir una participación peligrosa para el *statu quo*.

De esta manera gobiernos democráticos moderados han sido denunciados como subversivos o socialmente perversos aunque no procedieran a ninguna reforma de estructuras sino simplemente porque permitían a los campesinos sindicalizarse o habían contribuido por su política a reducir las distancias sociales. Así, el presidente brasileño Goulart fue derrocado en 1964 por los militares menos a causa de las tímidas "reformas de base" mediante las cuales se proponía modernizar Brasil, que porque se le acusaba de halagar a las organizaciones obreras e instaurar una verdadera "república sindicalista". Perón, en el poder en Argentina de 1946 a 1955, apenas tocó los motores de la economía y no modificó la sociedad nacional. Fue echado por el ejército en 1955 tras una intensa fronda de la gran burguesía y de una parte de las clases medias: sus enemigos le reprochaban menos su autoritarismo que la nueva dignidad que supo dar a la clase obrera hasta entonces ignorada. Para sus adversarios, esas dos presidencias fueron la época "en que los obreros creían que todo les estaba permitido".

Si bien a menudo la ruptura del orden político proviene

de una crisis de participación en la cual la erosión de las solidaridades personales y la crisis de las situaciones de patrocinio autoritario coinciden con la apertura de la ciudadanía, las tentativas de los preponderantes para cerrar la caja de Pandora de la política de masas generalmente sólo son temporales. El Estado de excepción civil o militar es por definición provisional en América Latina, salvo en algunos contextos de escasa movilización social (el Paraguay de Stroessner, la Nicaragua de los Somoza. . .).

La alternancia entre gobiernos civiles elegidos y dictaduras provisionales destinadas a frenar el asalto de los "bárbaros" sociales, no es más que un remedio para salir del paso a falta de soluciones más duraderas y seguras. Los regímenes autoritarios aseguran la exclusión de las clases peligrosas a un elevado precio político y en condiciones precarias. Por el contrario, los regímenes de *integración controlada*, la otra fórmula capaz de imponer el desarme de los estratos populares, son mucho más eficaces y más estables. En vez de marginar a esos estratos populares por la fuerza del Estado, es el aparato estatal el que incorpora al campesinado y las clases obreras, a las que pretende representar. La organización estatal o corporativa de las clases dominadas permite asimismo orientar firmemente el sufragio universal sin que haya necesidad de amordazarlo. En realidad se trata de instaurar mecanismos de desmovilización no coercitiva, por tanto indoloros, cuyo objetivo es impedir la movilización espontánea y autónoma de las "clases peligrosas", integrándolas a un proyecto nacional bajo la égida del Estado. Las tentativas para crear semejantes sistemas que limitan la competencia política a la periferia del poder, y en los cuales éste, en su centro, jamás está sometido a la competencia abierta, son numerosas en la historia latinoamericana contemporánea. Sin embargo raros son los regímenes "semicompetitivos" que han logrado ver la luz y durar fuera del caso excepcional del México posrevolucionario: democracia ejemplar aparentemente en la regularidad de sus prácticas electorales y partidarias, régimen "revolucionario" que descansa en los robustos cimientos de las masas campesinas y obreras organizadas, pero Estado autoritario conservador que excluye y neutraliza lo que no puede ni incorporar ni cooptar.

En el principio era el Estado

América Latina no inventó el Estado, pero ha hecho de él un actor central cuyo papel particular constituye una de las especificidades de la organización sociopolítica de las naciones latinoamericanas, con algunas excepciones. El Estado, como centro político único y legítimo que controla un territorio y la población que ocupa, se edifica en América Latina en el momento en que la economía nacional se integra al mercado mundial como productor de uno o varios bienes primarios. El café, el estaño, la carne o el plátano son otros tantos pasaportes para el mundo moderno, por tanto para el desarrollo estatal, otorgados a países que hasta ahora han estado en la larga espera de su despertar económico. Si no hay una gran producción exportable, no hay Estado, como lo prueban Nicaragua o la República Dominicana en el siglo XIX. El Estado es la consecuencia y el medio de inserción a la edad económica de las sociedades "que crecen hacia afuera". Como consecuencia, ese Estado nacido de la dependencia y la extraversión presenta ciertas particularidades. Ante todo, es él quien hace posible el crecimiento económico extravertido, dicho de otra manera permite la producción exportable y asegura la rentabilidad. Sus responsabilidades principales son sobre todo unificar el espacio nacional y garantizar la disponibilidad de mano de obra. En economías abandonadas a las fluctuaciones del mercado internacional, su intervención es indispensable a través del establecimiento de los precios y el control del crédito. Asimismo debe arbitrar entre producción agrícola alimentaria y agroexportación en beneficio de esta última, impuesta por las élites. Cuando las tropas de Zapata logran la victoria en el estado de Morelos en México, durante la revolución, las plantaciones azucareras, favorecidas por Porfirio Díaz, son remplazadas por cultivos de subsistencia. En Brasil, en la década de los ochenta, es el Estado el que privilegia la soya en vez de los frijoles de la alimentación popular; muy a menudo es él (o sus representantes locales) quien toma partido por la gran posesión capitalista contra el *caboclo* roturador precario.

Por la situación histórica y estructural de las sociedades latinoamericanas el Estado es sobre todo el lugar de las

transacciones, de las negociaciones entre los grupos poseedores locales y las burguesías extranjeras. Cualquiera que sea la fuerza de los grupos económicos locales, ya sea que controlen o no lo esencial de la producción mercantil, el Estado se esfuerza entre otras funciones por armonizar los intereses divergentes de varias clases poseedoras. El equilibrio obtenido entre intereses externos y burguesías locales sigue siendo no sólo conflictivo sino eminentemente frágil, y el Estado es el único lugar donde se produce la confluencia y donde se teje la asociación.

El Estado sigue desempeñando un papel decisivo en los países de industrialización tardía y sobre todo en las naciones de América Latina. Infraestructuras, protección aduanal, financiamiento: la industria lo espera todo del Estado. La importancia del sector público, industrial y bancario da prueba de ello. No obstante es verdad que no se trata de un fenómeno aislado y técnico: el Estado ha ido más allá de un apoyo al crecimiento industrial. El centro del poder nacional generalmente ha contribuido a la creación misma de las clases sociales. Al final de cuentas, no son las clases dominantes las que han creado al Estado como instrumento de su dominación, sino el Estado el que ha puesto en pie y fortalecido a esos grupos sociales y a muchos otros. En el siglo XIX, la aristocracia latifundista y las burguesías rurales le deben su auge. El otorgamiento de tierras públicas, la distribución selectiva de créditos o contratos, y en general de todos los buenos negocios donde el capital extranjero y el poder público están de acuerdo, fortalecen un núcleo de poseedores que domina la economía y la política. Sin embargo, ni siquiera en el siglo XX desaparece el papel del Estado en la formación de las clases poseedoras. Es patente en el México de los años veinte y treinta cuando gracias al Estado que apoya actividades específicas o que subvenciona directamente a señores de la guerra y jefes políticos, aparecen los "capitalistas de la revolución",[6] la nueva clase dominante. Sin embargo, el papel del Estado no se limita a favorecer el enriquecimiento de una burguesía cortesana. Pocos grupos del abanico social están libres de deudas para con él. Las

[6] Nora Hamilton, *The limits of State autonomy. Post-revolutionary Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1982.

más de las veces el pequeño campesinado surge gracias a sus planes de colonización o de transformación agraria y a su actividad en el terreno del crédito agrícola. Sin créditos específicos, por tanto sin transferencias de ingresos y sin barreras arancelarias adecuadas, la industria tiene pocas posibilidades de establecerse y desarrollarse. Las políticas laborales y las leyes sindicales no han contribuido a crear una clase obrera, fruto de una industrialización voluntaria, pero han permitido al proletariado estructurarse, defenderse y tomar así conciencia de sí mismo. Además, la multiplicación de empleos públicos crea y satisface a las clases medias redistribuyendo así el ingreso nacional para asegurar la estabilidad social y la paz política. Por último, la existencia, en efecto discutida por algunos autores, de una "burguesía de Estado" que administra la multitud de empresas públicas, que en los países más desarrollados del continente sostienen y alimentan el crecimiento económico, prueba de manera suficiente que la producción estatal de las clases sociales no es un fenómeno del pasado.[7]

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Anderson, Charles W., *Cambio político y económico en América Latina*, México, FCE, 1974.
Arnaud, Pascal, *Estado y capitalismo en América Latina. Casos de México y Argentina*, México, Siglo XXI, 1981.
Da Matta, Roberto, *Carnavals, bandits et héros. Ambiguïtés de la société brésilienne*, París, Éd. du Seuil, 1983.
Evers, Tilman, *El Estado en la periferia capitalista*, México, Siglo XXI, 1979.
Faoro, Raymundo, *Os donos do poder. Formação do patronato político brasileiro*, Río de Janeiro, Globo, 1958.
Kling, Merle, "Violence and politics in Latin America", en Irving Horowitz *et al.*, *Latin American radicalism*, Londres, Cape, 1969, pp. 191-206.
———, "Toward a theory of power and political instability in Latin

[7] Véase F. H. Cardoso, *Autoritarismo e democratização*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975, pp. 16-19.

America", en J. Petras, Maurice Zeitlin, *Latin America, reform or revolution? A reader*, Nueva York, Facett Book, 1968, pp. 76-93.
Lambert, Jacques, *América Latina. Estructuras sociales e instituciones políticas*, Barcelona, Ariel, 1978.
Meyer, Jean, *La Révolution mexicaine (1910-1940)*, París, Calmann-Lévy, 1973.
Moisés, José Álvaro *et al.*, *Cidade, povo e poder*, Río de Janeiro, CEDEC-Paz e Terra, 1981.
Paoli, Maria Celia *et al.*, *A violencia brasileira*, São Paulo, Basiliende, 1982.
Pinheiro, Paulo Sergio *et al.*, *O Estado na América Latina*, Río de Janeiro, CEDEC-Paz e Terra, 1977.

2. BURGUESÍAS Y OLIGARQUÍAS

La historia de las sociedades latinoamericanas y el lugar de las economías nacionales en el orden mundial dan cuenta de una estructura de clase particular. Justamente a causa de los procesos de "desarticulación" social que sufren esas sociedades "dualizadas", pero no dualistas, una concepción dicotómica de la estructura de clase inspirada en modelos europeos difícilmente corresponde a su dinámica. Así como un esquema de evolución que repita las presuntas y estilizadas fases de la historia socioeconómica europea no se aplica al otro lado del Atlántico. La especificidad de los actores es particularmente significativa tratándose de categorías superiores de sociedades "semiperiféricas". ¿Cómo aparecerán las "burguesías conquistadoras" de la revolución industrial en el momento de las transnacionales y de los *managers* en economías de capitalismo tardío? ¿Por qué sorprenderse de no descubrir hoy en las burguesías del Tercer Mundo el "ascetismo secular" y el heroico "espíritu de empresa" en sus modalidades weberianas?

Más que intentar reducir lo desconocido a lo conocido, es importante señalar las diferencias, delimitar singularidades en la formación y funcionamiento de grupos dominantes que no escapan al carácter dependiente de las sociedades en las que operan. Por ello, lejos de pretender que realidades singulares sólo pueden aprehenderse mediante instrumentos conceptuales y teorías autóctonas, nos parece indispensable evitar que los trasplantes institucionales y las transferencias ideológicas impongan una dependencia semántica susceptible de falsear las realidades. Partiendo de este criterio vamos a examinar actores estratégicos, grupos sociales u organizaciones que en los países de América Latina asumen papeles y funciones distintas a los de sus homólogos de los países industrializados de Occidente, o bien cuya formación misma ha tomado caminos que implican ya sea una inserción original o evoluciones particulares.

Extraversión y estratificación social: ¿modelos específicos?

En los países donde la exportación de bienes primarios, minerales o productos agrícolas, constituye el motor de la vida nacional, no podríamos ignorar una distinción que se ha vuelto clásica.[1] ¿Quién controla los recursos exportables? Podemos distinguir, por lo menos teóricamente, pues las realidades son menos tajantes y no son inmutables, naciones donde grupos económicos locales tienen en sus manos las palancas de mando de la economía y detentan el "salario del país", y las "economías de enclave" donde el principal producto exportable es explotado por sociedades extranjeras. Esta distinción es capital para evaluar la consistencia y el dominio de las clases superiores.

En el primer caso, cuando la producción exportable es monopolio de grupos nacionales, se forma siempre un poderoso grupo dominante que se impone a los otros sectores productivos en la medida en que la detentación de los bienes valorizados en el mercado mundial va generalmente a la par, por integración o fusión, con la instauración de los medios financieros e industriales para su transformación y exportación. Esos grupos dominantes se aseguran así una preponderancia si no indiscutible, por lo menos difícilmente discutible por los otros sectores poseedores. Asimismo, en los países productores de café por ejemplo, como Colombia, El Salvador o Brasil, los intereses extranjeros están escasamente representados en ese sector agrícola capital. Lo mismo ocurre en Argentina o Uruguay, en lo tocante a la ganadería o los cereales. En esos países, los propietarios cafetaleros, los ganaderos o los cerealeros detentan pues un poder económico decisivo. Esos grupos sociales constituyen el eje de la sociedad nacional en torno al cual se polarizan los proyectos de ascenso social y las tentativas de transformación política.

Otra cosa sucede en las "economías de enclave", en las cuales los intereses extranjeros son propietarios de las minas o las plantaciones, base de la riqueza nacional, con un

[1] F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978.

grado de extraterritorialidad o de dominación neocolonial que varía en función del producto y del tamaño del país. Chile antes de la nacionalización del cobre por Allende y Venezuela hasta la retrocesión de las concesiones petroleras bajo Carlos Andrés Pérez podían, desde el punto de vista que nos ocupa, ser asimilados a economías de enclave. Pero no Perú donde, incluso antes de la nacionalización de la Cerro de Pasco y la Marcona, la diversificación de la economía de exportación y la multiplicidad de reglamentos de la producción minera limitaban la importancia específica de las grandes compañías extranjeras. En cambio, algunos países de América Central donde se establecieron sociedades norteamericanas para producir y comercializar frutas tropicales pudieron, en algunos momentos de su historia, aparecer como totalmente dominados por el aplastante poderío de la United Fruit o de sus filiales. Entre esas "repúblicas bananeras", el caso de Honduras es ejemplar. Como primer exportador mundial de plátano en la década de los veinte, Honduras presentaba una economía ampliamente desnacionalizada. El monopolio de las compañías fruteras norteamericanas había ocasionado la desaparición de la casi totalidad de los productos bananeros independientes y se extendía a toda la economía del país. En efecto, hacia 1920, las empresas fruteras controlaban todos los ferrocarriles, la totalidad de los puertos y los embarcaderos, la flota mercante, las fábricas de azúcar, el banco más importante, los teléfonos y comunicaciones por radio, la producción de electricidad, sin hablar de las inversiones en la naciente industria de consumo.[2] Si comparamos esta "república bananera" con su vecino occidental, la "democracia cafetalera"[3] de El Salvador, las diferencias políticas y sociales saltan a la vista. Desde luego El Salvador es también un país de monocultivo exportador, pero los productores de café son salvadoreños y constituyen un grupo nacional que domina la sociedad y el Estado. Aparentemente la diferencia es poco notable; la expansión y la dominación de esos intereses, ya sean nacionales o extranje-

[2] Mario Posa y Rafael Del Cid, *La construcción del sector público y del Estado nacional en Honduras (1876-1979)*, San José, Educa-Icap, 1981.

[3] Según el título del libro clásico de Abel Cuenca, *El Salvador. Una democracia cafetalera*, San Salvador, s.e., s.f.

ros, trae como consecuencia la imposición de políticas económicas o salariales que favorecen al sector dominante, la institucionalización de su presencia en los centros de decisión, y la ampliación de sus responsabilidades económicas para evitar la aparición de grupos rivales. En realidad ocurre de manera diferente, sobre todo en el plano político.

Primeramente se ha señalado que en las economías de enclave muy a menudo se da una disociación entre las relaciones económicas y las relaciones políticas. Si los grupos dominantes son empresas extranjeras, contra ellos se llevan a cabo los enfrentamientos sociales. La no superposición del conflicto económico y social con las clases poseedoras locales puede entonces teñir de una moderación a veces sorprendente la vida política. De esta manera, dado que en Chile la clase obrera organizada se halla esencialmente agrupada en los centros mineros, las relaciones de clases económicas la oponían a un patrocinio extranjero. Los partidos y sindicatos obreros que surgen a partir de 1920 y afirman ser socialistas son mas antimperialistas que anticapitalistas o antipatronales. En cambio, las organizaciones de trabajadores mantienen relaciones de antagonismo más político que económico con la burguesía local, que por esta misma razón las tolera. La hostilidad social es atenuada por el carácter ambiguo de una lucha de clases vacilante. Además, cuando la riqueza principal escapa del control directo de la burguesía, el poder del Estado se fortifica con regalías e impuestos que deduce de las actividades de las compañías extranjeras. Esa riqueza que puede distribuir para estimular el crecimiento industrial o desarmar las tensiones sociales da al Estado posiblidades mayores de intervención y por tanto de autonomía. Sobre todo porque esos mismos recursos generalmente tienen como consecuencia directa, si no es que inmediata, la multiplicación de los empleos administrativos y los servicios públicos, y por tanto la expansión de las clases medias.

La permeabilidad diferencial al cambio de ambos tipos de economías merece igualmente ser señalada. Si bien no es imposible expropiar el enclave y nacionalizar la riqueza explotada por el extranjero, como Chile, Bolivia, Perú o Venezuela lo atestiguan, otra cosa sucede cuando se trata de afectar el grupo dominante que tiene la sartén por el mango en el sector motor de la economía, y que estima tener derechos

históricos al reconocimiento nacional. En efecto, esos grupos que han contribuido a la inserción de la economía en el mercado mundial y a la modernización del país en su provecho gozan de una envidiable legitimidad. No se nacionaliza a los "fundadores de la nación" como pueden expropiarse firmas "apátridas" o "imperialistas".

Hecha esta distinción, se comprende la importancia que tienen las burguesías ligadas a la exportación, sobre todo cuando controlan a la vez la producción y la comercialización de un bien del que depende toda la vida nacional. Se comprende igualmente que todos los otros segmentos de las clases poseedoras, industriales o empresarios agrícolas que producen para el mercado nacional, estén subordinados a ellas. Por ello, en numerosos países del continente, más que hablar de "burguesía exportadora" o "agroexportadora", se utiliza un término "amplificador" de enorme connotación: *oligarquía* o *control oligárquico*. Nadie en esas sociedades ignora lo que oculta ese concepto vernáculo que por lo menos tiene la ventaja de designar un grupo social al que no podemos simplemente confundir con su función económica.

Categorías dominantes y desigualdades acumulativas

Desde luego el término oligarquía es polémico. Su contenido crítico es superior a su valor descriptivo. Sin embargo numerosos sociólogos le han dado sus cartas de nobleza y corresponde además a una innegable y singular realidad. Perón en la Argentina de la posguerra denunciaba a los "oligarcas" como "el antipueblo", los adversarios de la mayoría "sufriente y sudante" que lo había llevado al poder. En su opinión se trataba de denunciar a una minoría social egoísta y arrogante vinculada, para colmo, con el extranjero. Sin embargo, ese término no sólo designa a un grupo dominante o una asimetría social que existen en todas las sociedades del mundo —gran burguesía— o *nomenklatura*; señala, también, un fenómeno social que circunscribe un espacio socioeconómico y define una forma de dominación de clase. Dejemos de lado las referencias clásicas a Cartago, Venecia o la Grecia antigua, o las teorías de Hilferding sobre las "oligarquías financieras" expresión del capitalismo monopolis-

ta, y tratemos de superar la percepción histórica inmediata que hace que en Colombia. El Salvador, Perú o Argentina, el término *la oligarquía* tenga un sentido.

Ese concepto es polémico pero también está situado en el tiempo: el grupo designado siempre está ligado en su constitución al momento de la integración de las economías al mercado mundial como proveedoras de bienes primarios. Antes que nada, la oligarquía es un estrecho grupo social de burguesía agroexportadora. ¿Definición insuficiente? No obstante éstas abundan y su misma multiplicación nos permitirá precisar los contornos de ese sujeto social de existencia tan evidente como inasequible. Un historiador argentino al analizar el orden conservador y el sistema político nacional a fines del siglo pasado menciona ese problema y da por lo menos cinco interpretaciones de la oligarquía en su versión argentina. Para unos, es "una clase de grandes propietarios que ha sacado conscientemente partido de la expansión debida al aumento de las exportaciones"; algunos subrayan su dimensión patricia. Para otros se trata de una "clase de gobierno consciente y unida en torno a un proyecto nacional", y hasta de un simple "grupo de notables" en el sentido más tradicional del término.[4] De esas apreciaciones convergentes podemos retener que la dimensión política del fenómeno oligárquico es indispensable para su comprensión. Como François Bourricaud lo señaló a propósito de Perú, "la existencia de una asimetría social" o de un "efecto de dominación en favor de una minoría" no basta para definir una oligarquía.[5] Son las "desigualdades acumulativas", para hablar como Robert Dahl,[6] es decir la identificación entre notables sociales y notables económicos, la confusión de poderes, las que producen la oligarquía. A ello se añade un factor temporal, señalado a propósito de Argentina: la duración del fenómeno, su carácter hereditario, "patricio", extendido a varias generaciones.

Partiendo de esas observaciones, podríamos proponer una definición provisional y aproximativa del fenómeno oligárquico en América Latina. Generalmente se entiende por oligarquía un grupo de familias identificables que concentran en sus manos los motores decisivos del poder económico, controlan directa o indirectamente el poder político y se sitúan en la cima de la jerarquía del poder social en materia de autoridad y prestigio. No obstante esta tentativa de definición difícilmente nos haría avanzar si no pudiéramos delimitar las fuentes del poder "oligárquico" y explorar las formas de su dominación.

[4] Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

[5] François Bourricaud, "Remarques sur l'oligarchie péruvienne", en *Revue Française de Science Politique*, XVI (4), agosto de 1964, p. 675.

[6] Robert Dahl, *Qui gouverne?*, París, Colin, 1972, pp. 17-32.

¿Aristocracia agraria o burguesía internacional?

Cuando se menciona la "oligarquía" en países como El Salvador, Argentina, Uruguay o Perú, siempre se hace referencia a un poder económico de base agraria: las "catorce familias" de los cafetaleros de El Salvador, los *beef barons* argentinos, los "cuarenta" magnates del azúcar y del algodón peruanos de antes de 1968 o los "grandes laneros" uruguayos. Los "dueños del país" tienen a primera vista una base agrícola. Esta primera impresión tiene sin embargo un alcance limitado y haríamos mal en sacar conclusiones demasiado apresuradas. En efecto, no se trata de grupos arcaicos, representativos de sectores precapitalistas rurales. Por el contrario, en todos los casos, es una élite modernizadora la que logra erigirse en oligarquía, a reserva de aliarse con sectores arcaicos que reconozcan su preeminencia a cambio de la preservación de su arcaísmo. Esos comportamientos modernizados no excluyen la instauración de relaciones de producción coercitivas o patrimoniales, como hemos visto. No obstante, la legitimidad histórica de esta élite reside en haber presidido la integración de la economía nacional al mercado mundial. La formación de esos grupos sociales es inseparable de la prosperidad económica del desarrollo extravertido. En El Salvador, esa oligarquía tan restringida que se habla de "catorce familias", pero que cuenta con una treintena de grupos familiares, "hizo el café" así como el café la creó. En Argentina, los "eupátridas" de la carne son vistos como una élite única y natural que reveló al mundo "la patria de los rebaños y las cosechas". Esas oligarquías

no están constituidas por familias tradicionales propietarias de latifundios improductivos, sino por dinámicos agentes económicos dispuestos a aprovechar la innovación y poner el poder público a su disposición para vencer todos los obstáculos sociales a su expansión. Si bien esos grupos actúan conforme a la más estricta racionalidad mercantil en el terreno productivo, generalmente se entregan al "consumo ostentatorio", señal de posición social, imitando el supuesto estilo de vida de las clases altas europeas en sus manifestaciones más escandalosas. La vida cultural participa igualmente en ese esfuerzo mimético de una clase dominante en busca de un modelo legitimador. Así, la gran burguesía liberal y cosmopolita que sacó adelante el proyecto de transformación nacional de la Argentina moderna a partir de 1880 reservaba un lugar privilegiado a la cultura: en efecto, para esos "patricios" que soñaban con introducir la "civilización" europea en la Pampa "bárbara", el acceso privilegiado al conocimiento y la actividad intelectual fundaban en la razón su detentación del poder. Las "clases cultivadas" se dotan así de una legitimidad reconocida y marcada con el signo universal del "progreso". El consumo cultural es para las viejas familias consulares la marca de los elegidos.[7]

No obstante, la continuidad histórica, rasgo distintivo del orden oligárquico, no carece de una relación privilegiada, permanente, a veces monopolista, con el principal producto de exportación. El poder oligárquico, en su concepción conspiradora y vulgar, así como en una óptica sociológica más exigente, caracteriza a un grupo social nacional que ocupa una posición económica estratégica. Por ello no se forman oligarquías en las economías de enclave; las burguesías locales están subordinadas a los intereses exportadores extranjeros y los gerentes de sociedades extranjeras no tienen ni la legitimidad ni por supuesto la antigüedad familiar indispensable para el poder acumulativo y reconocido. Como acertadamente se ha señalado, la oligarquía no es una simple élite económica.[8]

[7] Como hábilmente lo ha descrito, en el caso de la burguesía de São Paulo, Claude Lévi-Strauss; véase *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba.

[8] Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Buenos Aires, Paidós, pp. 59-65.

De esta manera, la opulenta Venezuela de la era petrolera, caracterizada por la preponderancia de las sociedades extractivas anglosajonas y la debilidad de un sector agrícola abandonado, ignora la concentración de los poderes que caracteriza el fenómeno oligárquico, aun cuando por supuesto conoce magnates industriales y financieros omnipresentes, y habrá quienes digan tentaculares, como los Mendoza o los Boulton a los que ni siquiera falta la coartada cultural que autentifica a los patriciados. La sociedad mexicana, a causa de las discontinuidades sociales provocadas por las grandes convulsiones revolucionarias, posee un grupo dominante "elitista" pero no oligárquico. La vieja clase porfiriana de pretensiones aristocráticas perdió a principios de siglo el poder político y muy a menudo económico en provecho de la "familia revolucionaria" de los caudillos y jefes de guerra. Sobrevive y coexiste al lado de los "nuevos ricos" de la revolución, como lo atestiguan las novelas de Carlos Fuentes pero, hasta en sus expresiones más tradicionales, los nuevos elegidos, detentadores de la influencia política y de la riqueza rural como los "sonorenses" alrededor de Obregón y Calles, carecen del prestigio, de la continuidad histórica y muy a menudo también de la cultura. Además, se constituyen como grupo dominante en un período en que el poder oligárquico ya no es admisible. Desde mucho tiempo el país se integró al mercado mundial y ni la complejidad de los sectores poseedores ni la lógica de la sociedad de masas y la autonomía del Estado favorecen el surgimiento de un orden oligárquico. Además, la burguesía burocrática, los empresarios industriales y las élites financieras o los grandes propietarios de dudosa legalidad no constituyen un grupo unificado y prestigioso de tipo oligárquico.

La situación de Brasil es particularmente interesante. La sucesión de los ciclos económicos que acarrearon la decadencia de los grupos hegemónicos locales y la fragmentación geográfica del poder social impidieron la formación de una oligarquía natural y reconocida. Los *fazendeiros* paulistas estuvieron muy cerca de acceder a esa condición, pero la revolución de 1930 destinada a terminar con el poder nacional de la élite del café y la derrota del levantamiento de São Paulo en 1932 disiparon sus ilusiones dominadoras. Hoy, cuando Brasil se transforma en un gigante industrial de ex-

portaciones diversificadas del Tercer Mundo, el léxico social nos ilustra sobre la no coincidencia de los múltiples parámetros del poder: *o grão fino*, calificativo hoy anticuado de la alta sociedad o de la "crema y nata" local, apenas traduce un prestigio social, y si bien los *quatrocentões*, descendientes de los primeros colonos portugueses, pueden sentirse orgullosos de la antigüedad de su linaje, éste no les garantiza ni autoridad ni poder.

Las distinciones que hemos trazado jamás se presentan de manera tan clara ni tan fácilmente legibles. El caso de la Bolivia de antes de la revolución del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de 1952, que nacionalizó las minas de estaño, es instructiva al respecto. El estaño, que hoy ya no representa sino el 35% de las exportaciones (50% en 1971) frente a más de 60-70% en aquella época, estaba esencialmente concentrado en manos de un estrechísimo grupo de intereses mineros dominado por los tres grandes: Patiño, Hoschild y Aramayo. Esos "barones del estaño" forman la rosca, una banda por así decirlo o, según Augusto Céspedes, uno de sus más violentos adversarios, una "cleptocracia minera",[9] que impone al país onerosos sacrificios. Su situación es singular: son bolivianos, de extracción popular en el caso de Patiño, reciente en lo que concierne a Hoschild (contra quien se desencadenó el antisemitismo de los nacionalistas bolivianos), pero constituyen los pivotes de una economía de enclave. Asociados al capital extranjero, a la cabeza de sociedades considerablemente transnacionalizadas, cuyas sedes sociales se hallan en Europa y que incluso se harán cargo, tras la nacionalización, de la refinación del mineral boliviano, aparecen como "nuevos ricos", "plutócratas" en el vocabulario que data del MNR, pero no como oligarcas de raíces nacionales profundas.

Aprovechando su antigüedad y su papel clave en la estructura económica, la oligarquía es asimismo una clase de "negocios" caracterizada por sus capacidades financieras y su eclecticismo (véase cuadro 1). La diversificación de los intereses de la oligarquía no significa una mayor heterogeneidad social de sus miembros. Como señalaba ese penetrante

[9] Augusto Céspedes, *El presidente colgado*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966.

observador de las realidades argentinas que fue el periodista francés Jules Huret en 1911: "Nada importante se hace en este país sin ellas [esas viejas familias] ni fuera de ellas [. . .] esta élite, Argos de cien ojos, Briareo de cien brazos, tiene ojos de lince para los buenos negocios, oportunidades de compra y venta de tierras, los informes confidenciales de la Bolsa y las carreras le llegan, sabe qué grandes empresas van a crearse, las concesiones forestales que falta otorgar, los proyectos de construcción de fábricas, frigoríficos, molinos, azucareras, puertos, los contratos proyectados de suministro de equipamiento, las grandes obras por realizar [. . .]."[10] Los miembros de esos grupos, enriquecidos por la valorización agraria y la especulación comercial, consideran la propiedad de la tierra como un refugio y un símbolo de posición social.[11] La continuidad de la propiedad territorial no implica para ellos el inmovilismo productivo. Por el contrario, la flexibilidad en el manejo de las inversiones, la capacidad para movilizar rápidamente sus medios financieros para salir al encuentro de una ganancia rápida son características permanentes de ese grupo. En Argentina, los ganaderos supieron fomentar la agricultura en el momento oportuno. Ligados a las industrias exportadoras de productos agrícolas, supieron estimular el proceso de sustitución de importaciones mientras seguía siendo funcional para sus intereses globales. La capacidad para "pivotar", según la coyuntura, de la ganadería a la agricultura o a la industria y de la producción industrial a la importación, y por consiguiente la total ausencia de especialización, es una de las características permanentes de esta burguesía "multisecto-

[10] Jules Huret, *En Argentine. De Buenos Aires au Gran Chaco*, París, 1911, p. 36.

[11] Se ha criticado la hipótesis de la base agraria del poder oligárquico en países tan diferentes como Argentina, Perú o El Salvador a causa de la diversificación de sus intereses y su cosmopolitismo, pero también a menudo en nombre de una visión inmovilista y aferrada al pasado, de la actividad agrícola. No obstante es probable que históricamente las grandes familias oligárquicas hayan sido comerciantes antes de ser agrarias, exportadoras antes de ser productoras. En El Salvador, los grupos más poderosos provienen del tratamiento del café (beneficiadores). En Perú, la aristocracia territorial republicana ha evolucionado hacia una posición de oligarquía a principios de siglo.

CUADRO 1
UNA FAMILIA ARGENTINA OLIGÁRQUICA EJEMPLAR

1911

Federico Martínez de Hoz

"Federico Martínez de Hoz pertenece desde hace dos años al comité directivo de la Sociedad Rural. Posee vastos intereses en la agricultura, está a la cabeza de 7 estancias, es decir un total de 69 100 hectáreas. Esas fincas son Araza, 22 000 hectáreas, La Esperanza, 27 000 hectáreas, Morito, 6 000 hectáreas, Laura Lefon, 4 000 hectáreas, La Amistad, 3 500 hectáreas, Tuyute, 4 000 hectáreas, San Manuel, 2 600 hectáreas. Es propietario único de San Manuel y de Laura Lefon. En el conjunto de estancias que tiene a su cargo cría 35 000 bovinos, 6 000 caballos y 140 000 borregos. Federico L. Martínez de Hoz es el hijo de Federico A. Martínez de Hoz, uno de los fundadores de la Sociedad Rural. F. Martínez de Hoz, nacido y educado en Buenos Aires, es socio de la firma Martínez de Hoz hermanos."

Chapadmalal y algunas otras propiedades de Miguel Alfredo Martínez de Hoz

"La soberbia estancia de Chapadmalal y las otras tres ricas propiedades llamadas respectivamente Las Tunas, Quequén y Bursaco están situadas en la provincia de Buenos Aires. Además, la condesa de Seña, madre de Martínez de Hoz, posee 22.5 leguas cuadradas (es decir 61 000 hectáreas) de una sola pieza en el municipio de Necochea de la misma provincia. . . Una línea de ferrocarril atraviesa esta propiedad en mitad de la cual debe construirse una ciudad. Martínez de Hoz posee, además de los inmuebles de valor, caballerizas cercanas a Buenos Aires. Como la tierra aumenta de valor a un ritmo increíble cada año, es imposible dar una estimación del valor total de sus intereses en el país."

Florencio Martínez de Hoz y Cía.

"En los últimos años, varias de las más importantes compañías industriales europeas han confiado sus intereses en América del Sur a Florencio Martínez de Hoz y Cía., una de las firmas con mejor reputación del lugar [. . .] y en cada caso el resultado ha sido muy provechoso para ambas partes. Esta sociedad situada en la calle Perú 475 fue fundada en 1907 y su volumen de ventas tan sólo en productos metálicos y accesorios de máquinas ascendía a varios millones en 1909. La firma se ocupa de la venta de máquinas industriales, camiones, puentes, materiales para ferrocarriles, locomotoras y equipo militar. . ."

(continuación)

1969

Martínez de Hoz, José Alfredo

Ganadero. Nacido en Buenos Aires el 10 de julio de 1895. Padres: Miguel Alfredo Martínez de Hoz, Julia Helena Acevedo. Esposa: María Carolina Cárcano. Hijos: Ana Helena, Carola, casada con Ramos Mejía, José Alfredo y Juan Miguel.

Estudios: colegio Eton (Inglaterra).

Copropietario de las haras Chapadmalal; presidente del consejo de administración argentino de The Northern Insurance Co. Ltd. Miembro del consejo de administración de "La Forestal Argentina, S.A.". Fue miembro del consejo de administración de la Corporación Argentina de Productores de Carne y presidente de la Sociedad Rural.

Martínez de Hoz, José Alfredo (hijo)

Abogado, ganadero, profesor universitario. Nacido en Buenos Aires el 13 de agosto de 1925. Padres: José Alfredo Martínez de Hoz, María Carolina Cárcano. Esposa: Elvira Bullrich. Hijos: José Alfredo, Marcos Jorge y Tomás.

Estudios: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Medalla de oro, premio Tedín Uriburu, 1949.

Fue ministro de Economía, Finanzas y Obras Públicas del gobierno de la provincia de Salta bajo control federal (1956-1957). Vicepresidente de la Comisión Nacional de Granos (1957), y luego presidente (1958). Ministro de Agricultura y Ganadería (diciembre 1962-mayo 1963). Ministro de Economía (1963). Presidente del Centro Azucarero Regional del Norte Argentino desde 1958. Ministro de Economía y Finanzas (1977-1981).

FUENTES: Citas tomadas de: *Twentieth century impressions of Argentina*, Londres, Lloyd's Greated Britain Publishing Co. Ltd., 1911, pp. 388, 438, 548; *Quién es quién en la Argentina*, Buenos Aires, Quién es quién SRL, 1970, pp. 457-458.

rial". Por lo demás, uno de sus rasgos de comportamiento más arraigados consiste en prevenirse contra las fórmulas rígidas de inversión a fin de estar siempre en condiciones de aprovechar las ocasiones favorables reduciendo los riesgos. El cuadro 2 que presenta los intereses de algunos de los grupos familiares de la "oligarquía" salvadoreña ilustra esta misma lógica "multisectorial" procedente de las plantaciones de café.

La oligarquía, vuelta hacia el exterior por formación histórica, legitimada por su papel decisivo para la inserción de la economía nacional en la división internacional del trabajo, desde luego no es una simple burguesía interior pero menos aún corresponde a una "burguesía compradora" de simples intermediarios. En cuanto a calificarla de "clase superior internacional" como se ha hecho en el caso de Perú o de "clase superior cosmopolita" como se ha dicho en El Salvador, a causa de cierta propensión de sus miembros a contraer nupcias con extranjeros, o a ocupar la crónica social, ayer por fastuosos viajes a Europa, hoy por prolongadas estadías en Miami, es tomar el efecto por la causa, un comportamiento por la función. Se trata por el contrario de un grupo nacional pero que ocupa un lugar particular y, podría decirse, plurifuncional en las relaciones con el mundo exterior. Ni su cosmopolitismo ni los vínculos con intereses internacionales y su asociación con ellos permiten tratarla como un simple representante de esos intereses. Pues su dependencia es consentida; mejor aún, es buscada. Es desempeñando conscientemente el papel de mediación obligada como la oligarquía maximiza su fuerza y consolida su dominación.

Estilo de dominación y legitimidad social

Por último, la oligarquía puede ser menos una clase que una forma de dominación de clase basada en la exclusión. En efecto, a una estructuración social en embudo o en pirámide corresponde un régimen político "exclusionario" pero que no utiliza ni medios autoritarios ni vías burócrata-corporativas. En las sociedades oligárquicas, sistemas políticos formalmente representativos funcionan sobre la base de una participación limitada sólo a los miembros de la élite establecida y a quienes les están obligados. Una clase política restringida y homogénea se esfuerza por administrar el país como una gran empresa que debe producir al menor costo y para provecho único de los accionistas. Es evidente que, por un plebiscito tácito, la sociedad reconoce a las familias "experimentadas" en los asuntos públicos y sólo a ellas la aptitud necesaria y la capacidad suficiente para conducir la nación. Esas familias consulares generalmente manifiestan

CUADRO 2

EL SALVADOR: ALGUNAS ACTIVIDADES DE LAS "CATORCE FAMILIAS" Y SUS SECTORES DE ACTIVIDAD

Apellidos	*Cultivo del café*	*Tratamiento del café*	*Exportación del café*	*Azúcar*	*Banca*	*Seguros*	*Inmobiliaria*	*Construcción*	*Industria*	*Distribución*
Álvarez	X		X		X				X	
Battle	X		X						X	
Dueñas	X		X		X		X		X	
Escalón	X						X			
Guirola	X				X		X			
Magaña	X		X							
Mathies	X			X					X	X
Meza Ayau	X		X		X				X	X
Quiñónez	X			X	X				X	X
Regalado	X	X		X	X					X
Deininger	X	X		X						
De Sola	X	X	X	X		X	X	X	X	X
Hill	X		X		X				X	
Wright	X			X					X	

FUENTES: Según Enrique Baloyra, *El Salvador in transition*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1982, p. 24; Eduardo Colindres, *Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*, San Salvador, UCA, 1977, *passim*.

un escepticismo condescendiente con respecto a la capacidad del pueblo de ejercer sus derechos políticos, que puede ir hasta el desprecio del sufragio universal, "triunfo de la ignorancia universal" que debe corregir el "fraude" a fin de no poner "las conquistas anteriores de civilización a merced de la parte más inculta e indigente de la sociedad".[12] La Argentina anterior a 1916, el Perú criollo de los "civilistas", El Salvador del período de hegemonía familiar Meléndez-Quiñónez, la Colombia del período entre las dos guerras son, entre otros, ejemplos de ese estilo de gobierno en su estado puro.

Las más de las veces, el *establishment* oligárquico, al entregarse a los ritos democráticos y a las exigencias de la sociedad de masas, no ocupa directamente el poder. Delega su mando a una "clase reinante" que no pone en peligro el pacto de dominación, y se conforma con "controlar de lejos" el buen funcionamiento de los asuntos públicos. Lo cual es posible dado que la élite establecida generalmente ha propagado a todo el cuerpo social sus valores e imagen. La prensa y la escuela son los dos canales institucionales de una inculcación ideológica que contribuye a moldear las mentalidades. "El secreto de su poder, escribe un ensayista argentino a propósito de la oligarquía argentina, es un poder secreto que impregna a todo el país."[13] En todo caso, criticar a la oligarquía es un crimen de lesa patria. Sin embargo la producción de la ideología dominante no siempre basta para asegurar la armonía prestablecida entre la oligarquía y el poder político formal debido justamente a la aparición de nuevas fuerzas sociales. Cierto, la interiorización de la dominación oligárquica desemboca sobre todo en la neutralización de las clases medias y de los nuevos estratos burgueses que se revelan incapaces de elaborar su propio sistema de valores y de asumir una función social autónoma. Sin embargo igualmente se instauran mecanismos de cooptación de los elementos más audaces de la clase de nuevos empresarios. Esta permeabilidad selectiva fortalece evidentemente la dependencia de los sectores intermedios sin por ello lo-

[12] Augusto Belin Sarmiento, *Una república muerta*, Buenos Aires, s.e., 1982, p. 104.

[13] Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, 1960, p. 55.

grar privilegiar en todos los casos los intereses oligárquicos. Cuando éstos son amenazados por reformas o nuevas reglas del juego que limitan peligrosamente su manera de operar, disponen de una temible capacidad de veto a causa precisamente de su lugar central en el dispositivo de la economía nacional y de su legitimidad social. La fronda mundana o el sabotaje económico (desinversión, fuga de capitales, presiones contra el país en las plazas financieras internacionales, etc.) generalmente no son sino preludios a la ruptura del sistema representativo que les permite nuevamente un acceso sin obstáculos al Estado.

Las burguesías nacionales entre la realidad y los dogmas

El concepto de burguesía sufre en general de un exceso de sentido. Sin embargo en América Latina, a la vez porque las clases están aún en formación y porque la mirada del observador-actor no se despega de la evolución de las sociedades industriales, el término es constantemente objeto de trampas y es de empleo delicado. Bajo pretexto de universalidad, y más bien a causa de una dependencia que se extiende al terreno intelectual, no se vacila en aplicar esquemas de análisis que constituyen verdaderos concentrados de historias singulares a sociedades que tienen otra dinámica. En ese marco deformado, las expectativas políticas del analista seccionan al sector social en función de las finalidades que supuestamente persigue conforme al "modelo". La estrategia no se deriva de la aprehensión lúcida de la configuración social, sino que la delimitación de los actores sociales procede de decisiones estratégicas previas del observador. Esta actitud ha provocado numerosas distorsiones. Pasemos sobre toda una literatura etnocéntrica acerca de la *middle class* engalanada de virtudes estabilizadoras, democráticas e industrializantes que nos llega directamente de Estados Unidos. No obstante la "batalla de las burguesías nacionales", que desborda el campo marxista, se deriva de un enfoque según el cual el "proceso real" se confunde con el "proceso ideológico".[14] Mientras que según esta lógica, compartida en lo

[14] F. H. Cardoso, *Autoritarismo e democratização*, Río de Janeiro, Paz e

esencial por los "desarrollistas" doctrinarios (fascinados por el modelo industrial) y los partidos comunistas ortodoxos, algunos descubrían por todas partes a las "burguesías" emprendedoras indispensables para la realización de la "revolución democrática" antilatifundista y antimperialista que tanto deseaban, otros negaban la existencia misma de las burguesías locales porque éstas, al traicionar su vocación, no se conducían según el esquema prestablecido y aparecían como las "precursoras del imperialismo", incapaces de asumir las tareas de carácter nacional y provisionalmente hegemónico que la historia les ha otorgado. Como de todas maneras ese decepcionante grupo social existía estadísticamente, se convirtió en una no persona, una "lumpen burguesía". La deformación teleológica de los "dependentistas" de estricta observancia y otros izquierdistas criollos no se conformaba con deformar la realidad, la negaba.

Y no obstante, si entendemos crudamente por burguesía los detentadores capitalistas de los medios de producción, se agregue o no la nueva clase "gerencial" de las tecnoestructuras propias al capitalismo tardío, las burguesías no faltan en América Latina. Pueden ser extranjeras en el país donde operan, tanto en la fase del crecimiento primario extravertido como en el período de la internacionalización del mercado interior que conocemos hoy. Al lado de aquéllas, los dirigentes nacionales o extranjeros de las sucursales de empresas transnacionales, los industriales de las empresas bajo licencias extranjeras o en *joint ventures* con el capital internacional constituyen de alguna manera "burguesías asociadas" muy características del desarrollo periférico. Pero en varios países también existen, innegablemente, fuertes burguesías industriales estrictamente nacionales. La historia de su formación merece que nos detengamos allí.

Los historiadores han estudiado el crecimiento de tres centros industriales antiguos: São Paulo, motor de la industria brasileña, Medellín en la Antioquia colombiana, y Monterrey en el noreste de México.[15] Lo que nos enseñan de los

Terra, 1980, p. 34; véase igualmente Alain Rouquié, "À la recherche des bourgeoisies latino-américaines", *Amérique Latine*, núm. 5, 1981, pp. 24-26.

[15] François Chevalier, *L'Amérique latine, de l'indépendence à nos jours*, París, PUF [*América Latina: de la independencia a nuestros días*, Barcelona, Labor].

grupos sociales que presidieron esos despegues locales, de sus orígenes y su formación, nos proporciona elementos pertinentes para comprender la naturaleza de las burguesías locales más poderosas. En el caso de São Paulo, fueron el café y la inmigración masiva de mano de obra europea para cultivarlo los motores del arranque industrial. Según Warren Dean, la importación de productos manufacturados para responder a la demanda creada por la expansión del café y las nuevas condiciones de su producción constituye la "matriz de la industria" paulista. Lejos de haber habido antagonismo entre importadores e industriales, la actividad importadora —a causa de su capacidad para movilizar créditos pero también de la necesidad de montar localmente, y de completar o mantener bienes importados— desembocaba naturalmente en la actividad industrial. Así como los manufactureros no dejaban de estar ligados a los comercios de importación ya que compraban en el extranjero una parte de los materiales necesarios para su producción, así el importador fabricaba *in situ* para completar su gama de productos. Los orígenes sociales de ese grupo industrial son dobles: *fazendeiros* e inmigrantes. Dado que el financiamiento del comercio del café era esencialmente de origen local, el material de transporte y las máquinas para el tratamiento del café atrajeron las inversiones de los *fazendeiros*, que se dirigieron igualmente hacia las industrias de transformación de productos agrícolas y, en general, hacia toda clase de industrias que utilizaban una materia prima local. La movilidad del cultivo de café en São Paulo y la naturaleza misma de la producción que exigía una fuerte inversión el primer año, fueron algunas razones por las cuales los *fazendeiros*, a diferencia de sus colegas productores de caña de azúcar, eran capitalistas que constantemente debían reinvertir. Por ello, en 1880, todos los industriales paulistas, cuando no eran extranjeros, provenían de la élite rural.

La burguesía inmigrante, cuyo símbolo más acabado es el italiano Matarazzo llegado de Calabria en 1881 y que creó el complejo industrial más grande de América del Sur, está también directamente ligada a la importación. El propio Matarazzo comenzó su carrera como negociante en productos alimenticios e importador de manteca de cerdo estadunidense. Diversificando sus actividades, practicando una política

de integración vertical, Matarazzo creó su propio banco y su compañía de navegación para la importación del trigo necesario para sus molinos.

A pesar de la altivez de los *fazendeiros "quatrocentoes"* frente a los advenedizos de la inmigración, la fusión de las élites se realizó sin demasiadas dificultades con excelente provecho para ambas partes. Mientras los *fazendeiros* se arriesgaban en la industria, los empresarios industriales de origen extranjero compraban tierras para ennoblecerse. Los matrimonios entre familias de inmigrantes y familias de *fazendeiros* no eran raros. Pero si bien la élite rural estaba consciente de sí misma, no ocurría lo mismo en el caso de la burguesía industrial. Ésta no sólo se había integrado relativamente, a pesar de algunas tensiones, al *establishment* cafetalero, sino que, dado que necesitaba la ayuda gubernamental para desarrollarse y sobrevivir (sobre todo porque dependía de las tarifas arancelarias), se acercó naturalmente a las fuerzas políticas dominantes y se alió a los grupos conservadores en vez de hacer causa común con las nuevas clases medias para favorecer el cambio social contra la burguesía rural tradicional.

En Medellín, la industrialización prolonga la expansión del café. Esta región de pequeños cultivadores y de mineros independientes que escapan de las rigideces institucionales de la colonia tuvo una historia singular. Siendo zona fronteriza, de trabajo libre y colonización, el comercio del oro precedió al del café. Por lo demás la industria parece haber tenido en un principio algunas relaciones con las crisis de ese producto. La naturaleza misma de esta actividad agrícola y la disponibilidad de capitales que supone sin duda en mucho dieron origen a la industrialización. Las etapas de la creación de las primeras industrias a partir de las necesidades de la producción de café no son muy distintas de lo que hemos señalado a propósito de São Paulo. No obstante, aquí la parte de la inmigración parece haber sido más reducida, si se dejan de lado los mitos recurrentes sobre el presunto origen judío de los antioqueños que, según algunos, sería lo único que explicaría su mentalidad y espíritu de empresa. Esta interpretación remitía a los "nuevos cristianos" de la colonia más que a los recién llegados del siglo XIX. En el plano político, el vínculo con el sector cafetalero dominante, el

otorgamiento de privilegios, de subsidios de parte del gobierno, el problema de los derechos arancelarios hicieron de los industriales un grupo subordinado a los partidos tradicionales y a los intereses que representan.

En Monterrey, capital de Nuevo León en el noreste de México, cerca de la frontera norteamericana, apareció un importantísimo centro industrial que todavía hoy presenta algunas particularidades notables, sobre todo un capitalismo familiar y relaciones sociales patrimoniales. La proximidad de Estados Unidos, el comercio fronterizo, lícito o no, parecen haber desempeñado un papel importante en la acumulación primitiva. Cuando la importancia comercial de Monterrey en el camino al puerto de Tampico comenzó a declinar, sus capitales se volvieron hacia las actividades industriales con ayuda del gobieron del estado, que los estimuló mediante exenciones fiscales y protecciones arancelarias. Para sólo tomar un grupo industrial de entre los más antiguos y representativos, el de los Garza Sada de las sociedades Cuauhtémoc y Vidriera, fundado en 1890, advertimos que sus creadores provienen esencialmente del gran comercio, aun cuando algunos de ellos están vinculados por su familia al sector agrícola. Los capitales iniciales provienen en efecto de la casa de comercio Calderón y Cía., pero Francisco Sada, uno de los fundadores, pertenece a una familia de grandes propietarios del estado vecino de Coahuila. El grupo comienza por producir cerveza y su expansión se realiza por integración en función de las necesidades de la cervecería Cuauhtémoc: la producción del vidrio y del cartón necesario para el envase y el embalaje, y luego la distribución y las necesidades de financiamiento llevan al grupo a una considerable diversificación. El imperio Garza Sada comprende hoy un grupo siderúrgico (Hylsa, convertido en Alfa) y un consorcio de empresas químicas (CYDSA).

Aunque gozaron de los estímulos y la protección de Porfirio Díaz, y más precisamente de su procónsul en Nuevo León, el general Bernardo Reyes, el grupo Garza Sada, y en general toda la industria regiomontana, atravesó sin dificultad la tormenta revolucionaria que contribuyó más bien a incrementar su repliegue conservador y su voluntad de autonomía en relación con la ciudad de México. Fue Luis Sada quien creó la confederación patronal Coparmex para agrupar a to-

dos los empresarios deseosos de hacer frente en buenas condiciones a las organizaciones obreras apoyadas por el Estado, en 1930. El capitalismo patrimonial de una élite de empresarios católicos y conservadores sin duda no corresponde a los dogmas ni al papel progresista o "revolucionario" atribuido a las "burguesías nacionales"; no obstante es difícil negar la naturaleza propiamente endógena de su surgimiento y la conciencia militante de sus intereses.

El carácter estrictamente nacional de un grupo de empresarios industriales no significa sin embargo que no pueda escapar a un enfrentamiento con los intereses agrarios o que llevará a cabo una lucha "patriótica" contra el capital extranjero. En realidad, aspira a un acuerdo con él: una patente o una licencia lo pondrá a salvo de la competencia. La lógica del crecimiento industrial del siglo XX es, sobre todo en los países del Tercer Mundo, ajena a esta mitología, como los propios orígenes del capital industrial permiten suponerlo. Lo cual sin embargo no significa la ausencia de conflictos coyunturales en el caso de la distribución del ingreso nacional entre industriales y agricultores, ni las exigencias monopolísticas de grupos nacionales consolidados frente a los competidores extranjeros más competitivos. No obstante el carácter hiperprotegido de las industrias latinoamericanas, ya sean nacionales o de origen extranjero, ilustra suficientemente la ambivalencia de las políticas industriales en las economías abiertas. Sabemos que, en período de recesión o de política liberal de levantamiento de las barreras arancelarias, a los industriales nacionales les es de lo más fácil transformarse en importadores. La ganancia es más importante que el riesgo. Asimismo, una encuesta realizada en Brasil en la década de los setenta mostraba que son los jefes de empresas más ligados al capital extranjero quienes perciben de manera más clara la existencia de oposiciones entre los sectores agrícolas e industriales. Dicho de otra manera, aquellos que supuestamente tienen mayores posibilidades de constituir una mítica "burguesía nacional" están en realidad asociados a las transnacionales mientras sus colegas más nacionales ignoran las "contradicciones" con los intereses agrícolas.[16] La composición de las confederaciones patronales y sus políticas son muy significativas al respecto. En Argentina, la Unión Industrial y la Sociedad Rural siempre han hecho causa común y defendido sin dificultad las mismas orientaciones económicas, exactamente como las sociedades nacionales de agricultura y la Sociedad de Fomento Fabril en Chile. Por lo demas la UIA, que agrupa tanto a las sucursales de multinacionales como a los empresarios autóctonos, estuvo presidida durante trece años, de 1930 a 1943, por un productor agrícola, el viticultor Luis Colombo. Las representaciones esquemáticas y los perfiles sociales de agudas aristas apenas dan cuenta de la complejidad y la ambigüedad del fenómeno de la industrialización tardía.

[16] F. H. Cardoso, *Politique et développement dans les sociétés dépendantes*, París, Anthropos, 1971, p. 247. *[Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes (Argentina y Brasil)*, México, Siglo XXI, 1971.]

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Anderson, Thomas, *El Salvador, 1932*, San José, Educa, 1982.

Arriola, Carlos, *Los empresarios y el Estado*, México, FCE, 1981.

Astiz, Carlos A., *Pressure groups and power elites in Peruvian politics*, Ithaca, Cornell University Press, 1969.

Baloyra, Enrique, *El Salvador in transition*, Chapell Hill, The University of North Carolina Press, 1982.

Becker, David G., *The new bourgeoisie and the limits of dependency. Mining, class and power in "revolutionary" Peru*, Princeton, Princeton University Press, 1983.

Bourricaud, François, Jorge Bravo Bresani *et al.*, *La oligarquía en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Campodinico, 1971.

Botana, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

Campero, Guillermo, *Los gremios empresariales en el período 1970-1983. (Comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas)*, Santiago de Chile, Estudios ILET, 1984.

Dean, Warren, *A industrialização de São Paulo (1880-1945)*, São Paulo, Ddifel, s.f.

López Toro, Álvaro, *Migración y cambio social en Antioquia*, Bogotá, Medellín, Hombre Nuevo, 1979.

Mauro, Fr., "Le développement économique de Monterrey (1890-1960)", *Caravelle*, 2-1964, pp. 35-133.

Payne, Jorjames L., "The oligarchy muddle", *World Politics*, XX (3), abril de 1968, pp. 369-453.
Piel, Jean, *Capitalisme agraire au Pérou*, vol. II, París, Anthropos, 1983.
Sidicaro, Ricardo, "Poder y crisis de la gran burguesía agraria argentina", en Alain Rouquié *et al.*, *Argentina, hoy*, México, Siglo XXI, 1982, pp. 51-104.
Tirado Mejía, Álvaro, *Introducción a la historia económica de Colombia*, Bogotá, La Carreta, 1979.
Vellinga, Menno, "Working class, bourgeoisie and State in Mexico", en Jean Carrère *et al.*, *Industrialisation and the State in Latin America*, Amsterdam, CEDLA, 1982, pp. 299-346.

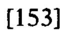
3. CLASES MEDIAS

Si bien el subdesarrollo se define entre otras cosas por la "escasez numérica y funcional" de las clases medias,[1] pocos países de América Latina entran en esta categoría. Lejos de presentar el dibujo estilizado de una sociedad dual donde un puñado de preponderantes entrados en carnes reinan exclusivamente sobre una inmensa y uniforme masa de desheredados, la mayoría de las naciones del continente se caracteriza por el contrario por un crecimiento significativo de sus sectores medios. Tanto y tan bien que un sociólogo chileno podía escribir a fines de la década de los sesenta que el símbolo de la América Latina de hoy no era "ni un campesino ni un proletario industrial sino un empleado de banco mal pagado con elevadas aspiraciones sociales".[2] En el mismo orden de ideas, el escritor uruguayo Mario Benedetti no vacilaba en decir de su país que era no sólo un país de empleados de oficina, sino "la única oficina del mundo en haber alcanzado el rango de nación".[3] Esas ocurrencias esclarecedoras no agotan, con todo, la cuestión. El problema de la localización e identificación social se plantea aquí con la misma agudeza que en el caso de las categorías superiores. O más bien las definiciones son más contradictorias y la cacofonía todavía mayor. Sin entrar en los debates teórico-metodológicos, algunos señalamientos son indispensables para "enmarcar" con un mínimo de rigor a un sujeto social omnipresente pero nebuloso.

Divisiones y límites

Desde Aristóteles, que las definía como aquello que ocupa el

[1] Yves Lacoste, *Les pays sous-développés*, París, PUF, 1959, p. 20. [*Los países subdesarrollados*, Buenos Aires, Eudeba.]
[2] Claudio Véliz, "Centralismo, nacionalismo e integración", *Estudios internacionales*, 1969, A/3, p. 12.
[3] Mario Benedetti, *El país de la cola de paja*, Montevideo, 1966, p. 56.



justo medio y que por ende constituye el eje de las sociedades, las clases llamadas medias han sido considerablemente mistificadas, y sobre todo hoy en los países industrializados. La sociología optimista y el conservadurismo ilustrado consideran que nuestras sociedades evolucionan hacia una feliz mesocracia, a través de la nivelación en el centro de las disparidades sociales más flagrantes. Todos somos miembros de las clases medias ya que las barreras del estilo de vida o de consumo han dejado de ser ostensibles, como en la época en que los burgueses en traje hacían frente a los proletarios en guardapolvo. Si bien la uniformización de las condiciones permite ocultar las dominaciones sociales y/o hacer materialmente tolerables los principios de igualdad jurídica a los cuales se adhieren las sociedades occidentales, la sacralización de las clases medias no hace sino más ardua la aplicación de tal categoría en las sociedades periféricas. Ni sobre su posición en la estructura de clases —por consiguiente sobre los criterios en los que se basa— ni sobre su contenido sustancial existe una interpretación única.

A grandes rasgos, en la teoría sociológica contemporánea cohabitan dos concepciones de las clases medias. En una, a semejanza de la sociedad estadunidense, democrática y desprovista de aristocracia, la *middle class* comprende a la burguesía cuando no se identifica con ella. Una segunda versión, más europea y dicotómica, coloca a las clases medias entre la burguesía y el pueblo o clase obrera. Más o menos inspirada en la tríada marxista, tiene la ventaja de hacer existir a grupos sociales que no pueden ser económicamente confundidos con las categorías superiores detentadoras o no de los medios de producción. Sin embargo, el "esquema de gradación" a la estadunidense permite[4] introducir distinciones útiles en el seno de las clases medias (*lower, middle, upper*) en función de los ingresos más que del lugar en el proceso productivo. Si bien conviene evitar confundir esas dos concepciones, para las necesidades de la exposición, vamos a proponer la siguiente postura heterogénea: llamaremos clases medias a los sectores sociales comprendidos entre la burguesía (empresariado, responsables económicos, alta

[4] Sobre ese debate sociológico, véase Stanislaw Ossowski, *La structure de classe dans la conscience sociale*, París, Anthropos, 1971. [*Estructura de clases y conciencia social*, Barcelona, Roma.]

CUADRO 3
ESTRATOS MEDIOS Y SUPERIORES HACIA 1970
(en porcentaje de la población económicamente activa según los sectores de actividad)

		Sectores	
País	*Total**	*Primario*	*Secundario y terciario*
Argentina	38.2	1.3	32.4
Bolivia	17.0	0.5	16.5
Brasil	23.3	0.7	21.6
Colombia	28.8	2.9	25.9
Costa Rica	24.1	0.3	23.5
Chile	29.0	0.7	25.4
Ecuador	16.9	0.5	16.4
El Salvador	13.6	0.8	11.7
Guatemala	11.8	0.5	11.0
Honduras	21.5	4.7	15.8
México	24.5	0.8	22.5
Nicaragua	19.2	1.6	15.9
Panamá	23.4	0.2	22.6
Paraguay	15.7	0.6	14.0
Perú	23.2	0.3	21.1
República Dominicana	18.2	1.2	12.2
Uruguay	35.0	1.4	30.6
Venezuela	32.6	0.2	29.0

FUENTE: ONU, Comisión Económica para América Latina, *Statistical Yearbook for Latin America, 1983*; CEPAL, Santiago de Chile, 1984, p. 82.
* Comprende personas cuyo sector de actividad no es conocido.

función pública) y el pueblo o las clases populares (campesinos y obreros); pero, si bien nos vemos tentados a rechazar el continuo social que sirve de base al esquema no dicotómico, nos permitiremos recurrir a las distinciones internas de la *middle class* con excepción de su franja superior que asimilamos a la burguesía.

La segunda dificultad terminológica se deriva del carácter heterogéneo de las clases medias en América Latina. Más todavía que en Europa donde la distinción asalariado-no asalariado se ve muy a menudo oscurecida por debates ideológico-estratégicos,[5] en América Latina las clases medias

[5] En la década de los sesenta y de los setenta, la expansión del sector

CUADRO 4
ESTRATOS MEDIOS ASALARIADOS
(en porcentaje de la población activa)

País	*% 1970*
Argentina	22.4
Bolivia	11.3
Brasil	13.8
Colombia	13.5
Costa Rica	18.6
Chile	18.7
Ecuador	15.9
El Salvador	7.4
Guatemala	8.2
Honduras	10.0
México	14.3
Nicaragua	10.0
Panamá	19.1
Paraguay	8.8
Perú	14.5
República Dominicana	8.7
Uruguay	21.3 (en 1960)
Venezuela	23.4

FUENTE: ONU, Comisión Económica para América Latina, *Statistical Yearbook for Latin America, 1983*; CEPAL, Santiago de Chile, 1984, p. 82.

aparecen como un simple agregado estadístico a partir de una definición "residual" y negativa de su naturaleza: pertenecen a las clases medias todos aquellos que no forman parte ni de la clase obrera o del campesinado ni de la gran burguesía. Por ello las más de las veces sigue hablándose de "sectores medios". Las estadísticas oficiales, que presentan una división por sector de actividad, no facilitan mucho que digamos las delimitaciones rigurosas en términos de posición o de ingreso. Así, en el terreno de los servicios y del sector terciario es difícil distinguir lo que concierne propia-

asalariado y de las nuevas clases medias dio lugar en Francia a un debate entre la izquierda (Serge Mallet) y la extrema izquierda (Baudelot-Establet) sobre la naturaleza de esos grupos sociales: ¿nueva burguesía o nuevas clases obreras? Véanse al respecto los estudios reunidos por Georges Lavau, Gérard Grunberg y Nona Mayer en *L'Univers politique des classes moyennes*, París, Presses de la FNSP, 1983.

CUADRO 5
CLASES MEDIAS RURALES. FAMILIAS Y POSICIÓN SOCIOECONÓMICA

País	*% de fincas familiares (propias o no)*	*Total de sectores medios rurales*	= *Administradores fincas grandes o medianas*	+ *Propietarios propiedades familiares*	+ *Agricultores fincas familiares*
Argentina (1960)					
Número de fincas	48.7	33.9	1.3	16.4	16.2
Superficie	44.7				
Brasil (1950)					
Número de fincas	39.1	17.0	2.1	12.0	2.9
Superficie	6.0				
Chile (1950)					
Número de fincas	40.0	19.8	2.1	14.8	2.9
Superficie	7.1				
Colombia (1960)					
Número de fincas	30.2	24.8	1.5	17.9	5.4
Superficie	22.3				
Ecuador (1960)					
Número de fincas	8.0	9.5	—	8.0	1.5
Superficie	19.0				
Guatemala (1950)					
Número de fincas	8.5	10.0	2.2	6.6	1.2
Superficie	4.5				

Según los datos de ICAD-CIDA (Comité Internacional para el Desarrollo Agrícola) presentados por Solon L. Barraclough y Arthur L. Domike en "Agrarian structure in seven Latin American countries", *Land Economics*, XLII, núm. 4, noviembre de 1966, pp. 391-424, y *El Trimestre Económico*, abril-junio de 1966, pp. 235-301.

mente a las clases medias y lo que pertenece al mundo de la "marginalidad". Evidentemente eso no es privativo de América Latina pero en ese continente se halla particularmente agravado por la sobreurbanización refugio y la proliferación de los "pequeños oficios urbanos". De esta manera un comerciante puede ser ya sea trabajador independiente, patrón del negocio, vendedor ambulante, subproletario, o detallista episódico en períodos de vacas flacas, que no podría considerarse como miembro de las clases medias.

Composición e historia

El término "clase media", que parece presuponer cierta homogeneidad al menos de los comportamientos y los "efectos sociales y políticos pertinentes" que pueden desprenderse de él, designa de hecho a grupos de muy distintos orígenes. Además, todos los países del continente, como puede suponerse, están lejos de hallarse en el mismo caso. Algunas sociedades presentan una gran densidad de clases medias. Entre ellas se coloca a Argentina y Uruguay, pero también a Chile y Colombia. Venezuela se ha unido recientemente a ese grupo que está a la cabeza. Brasil y México, que se han modernizado muy rápidamente en los últimos veinte años, sólo han alcanzado parcialmente el nivel de los países más complejos. Costa Rica y Panamá se sitúan, como indica la comparación entre los cuadros 3 y 4, en una posición de surgimiento de estratos medios intermedios.

En las estadísticas globales que no distinguen a las clases medias de las categorías superiores, lo que sin embargo no falsea la comparación, el porcentaje de las clases medias asalariadas (cuadro 4) es particularmente ilustrativo del grado de modernización social que esos sectores intermedios representan. Muestra también la parte de los estratos medios recientes y por tanto la estratificación cronológica de estratos sociales rurales o urbanos surgidos en épocas diferentes. A grandes rasgos podemos distinguir tres momentos:
des rasgos podemos distinguir tres momentos:

1. Asistimos a la aparición de grupos sociales medios y a su crecimiento en algunos países cuando su economía se integra al mercado mundial. Son esencialmente pequeños

productores rurales pero también urbanos (artesanos, comerciantes, pequeñas industrias de reparación o acondicionamiento) los que constituyen las primeras cohortes de los sectores intermedios. En el terreno agrícola, la pequeña y mediana propiedad existe, por imposible que parezca, fuera del binomio latifundio/minifundio en varios países, y particularmente en Argentina, Uruguay y el sur de Brasil, a causa sobre todo de la inmigración europea masiva de fines del siglo XIX. Aparece igualmente en Colombia en la frontera del café, en las nuevas tierras de colonización, no está ausente en Costa Rica y tampoco en Honduras a causa de la disponibilidad de tierra o la escasez de la población. En el caso de algunos países significativos, el cuadro 5 proporciona indicaciones concernientes al porcentaje de familias supuestamente "medias" desde el punto de vista económico, así como la cifra de las propiedades "familiares". Si bien existe un paralelismo entre ambas series, evidentemente no coinciden: la concentración de la propiedad afecta también a las fincas medianas, varias unidades de las cuales pueden en efecto ser detentadas por un mismo propietario.

2. Durante todo el período del crecimiento extravertido, la infraestructura de la actividad exportadora, la urbanización y la modernización del Estado multiplican las profesiones que dan acceso a esos grupos medios. Propietarios y empleados de comercio, servicios financieros, funcionarios públicos, civiles y militares constituyen los nuevos estratos sociales. Su expansión es más rápida que la de la población activa de los países a los cuales atañe (véase cuadro 6 tan sólo para el caso de los empleados en México).

3. Si bien el crecimiento de las clases medias está en un primer momento ligado a la exportación, es igualmente consecuencia del proceso de industrialización del siglo XX bajo sus dos formas: nacional, para sustituir importaciones, y "multinacionalizada" hoy en el marco de la sucursalización de las economías latinoamericanas.

Son los pequeños empresarios nacionales, los ejecutivos y técnicos de las empresas extranjeras, con excepción de las cumbres de la jerarquía, quienes forman parte de una "burguesía no poseedora" que no pertenece a las clases medias en el sentido en el que lo entendemos. La industrialización no se realiza sin expansión del Estado. "El Estado de creci-

miento es un Estado creciente", según la acertadísima frase de Henri Lefebvre. La función pública se diversifica, el parapúblico de las empresas nacionalizadas y de los servicios se desarrolla. Las nuevas responsabilidades del Estado, tanto en el terreno social como en el sector de la economía, desembocan en una considerable inflación de la administración y en su seno de los estratos medios (véase cuadro 7).

CUADRO 6
LOS EMPLEADOS EN LA POBLACIÓN ACTIVA EN MÉXICO, 1895-1960
(índice 100 en 1900)

Años	*Población económicamente activa*	*Empleados*
1895	88.8	110.2
1900	100.0	100.0
1910	103.6	134.4
1921	104.0	175.2
1930	—	—
1940	117.3	350.1
1950	170.4	599.5
1960	231.9	1 008.8

FUENTE: Según estimaciones de José Calixto Rangel Contla, en *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana, 1895-1960*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976, p. 179.

CUADRO 7
CRECIMIENTO DEL PERSONAL DE LA ADMINISTRACIÓN CENTRAL EN MÉXICO (NO INCLUYE LAS EMPRESAS DEL ESTADO), 1845-1960

Años	*Personal*	*1900=100*
1845	59 338	89.6
1900	65 898	100.0
1910	64 384	97.2
1921	89 346	134.9
1930	153 343	231.5
1940	191 588	284.3
1950	278 820	423.1
1960	415 511	630.5
1977	1 088 805	1 673.2

FUENTE: Según José Calixto Rangel Contla, *ibid.*, p. 191, y Secretaría de la Presidencia, *Estudios administrativos*, 1978.

Una urbanización más rápida que el proceso de industrialización y anterior a éste ha acelerado el crecimiento de los estratos medios urbanos. El crecimiento del sector terciario cuasiparasitario es una característica ya antigua de las sociedades latinoamericanas más avanzadas. El sector "servicios", cuya preponderancia se ha considerado por mucho tiempo un rasgo distintivo de las sociedades industriales, es artificialmente inflado por la proliferación del comercio al menudeo, de los intermediarios y de las actividades no productivas de todos los tipos exigidos sobre todo por la opulencia de las ciudades y el lujo de los particulares víctimas del "efecto de demostración" de las economías centrales. De esta manera, en Argentina la expansión sin industrialización a principios de siglo da a la distribución de la población activa un perfil inesperado en un país agrario. En 1914, el sector terciario representaba ya el 35.9% (frente al 28% del primario). Porcentajes más o menos cercanos a los de la población francesa en 1954. Esta "sobreterciarización" va acompañada de una importancia desproporcionada de las categorías no manuales en los sectores secundario y terciario, a menudo igual o superior al de los países industrializados. Asistimos pues como consecuencia a lo que Gino Germani ha bautizado como "sobreexpansión" de los estratos medios y que ilustra el cuadro 8.

Este breve panorama histórico de las clases medias permite darse cuenta de que esencialmente se componen de categorías dependientes del sistema socioeconómico tradicional y que su mayor expansión está ligada al desarrollo

CUADRO 8
LOS ESTRATOS MEDIOS URBANOS EN ARGENTINA Y ESTADOS UNIDOS

Estados Unidos		*Argentina*	
Años	*%*	*Años*	*%*
1870	33.5	1869	8.7
—	—	1895	24.0
1910	34.2	1914	30.7
1940	38.3	1947	41.4
1960	46.9	1957	48.4

FUENTE: Según Gino Germani, *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1969, p. 200.

extravertido. Eso es cierto tanto en el caso de las categorías asalariadas (servidores públicos, técnicos, cuadros) como en el de las independientes. Incluso ha podido emitirse la hipótesis de que los grupos dominantes han utilizado el crecimiento urbano para "incorporar y controlar a los sectores medios".[6] Sea lo que fuere, esos estratos intermedios son el subproducto de un tipo de desarrollo que no gobiernan. Por consiguiente, apenas desempeñan el papel innovador y autónomo que ha querido atribuírseles, quizá a causa de una simple imprecisión conceptual.

Comportamientos e ideologías

El papel actual o futuro de las clases medias en América Latina ha hecho correr mucha tinta. Una de las interpretaciones más difundidas en la década de los sesenta, a partir de la publicación del libro de John Johnson sobre el tema,[7] es la que une estrechamente el ascenso de las clases medias al progreso económico y a la consolidación de la democracia. De origen norteamericano, fue autoridad durante algún tiempo; asimismo la encontramos en numerosos trabajos y, paradójicamente, en el credo de los partidos comunistas ortodoxos latinoamericanos bajo formas más o menos críticas.[8] Esta concepción considerablemente ideológica, que

[6] Según Alessandro Pizzorno, "Tres tipos de estructuras urbanas en el surgimiento y la expansión de la sociedad moderna", Gino Germani *et al.*, *Urbanización, desarrollo, modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1978, pp. 131-148.

[7] John J. Johnson, *Political change in Latin America. The emergence of the middle sectors*, Stanford (Cal.), Stanford University Press, 1958. La formulación de las hipótesis en Johnson es mucho más matizada que las caricaturas que se han dado de ellas, o que en muchos de sus epígonos.

[8] Véase entre otros a Charles Poter, Robert Alexander, *The struggle of democracy in Latin America*, Nueva York, Praeger, 1963; Arthur Whitaker, "Nationalism and social change in Latin America", en J. Maier, R.W. Weatherhead, *Politics of change in Latin America*, Nueva York, Praeger, 1964, pp. 85-100; e igualmente Georges Blankensten, "In quest of the middle sectors", *World Politics*, enero de 1960, pp. 323-327. En cuanto al punto de vista de los partidos comunistas, véase Manuel Delgado, Boris Koval, Carlos Zúñiga, "Las capas medias, ¿con quién están?", *Revista Internacional*, Praga, 1982, 12, pp. 66-71.

proyecta sobre las realidades del sur la división social norteamericana y la evolución de las sociedades industrializadas, tiende a confundir en un todo indiferenciado burguesía ("republicana" y "conquistadora" cual debe) y clases medias. Sus bases empíricas son frágiles a pesar de la experiencia que en varios países han tenido partidos de clases medias llegados al poder tras la primera guerra mundial.

Esta teoría atribuye a las clases medias tres grandes características:

1. Una oposición consciente y declarada a las clases dominantes, y una voluntad de transformación social;
2. una vocación industrialista;
3. una adhesión decisiva a la democracia liberal.

Estas tres hipótesis merecen ser examinadas con atención.

1. La primera parte del principio de que los grupos dominantes, oligarquías o grandes burguesías, son por definición arcaicos y tradicionales, es decir precapitalistas, mientras las *middle classes*, portadoras de progreso y modernización, luchan por establecer el dominio del capitalismo sobre la economía nacional. Las premisas de semejante afirmación son generalmente falsas como ya hemos visto. De esta manera, los partidos políticos que ponen en tela de juicio el orden oligárquico generalmente desdeñan la economía. Su oposición es ante todo política y llena de consideraciones morales y hasta moralizantes sobre la corrupción, la injusticia o el egoísmo social, pero no sobre la industria. En Argentina, la Unión Cívica Radical del presidente Yrigoyen se enorgullecía un tanto de no tener programa económico y ni siquiera programa a secas fuera de la aplicación estricta y honesta de la Constitución que aseguraba la victoria de la "causa" popular sobre las bajezas del "régimen" "embustero y escéptico". Otro tanto podría decirse, un poco más tarde, del radicalismo chileno que sólo la coyuntura de crisis mundial transformó en instrumento voluntarista de la industrialización cuando llegó al poder en la década de los treinta. En 1930 en Brasil, las clases medias "civiles y militares" que apoyan la revolución de Vargas contra la "vieja república", defienden "los derechos del pueblo y el respeto de la justicia" contra la política estrecha y corrupta de las oligarquías locales y de sus alianzas dominadoras. En esos tres casos, el

objetivo principal es la participación, no la transformación económica y social. En realidad, los estratos medios movilizados aceptan sin críticas de fondo ni proyecto alternativo el sistema económico en vigor a condición de tener allí su lugar, y de que su acceso al poder y al Estado esté asegurado. Si bien esas aspiraciones indudablemente revelan una mentalidad común, no traducen ni los lineamientos de otro tipo de desarrollo, ni una visión del futuro socioeconómico capaz de proporcionar una nueva ideología dominante. Sin duda por ello ha podido hablarse de "clases medias sin fisonomía". No sólo esos sectores intermedios no son la punta de lanza del desarrollo capitalista y de la economía de mercado, sino muy a menudo encarnan reacciones de hostilidad al capitalismo depredador y salvaje que han fomentado las oligarquías cosmopolitas. Es el caso de los dirigentes de la revolución mexicana que luchan contra el progresismo tecnócrata y liberal de los científicos que rodean al dictador modernista Porfirio Díaz. El discurso moralizador de la UCR argentina o el nacionalismo indigenista del APRA peruano[9] tampoco carecen de cierta dimensión anticapitalista.

2. Por ello esas clases medias y quienes hablan en su nombre parecen menos preocupadas por el desarrollo industrial que por los problemas de distribución del ingreso y los intereses de los consumidores. Los partidos populares urbanos, muy lejos de defender la industria nacional, a principios del siglo XX se oponían al proteccionismo, que encarecía los bienes de consumo y reducía el poder de compra. Yrigoyen, presidente en Argentina durante la guerra de 1914-1918, disminuyó las tarifas arancelarias cuando se restableció la paz.

Además, son gobiernos "oligárquicos" o que responden a los intereses tradicionales los que, por razones coyunturales, han estimulado la industria a veces contra los partidos de las clases medias que siguen siendo librecambistas. La Argentina conservadora posterior al golpe de Estado militar de 1930 y hasta 1943, así como el Chile de Alessandri (1932-1938), ilustran esta tendencia.

[9] La UCR (Unión Cívica Radical, argentina), fundada en 1981 para combatir a la república oligárquica, llega al poder en 1916. El APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) fue fundada en México como "frente antimperialista" en 1924; entra en la escena política peruana como partido nacional en 1931, sosteniendo la candidatura de su fundador Víctor Raúl Haya de la Torre.

Es claro que en su comportamiento esas clases medias están en los antípodas de las "burguesías conquistadoras" o de los "dinámicos gerentes" que la gente esperaba. Incluso se ha emitido la hipótesis[10] de que a partir de los años cincuenta-sesenta, a los países de mayor proporción de clases medias (Argentina, Uruguay, Chile) les ha costado más trabajo desarrollarse o han tenido un ritmo de crecimiento menos rápido que sus vecinos. Esta hipótesis es muy sugestiva sobre todo porque plantea el problema central de la composición de esas clases. Según Hoselitz, autor de esta tesis, mientras más se componga la clase media de "cuellos blancos", empleados y burócratas, menos animada estará por el deseo de la movilidad social y el espíritu de empresa. Sólo la "vieja clase media" de pequeños empresarios agrícolas, industriales y comerciales presenta esas virtudes. Si bien la distinción antiguos/nuevos estratos medios es pertinente, en nuestra opinión las conclusiones que de allí se han sacado requieren algunas observaciones. En efecto conviene introducir distinciones más sutiles principalmente en el seno mismo de los estratos medios asalariados: los empleados no son los ejecutivos, o los miembros de las profesiones liberales. Ni la burguesía de Estado brasileña ni el sistema político burocratizado del Estado-partido mexicano parecen haber frenado el desarrollo nacional, muy por el contrario. Mientras clases medias independientes numerosas, pero más propensas a la especulación que a la producción, sedientas de seguridad más que de riesgo económico, pueden originar estancamiento o involución más que ninguna burocracia parasitaria.

3. La conquista de la democracia parece haber sido uno de los objetivos de las clases medias y de sus organizaciones en el siglo XX. No obstante la afirmación merece ser matizada. El comportamiento político de las clases medias ha evolucionado y sus intereses no siempre pasan por la defensa de las instituciones representativas. Aun sin querer asimilar

[10] Bert F. Hoselitz, "El desarrollo económico en América Latina", *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), octubre-diciembre de 1962 (2,3), pp. 48-66.

los oficiales a las clases medias de las que proceden en su mayoría y cuyos ingresos y situación social comparten, y sin detenerse en la tesis del "golpe de Estado de clase media"[11] según la cual las intervenciones militares latinoamericanas de la década de los sesenta asumieron principalmente la defensa de los sectores medios, no podemos ignorar la inconstancia ideológica de esos estratos sociales, y su probada propensión a las soluciones autoritarias. Con todo hay que precisar que, en medio siglo, la alianza de las clases medias, o de ciertos grupos procedentes de sus filas, se realiza ya en un sentido progresista y reformador (Chile, Brasil, Ecuador en la década de los veinte-treinta, Perú y Ecuador en la de los setenta) ya con fines de conservación social (Brasil en 1964, Argentina en 1966 y en 1976, Chile en 1973), y no de manera uniforme y unívoca. Esta tendencia de las clases medias que obedece a situaciones coyunturales y al juego de las relaciones de clases está fuertemente condicionada por su permanente adhesión a la intervención ampliada del Estado, y al incremento de sus responsabilidades.

Actitudes políticas, situaciones sociales y relaciones de clases

Las clases medias constituyen en América Latina, más aún en Europa, mosaicos heteróclitos. De allí la amplitud del debate referente a ellas. No obstante, podemos señalar que sus conductas sociales son relativamente homogéneas, con ciertos márgenes, por poco cuidado que se tome de situarlas en su contexto social y no de aislarlas recurriendo a correspondencias nominales con otras sociedades. Si bien es poco operativo tratar de aprehender las clases sociales fuera de las relaciones de clase, esto es verdad *a fortiori* en el caso de las clases "en sí" tan amorfas y sin objeto directo como los "sectores medios". Para ver qué tan cierto es esto, examinaremos sucesivamente sus relaciones con los grupos dominantes, con el Estado y sus comportamientos frente a las clases populares.

[11] Según José Nun, "A Latin American phenomenon: the middle class military coup", en James Petras, Maurice Zeitlin, *Latin America, reform or revolution?*, Nueva York, Fawcett Book, 1968, pp. 145-183.

Las relaciones entre los estratos medios y las oligarquías están muy a menudo influenciadas por la mistificación misma de las clases medias. Si todo lo que se halla por encima de las clases populares pertenece al *aurea mediocritas* de la mesocracia, deja de haber asimetría social y por tanto oligarquía. La prestidigitación conceptual es legítima. No obstante, si bien las clases medias, con algunas excepciones revolucionarias —cuyos efectos pueden no ser permanentes, como atestigua la revolución mexicana—, no ponen en entredicho de manera radical los modelos económicos y el pacto de dominación, sus comportamientos se caracterizan a menudo por el deseo de promoción económica y política pero también social dentro del sistema. Ese deseo de integración y esas aspiraciones modelan un conformismo ascensional que hace de sus miembros "pasantes de la oligarquía" de la misma manera en que, para Michel Crozier, el empleado es un "pasante de la burguesía". Así, no es sorprendente que la compra de tierra sea la coronación de una carrera comercial o liberal, la sanción y el símbolo social del éxito tanto para el abogado como para el pequeño industrial, tanto en El Salvador como en Argentina, Uruguay o Brasil. Sin embargo es sobre todo gracias a los títulos universitarios como los hijos de los estratos medios se lanzan al asalto del paraíso del éxito social.

Con todo, el deseo de promoción muy a menudo tropieza con el monopolio social y político de la gran burguesía. Para vencer su exclusivismo, los movimientos políticos en los que se reconocen las clases medias son aquellos que luchan por la democratización del sistema. La llegada al poder de esos partidos tiene como consecuencia la extensión del sufragio, en Chile, Uruguay, Argentina o Costa Rica, para no citar sino algunos casos. Pero más ampliamente se trata de obtener el acceso al Estado y a la enseñanza superior, dos situaciones privilegiadas de la reproducción social y de la posición. La entrada sin restricción a la función pública es una forma de redistribución pacificadora muy valorizada por las clases medias incluso ascendentes. Por ello la expansión de la burocracia, que coincide con la llegada al poder de gobiernos populares, no es simplemente, como las fuerzas conservado-

ras expulsadas lo interpretan, un saqueo legalizado del Tesoro público, sino un medio de repartición de los beneficios del crecimiento a nuevos grupos sociales así integrados.

El acceso a la universidad es igualmente buscado, ya que se considera el título universitario el pasaporte que da derecho al festín de los elegidos. "Mi hijo el doctor" ("mi hijo el abogado o el médico") es el sueño de todas las madres de clase media del continente. Tanto es así que universidades sobrecargadas forman legiones de titulados que difícilmente encuentran trabajo. Así pues Argentina cuenta con un médico por cada 430 habitantes (1980), frente a uno por cada 580 en Francia y uno por cada 520 en Estados Unidos. En ese mismo país, el número de arquitectos es el mismo que en Francia para una población de casi la mitad y cuando la construcción anual de viviendas es de cinco a seis veces inferior. Estas cifras con casi similares en el caso de Uruguay. Las luchas por el acceso libre a la universidad son permanentes en casi todos los países y los exámenes de ingreso cuando existen, como el *vestibular* en Brasil, constituyen una prueba nacional dramatizada al extremo. Para no hablar de los *drop out* del sistema universitario que hoy constituyen los cuadros principales de la insurrección salvadoreña como ayer del castrismo, del Frente Sandinista nicaragüense o de las guerrillas argentinas.

Hay que tomar en cuenta esos elementos para comprender la importancia de la universidad como factor en juego político, la aspereza de las luchas universitarias y la estrecha relación entre la enseñanza superior y la vida política. A este respecto no podemos pasar por alto la reforma universitaria de 1918 que se extendió de la colonial y docta Córdoba en Argentina a todo el continente con algunas excepciones. Recordemos los hechos: en 1912 se instaura el sufragio universal secreto en Argentina, en 1916 los radicales de Yrigoyen llevan al poder las aspiraciones de las clases populares y medias. No obstante la universidad sigue siendo coto vedado de la "aristocracia". Las "grandes familias" detentan el control sobre todo en provincia. Los estudiantes se rebelan contra la elección de los profesores y algunas reglas de funcionamiento que desfavorecen a los menos afortunados: la asistencia libre, el "gobierno tripartito" (estudiantes, profesores y ex alumnos) y la autonomía son las

banderas de la reforma. A partir de 1919 se convierten en las de todos los estudiantes progresistas del continente.

Dado que el Estado controla la repartición de ingresos —por tanto el proceso de ascenso social a través de la función pública y la universidad—, las clases medias son a la vez democráticas y estatistas. Su antagonismo con los grupos terratenientes, que se ha cometido el error de creer que era de naturaleza económica, se produce en torno al Estado. El aparato estatal no sólo ofrece posibilidades de movilidad social o una relativa estabilidad de posición, es visto como un protector, sobre todo por los sectores medios dependientes. De esta manera se pudo observar entre los empleados de comercio y de bancos en Brasil un verdadero "culto al Estado"[12] al cual se le solicita asistencia en vez de exigirla. Las organizaciones representativas de esas clases medias asalariadas entre 1930 y 1964 se caracterizan por orientaciones apolíticas, antirreformistas, donde el corporativismo se alía a un estatismo de tipo casi quietista. La extensión del sufragio o de eventuales transformaciones sociales les interesan mucho más que las posibilidades "modernas" de consumo y de seguridad social.

Por lo demás los sistemas de seguridad social públicos se hallan en el centro del dispositivo defensivo de los estratos medios, y quizá hasta son constitutivos de los sectores intermedios. Si bien el burgués, según Siegfried, "es aquel que tiene reservas",[13] el pequeñoburgués latinoamericano ¿no sería aquel que dispone de una protección social oficial y permanente para él y los suyos? En todo caso es cierto que los organismos de seguridad social participativa (que debe distinguirse de la asistencia pública ofrecida a todos), de costo generalmente elevado para el empresariado, el sector asalariado y el Estado, contribuyen a la expansión de las clases medias en la medida en que multiplican los empleos (médicos, enfermeras, empleos de oficina) que son su monopolio. A ello puede añadirse que los beneficios de los sistemas

[12] Según Decio Saes, "Tendencias do sindicalismo de classe media no Brasil, 1930-1964", en CEDEC, *Trabalhadores, sindicatos e política*, São Paulo, CEDEC-Global, s.f.

[13] André Siegfried, *De la IIIe. à la IVe. République*, París, Colin, 1956, p. 257.

de seguridad son generalmente mayores en el caso de los empleados y los servidores públicos que en el de los demás trabajadores, como atestigua, en México por ejemplo, la calidad de los hospitales y clínicas del ISSSTE (Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado) reservados a los servidores públicos y sus familias. Por último, basta con comparar la cantidad relativamente escasa de asegurados en países como Brasil o México (véase cuadros 9 y 10) para convencerse de que de alguna manera los derechohabientes son privilegiados que participan de uno u otro modo en la posición y los valores de las clases medias, ya sean obreros titulares de Pemex o ferrocarriles por aquí, empleados bancarios o de comercio por allá.

De manera más general, las clases medias constituyen actualmente la clase política por excelencia y para serlo poseen el capital cultural indispensable y el deseo de ascenso social necesario. Incluso a veces sus miembros detentan por así decirlo el monopolio de la representación política. Es el caso en Bolivia, Perú o Guatemala, y en general en sociedades biétnicas o multiétnicas o cuando los analfabetos son excluidos de la ciudadanía. Los jefes revolucionarios no escapan de esta tendencia. En México, fuera de Zapata y Villa, de extracción claramente popular pero que sin duda contrastaban con su medio de origen por cierta holgura, y de Carranza, gran propietario, todos los jefes revolucionarios pertenecen a los grupos medios: Calles era maestro de escuela, Cárdenas, empleado municipal, Obregón, pequeño agricultor, y otros periodista, farmacéutico, etc. Los líderes de las

CUADRO 9

POBLACIÓN CON DERECHO A SEGURIDAD SOCIAL Y POBLACIÓN NO ASEGURADA EN MÉXICO*

Años	*Población asegurada*	*Población no asegurada*	*Población total*
1967	9 846 722	35 824 278	45 671 000
1971	13 651 613	38 800 335	52 451 900
1976	22 244 658	40 084 531	62 329 189

FUENTE: Según Daniel López Acuña, "Salud, seguridad social y nutrición", en Pablo González Casanova, Enrique Florescano (coords.), *México, hoy*, México, Siglo XXI, 1980, p. 197.

* Las cifras de población asegurada corresponden a las principales instituciones de seguridad social.

CUADRO 10

BRASIL: POBLACIÓN CON DERECHO A SEGURIDAD SOCIAL EN PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN ACTIVA Y DE LA POBLACIÓN TOTAL

Años	*% población económicamente activa*	*% total de la población*
1950	20.8	6.8
1960	23.1	7.4
1970	27.0	9.0

FUENTE: Según datos del IBGE, 1952-1962, calculados por James Malloy, *The politics of social security in Brasil*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1979, p. 95.

revoluciones marxistas o que se han convertido en tales presentan el mismo perfil social. Son abogados, médicos o ex estudiantes que reniegan de sus lazos universitarios y hablan en nombre de las masas campesinas o de la clase obrera en Cuba o en Nicaragua. En la década de los setenta, los jefes "pequeñoburgueses" de la guerrilla en Uruguay y Argentina, Tupamaros y Montoneros, ¡establecían como regla a sus miembros "proletarizarse" llevando una vida austera!

El cuasimonopolio de las clases medias es también muy notable hoy en un régimen civil fuerte como el que gobierna a México desde hace más de cincuenta años y en el cual, a causa justamente de las reglas burocráticas de ascenso en el seno del partido-Estado, las élites económicas han perdido contacto con las élites políticas. Un estudio reciente[14] sobre las categorías socioprofesionales de muestras representativas de las élites políticas mexicanas nos revela de manera más precisa los componentes de esa población notablemente homogénea en el tiempo. Para el período posrevolucionario (1946-1971), las categorías superiores (industriales o grandes propietarios) están escasamente representadas (7%), los estratos populares apenas rebasan el 12% y hasta los dirigentes sindicales, que proporcionan las ocho décimas partes de este grupo representativo, de hecho forman parte de los sectores medios. La mayor parte de la clase política pertenece pues a los estratos medios, titulados de formación universi-

[14] Peter H. Smith, *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México (1900-1971)*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 104-105.

taria o parauniversitaria, dado que los empleados sólo ocupan un lugar exiguo (a medio camino entre las categorías superiores y las clases populares), mientras los abogados, a la cabeza seguidos de los maestros y los profesores universitarios, se llevan la mejor parte. Las mismas proporciones se encuentran en el período "revolucionario" (1917-1940) con una sola diferencia: el elevado porcentaje de militares. Estos datos, que no son totalmente distintos de los de los países occidentales con sin embargo, si se les compara con Francia, un claro exceso de representación de abogados y maestros,[15] deben sin duda ser matizados: esos abogados y esos profesores son en su mayoría servidores públicos que ocupan empleos de dirección en el aparato de Estado. La carrera de los últimos presidentes mexicanos y de sus principales ministros, educados en el palacio estatal pero de formación inicial jurídica, lo atestigua: tanto el licenciado como el doctor en el cono sur poseen un título prestigioso que no necesariamente implica la inscripción al Colegio de Abogados.

La actitud de los estratos medios frente a las clases populares es cambiante y ambigua. Es cierto que la posición media de esos estratos sociales hace de ellos el lugar de múltiples contradicciones. Así, las clases medias abogan por el fortalecimiento del Estado, que les asegura cierta participación o por lo menos los sustrae de los caprichos de los notables locales e incrementa los servicios públicos de los que son beneficiarios privilegiados. Más Estado significa para ellos más clases medias y más prestaciones estatales. Sin embargo, y es el reverso de la medalla, el Estado fuerte es el "Estado autoritario" que generalmente acomete contra los dos bastiones de la clase media: los partidos políticos y la universidad autónoma. A este respecto el caso brasileño es ejemplar. El *Estado novo*, régimen dictatorial instaurado por Getúlio Vargas en 1937, crea varias instituciones que favorecen a los estratos medios en detrimento de las oligarquías locales. De esta manera, el DASP (Departamento Administrativo del Servicio Público) libera a los servidores públicos de la tutela de los "coroneles" y de las autoridades

[15] En el caso de Francia, podemos remitirnos a Pierre Birnbaum, *Les sommets de l'État. Essai sur l'élite du pouvoir en France*, París, Éd. du Seuil, 1977.

sociales. Pero las restricciones a las libertades y a los derechos de la oposición acarrean la disidencia de los estratos medios civiles y militares que habían apoyado a Vargas contra los nostálgicos de la república oligárquica. Se les encuentra detrás del frente liberal de la UDN (Unión Democrática Nacional) que provoca la caída del getulismo en 1945.

La búsqueda de la seguridad y las expectativas de promoción social sirven de base a la ambivalencia de la pequeña burguesía con respecto a las clases populares. Ese fenómeno es sin duda universal. Pero en América Latina adopta formas institucionales particulares. Tras haberse esforzado por abrir las puertas del orden oligárquico, y haber vencido el exclusivismo de las élites establecidas, las clases medias temen tanto la proletarización como la invasión por los estratos inferiores de la posición que tanto les costó. Según algunos historiadores y sociólogos ése sería uno de los motores clásicos del fascismo en Europa.[16] Sea lo que fuere, el "pánico de la posición" manifestado por las clases medias frente al ascenso del movimiento obrero organizado, agravado por el desorden financiero o la inflación, tiene mucho que ver en la favorable acogida de esos medios a los regímenes autoritarios, al menos en un primer momento. Fueron las clases medias las que ocuparon las calles de São Paulo y de Río en 1964 durante las manifestaciones masivas contra el presidente electo Goulart, cuyo desenlace fue la intervención militar de abril. En Argentina, las clases medias ¡aplaudieron sin vergüenza el golpe de Estado de 1966 contra un presidente electo perteneciente a un partido considerado de clase media! No ocultaron su alivio cuando en 1976 el general Videla derrocó a la señora Perón. Para no hablar de la actitud de la inmensa mayoría de la pequeña burguesía chilena unida en una oposición visceral a la Unidad Popular en 1973. No obstante encontraríamos a esos mismos partidarios del poder fuerte detrás de la exigencia de democratización de los autoritarismos, diez o veinte años después. Los manifestantes anti Goulart, "Por Dios, la familia y la libertad", de 1964 reclamaban en 1983 las "elecciones directas inmediatamente" al general Figueiredo. Esas clases medias golpistas

[16] Véase Gino Germani, *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1969, p. 206.

están detrás del triunfo de Raúl Alfonsín que barrió con los militares en las elecciones de octubre de 1983 en Argentina. ¿Inconsecuencia, versatilidad? Sin duda hay que tomar en cuenta, la evolución de las sociedades y la socialización particular de esos sectores sociales para responder a esas interrogantes.

La expansión de las "nuevas clases medias", es decir de los sectores medios asalariados, y su preponderancia desempeñan un papel tan decisivo en las mutaciones de comportamiento de los sectores intermedios como el debilitamiento de las pequeñas burguesías independientes bajo los golpes de la concentración capitalista. Las crisis económicas recurrentes, las olas inflacionarias, el poder de las organizaciones sindicales obreras tienden a salvar las distancias sociales al tiempo que pesan amenazas de pauperización sobre esos grupos, ante quienes se cierran los canales tradicionales de ascenso social. El título universitario ya no abre la puerta necesariamente a la burguesía. El mantenimiento de las distancias sociales, preocupación esencial de la mayoría de los grupos humanos,[17] ya no se realiza naturalmente. Además, esas clases medias se han desarrollado y "socializado" en un mundo en el que los valores burgueses de tipo weberiano han perdido actualidad, mientras que no han dejado de asimilar los valores posburgueses del "hombre de la organización", *other-directed*, según Riesman. Como consecuencia, el carácter dependiente, la sensibilidad extrema a las coyunturas y a los condicionamientos masivomediáticos de esos sectores sociales no tienen nada que ver con sus paradójicos virajes, que quizá forman parte de su naturaleza pero que en América Latina tienen graves consecuencias sobre las sacudidas de la vida política.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Cavarozzi, Marcello, *Populismos y "partidos de clase media" (Notas comparativas)*, Buenos Aires, CEDES (Documentos CEDES/CLACSO), 1976, mimeografiado.
Cornblit, Óscar, *Inmigrantes y empresarios en la política argentina*, Buenos Aires, Instituto di Tella (Documento de trabajo), 1966, mimeografiado.
Crozier, Michel, "Classes sans conscience ou préfiguration de la société sans classe", *Archives Européenes de Sociologie*, 1960, núm. 2, pp. 233-247.
"L'ambiguïté de la conscience de classe chez les employés et les petits fonctionnaires", *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 1955, XVIII, pp. 78-97.
Fausto, Boris, *A Revolução de 1930 (Historiografia e historia)*, São Paulo, Brasiliense, 1979.
Garzón Valdés, Ernesto, "La paradoja de Johnson. Acerca del papel político económico de las clases medias en América Latina", *Sistema* (Madrid), núm. 56, septiembre de 1983, pp. 131-147.
Germani, Gino, *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1969.
______, *Política y sociedad en una época de transición (De la sociedad tradicional a la sociedad de masas)*, Buenos Aires, Paidós, 1962.
Malloy, James M., *The politics of social security in Brazil*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1979.
Pinheiro, Paulo Sergio, "Clases medias urbanas: formação, natureza, intervenção na vida política", *Revista Mexicana de Sociología*, abril-julio, 1975, pp. 445-473.
Rangel Contla, José Calixto, *La pequeña burguesía en la sociedad mexicana (1895-1960)*, México, UNAM, 1972.
Smith, Peter H., *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México (1900-1971)*, México, El Colegio de México, 1979.

[17] Como muy acertadamente los señala Paul Veyne, *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, París, Éd. du Seuil, 1976, p. 317.

4. LOS OBREROS Y EL MOVIMIENTO SINDICAL

Aparentemente, las clases populares urbanas, sobre todo cuando están organizadas, no deberían plantear tantos problemas de delimitación e identificación como los actores que acabamos de mencionar. Sabemos cómo se sitúan el "proletariado" y los trabajadores manuales en el proceso de producción. La organización del mundo obrero en sindicatos permite aprehender sus comportamientos en cuanto actor colectivo. Su expresión política a través de los partidos o de los movimientos que afirman pertenecer a la "clase obrera" proporciona igualmente otra vía de acceso al estudio de su papel. Pero todo ello sólo es cierto en parte. Los múltiples orígenes de las clases obreras nacionales, paralelos a la diversidad de las economías en países en vías de industrialización en estadios muy desiguales, la variedad de los modos de inserción de los trabajadores en la vida nacional, la especificidad de sus relaciones con los otros sectores sociales y con el Estado que condiciona su autonomía y su organización, hacen del universo obrero latinoamericano un mundo abigarrado, contradictorio y poderosamente original, así como mal explorado, para el cual nuestras matrices de análisis nos son de poca ayuda. Por ello algunas observaciones sobre la historia de la formación de las clases obreras en América Latina se imponen antes de abordar su papel hoy.

El nacimiento de la clase obrera

La aparición de lo trabajadores manuales asalariados depende del desarrollo de las economías y principalmente de su actividad exportadora. Antes de ser obreros de industria, los trabajadores latinoamericanos son mineros u obreros agrícolas de las plantaciones. En el sector propiamente industrial un proletariado numeroso sólo surge cuando hay transformación de los productos primarios exportables. Es más tardíamente cuando la manufactura, al remplazar al artesanado y los productos importados, acarrea una expansión rápida de la mano de obra industrial.

A principios de siglo encontramos pues tres grandes categorías de trabajadores concentrados que van a organizarse. Por una parte, los asalariados agrícolas de las plantaciones modernas —plátano en Colombia o en Honduras, azúcar y algodón en el litoral peruano— y, por la otra, los trabajadores del sector extractivo, cobre chileno o peruano, plata y estaño bolivianos. Finalmente los obreros de las industrias de acondicionamiento de productos agrícolas: azucareras, mataderos frigoríficos, molinos. El sector textil industrial y posteriormente las industrias mecánicas hacen también su aparición en los países más avanzados. En 1885, en São Paulo, se cuentan unas veinte fábricas, 13 de las cuales son de textiles de algodón y 4 fundiciones; 170 en 1901, 50 de las cuales cuentan con más de 100 obreros. En Monterrey, los altos hornos de la Fundidora fabrican en 1903 los primeros rieles de ferrocarril mexicanos. Y en 1903 Monterrey tiene 4 500 obreros y 30 diferentes industrias, de la siderurgia a los productos alimenticios.

Conviene señalar que esta clase obrera es numéricamente muy reducida a principios de siglo. Sobre todo porque algunas actividades utilizan poca mano de obra. Es su organización, su capacidad ofensiva independiente y su papel en la economía lo que le da una importancia sin proporción con su exigüidad de ayer y su relativa minoría de hoy. De esta manera, en 1921 la extracción de petróleo sólo empleaba en Venezuela a 8 715 trabajadores, y en la década de los setenta, cuando el país cuenta con más de 20 millones de habitantes, ese sector capital de la economía nacional en total sólo agrupa a 35 000 personas. En Chile, de 1906 a 1924, el número de obreros, con excepción de los mineros, pasa de 5 300 a 85 000. En México, en 1861, los "oficios mecánicos" empleaban a 73 000 personas, o sea menos del 2.5% de la población activa. En 1910, no había en ese país más que 195 000 obreros, de los cuales 80 000 eran mineros. Esta población obrera, aun cuando entre 1930 y 1970 aumentó rápidamente en casi todos los países, es proporcionalmente modesta. El sector secundario en su totalidad (incluyendo a empleados y artesanos) está constituido por 600 000 personas tan sólo en Colombia en 1960, de las cuales 300 000 son obreros de in-

dustria. En México, en 1970, de una población económicamente activa de 13 millones de personas, ese mismo sector, si se incluyen la construcción y las minas, corresponde a 2.9 millones de empleos.

A pesar de su reducido número, la clase obrera se impuso rápidamente como un actor social con el cual debía contarse. Su lugar estratégico en la producción sin duda tiene mucho que ver. Las características mismas del empleo obrero dan a sus luchas por mejorar condiciones de vida muy duras un alcance y una eficacia temibles, al menos en lo político. Sus capacidades de organización solidaria dependen en primer lugar del nivel de concentración de la fuerza de trabajo. Los bastiones del sindicalismo principiante aparecen en las minas y los ferrocarriles principalmente, y luego en la gran industria. No obstante la fuerza del movimiento obrero proviene también de la ineficacia de los mecanismos de control tradicionales de la mano de obra. Las prácticas particularistas adaptadas a la dominación del mundo rural se aplican más difícilmente a trabajadores que no son ni intercambiables puesto que están calificados, ni están ligados a la empresa. La movilidad del asalariado urbano hace de él un hombre libre sobre todo en los períodos en que la mano de obra no abunda. Finalmente las ideologías obreras y las prácticas de organización llegadas de Europa ofrecen a las clases obreras en formación los instrumentos de una toma de conciencia colectiva y de una solidaridad nuevas para las clases populares en América Latina. La trasferencia de las tradiciones de luchas es particularmente visible e importante en las zonas de inmigraciones europeas masivas del sur del continente. Pero incluso en sociedades tan poco abiertas a la inmigración como México, los europeos están relacionados con el origen del movimiento obrero, como ese Rhodakanaty, proudhoniano griego educado en Viena y París, predicador de la causa socialista y teórico de la autorganización del proletariado mexicano.[1]

No obstante, como en Europa, el surgimiento del movimiento obrero es inseparable de las terribles condiciones de trabajo y de vida de la clase obrera en su comienzo. No es ilícito comparar desde este ángulo la Europa de la revolución industrial y América Latina. Las distancias no parecen enormes entre Villermé que describe a los obreros algodoneros de Mulhouse en 1840 y Bialet Massé que informa sobre las clases obreras del interior de Argentina a principios de siglo. Estaríamos tentados a pensar que la condición de los obreros latinoamericanos a principios del siglo XX, y a veces hasta nuestros días, no se queda atrás de la de sus homólogos europeos del siglo XIX. Las jornadas de trabajo de doce y catorce horas o más son la norma. El trabajo de mujeres y niños es buscado por el empresariado por ser más barato. En México, en la industria textil a fines del siglo XIX, una octava parte de la mano de obra tenía menos de trece años como en la industria algodonera inglesa en 1834. Las reglamentaciones concernientes al trabajo de los niños generalmente son ignoradas. En 1922 en Brasil, en São Paulo, se llevó a cabo una huelga contra los malos tratos infligidos en algunas fábricas a los niños que trabajan mucho más de las ocho horas legalmente autorizadas. Todavía en 1980, en Colombia, una organización humanitaria lanzaba una campaña por la protección de los "niños trabajadores".

El estado sanitario de esa población trabajadora a menudo es lamentable, tanto por las condiciones de trabajo como por una mala alimentación a la que remplaza un alcoholismo devastador. La tuberculosis acecha al obrero de los frigoríficos argentinos. Hacia 1950-1960, el minero del altiplano boliviano sólo tenía una esperanza de vida de treinta y cinco años. Antes del auge del sindicalismo, los salarios arbitrariamente establecidos siguen a la baja las fluctuaciones de la conyuntura ya que las más de las veces la oferta de mano de obra es elevada. Según algunos cálculos, los salarios obreros promedio en México en vísperas de la revolución sólo representaban la cuarta parte de su valor un siglo antes, si es que esta comparación secular tiene algún sentido. Los salarios, ya exiguos, son reducidos todavía más por diversas deducciones (multas, alquiler o reparación de herramientas),[2] por el pago en bonos en vez de en moneda y la

[1] Sobre Plotino Rhodakanaty, véase la obra de John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana (1860-1931)*, México, Siglo XXI, 1980.

[2] Véase a ese respecto el reglamento draconiano de una empresa de carpintería en 1892 en Argentina publicado por *El Obrero*, 5 de marzo de 1892, y citado por J. Panettieri, en *Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva (1870-1910)*, Buenos Aires, 1967, pp. 86-87.

obligación de compra en la tienda patronal, la tienda de raya mexicana o la pulpería de las minas bolivianas. También las condiciones de alojamiento a menudo son espantosas. A este respecto, los trabajadores brasileños estiman en 1910 que la suerte de sus colegas europeos es envidiable.[3] En efecto, a principios de siglo, el alojamiento obrero típico es lo que, según los países, se llama conventillo (Argentina), casa de vecindad (México) o *cortiço* (Brasil), es decir un cuchitril de una sola pieza donde se amontona toda la familia. Generalmente se trata de vetustos inmuebles de renta dispuestos alrededor de un patio central al cual dan habitaciones las más de las veces sin ventanas, donde se hallan la única fuente pública y los sanitarios comunes. Según una estimación, más de una cuarta parte de la población de Buenos Aires vivió en conventillos en 1887, 15% en 1904.[4] Situación que no tiene nada que envidiar, si nos atrevemos a decirlo, al Manchester de Engels o al barrio bajo de Lille mencionado por Villermé.

Frente a esas condiciones de vida que no dejan de recordar a la Europa de la revolución industrial, pero cincuenta años y a menudo un siglo después, el empresariado y los poderes públicos se conforman con negar los problemas sociales y con rechazar las reivindicaciones obreras justificando el uso de la violencia. Ante todo los asalariados deben estar agradecidos para con su patrón que les ha dado trabajo mientras tantos semejantes siguen en busca de un contrato. El trabajo asalariado urbano, en países aún rurales donde el empleo monetarizado relativamente estable es raro, es fácilmente considerado un privilegio. Los grupos dirigentes consideran pues que la lucha de clases no tiene lugar en el Nuevo Mundo, que al igual que las ideologías obreras es una "planta exótica" importada de la Europa corrupta y decadente. Se dedican a hacer desaparecer por la fuerza cual-

[3] Según la comparación entre las condiciones de vida de los trabajadores en Brasil y en Europa en 1910, publicada en el núm. 274 (septiembre de 1910) del diario obrero anarquista, *La Bataglia* de São Paulo, y reproducido por Paulo Sergio Pinheiro y Michael Hall en *A clase operaria no Brasil. Documentos*, São Paulo, Brasiliense, 1981, p. 53.

[4] Según Guy Bourdé, *Urbanisation et immigration en Amérique latine*, Buenos Aires, París, Aubier-Montaigne, 1974, p. 250.

quier tentativa de impugnación organizada. Sobre todo expulsando a los "agitadores" extranjeros, responsables de perturbar el idílico clima de las relaciones entre el capital y el trabajo. En 1904, el gobierno argentino promulga una ley llamada "de residencia", que no será abolida sino hasta 1958 y que permite deportar a cualquier extranjero presuntamenta subversivo, lo cual en un país de inmigración masiva constituye un arma temible e ilustra las palabras atribuidas a un presidente brasileño del primer cuarto de siglo que afirmaba que "la cuestión social es una cuestión simplemente policiaca".

Se comprenderá fácilmente que esta actitud frente a las reivindicaciones insatisfechas de la población obrera, haya desembocado a principios de siglo, así como a fines de la primera guerra mundial, en una serie de grandes huelgas vigorosamente reprimidas pero cuya repercusión social e histórica se hizo sentir en todos los países a los que atañe de manera duradera. En México, en Cananea y Río Blanco, dos huelgas quebrantaron el porfiriato y anunciaron la gran conflagración revolucionaria. Sacralizadas por el movimiento obrero, actualmente forman parte de la historia oficial. En la mina de cobre de Cananea, en el estado de Sonora, en la frontera con Estados Unidos, los trabajadores mexicanos reivindican en 1906 un salario mínimo decente igual al de los mineros estadunidenses que trabajan con ellos, además de la jornada de ocho horas. El gobernador de Sonora, con ayuda de 250 *rangers* norteamericanos y de los "Rurales", restablece con sangre "la ley y el orden" así escarnecidos. En Río Blanco, en el estado de Veracruz, una fábrica de textiles emplea a 2 350 trabajadores. Hay 7 000 en toda la región de Orizaba. Para protestar contra diversas deducciones patronales a los salarios y la vigilancia policiaca a la cual los obreros y sus familias están sometidos a fin de ponerlos a salvo de "contactos perniciosos", los trabajadores se sublevan en enero de 1907 y saquean la tienda de raya patronal, odiado símbolo de su miserable suerte. Las tropas federales son llamadas para aplastar esta rebelión. La mina de Cananea era de propiedad norteamericana. La fábrica de Río Blanco pertenecía a una sociedad francesa.

En Chile, en 1905, una huelga general, bautizada como "semana roja", causó varios muertos en Santiago, pero fue

la masacre de Santa María de Iquique, célebre por la cantata de Luis Advis D. cantada por el conjunto Quilapayún, la que incluyó en los anales de la iniquidad una de las páginas más sangrientas de la historia del movimiento obrero chileno. En diciembre de 1907, en el Norte Grande, los mineros del salitre y sus familias, cansados de que se les pagara con "fichas" desvalorizadas, abandonaron su miserable campamento para ir a presentar sus peticiones a la dirección de la compañía. 3 000 personas fueron ametralladas por el ejército en una escuela de Iquique donde habían hallado refugio.

La huelga de una empresa metalúrgica de Buenos Aires, en 1919, degeneró en insurrección obrera, reprimida por el ejército y las milicias "blancas", formadas para este fin por una burguesía sobrecogida por el gran miedo al bolchevismo. Fue la "semana trágica". En 1920, la caída de los precios de la lana, debida a la finalización de las hostilidades de la primera guerra mundial, produjo gravísimas tensiones en el *far south* patagónico. Los salarios ya de por sí bajos de los obreros agrícolas que trabajaban en condiciones inhumanas, son recortados. Los obreros se rebelan. En el contexto social de dominación brutal que prevalece en esa región, sólo el ejército podía "restablecer la calma". Lo hizo a satisfacción de los "barones de la lana" masacrando masivamente a los "condenados de la tierra". En Ecuador, fue en 1922 cuando se desencadenó una huelga general en Guayaquil, ciudad aún poco industrializada. Los huelguistas son empleados, servidores públicos menores y la masa marginada y "peligrosa" de los subempleados del comercio informal y hasta de los "desempleados". Realizan una manifestación contra la inflación y la miseria. La policía, dado que no se tenía al ejército seguro, fue llamada para aplastar esa protesta.

La más célebre de esas huelgas despiadadamente sofocadas es sin duda la de los obreros de la United Fruit en Santa Marta, Colombia, en 1928, magistralmente evocada por Gabriel García Márquez, en *Cien años de soledad*. Los obreros de la zona bananera de la Ciénaga presentan al poderoso monopolio norteamericano sus reivindicaciones: mejor alojamiento, atención médica seria, indemnización de los accidentes de trabajo y sobre todo el final del pago del salario en bonos intercambiables por artículos vendidos a precios

elevados en la "comisaría" de la United Fruit. El 6 de diciembre, la muchedumbre se reúne para oír el arbitrio dado por el delegado del gobierno: en vez de la solución favorable esperada, son las ametralladoras del ejército las que entran en acción. Los muertos se cuentan por cientos.

No es gratuito el que hayamos desgranado esta serie de huelgas sangrientas, ni para trazar el martirologio del movimiento obrero latinoamericano. Esas huelgas, sus móviles, y el contexto en el que se desarrollaron permiten situar mejor los primeros balbuceos de la acción sindical en el subcontinente. Asimismo son reveladoras del clima y las relaciones sociales a principios de siglo.

Las organizaciones sindicales y su evolución

La clase obrera naciente presenta varias particularidades en la mayoría de los países del subcontinente, que serán importantes para su cohesión y las formas de su intervención. Ante todo, a causa de la importancia tanto numérica como económica de las minas y plantaciones, las grandes concentraciones de trabajadores a menudo están aisladas. Ese aislamiento es favorable para la organización sindical como lo atestiguan los poderosos sindicatos del cobre chileno, o el peso político de la COB, la Central Obrera Boliviana. Pero en cambio, ese desarrollo lejos de los centros de poder limita la influencia nacional de las organizaciones, cuando no las conduce a un repliegue corporativista. Además, la dispersión de la fuerza de trabajo en las múltiples empresas de carácter familiar o artesanal, así como en las empresas industriales de reducida dimensión, hacen difícil la formación de sindicatos. En Argentina, en 1914, el promedio era de siete obreros por empresa. En el estado de São Paulo, en Brasil, en 1919, el 79% de los establecimientos industriales tenía menos de 10 obreros. Es cierto que las empresas que ocupaban más de 100 obreros empleaban el 64.5% de la mano de obra industrial, sin embargo todavía hoy en Perú, el sector artesanal (menos de cinco obreros) emplea casi cerca de dos veces más trabajadores que la industria, mientras que el 58% de la fuerza de trabajo del país está constituida por trabajadores independientes, y menos de la tercera parte de los obre-

ros del sector manufacturero trabaja en las empresas de más de 20 personas, mínimo legal exigido para constituir un sindicato.[5] Por lo demás, la importancia del artesanado no es un obstáculo para la formación de sindicatos. De manera general, algunas actividades no industriales o de tipo artesanal han desempeñado un papel capital en las luchas obreras y la estructuración del movimiento sindical. Así, los panaderos aparecen en el primer plano de las luchas sindicales en Perú y El Salvador a fines de la primera guerra mundial.[6] Durante la revolución mexicana, la Casa del Obrero Mundial, organización anarcosindicalista que firmó en 1915 un pacto de alianza con Obregón, contaba con una enorme participación de los empleados de la compañía de tranvías de México junto con sastres, carpinteros, pintores y mecánicos. Por su número y prestigio técnico, los ferrocarrileros, capaces de paralizar la economía nacional, gozan de una posición privilegiada para defender sus intereses. La huelga de la Compañía Paulista en 1906 da prueba de ello, así como el movimiento de ferrocarrileros argentinos en 1917. No obstante la configuración de la fuerza de trabajo a principios de siglo y el peso de la producción artesanal matizan también singularmente los comportamientos y las ideologías. Cuando esos obreros altamente calificados dedicados a su oficio no aspiran simplemente a convertirse a su vez en maestros artesanos o pequeños patrones, buscan en el modelo anarquista de la "asociación de productores independientes" una síntesis satisfactoria entre un individualismo preindustrial y la voluntad de lucha organizada contra la explotación y la pérdida de su posición. Sin duda ésa no es una característica propiamente latinoamericana. En cambio, podemos señalar tres rasgos originales en la formación de las clases obreras latinoamericanas que afectan directamente comportamientos, valores y modalidades organizacionales.

En primer lugar, en la edad de la gran industria, la mano de obra poco o no calificada necesaria constituye una clase

[5] Denis Sulmont, "L'évolution récente du mouvement syndical au Pérou", *Amérique Latine*, núm. 7, otoño de 1981, pp. 60-70.

[6] Cayetano Carpio ("Marcial"), quien fue el secretario del Partido Comunista Salvadoreño antes de convertirse en uno de los jefes de la guerrilla en la década de los setenta, había sido el organizador de los sindicatos de panaderos.

obrera nueva y evidentemente sin tradición. A menudo proviene del éxodo rural. Para el campesino sin tierra o el hijo de campesino, el cambio de condición, el acceso a la posición de ciudadano y de asalariado aparecen como una promoción individual. Los objetivos de la acción colectiva pasan pues a un segundo plano detrás de los inmensos problemas que impone la búsqueda de salvación personal. Como acertadamente ha señalado Alain Touraine, la "conciencia de movilidad" anula la conciencia de clase. Señalamiento tanto más pertinente cuanto que todavía hoy es bastante raro hallar varias generaciones de obreros en la misma familia. Se comprende que esta circunstancia influye en las actitudes y condiciona algunas orientaciones sindicales. A este respecto, el peso del capitalismo extranjero, dominante en los sectores industriales modernos de la mayoría de los países del subcontinente (industria automovilística, electrónica, química, etc.), para no hablar de las economías de enclave, tiene una incidencia directa sobre la percepción de los intereses de clase y las alianzas sociales que de allí pueden derivarse. Una reacción nacional en su versión xenófoba o "antimperialista" puede triunfar por sobre la conciencia obrera. En ese caso, la dimensión nacional condiciona la acción de clase y engendra relaciones particulares con los sectores poseedores y el Estado. Finalmente hay que subrayar el papel de los trabajadores europeos inmigrados y de los exiliados políticos refugiados en América Latina en la constitución del movimiento obrero. Sus tradiciones de lucha y experiencia no son ajenos a la relativa rapidez del proceso de organización sindical en América Latina: en algunos decenios, los trabajadores latinoamericanos crearon instituciones destinadas a defender sus intereses materiales y morales que habían tardado más de un siglo en nacer en Europa.

Por lo demás, quizá por ello se ha podido decir que el movimiento obrero en América Latina era anterior a la aparición de la clase obrera. Sea lo que fuere, la historia del sindicalismo obrero comienza mucho antes de 1900. Presenta varias fases particulares, pero paralelas de un país a otro. Son las mutualidades organizadas por oficio las que constituyen la primera forma de organización obrera. Estas mutualidades aseguran una ayuda en caso de enfermedad, se hacen cargo de la defensa jurídica de los afiliados, las jubila-

ciones, el financiamiento de los funerales. Tiene también actividades culturales y deportivas. Los tipógrafos, aquí como en otras partes, son generalmente los primeros en agruparse. La primera mutualidad chilena es la de los tipógrafos fundada en 1853. En Argentina, la Sociedad Tipográfica Bonaerense es igualmente una mutualidad creada en 1857. Los tipógrafos serán también los primeros en fundar un verdadero sindicato y, casi simultáneamente, en estallar la primera huelga que recuerde la historia argentina, el 2 de septiembre de 1878.

Las primeras organizaciones de defensa obrera se titulan sociedades de resistencia. Generalmente se caracterizan por su inspiración anarcosindicalista. La voluntad de "resistir" a la descalificación del trabajo y la esperanza de establecer una utópica asociación libre de productores, sirven de base a su objetivo de transformación social. Esa corriente de pensamiento debe mucho a Europa y a los trabajadores o "agitadores" europeos. De esta manera, el dirigente italiano Malatesta llega a Argentina en 1885 e inspira la creación de la Sociedad de Resistencia de los obreros panaderos en 1887. La primera federación importante en ese mismo país, la FAO (Federación Argentina de Obreros), es dominada por los anarquistas, a tal grado que los socialistas se retiran en 1902. De hecho, el anarcosindicalismo controla en gran parte los principios del movimiento obrero argentino hasta 1915, fecha del IX Congreso de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina), donde se fusionan los anarquistas dogmáticos y los "sindicalistas" sobre la base del pluralismo político. No obstante esta tendencia sigue siendo muy vigorosa hasta fines de la década de los veinte. Asimismo en Perú, hasta la creación de dos confederaciones, aprista y comunista (CTP y CGTP, respectivamente), el anarcosindicalismo representado por la gran figura intelectual que es Manuel González Prada penetra profundamente en los medios obreros e inspira a los muy activos sindicatos de panaderos y zapateros, así como a una prensa obrera influyente. En México, tras las primeras tentativas de un Rhodakanaty, cantor no violento y "neopanteísta" de clubes obreros fourieristas, son los hermanos Flores Magón quienes marcan el punto máximo de la influencia anarquista. A través del Partido Liberal Mexicano, agrupación revolucionaria que fundaron en

1905, los hermanos Flores Magón constituyen una seria amenaza para la dictadura de Porfirio Díaz. Simbolizan y conducen la resistencia al capitalismo salvaje que aquél favorece; por ello los magonistas estuvieron detrás de la huelga de Cananea, mientras que el Gran Círculo de Obreros Libres de Río Blanco, que afirma pertenecer al movimiento* de Ricardo Flores Magón, es el principal instrumento de la insurrección obrera de 1907. La Casa del Obrero Mundial, fundada en 1912, y luego la Confederación General del Trabajo, que se mantiene hasta 1930 y afirma ser anarquista contra el gobierno "revolucionario", atestiguan la longevidad de esta tendencia a la cual quizá no sean ajenas la proximidad de Estados Unidos y la sombra proyectada de la IWW (International Workers of the World).

De las sociedades primitivas de resistencia hemos pasado a organizaciones reivindicativas independientes resultado de un *sindicalismo de minoría militante*, inspirado por ideologías de transformación social, anticapitalista en su mayoría. Se caracteriza pues por divisiones según líneas de discrepancia doctrinales y políticas.

El anarquismo es cronológicamente la primera de ellas. En América Latina se refleja la oposición entre los "sindicalistas revolucionarios" que ven en el sindicato no sólo un órgano de lucha sino la prefiguración de la sociedad futura, y los "comunistas o socialistas libertarios" que consideran que el sindicato no es más que un instrumento entre otros para realizar la revolución, que trasciende las clases y las suprime. La confrontación entre Monatte y Malatesta, entre franceses e italianos en el Congreso Anarquista de Amsterdam en 1907 volvemos a encontrarla pues en el movimiento libertario latinoamericano, al cual no le falta ni la propaganda por *la acción* de los atentados contra los responsables de la represión del movimiento obrero. En noviembre de 1909, un anarquista lanza una bomba contra el auto del jefe de policía de Buenos Aires para vengar las muertes de las manifestaciones del primero de mayo. En enero de 1923, otro anarquista asesina al coronel que comandaba las tropas en-

* Puesto que la principal fuerza política detras de ambas huelgas era el PLM fundado por los Flores Magón (en James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la revolución mexicana*, Siglo XXI, 1971, p. 127). [T.]

cargadas de acabar con los huelguistas de la Patagonia. En ambos casos se trataba de inmigrados europeos recientes.

Los europeos desempeñaron también un papel importante en la aclimatación del pensamiento socialista. El viaje de Jean Jaurès en 1911 al Río de la Plata fue un triunfo de efectos durables. Pero más allá de los préstamos doctrinales u organizacionales, los partidos socialistas, allí donde aparecieron, revistieron muy pronto una personalidad nacional innegable. El Partido Socialista Argentino, fundado en 1896, conducido por Juan B. Justo, traductor de Marx, cuenta entre sus filas a brillantes intelectuales como Ingenieros, Payró y, brevemente, el poeta Lugones. En 1904, Alfredo Palacios, elegido en Buenos Aires, es el primer diputado socialista del continente. El uruguayo Emilio Frugoni será el segundo en 1910 en el Parlamento de Montevideo. Los socialistas argentinos, así como los uruguayos, son partidarios de reformas sociales y desean conquistar una representación parlamentaria para la defensa política de los intereses de los trabajadores. En Chile, el nacimiento de los partidos obreros y del movimiento sindical está dominado por la orientación revolucionaria y la personalidad de Luis Recabarren, tipógrafo autodidacta, quien organiza a los trabajadores del salitre antes de fundar en 1912 el Partido Obrero Socialista de Chile, y de dirigir la FOCH (Federación Obrera de Chile), creada en 1906. En 1921, es elegido diputado por Antofagasta y hace afiliar el POS a la III Internacional en 1922. Participa también en la organización del sector más radicalizado del partido socialista argentino que, tras la escisión y aceptación de las veintiún condiciones de Moscú, se convertiría en el Partido Comunista Argentino. En Perú, José Carlos Mariátegui, el Gramsci criollo, encarna una síntesis original del marxismo y del indigenismo con las ideas de la reforma universitaria. Como Recabarren en Chile, el autor de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* arrastra el socialismo nacional hacia la Internacional Comunista no sin algunos problemas.

Si bien la revolución bolchevique provoca a través de toda América Latina el gran temor de los propietarios durante el "año rojo" que siguió a la gran conmoción soviética,[7] los partidos comunistas parecen haber tenido algunas dificultades para surgir, arraigarse y organizar el movimiento sindical. A las horcas caudinas de las veintiún condiciones viene en efecto a superponerse el dogmatismo de la Komintern, que se niega a tomar en cuenta, en nombre de la universalidad de la doctrina, las especificidades de las sociedades latinoamericanas. Sin duda ello explica el carácter tardío de la aparición de numerosos partidos comunistas (1930 en Colombia, 1936 en Venezuela, después de la segunda guerra mundial en Bolivia), y la audiencia relativamente modesta, al menos hasta que la Unión Soviética entró en la guerra en 1941, de los que se crearon con el impulso de Octubre. Así como las persecuciones que les imponen una existencia inestable, las dificultades doctrinarias, la rigidez de la dirección soviética que toma poco en cuenta las circunstancias locales, son ampliamente responsables de ese fracaso voluntarista. Así, la primera conferencia comunista latinoamericana, que se reunió en 1929, suspende la adhesión del Partido Socialista Peruano fundado por Mariátegui a causa de sus posiciones indigenistas. La Internacional se niega en efecto a tomar en consideración la "cuestión india" y sólo reconoce al proletariado como fuerza revolucionaria, incluso en los países donde la clase obrera es prácticamente inexistente. La polémica entre el comunista cubano Mella, de impecable ortodoxia leninista,[8] y Haya de la Torre, fundador del APRA, partido nacionalista popular, que en un principio no repudia el marxismo, es bastante reveladora de un sectarismo evidentemente no privativo de ese continente: el comunismo cubano insiste particularmente en dos temas, el carácter exclusivamente obrero de la revolución, y la necesidad de subordinar la cuestión nacional a las necesidades de la revolución mundial.

Sea lo que fuere, la penetración de las ideas revolucionarias y el ascenso de la impugnación social no podían dejar

[7] Véase a ese respecto la recopilación de textos publicada por Moniz Bandeira, bajo el título *O Ano vermelho, a revolução russa et seus reflexos no Brasil*, São Paulo, Brasiliense, 1980 (primera edición, 1967).

[8] Los artículos de Julio A. Mella han sido reproducidos bajo el título "La lucha revolucionaria contra el imperialismo", en *Apuntes para la historia del movimiento obrero y antiimperialista latinoamericano*, Amsterdam, 1, octubre-noviembre de 1979.

indiferentes a las clases dirigentes. Si bien los sectores más arcaicos sólo confían en la represión o en el regreso a la edad de oro preindustrial y hasta precapitalista, los miembros más ilustrados de las burguesías piensan por el contrario que hay que vencer la "lucha de clases" previniéndose contra lo que pudiera ocurrir mediante la integración y la organización de las "clases peligrosas". Para ello, en algunos países el sindicalismo de minoría militante fue autoritariamente remplazado por un *sindicalismo estatal y burocratizado*. Este tipo de organización, combinado con legislaciones sociales relativamente desarrolladas, estaba destinado a apartar las ideologías perniciosas y a dar con la puerta en las narices a los partidos revolucionarios.

La preocupación de los gobernantes por la "extinción del pauperismo" y la promoción social de los trabajadores respetuosos no es exclusiva de América Latina ni del período contemporáneo. Mucho antes de la gran crisis de 1929, el paternalismo del Estado y las tentativas de movilización gubernamental de los trabajadores hicieron sus primeras apariciones. En Brasil, en 1912, un congreso obrero se reunió en Río de Janeiro bajo la égida del presidente de la República Hermes da Fonseca, organizado por su propio hijo. En El Salvador, en 1918, la "dinastía" Quiñónez-Meléndez en el poder crea un partido oficial muy "parecido a una estructura sindical"[9] con miras a las elecciones presidenciales, bautizado "Liga Roja", que agrupa sobre todo a obreros y campesinos a los que se les ofrecen mejoras salariales y hasta puestos de elección locales. Esa liga es igualmente utilizada como tropa de choque contra los adversarios políticos del clan en el poder.

No obstante es a partir de 1930 cuando se instauran procesos de estatización del movimiento obrero. Su origen se remonta a la voluntad de gobiernos fuertes de controlar a la clase obrera en un período de crecimiento económico rápido y de tensiones sociales agudas, y de legitimarse así. Se desprenden de una concepción corporativista y arbitral del papel del Estado. En ruptura con la tradición liberal que prevalecía hasta entonces, los diferentes sectores de la sociedad civil se convierten en prolongaciones del aparato estatal. La "comunidad organizada" es el ideal de una sociedad donde los conflictos serían si no inexistentes, por lo menos regulados imperativamente por el poder público. Éste se arroga pues con ese fin un derecho de retracto sobre todas las organizaciones sociales y, en particular, sobre aquellas que pueden poner en peligro la cohesión nacional y por tanto el *statu quo* social.

El paso del sindicalismo combativo y de oposición a un sindicalismo de participación es tanto más fácil cuanto la clase obrera crece más rápidamente y los nuevos proletarios, provenientes del campo, sin tradición de lucha, aún no han sido "contaminados" por las ideologías "avanzadas" y por tanto no tienen conciencia anticapitalista. Por el contrario, para ellos la condición de obrero representa un verdadero ascenso social gracias al empleo asalariado y las ventajas del modo de vida urbano. Otro factor puede incorporarse al precedente que favorece una movilización obrera progubernamental. El repetido fracaso de las reivindicaciones obreras frente a la ceguera conservadora de las clases dirigentes da a un poder fuerte y reformista la posibilidad de suscitar sin mucho esfuerzo el reconocimiento y el apoyo de los trabajadores. El control del movimiento obrero por parte del poder significa, en contrapartida, que los dirigentes sindicales tienen acceso a los responsables del gobierno: una verdadera revolución en el caso de sociedades rígidamente jerarquizadas. La cooptación de los líderes obreros por parte del Estado, así como la promulgación autoritaria de una legislación social, dan una dimensión popular al régimen sin dejar de proporcionarle los medios para orientar el mundo obrero fuera de las peligrosas vías de la impugnación.

La creación de ese tipo de sindicalismo, que no se da sin un cambio político fundador y relativamente dramatizado —revolución o golpe de Estado—, implica la abolición de hecho del pluralismo sindical y de sus discrepancias ideológicas. O bien un solo sindicato es legalmente tolerado por empresa o por industria, o bien la pluralidad sindical es anulada por la atribución al único sindicato mayoritario de la "propiedad" del contrato de trabajo con, a veces, el monopolio de la contratación. Es evidentemente el Estado quien reconoce

[9] Edelberto Torres-Rivas *et al.*, *Centroamérica, hoy*, México, Siglo XXI, 1975. p. 94, y Rafael Guidos Véjar, *Ascenso del militarismo en El Salvador*, San José, EDUCA, 1982, pp. 121-122.

el derecho a la existencia de una organización otorgándole o no la personalidad jurídica. El Ministerio del Trabajo se encarga de controlar los principales motores de la vida sindical: estatutos, elecciones internas, utilización de los recursos financieros. En los antípodas de la semiclandestinidad de las sociedades primitivas de resistencia, "esos sindicatos de Estado" son a veces reconocidos como organismos de interés público, y el legislador ha previsto para este efecto un financiamiento permanente de sus actividades. En ese caso, si bien la afiliación sindical no es obligatoria, la contribución sindical sí lo es. Deducida por el patrón de los salarios de todos los empleados, sindicalizados o no, sirve en Brasil y Argentina principalmente, para proporcionar a los afiliados servicios sociales. En calidad de mutualidades, las organizaciones sindicales administran en esos dos países servicios médicos, centros de recreo, cooperativas de vivienda, de crédito y hasta escuelas u hoteles; de esta manera están a la cabeza de patrimonios importantes cuya gestión prevalece sobre la defensa de los intereses de los trabajadores afiliados. Esas responsabilidades generalmente entrañan la aparición de una burocracia sindical más oportunista que combativa, dispuesta a las componendas con el Estado y la patronal, a menudo corrupta y que no vacila en recurrir a la violencia privada o pública para mantenerse a la cabeza de las organizaciones. Un nuevo tipo de dirigente sindical hace así su entrada en la escena política y social donde remplaza a los heroicos líderes de principios de siglo, así como gracias a la influencia del Estado los sindicatos oficiales han suplantado al sindicalismo revolucionario. Esos burócratas parecen constituir una especie de capa intermedia[10] entre la patronal y el mundo obrero. Entre ellos surgen caudillos nacionales que se convierten en actores políticos de primerísimo orden, como el metalúrgico Augusto T. Vandor, en Argentina en la década de los sesenta, o en México el inamovible Fidel

[10] Es el sentido de la palabra *pelego* que se les aplica en Brasil y que designa la piel de borrego colocada entre la silla y el caballo. En México se usa el término charro, que designa a un jinete en traje folklórico y que parece provenir del apodo de uno de los más notables especímenes de dirigente oficial corrupto y poco representativo, Jesús Díaz de León, líder del sindicato de ferrocarrileros durante los "sucesos" de 1958.

Velázquez, secretario general de la Confederación de Trabajadores de México de manera casi ininterrumpida desde 1941.

Si bien el Estado supervisa con más o menos celo según los países y las épocas el funcionamiento de esos sindicatos de derecho públicos, las direcciones sindicales tienen la responsabilidad de mantener a los trabajadores en el recto camino de la solidaridad nacional y la armonía social. Con ese fin, una ideología nacionalista y "policlasista" sirve de antídoto a los venenos del internacionalismo proletario sospechoso de debilitar el cuerpo social en beneficio de intereses "apátridas". Pero otras armas más temibles pueden ser utilizadas para meter en cintura a agitadores e impugnadores. Así, en México, el monopolio sindical de la contratación permite, gracias a la "cláusula de exclusión" inscrita en los convenios colectivos, que el patrón despida a cualquier trabajador expulsado del sindicato.

No obstante, contrariamente a algunos lugares comunes, los burócratas sindicales no se imponen sólo por la fuerza y violando la democracia interna, aun cuando los ejemplos de tales procedimientos no faltan. Deben dan prueba de cierta representatividad y tener la confianza de una parte de sus mandantes para no perder la de la patronal y el Estado. La obtienen gracias a su capacidad de resolver algunas cuestiones profesionales que no pongan en entredicho la política general del gobierno y los intereses patronales, pero también por el éxito en el logro de ventajas categoriales que les dan una legitimidad renovada ante sus bases. La relativa autonomía de esos sindicatos oficiales es el precio que debe pagarse por la paz social. El delicado y ambiguo papel de sus dirigentes consiste en manipular, cuando es posible, y en movilizar, de ser necesario, su potencial sindical, utilizando ya sea al Estado contra los patrones o al Estado contra sus propios afiliados para evitar desbordamientos y que se salgan del aro.

Fue México quien abrió la vía, a la vez de las políticas sociales progresistas, de la alianza obrera y de la integración más vigorosa de las organizaciones sindicales bajo la fachada pluralista. Hemos visto que los anarquistas de la Casa del Obrero Mundial no habían vacilado en aliarse a Obregón. Participaron en la guerra civil en el campo obregonista formando "batallones rojos" que fueron utilizados contra los

ejércitos campesinos de Zapata y Villa. La movilización obrera en las filas "constitucionalistas" se tradujo en la nueva Constitución de 1917. El artículo 123 reconoce al movimiento obrero y establece los derechos de los trabajadores. En 1918 se crea la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana) bajo la égida del gobierno. Su secretario general, Luis N. Morones, está muy estrechamente ligado a Obregón y luego a Calles, cuyas ambiciones presidenciales apoya la central en 1924. Morones se convierte incluso en secretario de Industria, Comercio y Trabajo. Numerosos dirigentes de la CROM son diputados, senadores o gobernadores de estado. La CROM es tan fuerte, con su brazo político el Partido Laborista Mexicano, que se propone a Morones como candidato a la Presidencia de la República. Pero sus ambiciones provocan la inquietud de Calles y Obregón. El Estado abandona su apoyo a la confederación de Morones, quien se debilita rápidamente. Durante diez años, Morones reinó como amo y señor sobre el movimiento obrero mexicano. Era él quien decidía acerca de la legalidad de las huelgas. Cualquier tentativa de organización contra el parecer y los deseos de la CROM era despiadadamente destruida. Hasta el día en que el Estado dejó de apoyarla. En 1936 se funda una nueva central, la Confederación de Trabajadores de México. Está destinada a lograr cierto éxito. En primer lugar porque apoya oportunamente la política nacionalista del presidente Cárdenas, sobre todo a partir de la "expropiación petrolera" de 1938, que lo opone a Estados Unidos. Y después porque la coyuntura es particularmente favorable al proyecto unitario de su primer secretario general, el socialista Lombardo Toledano, quien no oculta su simpatía por la revolución rusa. La CTM tiene un millón de afiliados en 1940. Pero el Estado obliga, y el cambio de presidente lleva a la secretaría general a Fidel Velázquez quien no oculta un pronunciado gusto por la conciliación y su hostilidad militante hacia todas las doctrinas anticapitalistas que buscan el aval del movimiento obrero.

La CTM, aun cuando se ha convertido en la organización sindical más poderosa, no es la única confederación. Si bien ese pluralismo deseado por el poder no parece haber logrado limitar la dominación de la central de Fidel Velázquez, no obstante la benevolencia manifestada por algunos presiden-

tes para con organizaciones rivales, indudablemente ha moderado los apetitos "cetemistas". Sin embargo la CTM y sus 3.5 millones de afiliados están colectiva y estatutariamente afiliados al partido de la revolución —hoy PRI, Partido Revolucionario Institucional— de cuyo sector obrero son parte esencial y la tercera parte de sus efectivos. Los sindicatos también proporcionan al partido-Estado diputados, senadores y gobernadores, garantizando así la ósmosis entre las dos instituciones. La integración de los sindicatos oficiales al "partido de los trabajadores" es sin duda uno de los factores de la estabilidad política mexicana.

Las relaciones de trabajo en México están regidas por la Ley Federal del Trabajo, promulgada en 1931 para la aplicación del artículo 123 de la Constitución. Establece una serie de restricciones muy rígidas a las iniciativas sindicales, que sobre todo permiten arrebatar cualquier medio de expresión legal a las tendencias sindicales no oficiales. Ese collar represivo comprende el monopolio sindical otorgado al sindicato más representativo —que por ello es "titular" del contrato colectivo de trabajo—, múltiples limitaciones al derecho de huelga, así como procedimientos de arbitraje que dan un poder exorbitante a las juntas de conciliación y arbitraje.

En Brasil, es a partir de la revolución de 1930, bajo la presidencia provisional de Getúlio Vargas y luego bajo la dictadura del *Estado novo* que impone en 1937, cuando una élite modernizadora se esfuerza por "incorporar la clase obrera a la sociedad [. . .] sin ruptura del orden social tradicional".[11] La *Consolidación de las leyes del trabajo* de 1943, que rige las instituciones sindicales según la óptica corporativa de sus inspiradores, define así los deberes de los sindicatos (artículo 514, aún en vigor en 1985): "Los deberes de los sindicatos son los siguientes:

a] colaborar con los poderes públicos para el desarrollo de la solidaridad social; [. . .]

c] promover la conciliación en los conflictos laborales [. . .]."

[11] Kenneth Paul Erikson, "Corporatism and labor in development", en H.L. Rosenbaum, William G. Tyler *et al.*, *Contemporary Brasil: Issues in economic and political development*, Nueva York, Praeger, 1972, pp. 139-145.

Asimismo los poderes públicos, y particularmente los sucesivos ministros de Trabajo, han insistido siempre en el papel de asistencia social de las organizaciones sindicales. Una encuesta en los sindicatos de la industria textil de São Paulo en 1961[12] mostraba que a los nuevos afiliados les atraían más las prestaciones y los servicios sociales sindicales que las perspectivas de la acción colectiva y de la política reivindicativa.

Sin duda no es una casualidad si la legislación sindical corporativa creada por Vargas ha sobrevivido al régimen que le dio origen. A la caída del *Estado novo* en 1945, la vida política es democratizada por los liberales que instauran una constitución representativa, pero la democratización se detiene a las puertas de los sindicatos. Se mantiene la subordinación al Estado. Ciertamente se asiste a un relajamiento de los controles estatales sobre el movimiento obrero. E incluso antes de 1964, a fines del gobierno de Goulart, no sólo la mayoría de los antiguos *pelegos* fue separada de los puestos importantes sino que las relaciones Estado-sindicatos parecen funcionar en sentido inverso: son estos últimos los que influyen en las orientaciones gubernamentales al grado de que la oposición denuncia la amenaza de una pretendida "república sindicalista".

Con la llegada de los militares al poder en 1964, la legislación del trabajo del *Estado novo* es aplicada de nuevo en un sentido extremadamente restrictivo, sobre todo durante el primer año del nuevo régimen. De esta manera el ministro del Trabajo lleva a cabo muy legalmente, entre 1964 y 1970, la destitución de las autoridades sindicales elegidas y su remplazo por un delegado del gobierno: 536 veces, 432 de las cuales en el año que siguió a la "revolución" del 31 de marzo.

Fue el peronismo el que llevó a la pila del bautismo al sindicalismo argentino de hoy. Sabemos cómo el coronel Perón, simple secretario de Estado de Trabajo y Previsión del gobierno militar instaurado en 1943 supo, mediante una astuta mezcla de ventajas sociales inesperadas y de represión muy moderada, "arrebatar" los sindicatos a los socialistas y a los comunistas que eran allí mayoritarios para formar una Con-

[12] *Boletim do DIEESE*, 1, 9 enero de 1961, citado por K.P. Erikson, *loc. cit.*

federación General del Trabajo progubernamental que será la base de su elección para la presidencia en 1946. Su primera presidencia (1946-1951) es un período de expansión considerable y de consolidación del sector sindical. La CGT, central única, que tenía 434 814 afiliados en 1946, cuenta con 2 344 000 en 1951 (los peronistas emiten la cifra decididamente exagerada de 5 millones en 1955); Argentina sigue siendo, en la década de los setenta, y quizá todavía hoy, el país del continente cuya tasa de sindicalización es la más alta (véase cuadro).

Si bien el sindicalismo argentino se desarrolló de manera espectacular gracias a la legislación "justicialista" (sindicato único por rama, cotización obligatoria, etc.), la influencia del Estado sobre el movimiento obrero no se limitó a la adopción del nacionalismo y la conciliación de clase como ideolo-

SINDICALIZADOS Y POBLACIÓN ACTIVA EN AMÉRICA LATINA (1960)

País	*Sindicalizados*	*Población activa*	*% de sindicalizados en la población activa*
Argentina	2 576 186	8 122 400	31.7
Bolivia	200 060	1 736 900	11.5
Brasil	2 500 000	23 419 000	10.6
Colombia	300 071	4 720 000	6.9
Costa Rica	23 000	398 000	5.7
Cuba	1 503 795	2 297 400	65.4
Chile	800 000	2 356 000	32.0
República Dominicana	188 000	1 160 600	16.6
Ecuador	84 800	1 666 400	5.1
El Salvador	36 012	807 000	4.4
Guatemala	16 000	1 306 500	1.2
Haití	9 517	2 344 000	0.4
Honduras	18 150	869 400	3.0
México	2 101 945	11 332 000	18.5
Nicaragua	16 000	460 800	3.4
Panamá	15 000	337 000	4.4
Paraguay	20 000	515 600	3.9
Perú	550 000	3 029 900	18.2
Uruguay	197 118	1 111 480	17.7
Total	10 755 654	67 990 380	15.8

FUENTE: OEA, *América en cifras*, Washington, 1965.

gía oficial, ni al control minucioso del ministerio de Trabajo sobre la vida de las organizaciones. Al identificarse totalmente con el peronismo, a partir de 1950 la CGT se convierte en una de las tres ramas del partido en el poder, y la más poderosa de las tres. No obstante, a pesar de esa subordinación, la Confederación General del Trabajo no se moverá cuando Perón es derrocado por los militares en septiembre de 1955 —dado que sus dirigentes querían ante todo preservar las instituciones sindicales y su patrimonio, por una parte, y por la otra salvar la legislación peronista contra los defensores de un sindicalismo pluralista y democrático. Hasta 1973, los sindicatos van a ser la columna vertebral del peronismo proscrito, con tanto más éxito cuanto que en los medios obreros urbanos subsiste, a pesar de todo, la nostalgia por la "edad de oro" que fue el período 1945-1955 simbolizado por la figura de Perón. Frente a la hostilidad de los sucesivos gobiernos, el movimiento, dirigido a la distancia por Perón exiliado en Europa, y apoyado esencialmente en las organizaciones obreras, encarna la impugnación de una sociedad injusta y una democracia desvirtuada. Pero al mismo tiempo, la "burocracia" que a menudo utiliza medios discutibles para mantenerse a la cabeza de los sindicatos, no vacila en acercarse a los gobiernos, sobre todo militares, para obtener de ellos algunas ventajas. Más que las reivindicaciones sociales, el acrecentamiento del poder de los aparatos sindicales se ha convertido en un fin en sí. Cuando Perón, que alentó sin distinción a todos aquellos que afirmaban ser sus partidarios, de la extrema izquierda armada a la extrema derecha de tendencias fascistas, regresa al cargo en 1973, los sindicatos, cuyos apetitos políticos parecen ilimitados, forman la punta de lanza de la ortodoxia peronista dura contra la izquierda adepta a la guerrilla. Por su arrogancia y corrupción, la "patria sindical"[13] no contribuyó poco a la desintegración del movimiento peronista y al proceso de autodestrucción del gobierno popular, que desembocó en el golpe de

[13] Se ha hablado de "patria sindical", y hasta de "patria metalúrgica", para fustigar la omnipotencia y el egoísmo corporativo de los sindicalistas o de los líderes del sindicato de metalúrgicos que pesaban sobre las decisiones gubernamentales como si el Estado y el país sólo estuvieran al servicio de sus intereses.

Estado militar de marzo de 1976 y en la terrible dictadura que instauró.

La burocratización de los sindicatos y su oficialización no siempre adopta la forma canónica que acabamos de describir en los tres casos mencionados anteriormente. Si bien el control estatal del movimiento obrero es generalmente más fuerte en toda América Latina que en los países industrializados, incluso en las sociedades de vieja combatividad obrera donde las ideologías anticapitalistas dominan el movimiento sindical, no siempre logra pacificar las reivindicaciones sindicales o desmovilizar a los trabajadores. Ya sea en un marco unitario como en Chile o Uruguay antes de 1973, o pluralista como en Perú o Colombia, los sindicatos de minoría militante están lejos de haber sido barridos de la superficie del continente. La CTCH en Chile o la CNT en Uruguay padecen fuertes luchas de tendencias durante el período democrático, en las cuales los partidos de izquierda desempeñan un papel capital. Asimismo la COB en Bolivia, cuyo núcleo duro está constituido por la federación de mineros, oscila entre un discurso revolucionario de filiación trotskista y una reivindicación cogestionaria claramente más reformista. En Perú como en la Europa mediterránea, el mundo sindical está ideológicamente dividido. La CGTP (Confederación General de Trabajadores de Perú), la central más fuerte, está cerca del partido comunista, no obstante es electoralmente débil. La CTP, fundada por los apristas en 1944, se debilitó mucho a causa del descrédito que arrojaron sobre su dirección varias décadas de alianza del APRA con la derecha. La CNT, de inspiración demócrata cristiana, tiene una influencia muy limitada. La CTRP (Central del Trabajo de la Revolución Peruana), fundada en 1972, estaba destinada a apoyar al régimen militar reformista del general Velasco Alvarado. Esa organización de tipo "peronista", pero que a diferencia de la CGT argentina no gozaba del monopolio sindical, tuvo cierta audiencia hasta 1975-1980 gracias a las reformas sociales y los mecanismos de cogestión instaurados por los militares. Finalmente, para completar el espectro ideológico, un Comité de Coordinación y Unificación Sindical de Clase (CCUSC) agrupa a sindicatos influidos por la extrema izquierda revolucionaria y sobre todo maoísta. El CCUSC, a pesar del sectarismo del partido Patria Roja que, por un tiempo lo ins-

piró, tuvo su momento de gloria cuando contaba entre sus filas con el muy combativo y neurálgico sindicato de maestros (SUTEP), que se desafilió en 1981.

En Colombia, el vasallaje de las grandes centrales competidoras en los dos grandes partidos tradicionales, la CTC en el partido liberal y la UTC en el conservador, así como el papel de distribuidor de servicios asumido también aquí por la organización sindical, no impidió totalmente prácticas reivindicativas independientes. Sigue sin haber una diferencia de naturaleza entre el sindicalismo oficial y ciertas formas de pluralismo sindical.

Mutaciones en la clase obrera y nuevas actitudes

La supervivencia de las legislaciones sindicales corporativistas, elaboradas en algunos países en el período entre las dos guerras a fin de imponer la paz social, parece adaptarse mal a la evolución de las sociedades a las que concierne. Mecanismos apropiados para "sociedades de masas", donde las clases en formación presentaban contornos muy vagos, entran en crisis de manera más o menos grave o patente en sociedades modernizadas. El paternalismo de Estado está en contradicción con las aspiraciones democráticas de la mayoría de los ciudadanos y a menudo hasta con el discurso liberal del poder. Los sectores más dinámicos del movimiento obrero se esfuerzan pues por romper el collar de la estructura sindical oficial para expresar con toda independencia sus reivindicaciones. Así en Argentina, si bien es cierto que durante el período 1946-1955 las relaciones capital-trabajo y Estado-sindicatos no fueron lo idílicas que la mitología peronista nos cuenta —como por lo demás atestiguan las numerosas huelgas "ilegales" y la represión que atacó a sus dirigentes—, durante la segunda época del peronismo (1973-1976) la rebelión de las bases sindicales, paralela a la radicalización de la vida política, adoptó una dimensión particularmente significativa. Sobre todo porque a la aparición de los sindicatos de empresas, que no se reconocían en el peronismo, y al éxito de listas de oposición democrática en las elecciones internas en el nivel de taller o de sección local, el gobierno respondió con una reforma de la ley sindical que

acrecienta arbitrariamente el poder centralizador de los dirigentes sindicales nacionales y amplía sus privilegios. Asimismo durante este agitado período, en el que la "burocracia" apoyada por el aparato de Estado utiliza la violencia y el gangsterismo para meter en cintura a los impugnadores, una gran cantidad de conflictos y huelgas muy duras oponen no los trabajadores al empresariado, sino los sindicalistas locales a su dirección nacional, determinada a sofocar cualquier tentativa de desarrollo de un sindicalismo de "lucha de clases" (clasista), es decir de izquierda.

En México, las oleadas de "insurgencia sindical" que aparecen en períodos de crisis, como el movimiento de ferrocarrileros en 1958, son rápidamente contenidas mediante una mezcla cuidadosamente dosificada de represión y cooptación. El más largo y más amplio de esos asaltos contra las direcciones oficiales fue lanzado a principios de la década de los setenta en el sexenio del presidente Luis Echeverría (1970-1976). El surgimiento de una fuerte y original "tendencia democrática" en el seno del sindicato de electricistas, finalmente recuperada tras un prudente arreglo con el sindicalismo charro fue, con la aparición de un sindicalismo combativo en las industrias de punta, el único resultado de una tolerancia oficial que, frente a la oposición de la CTM, ni siquiera sobrevivió hasta el final del mandato presidencial. Por lo demás, todas las tentativas disidentes para tomar el control de los dos sindicatos más fuertes y sin duda los más corruptos del país, el de los petroleros (SRTPRM) y el de los maestros (SNTE), hasta ahora han fracasado. Fuera de los sindicatos independientes, el sindicalismo combativo y de oposición ya no existe actualmente más que en algunos sindicatos de empresa o de rama, entre los "cuellos blancos" o los técnicos. Es en la industria nuclear (SUTIN) y entre los trabajadores universitarios (STUNAM, SUNTU), donde se hallan hoy las puntas de lanza de la izquierda sindical mexicana. En Brasil, la apertura política y el debilitamiento del régimen militar han dado un nuevo dinamismo al movimiento sindical hasta entonces esclerosado en su corsé estatal. La aparición de una "oposición sindical" y de un "nuevo sindicalismo" en los grandes bastiones industriales del sur es paralela a la reaparición a plena luz de la izquierda tradicional o a la creación de nuevos partidos obreros como el Partido

de los Trabajadores del popular jefe sindical Luiz Inacio da Silva ("Lula"), quien goza del apoyo de la Iglesia. No obstante, la tradicional debilidad del sindicalismo brasileño y las nuevas divisiones ideológicas que lo afectan no permiten saber si el regreso de los civiles al poder en 1985 tendrá repercusiones en el terreno sindical. En efecto, la alianza de la izquierda ortodoxa (sobre todo el partido comunista) con los "burócratas" y la defensa de la unidad sindical contra los supuestos "peligros" del pluralismo podrían tener por consecuencia si no, como en 1946, el mantenimiento de la coerción estatal, por lo menos la preservación de cierto control público, a pesar de la innegable popularidad de los objetivos de liberación y de autonomía sindicales en el mundo del trabajo.

Otro fenómeno nuevo en el último período lo constituye el crecimiento de la sindicalización de los "cuellos blancos" y de las profesiones de servicios. En Brasil, entre 1960 y 1978, mientras el índice de sindicalización (base 100 en 1960) alcanzaba 489 en 1978 en el caso de las profesiones de la educación y la cultura, 339 en el de las de la comunicación y la publicidad, 363 en el de las profesiones liberales, ese índice no se elevaba sino a 362 en el caso de la industria, a 291 en el de los transportes terrestres y a 120 en el de los otros tipos de transportes.[14]

No obstante el fenómeno sin duda más sorprendente de los últimos años es resultado de las contrastantes evoluciones de las clases obreras en función de las políticas económicas. Tanto las políticas industriales voluntaristas han provocado un crecimiento de los empleos industriales y asimilados, como las políticas ultraliberales de desindustrialización han asistido a la contracción del empleo obrero. De esta manera en Brasil, en la época del "milagro" y la euforia económicas entre 1970 y 1976, la cantidad de obreros de la industria (incluyendo las industrias extractivas) pasó de 2 600 000 a 4 900 000, es decir un aumento del 90%. En cambio, la decadencia industrial provocada por el tratamiento de choque

[14] Según Maria Hermínia Tavares de Almeida, "O sindicalismo brasileiro entre a conservação e a mudança", en Bernado Sorj, M.H. Tavares de Almeida *et al.*, *Sociedade e política no Brasil pós-64*, São Paulo, Brasiliense, 1983, pp. 192-195.

de los *Chicago boys* en Chile bajo el general Pinochet, provocó una contracción muy significativa de la mano de obra. De 1970 a 1982, el porcentaje de obreros en la población activa cayó de 38.1 a 23.3%. Más globalmente, en el mismo período, la cantidad de trabajadores asalariados había bajado un 15.2% mientras los trabajadores no asalariados (por su cuenta o trabajadores familiares no remunerados) aumentaban un 36.2%. La categoría de los trabajadores familiares, forma disfrazada de desempleo, incluso aumentó un 300%. Esas mutaciones del mercado de trabajo y el desarrollo de un "sector informal" que agrupa numerosas formas de subempleo no impedían que el desempleo *stricto sensu* alcanzara en octubre-noviembre de 1982 la tasa de 19.6%. En la misma fecha, el desempleo y el subempleo afectaban a cerca del 33% de la población activa: es decir a uno de cada tres chilenos. La concentración del mercado de trabajo industrial y la "desproletarización" de la población activa son también patentes en Argentina: hay quienes le atribuyen la derrota del peronismo en las elecciones de 1983. En efecto, si bien había 7.4 asalariados de la industria por cada 100 habitantes en 1947, no había más que 5.9 en 1980. El total de obreros de la industria cayó de 1 050 000 personas en 1973 a 700 000 en 1980. La reducción de la cantidad de empleos en las empresas y los servicios públicos bajo el último régimen militar (1976-1983), así como la concentración en la industria de la construcción, agravó todavía más la reducción del empleo industrial y acarreó un crecimiento inédito de los trabajadores autónomos (cuentapropistas): conjunto heterogéneo de pequeños comerciantes, trabajadores de servicios, reparadores, transportistas, revendedores, etc., tres veces más numerosos que los obreros de la industria (2 260 000 en 1983)[15] ¿Anuncian esas dos evoluciones paralelas el final de la clase obrera en América Latina? Digamos más bien que esos dos ejemplos ilustran las evoluciones de categorías so-

[15] Las cifras citadas provienen de los siguientes estudios: Brasil: "Um perfil da classe operaria. Pesquisa da CIPES" (Texto de Duarte Pereira), *Movimento*, 28 de abril de 1980; Chile: Cecilia Cassasus Montero, *Travail et travailleurs au Chile*, París, La Découverte, 1984, pp. 77-85; Argentina: "La clase obrera en la Argentina, tendencias de su evolución y perspectivas", *El Bimestre* (Buenos Aires), núm. 16, julio-agosto de 1984, pp. 3-6.

ciales dependientes y cambiantes que no han dejado de transformarse desde su aparición. Ese avatar de consecuencias duraderas evidentemente no será el último. Por lo demás apenas ha reducido el papel político de los sindicatos en los dos países a los que ha afectado, como atestiguan el lugar tomado por el Comando de Trabajadores en Chile en las protestas contra el régimen del general Pinochet, o el fracaso de la tentativa de reforma democrática de la legislación sindical en Argentina en 1984.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Angell, Alan, *Peruvian labour and the military government since 1968*, Londres, University of London, Institute of Latin American Studies (working papers).

Campero, Guillermo, José Valenzuela, *El movimiento sindical en el régimen militar chileno (1973-1981)*, Santiago, ILET, 1984.

Cardoso, Ciro F.S. *et al.*, *De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios*, La clase obrera en la historia de México, vol. 3, México, UNAM-Siglo XXI, 1980.

Fausto, Boris, *Trabalho urbano e conflicto social (1890-1920)*, São Paulo, DIFEL, 1976.

Godio, Julio, *Sindicalismo y política en América Latina*, Caracas, ILSIS, 1983

Little, Walter, "La organización obrera y el Estado peronista, 1943-1955", *Desarrollo económico* (Buenos Aires), octubre-diciembre de 1979, pp. 331-376.

Pécaut, Daniel, "Histoire et structure du syndicalisme en Colombie", *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 9, julio de 1968, pp. 29-48

Reyna, José Luis, Francisco Zapata *et al.*, *Tres estudios sobre el movimiento obrero*, México, El Colegio de México, 1976.

Rodrigues, Leoncio, *Conflicto social e sindicalismo no Brasil*, São Paulo, DIFEL, 1966.

Torre, Juan Carlos, "El movimiento laboral en Argentina: 1955-1976, de la exclusión a la participación en el poder", en Jean Carrère *et al.*, *Industrialisation and the State in Latin America*, Amsterdam, CEDLA, 1979, pp. 347-400.

Touraine, Alain, "Industrialisation et conscience ouvrière à São Paulo", *Sociologie du Travail*, 4/61, octubre-diciembre de 1961, pp. 77-95.

Trejo Delarbre, Raúl, "El movimiento obrero: situación y perspectivas", en Pablo González Casanova, Enrique Florescano (coords.), *México, hoy*, México, Siglo XXI, 1980, pp. 121-152.

Viezzer, Moema, *"Si me permiten hablar..." Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, México, Siglo XXI, 1977.

5. LAS FUERZAS ARMADAS

Tras los grupos sociales estratégicos, las instituciones. A tal señor, tal honor: los militares merecen el primer lugar. No es necesario subrayar su papel invasor en la vida pública de la mayoría de los países de América Latina. Si bien las instituciones armadas no plantean el mismo problema de identificación y definición que las clases y estratos de la sociedad, las fuerzas armadas y su manifestación sociopolítica, el militarismo, constituyen un tema difícil de aprehender con serenidad y un mínimo de rigor. Los observadores tienden a emitir juicios de valor sobre la acción extramilitar de las fuerzas armadas, ya sea que la aprueben o la denuncien. Algunos buscan responsables cuando no culpables de la usurpación militar. Dado que ésta es sentida como una patología de la vida política, una anomalía en relación con el bien supremo de la democracia pluralista, la impaciencia indignada tiende a descubrir explicaciones globales y hasta la clave única de ese fenómeno antes de describirlo y conocerlo. Por ello se han multiplicado las interpretaciones instrumentales y aproximativas, que no podemos simplemente ignorar. Sobre todo porque sólo es legítimo interesarse en los militares en cuanto tales si esas visiones metafóricas del militarismo, que trasladan la hegemonía marcial a "otra parte" histórica, geográfica o social y que consideran a los ejércitos indescifrables "caja negras", se revelan discutibles y hasta erróneas.

Algunas presuntas causas del poder militar

La continuidad histórica del militarismo, que no es sólo contemporáneo, parece haber tenido como consecuencia principal no el profundizar mediante la confrontación de experiencias múltiples nuestro conocimiento comparativo del fenómeno, sino oscurecer sus motores proyectando el presente sobre el pasado y más a menudo todavía el pasado sobre el presente. El peso de la historia se trasluce en la importancia adquiri-

da por las interpretaciones deterministas de todos tipos, mientras la indignación cívicamente fundada frente a la traición de los pretorianos inspira diferentes versiones conspirativas de las intervenciones militares en la vida política.

Dado que el vocabulario del poder militar es español, como la cultura de la mayoría de los países del continente antiguamente colonizados por España, se concluyó apresuradamente que había allí un tipo de relación civil-militar propia del "mundo" hispano. Que una tradición jurídica "iberolatina" había originado una incapacidad democrática permanente de los estados latinoamericanos. La trivialización de los regímenes militares en todo el mundo subdesarrollado, y particularmente en África negra, para no hablar de la instalación en 1980 de una dictadura militar en el Surinam de habla holandesa poblado de descendientes de inmigrantes asiáticos, bastaría para hacer relativa la pertinencia de semejante tesis. Algunas veces se ha propuesto una versión más elaborada de esta explicación. Según esta formulación historicista, el militarismo de hoy sería el heredero y continuador del caudillismo de ayer, fruto de la anarquía de las guerras de independencia. Si bien veintiún años de régimen de dominación militar en Brasil (1964-1985) desmienten tal aserto, tomando en cuenta el carácter "negociado" y pacífico de la emancipación de la antigua colonia lusitana, la ausencia de continuidad que puede señalarse entre el poder depredador de los "señores de la guerra" del siglo XIX y las formas de gobierno que rigen a los estados contemporáneos, salta a la vista. En México, donde el caudillismo ha tenido un lugar destacado, del extravagante presidente Santa Anna a mediados de siglo a los conductores de hombres de la tormenta revolucionaria, no ha habido tentativa de alzamiento desde hace más de cuarenta años. Venezuela fue gobernada prácticamente desde la independencia y hasta 1940 por hombre fuertes que tomaron por asalto el poder central y no obstante, desde 1958, ese país se convirtió en modelo de democracia representativa estable. *A contrario*, parangones de inestabilidad y de presencia militarista hoy padecieron ayer, tras los disturbios y las incertidumbres de la independencia, largos períodos de dominación civil y de sucesión ininterrumpida de autoridades legales. La Argentina de 1862 a 1930, pero también Perú, Chile, Bolivia o El Salvador a fines del

siglo XIX ilustran esta solución de continuidad entre el período poscolonial y la época del militarismo contemporáneo.

Por lo demás, para situar al militarismo en sus verdaderos límites históricos, conviene señalar que la asimilación de los jefes de banda de las luchas intestinas, militares aficionados, a menudo engalanados con rimbombantes grados, a los oficiales de carrera carece de fundamento. El caudillo, guerrero improvisado, nace en efecto de la caída del Estado colonial español y de la desorganización social. El oficial es el hombre de la organización y no existe sino por y para el Estado. Los ejércitos modernos son instituciones públicas burocratizadas que detentan el monopolio técnico de la aplicación de la violencia legal; los caudillos representan la violencia privada que se alza contra el monopolio estatal o sobre sus ruinas. No es confundiendo a los actores y sus naturalezas como ayuda el pasado a comprender el presente.

Más cerca de nosotros, la historia-complot, sustituida las más de las veces por un economiscismo sin matices, ha concedido un primerísimo lugar a las interpretaciones instrumentalistas del poder militar. Desde los golpes de Estado de 1964 en Brasil y sobre todo de 1973 en Chile, la idea de que los ejércitos latinoamericanos son manipulados desde el exterior se ha abierto paso. Las responsabilidades de la usurpación militarista son de esa manera transferidas a la fuerza tutelar. Los militares del subcontinente son presentados como simples prolongaciones del aparato militar norteamericano, y defensores absolutos de los intereses de Estados Unidos. Según se dice, esos ejércitos no son más que los "partidos políticos del gran capital internacional", y la instauración de los regímenes autoritarios responde a las necesidades del desarrollo del capitalismo en su fase actual. Ya sea que el capital multinacional y la nueva división internacional del trabajo necesiten un poder fuerte y represivo de los movimientos sociales para garantizar las inversiones o, mejor aún, que el paso de la industria ligera a la industria pesada de los bienes de equipo no pueda realizarse en un marco democrático y civil. Según esa hipótesis, los ejércitos aparecen de alguna manera como "programados" para asegurar la "profundización" del proceso de industrialización.

Desde luego tales interpretaciones se apoyan en cierta cantidad de circunstancias reales. Con mucha razón desde

hace más de veinte años se insiste sobre la dependencia de los ejércitos latinoamericanos, con relación al Pentágono; se recuerda la influencia decisiva de Estados Unidos sobre los militares del subcontinente a través de los cursos de entrenamiento en las escuelas norteamericanas, sobre todo en la zona del Canal de Panamá. Se subraya la ascendencia estadunidense de la doctrina de la seguridad nacional que designa al enemigo interior como la amenaza esencial para los estados mayores de América del Sur, y da a los ejércitos como objetivo la defensa de las "fronteras ideológicas". Por último, el comportamiento de algunas multinacionales frente a gobiernos democráticos reformistas —véase a la ITT en Chile bajo la Unidad Popular— y la simpatía activa manifestada por los grandes intereses económicos extranjeros con respecto a las dictaduras serían pruebas suficientes del papel directo desempeñado por las multinacionales en la aparición de los regímenes militares. No obstante las interpretaciones instrumentalistas tienen, como todos saben, un alcance analítico limitado en la medida en que ignoran los mecanismos singulares de la producción de los procesos políticos. Asimilar los beneficiarios de un gobierno a sus instigadores y a sus socios comanditarios da muestra de una linda simplicidad escolástica y de un desconocimiento total de las mediaciones así como de las reacciones imprevistas y los "efectos perversos" que caracterizan a la acción colectiva.

Por otra parte, los regímenes autoritarios en América Latina no nacieron con la "internacionalización de los mercados interiores" que caracteriza a la fase presente del desarrollo. Si bien la formulación de esta teoría quiere decir que las inversiones extranjeras prefieren los regímenes de orden a los gobiernos populares, se trata de una verdad muy antigua y, para decirlo de una vez, de una perogrullada. ¿Cómo afirmar una correlación mecánica entre los movimientos del capitalismo internacional y la aparición de los regímenes autoritarios en el último período cuando la realidad se encarga de desmentir de manera tan cruda un enfoque considerablemente mitológico?

En efecto, ¿qué decir de la poca prisa de las multinacionales industriales por invertir en Chile a pesar de los *Chicago boys*, en el Uruguay "liberalizado" posterior a 1973 y en la Argentina abierta a todos los vientos bajo Martínez de Hoz,

superministro de Economía de la dictadura de 1976? ¡El capital internacional sería entonces capaz de instaurar regímenes de su conveniencia pero no de aprovecharlos! Una prueba son las políticas de "desinversión" en Argentina de las sucursales de sociedades extranjeras entre 1978 y 1982. ¿Cómo explicar por último la ola de reflujo de las dictaduras a partir de la cual, de 1979 a 1985, los militares se retiraron a sus cuarteles en casi todos los países del subcontinente? Sorprendente versatilidad la del "imperialismo norteamericano" y de esos monstruos fríos que son los grandes conglomerados industriales. ¿Por qué se habría evaporado en 1985 la necesaria complementariedad del gran capital y el militarismo represivo que se estigmatizaba en 1976? Cierto, la voluntad política de los dirigentes de Washington, desde la década de los sesenta, de ganar a las élites militares del subcontinente para las perspectivas estratégicas de Estados Unidos, y de hacerlas actuar como relevo local del poderío estadunidense, es innegable. Pero hay cierta ingenuidad en afirmar que tal proyecto ha tenido un éxito total, y que todos los militares latinoamericanos, víctimas de una "estrecha socialización" en provecho del imperio, han renegado de sus valores nacionales. La definición de las misiones de los ejércitos del subcontinente por parte del Pentágono y los cursos de Panamá no impidieron la aparición de coroneles socializantes en Perú en 1968, bajo el régimen del general Velasco Alvarado, ni el gobierno progresista del general Torres en Bolivia a principios de la década de los setenta, ni en la misma época el régimen nacionalista de Torrijos en Panamá. Para no hablar de los jefes de la guerrilla guatemalteca de la década de los sesenta, entre los cuales figuraban jóvenes oficiales, recién salidos de los cursos antiguerrilla del Pentágono. La ambivalencia de los adoctrinamientos de todos tipos es conocida desde hace mucho tiempo.

De hecho, el militarismo contemporáneo no aparece como fatalidad histórica ni como fatalidad geográfica: ni el determinismo cultural ni la manipulación externa dan cuenta de un fenómeno complejo donde las circunstancias nacionales y transnacionales se entremezclan. Si nos esforzamos por apreciar el papel político de los militares a largo plazo, advertimos entonces que es muy raro que no sean más que instrumentos pasivos de fuerzas internas o externas, aun

cuando éstas se esfuerzan por cooptar el poder marcial. El papel político de los ejércitos no es idéntico ni en el tiempo ni en el espacio latinoamericano. Tampoco obedece a causas únicas o simples. Es la expresión de configuraciones sociales y modelos de desarrollo poco propicios para el orden representativo. Por otra parte, ese fenómeno obedece igualmente a la naturaleza de los ejércitos, a su inserción en la sociedad y el Estado. Cierto, las raíces últimas de la hegemonía marcial no se hallan en la sociedad militar, así como los ejércitos no son los primeros responsables de la inestabilidad crónica que sufren algunas naciones, cualesquiera que sean la ambición y la codicia de sus cuadros. Pero, ¿cómo comprender el poder militar sin intentar conocer a los ejércitos, su formación, su evolución y su modo de funcionamiento propiamente político?

Los elementos de la historia: periodización y variedad de las experiencias nacionales

Si bien no existe militarismo propiamente dicho antes del nacimiento de los ejércitos permanentes y de los oficiales de carrera, las instituciones militares en su origen son semejantes a las naciones donde aparecen. Como reflejo de las especificidades de la sociedad nacional, son igualmente reveladoras de la naturaleza y del grado de perfeccionamiento del Estado nacional. Como ramas armadas del aparato estatal, no pueden más que ajustarse a las modalidades de su desarrollo. Por lo demás es por ello que no se puede asimilar los ejércitos de la mayoría de los países de América del Sur a los de algunas naciones del Caribe o de América Central, no sólo a causa de sus dimensiones sino sobre todo en función de la aparición tardía del Estado en esos países, así como del carácter colonial de su surgimiento. De esta manera Nicaragua, República Dominicana, Cuba, Haití —pero no Guatemala o El Salvador—, que llegaron tarde a la construcción estatal, y que a principios del siglo XX acababan de salir de las guerras de clanes y caudillos, padecieron un largo período de ocupación norteamericana[1] destinada (según la for-

[1] Estados Unidos ocupa Cuba en 1898, tras su victoria sobre España

mulación del "corolario" Roosevelt [Theodore] de 1904) a terminar con el "relajamiento general de los lazos de la sociedad civilizada" que, según Washington, afectaba a esos países. Antes de retirar su "protección", Estados Unidos se esforzó por poner en pie en esos países guardias civiles organizadas por los *marines*. Según la idea de su creador, esas guardias nacionales debían ser independientes de las facciones en pugna e imponerse a los "ejércitos" privados garantizando así el orden, la paz y la defensa de los intereses estadunidenses. Pero si bien esas fuerzas irregulares cumplieron su misión en lo refente a ese último punto, no constituyeron el inicio de una construcción estatal coherente y autónoma. En por lo menos dos países sometidos a ese tratamiento, las "guardias nacionales" legadas por la ocupación yanqui se transformaron, en el contexto patrimonial de las sociedades de Nicaragua y de República Dominicana, en ejército privado de su jefe, y luego en "guardianes de la dinastía" de los Trujillo y los Somoza.

En los países de América del Sur, e igualmente en algunos estados de América Central, podemos distinguir tres grandes etapas de la evolución de los ejércitos y de su papel —con fluctuaciones paralelas a los azares de la diplomacia continental y disparidades notables provenientes de las historias nacionales y de su irreductible singularidad.

—Primer período: de 1869 a la década de los veinte, los ejércitos se forman.

—Segundo período: hacia 1920-1930, entramos en la era militar. Los ejércitos profesionalizados se convierten en actores de la vida política.

—Tercer período: a principios de la década de los sesenta, el papel de los ejércitos se internacionaliza, en el marco de la hegemonía de Estados Unidos y bajo el efecto de la guerra fría. En esta nueva etapa se destacan secuencias cortas y contrastantes, en función de la coyuntura mundial y de las políticas de Washington.

que le da la independencia a la isla, y luego nuevamente de 1906 a 1909. República Dominicana es ocupada de 1916 a 1924, Nicaragua lo es dos veces (1912-1925 y 1926-1933), Haití es "protegida" sin interrupción por los marines de 1915 a 1934.

El nacimiento de los ejércitos modernos

Los ejércitos son símbolos de soberanía. También son emblemas de progreso técnico y de modernidad a la vuelta del siglo. La creación de ejércitos permanentes dotados de un cuerpo de oficiales, de una oficialidad profesionalizada, forma parte del proceso de modernización extravertido que es inseparable del crecimiento "hacia afuera" de las economías nacionales. No carece de importancia el que la modernización del aparato de Estado haya comenzado por su rama militar. Como es de sospecharse, los ejércitos de naciones dependientes, no industrializadas, no pueden transformarse y elevar su nivel técnico si no es que por préstamo exterior. Esta modernización dependiente se efectúa no sólo mediante la compra de armas a los países europeos productores sino también por la adopción de modelos de organización, entrenamiento, y de las doctrinas de guerra de los países avanzados de la época. A principios de siglo, existen dos grandes ejércitos, por lo demás enemigos, dos modelos militares universales: el de Alemania y de la tradición prusiana, y el de Francia. Entre la guerra de 1870 y la primera guerra mundial, esos dos países se entregarán en América del Sur a una despiadada lucha de influencia, prolongación de sus rivalidades en Europa. No es desdeñable lo que está en juego. La elección de un modelo militar por parte de un país latinoamericano significa el establecimiento de relaciones privilegiadas en el terreno diplomático, y sobre todo en el del comercio de armas.

Las elecciones de los países sudamericanos están directamente inspiradas por sus propias rivalidades, así como por los imperativos europeos del momento. Fue así como Argentina y Chile recurrieron a misiones alemanas para reformar sus ejércitos, mientras que gran cantidad de sus oficiales partían a cursos de formación al otro lado del Rin a principios de siglo. La germanización de esos dos ejércitos fue muy profunda: concernía no sólo al armamento, los uniformes o el paso militar, sino también a los reglamentos internos, la organización de las unidades y la visión de los problemas internacionales. Sin duda no es totalmente casual si Chile y Argentina fueron los dos países que resistieron el mayor tiempo a las presiones de Estados Unidos para hacer-

los abrazar la causa aliada en la segunda guerra mundial —Argentina por su parte declaró la guerra al Reich en 1945. Chile, que se convirtió en una especie de Prusia latinoamericana, incluso sirvió de relevo a la germanización de otros ejércitos del continente a los que envió misiones militares y recibió efectivos para su entrenamiento. Fue el caso de Colombia y Venezuela, de Ecuador y hasta de El Salvador. Por su parte, Perú y Brasil echaron mano de Francia. Los franceses, inspirándose en su experiencia colonial, reorganizan e instruyen al ejército peruano de 1896 hasta 1940 con la única interrupción de 1914-1918. Los brasileños, vacilantes, esperan el final de la guerra para contratar en 1919 una misión francesa, dirigida por Gamelin, que transforma de todo a todo, y hasta 1939, al ejército nacional. Esa huella fue profunda y duradera: prácticamente, de 1934 a 1960, todos los sucesivos ministros de Guerra fueron formados por los franceses. La admiración de los oficiales brasileños por sus modelos sólo se comparaba con la de los argentinos por sus tutores alemanes.

Esta "cooperación" militar tan completa y duradera parece no ser políticamente honerosa para sus beneficiarios. Alemania y Francia no son potencias dominantes en el terreno económico, aun cuando se esfuerzan por estar presentes en diversos sectores en América Latina. La metrópoli económica indiscutible es Gran Bretaña, que se conforma con formar a los marinos y construir barcos de guerra para los latinoamericanos. De esta manera la dependencia es diversificada. No ocurrirá lo mismo al final de la segunda guerra mundial.

El reclutamiento de los oficiales y su formación en las escuelas especializadas así como la instauración del servicio militar obligatorio son las dos reformas centrales para la modernización de los ejércitos latinoamericanos. El "viejo ejército" de soldados de carrera reclutados por enganche, o enviados al "frente" por los tribunales para purgar su pena, formaba a sus oficiales en la práctica, las más de las veces hijos de buenas familias provistos de la recomendación de un "padrino" influyente. Con la conscripción todo cambia. La tropa está compuesta de "civiles", y los oficiales son profesionales permanentes que han recibido una preparación técnica. El servicio universal de responsabilidades particulares al nuevo ejército: la de inculcar una formación cívica y moral al futuro ciudadano y la de desarrollar su espíritu nacional. Establecido entre 1900 en Chile, y 1916 en Brasil, el servicio universal precede en la mayoría de los países al sufragio universal. El ciudadano es militar antes de ser elector. Un detalle cronológico que no es insignificante. Además, el reclutamiento por mérito y la formación de los oficiales en el molde común de las escuelas militares les dan un lugar particular en el Estado. Cooptados por sus pares y liberados del favor de los notables, esos oficiales de escuela constituyen un cuerpo de funcionarios públicos estables y permanentes, de carreras reguladas, que contrasta con el resto del aparato de Estado, donde dominan los aficionados intercambiables.

Los ejércitos entran en escena

Las nuevas responsabilidades cívicas y nacionales, y la autonomía de que disponen esos cuadros no incitan a los nuevos ejércitos a jugar a hacerle al mudo.* Aquellos que habían creído que la profesionalización era la señal del apoliticismo se equivocaron.

Las tareas de edificación nacional y estatal, la importancia de las funciones de defensa interna no predisponen a la neutralidad. Los recursos políticos que las reformas dan a los oficiales hacen el resto: esos técnicos que se perfeccionan sin cesar tienen a su cargo el contingente, por ende la juventud del país y su futuro. ¿Acaso no son también los mejores conocedores de las situaciones internacionales cuyos peligros deben escrutar? ¿Cómo no iban a desarrollar esos profesionales del patriotismo, pioneros de la modernización del Estado, una "conciencia de competencia" que los conduce a intervenir en los asuntos públicos con todo su peso específico?

El activismo político de los militares en cuanto cuerpo, que difiere de los pronunciamientos tradicionales de generales ambiciosos o descontentos, se expresará en gran canti-

* En francés, *la grande muette* es el ejército activo. La expresión se deriva del hecho de que hasta 1945 los militares no tenían derecho al voto. [T.]

dad de países de manera espectacular en la década de los veinte y los treinta. En aquel entonces los oficiales se sublevan las más de las veces contra el *statu quo*. Los ejércitos entran en escena si así puede decirse por la izquierda. Esas manifestaciones de sectores minoritarios, es cierto, de las fuerzas armadas, generalmente son de temible eficacia. En Chile, en 1924, jóvenes oficiales obligan a un Parlamento conservador a aprobar de urgencia una serie de leyes sociales que andan rodando desde hace meses. Luego exigen la disolución de la Cámara: comenzará un período de agitación, de inestabilidad y de reformas colocadas bajo el signo militar que no terminará sino hasta 1932. El espíritu reformador de los oficiales alcistas de 1924-1925 encarna sucesivamente en la dictadura del general Ibáñez (1927-1931) y luego fugazmente, pero no sin brillo, en la efímera república socialista de junio de 1932 instaurada por un ex comandante de la Aviación, el comodoro Marmaduke Grove, fundador del partido socialista que casi cuarenta años después llevará a Salvador Allende al Palacio de la Moneda.

En Brasil, desde 1922, jóvenes oficiales, los *tenentes* (tenientes), participan en rebeliones esporádicas, improvisadas y sin plan de conjunto, originadas por un malestar político militar difuso frente a la corrupción y las prácticas viciadas de la "vieja república". El sacrificio de un puñado de tenientes sublevados en el fuerte de Copacabana en julio de 1922, año del centenario de la independencia, se convierte en el símbolo de una aspiración a la pureza y a la justicia en la cual se reconocen las clases medias brasileñas. Nuevos movimientos *tenentistas* se producen en 1924 en el sur. El fracaso de uno de ellos, prolongado por la "larga marcha" de sus supervivientes a través de la inmensidad del país, se transforma en gesto heroico en favor de la "regeneración" de Brasil. Es la famosa columna Prestes-Costa la que termina lamentablemente tres años despúes en Bolivia sin haber arrastrado a los *caboclos* del interior. Por su parte Luis Carlos Prestes, el "caballero de la esperanza", cantado por Jorge Amado, abandona el ejército por el partido comunista del que se convertirá en secretario general. Los otros *tenentes* se encontrarán en su mayoría detrás de Vargas en la revolución de 1930 que pondrá fin a la república oligárquica. Algunos de ellos serán los inspiradores y responsables del régimen militar de 1964, prueba de la ambigüedad política del *tenentismo*.

El militarismo reformista toca igualmente a Ecuador en 1925. Una liga de jóvenes oficiales derroca al presidente liberal sostenido por la burguesía exportadora y financiera de Guayaquil. Es la revolución llamada juliana porque tuvo lugar en julio. El primer golpe de Estado de la historia ecuatoriana que no fue un arreglo de cuentas entre grupos dirigentes tiene como objetivo "la igualdad para todos y la protección del proletariado". Durante cinco años, hasta que un golpe de Estado militar, éste conservador, ponga punto final a esta experiencia reformista en provecho de las fuerzas más reaccionarias de la Sierra, serán promulgadas las primeras leyes sociales y creadas instituciones que permitan ponerlas en práctica.

Es más tarde cuando en Bolivia jóvenes oficiales, tras la derrota de su país en la guerra del Chaco (1932-1935) que lo oponía a Paraguay, arrebatan el poder a los políticos tradicionales considerados incompetentes y corruptos con la intención de efectuar reformas y luchar contra el dominio de los intereses extranjeros, particularmente petroleros, a los que atribuyen una responsabilidad decisiva en el conflicto de 1932. La fraternidad de las trincheras no contribuyó poco a la formación de una conciencia nacional boliviana. De esta manera los coroneles Toro y Busch presiden de 1936 a 1939 un régimen autoritario antioligárquico y progresista, teñido de xenofobia. Algunas leyes sociales, medidas destinadas a extender el control del Estado en el sistema financiero y los recursos del subsuelo —la Standard Oil es nacionalizada— chocan con el poder de grandes sociedades extractivas. Generales ligados a la rosca minera dejan destruir a partir de 1939 lo que los coroneles habían instaurado. No obstante, en 1943, el comandante Villarroel, apoyado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario que expresa las aspiraciones de renovación de la "generación del Chaco", se apodera del gobierno. Acusado de simpatías pronazis, se esfuerza con un estilo autoritario por movilizar a las masas desheredadas a partir de un programa de profundas reformas sociales que amenaza directamente los intereses mineros y latifundistas. Una insurrección "popular" en La Paz, desencadenada por la oposición "democrática" que favorece Estados Unidos,

pone fin, ahorcando al presidente, al régimen "nacional-militar", para gran satisfacción de los "señores del estaño".

Argentina desentona un poco en ese concierto militar si no es que progresista, por lo menos siempre hostil al *statu quo*. El primer golpe de Estado del siglo que derroca a un gobierno legal democráticamente elegido es netamente conservador. En septiembre de 1930, el general Uriburu y los cadetes del Colegio Militar echan del poder a Yrigoyen —el presidente radical, candidato elegido de los estratos medios y populares— con los aplausos de la oligarquía. La restauración de las élites conservadoras está a la orden del día. El sistema de "democracia ampliada" instaurado en 1912 será remplazado por un régimen representativo de participación restringida suavizado por el fraude. En cuanto a Uriburu, es favorable a una revisión constitucional en un sentido corporativista que fracasa. Está rodeado de impetuosos capitanes de tendencias fascistas a quienes volveremos a encontrar como coroneles o tenientes coroneles "nacionalistas" durante el golpe de Estado de junio de 1943 de donde surge el peronismo.

Si hubiera que hallar una característica común para las orientaciones políticas de los militares de los diferentes países durante este período, podríamos decir que está marcada con el signo del nacionalismo. La ambigüedad de comportamientos, a menudo más autoritarios que reformistas hasta en las experiencias "revolucionarias", remite siempre a la voluntad de fortalecer, incluso mediante la justicia social, el potencial económico, humano y por ende militar de la nación. Orientación que se enfrenta a las políticas de desarrollo autónomo o autocentrado que florecen en ese entonces y persiguen el objetivo de "sustituir las importaciones".

La guerra fría en el Nuevo Mundo

La sombra proyectada del conflicto Este-Oeste llega muy tarde a América Latina, esfera de influencia "reconocida" de Estados Unidos desde 1945. Esta nueva circunstancia política se remonta si no a la entrada de Fidel Castro a La Habana, por lo menos a la ruptura del régimen castrista con Estados Unidos en 1960-1961. Un régimen comunista se instalaba a un centenar de kilómetros de Florida en el "Mediterráneo

estadunidense". Y ese "primer territorio libre de América" pretendía constituir un modelo para los países hermanos de la región.

Desde fines de la segunda guerra mundial, que consagró la hegemonía total de Estados Unidos en el continente, paralela al debilitamiento de Gran Bretaña, antigua metrópoli económica, y de los otros países europeos, vencedores o vencidos, Estados Unidos instauró los instrumentos diplomáticos y luego los dispositivos militares necesarios para una coordinación (ligera) de los ejércitos latinoamericanos bajo el báculo del Pentágono. En 1947, el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca), firmado en Río de Janeiro, establece los principios de una solidaridad colectiva frente a una agresión extracontinental. En 1948, la Carta de Bogotá (que crea la Organización de Estados Americanos) prevé modalidades de resolución pacífica de los conflictos entre estados miembros. Cuando estalla la guerra de Corea, Estados Unidos firma (entre 1952 y 1955) tratados bilaterales de asistencia militar con una docena de países de América Latina, en el marco de la Mutual Security Act votada por el Congreso en 1951. Ni hablar de una integración defensiva del tipo de la del Atlántico Norte. América Latina no es una zona de alta prioridad militar. El comunismo allí no representa para Washington un peligro presente, a pesar de la "advertencia" guatemalteca de 1954.[2] No obstante, a principios de la década de los sesenta, el desafío cubano modifica las concepciones estratégicas de Estados Unidos. Con el impulso del Pentágono, los ejércitos del continente adoptan nuevas hipótesis de guerra en función del tipo de amenaza que supuestamente tendrán que afrontar en adelante: esta "mutación kennediana" del papel de los militares latinoamericanos implica una redefinición del enemigo y la adopción de doctrinas llenas de consecuencias políticas inmediatas. En adelante se

[2] En marzo de 1954, en Caracas, Estados Unidos logra que una conferencia interamericana vote una resolución que condena el comunismo, y afirma que la instauración de un régimen comunista en el continente pone en peligro la paz y es inaceptable para los países signatarios de la Carta de Bogotá. Esta resolución precede por algunos meses al derrocamiento, por parte de mercenarios entrenados por Washington, del gobierno reformista y democrático del presidente Arbenz a quien sostenía el Partido Comunista Guatemalteco.

privilegia la lucha contra el "enemigo interior". Frente al peligro de "subversión comunista", las fuerzas armadas del continente se entrenan para la lucha contrarrevolucionaria. La seguridad nacional remplaza a la defensa nacional. La vigilancia y el alarmismo antisubversivo de los militares fomentados por Washington desembocan en la persecución del comunismo en todas partes. Cualquier tentativa de cambio social, sobre todo si consigue el apoyo de partidos de izquierda locales, es asimilada a la revolución. En ese clima de tensión, los ejércitos se oponen pues a cualquier reforma y a cualquier política exterior no alineada con el país líder del "mundo libre". Es así como, de 1962 a 1967, los nuevos "cruzados de la guerra fría" desencadenan golpes de Estado en serie en nueve países de la región. Los ejércitos derrocan preventivamente a gobiernos considerados demasiado débiles con respecto al peligro comunista o demasiado tibios en su solidaridad con Estados Unidos.[3] Es la época del gran temor al castrismo en América Latina. En muchas partes florecen guerrillas, sin gran éxito, por lo demás, hasta 1968.

En efecto el gobierno de Cuba, acusado desde 1960 de "exportar" la revolución y expulsado de la organización interamericana, intentó transformarse en centro mundial de difusión y de iniciativa revolucionarias. De esta manera se reunía en La Habana en enero de 1966 la Conferencia Tricontinental, nuevo Bandung revolucionario. Y en julio-agosto de 1967, en la capital cubana, la Conferencia de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) consagraba oficialmente los múltiples intentos de establecimiento de focos "guerrilleros" de acuerdo a la estrategia castrista en América Latina. Sin embargo en Bolivia, una audaz tentativa de hacer de los Andes la Sierra Maestra de América del Sur tuvo como saldo la muerte, en octubre de 1967, del mítico lugarteniente de Castro, Ernesto Guevara. . . Ese fracaso marca el principio de la desvinculación cubana y simboliza el final de una etapa. La tensión provocada por esta nueva realidad internacional que es el "castrismo" tiene momentos álgidos, como la tentativa de invasión de Cuba por mercenarios apoyados por Estados Unidos en abril de 1961, o más aún la crisis de los misiles de octubre de 1962, que repercute en la vida política de los estados de la región. La intervención militar estadunidense en la guerra civil dominicana en 1965, para evitar una "nueva Cuba", constituye igualmente una cresta de esta tensión.

Una nueva coyuntura se perfila en 1968, cuyos efectos se harán sentir sobre las orientaciones políticas de los militares latinoamericanos hasta 1973. Se produce un innegable "deshielo" interamericano, que permite a las tendencias nacionalistas de los ejércitos dejarse oír tras un período durante el cual, en virtud de la "teoría de las fronteras ideológicas", la nebulosa "occidental y cristiana" parecía haber remplazado al Estado-nación en la jerarquía de las lealtades militares. Esta distensión es debida a causas múltiples y concomitantes. En Cuba se inicia un período de repliegue. Los problemas domésticos toman la delantera sobre la solidaridad internacionalista. La presión de la Unión Soviética, cuya ayuda económica, financiera y militar es indispensable para la supervivencia de la experiencia cubana, y que había dado a conocer su desacuerdo con el "aventurerismo" de la política de lucha armada preconizada por Cuba, tuvo mucho que ver también en el aplazamiento de la esperanza de crear "varios Vietnam" en América Latina o de establecer una "segunda Cuba" en el continente. En Estados Unidos, si bien no se olvidó la existencia de un Estado comunista en el Caribe, el estancamiento vietnamita y la interminable crisis del "Medio Oriente" eclipsaron la "amenaza castrista". La nueva administración republicana de Nixon adopta una política de *low profile* con respecto a América Latina.

Es en esas circunstancias como los militares que se apoderan del poder entre 1968 y 1972 en los estados del continente restablecen el nacionalismo reformista de principios

[3] La lista cronológica prescinde de comentarios:

Fecha	País	Presidente derrocado
marzo 1962	Argentina	Arturo Frondizi
julio 1962	Perú	Manuel Prado
marzo 1963	Guatemala	Miguel Ydígoras Fuentes
julio 1963	Ecuador	Julio Arosemena Monroy
sept. 1963	Rep. Dominicana	Juan Bosch
oct. 1963	Honduras	R. Villeda Morales
abril 1964	Brasil	João Goulart
nov. 1964	Bolivia	V. Paz Estenssoro
junio 1966	Argentina	Arturo Illia

de siglo. Para los militares peruanos en torno al general Velasco Alvarado, que derroca a las autoridades civiles en octubre de 1968, así como para el general Torrijos que toma el poder en Panamá casi simultáneamente, la hora de la "revolución por el estado mayor" ha sonado. Una versión inconsistente de ese "pretorianismo radical" aparece igualmente en Ecuador donde el general Rodríguez Lara se proclama en febrero de 1972 "revolucionario, nacionalista, social humanista y en favor de un desarrollo autónomo". En diciembre del mismo año, también los oficiales hondureños ponen el arma a la izquierda e instalan un gobierno militar encargado de "actualizar la economía y la sociedad nacional", sobre todo mediante una reforma agraria. En Bolivia, el oportunista viraje a la izquierda de un régimen militarizado conservador bajo el general Ovando, desemboca en el efímero gobierno popular del general Torres, sostenido por los partidos marxistas y los sindicatos, erigidos en "doble poder" en un desbordamiento de lirismo neoleninista que provoca un contragolpe de Estado de la derecha militar. A ello podrían añadirse evoluciones paralelas, como el breve éxito de un nacionalismo militar en Argentina en los primeros meses del peronismo restaurado en 1973. Así vemos que en la reunión de comandantes en jefe de los ejércitos americanos de Caracas ese año, el comandante peruano Mercado Jarrín y su homólogo argentino el general Carcagno oponen a la "doctrina de la seguridad nacional" teorías heréticas sobre la seguridad económica, el desarrollo autónomo y la justicia social. Esta "escampada" o esta aventura fueron de corta duración.

1973, año del desmantelamiento de la Unidad Popular Chilena por militares hasta entonces respetuosos de la democracia, también es aquel en que la "Suiza de América del Sur", el modesto Uruguay, cae bajo la férula de sus legiones. En marzo de 1976, una nueva intervención militar en Argentina entierra las esperanzas de una instauración duradera de la democracia: los militares no dejaron el poder tres años atrás sino para regresar fortalecidos. Los tres regímenes que surgen entonces tienen en común su carácter sangriento y represivo, su voluntad contrarrevolucionaria de hacer para siempre imposible el regreso de la subversión o de la hidra del comunismo. Las reformas socialistas efectuadas pacíficamente por un gobierno legal en Chile, la debilidad

del sistema democrático frente a guerrillas ya militarmente vencidas en Uruguay y Argentina fueron los pretextos que los militares de esos tres países utilizaron para imponer su dictadura terrorista.

¿La era de la desmilitarización?

Lo propio de los regímenes militares en América Latina es su inestabilidad así como su carácter provisional o, por lo menos, no permanente. Tampoco es sorprendente el que hasta los más feroces de ellos hayan cedido poco a poco el lugar a los civiles, y que las instituciones representativas hayan sido nuevamente restauradas. Si bien no es sorprendente el que las dictaduras se liberalicen restableciendo las libertades y los derechos de los ciudadanos o que organicen su propia institucionalización por vías democráticas, y hasta que abandonen un poder que se les escapa a causa de repetidos fracasos o de una discordia insuperable entre sus dirigentes, sin duda es más raro ver un reflujo de regímenes militares como el que comienza en 1979. Evidentemente este reflujo es semejante a la oleada militarista que sumergió al continente de 1962 a 1976. Así, la desmilitarización que comienza con las elecciones ecuatorianas de 1979, seguidas por el regreso a la democracia de Perú en 1980, de Honduras en 1981, de Bolivia en 1982, de Argentina en 1983, de Uruguay y Brasil en 1985, no deja fuera de este universo representativo en expansión más que a la arqueodictadura paraguaya y al Chile del general Pinochet. Ciertamente haríamos mal en confundir bajo una misma etiqueta evoluciones y procesos muy diferentes. El retiro de los pretorianos no tiene en todas partes las mismas causas ni la misma amplitud, aun cuando un efecto de contagio y una coyuntura favorable están presentes en todos los casos. En Honduras, una dictadura militar más bien civil fue remplazada, al término de elecciones libres, por un régimen constitucional enormemente militarizado, a causa particularmente de los conflictos centroamericanos. Los militares argentinos se derrotaron a sí mismos por el fracaso de su lamentable aventura del Atlántico sur en 1982, que no hacía sino agregarse a su siniestro récord en la violación de los derechos humanos. En Uruguay, cláusulas

constitucionales transitorias negociadas con los partidos dan a los militares, que controlaron hasta el final la transición, cierto derecho de fiscalización temporal sobre la democracia recuperada. Por último en Brasil, donde el régimen semiautoritario y semicompetitivo desde 1974 nunca había suprimido totalmente los procedimientos representativos ni proscrito a los partidos o cerrado las asambleas, la apertura iniciada en 1974 y que debía permitir la "legalización" del régimen o su legitimación constitucional desembocó, a pesar de las "elecciones de quien pierde gana" y de los diversos subterfugios jurídicos para permitir al partido oficial minoritario conservar el poder, en una victoria de la oposición democrática que nada permitía prever. A pesar de la negativa de restablecer la elección directa del presidente de la República por sufragio universal, la dinámica de la democracia modificó las previsiones del poder asegurando la victoria del candidato de las oposiciones, Tancredo Neves, cuya repentina desaparición no frenó el proceso de democratización.

Si bien es cierto que las dictaduras también mueren, no lo es menos el que su postración y su fallecimiento no carecen de relación con la coyuntura. Los efectos de la crisis económica y del endeudamiento exterior sobre sus bases sociales no podrían ser ignorados. Esos regímenes que trataban de legitimarse a través de sus éxitos económicos o por lo menos por las ventajas que otorgaban a algunos estratos sociales privilegiados, se hallan socavados y puestos al desnudo por el hundimiento económico. Por lo demás la erosión de su apoyo se traduce inmediatamente en el súbito crecimiento de la "demanda democrática", que afecta a sectores hasta entonces poco exigentes en materias de participación cívica. Sin duda la política de Estados Unidos con respecto a las dictaduras también desempeña igualmente un papel determinante. Menos por el hecho de que algunos sectores del aparato de Estado norteamericano dejen de favorecer manejos antidemocráticos que porque la política oficial de Washington consiste en apoyar resueltamente a las democracias dando eventualmente con la puesta en las narices a los aprendices de dictadores, mientras los intereses norteamericanos no estén en juego.

Asimismo la política de derechos humanos de Carter con-

lares al nuevo ejército: la de inculcar una formación cívica y moral al futuro ciudadano y la de desarrollar su espíritu nacional. Establecido entre 1900 en Chile, y 1916 en Brasil, el servicio universal precede en la mayoría de los países al sufragio universal. El ciudadano es militar antes de ser elector. Un detalle cronológico que no es insignificante. Además, el reclutamiento por mérito y la formación de los oficiales en el molde común de las escuelas militares les dan un lugar particular en el Estado. Cooptados por sus pares y liberados del favor de los notables, esos oficiales de escuela constituyen un cuerpo de funcionarios públicos estables y permanentes, de carreras reguladas, que contrasta con el resto del aparato de Estado, donde dominan los aficionados intercambiables.

Los ejércitos entran en escena

Las nuevas responsabilidades cívicas y nacionales, y la autonomía de que disponen esos cuadros no incitan a los nuevos ejércitos a jugar a hacerle al mudo.* Aquellos que habían creído que la profesionalización era la señal del apoliticismo se equivocaron.

Las tareas de edificación nacional y estatal, la importancia de las funciones de defensa interna no predisponen a la neutralidad. Los recursos políticos que las reformas dan a los oficiales hacen el resto: esos técnicos que se perfeccionan sin cesar tienen a su cargo el contingente, por ende la juventud del país y su futuro. ¿Acaso no son también los mejores conocedores de las situaciones internacionales cuyos peligros deben escrutar? ¿Cómo no iban a desarrollar esos profesionales del patriotismo, pioneros de la modernización del Estado, una "conciencia de competencia" que los conduce a intervenir en los asuntos públicos con todo su peso específico?

El activismo político de los militares en cuanto cuerpo, que difiere de los pronunciamientos tradicionales de generales ambiciosos o descontentos, se expresará en gran canti-

* En francés, *la grande muette* es el ejército activo. La expresión se deriva del hecho de que hasta 1945 los militares no tenían derecho al voto. [T.]

pone fin, ahorcando al presidente, al régimen "nacional-militar", para gran satisfacción de los "señores del estaño".

Argentina desentona un poco en ese concierto militar si no es que progresista, por lo menos siempre hostil al *statu quo*. El primer golpe de Estado del siglo que derroca a un gobierno legal democráticamente elegido es netamente conservador. En septiembre de 1930, el general Uriburu y los cadetes del Colegio Militar echan del poder a Yrigoyen —el presidente radical, candidato elegido de los estratos medios y populares— con los aplausos de la oligarquía. La restauración de las élites conservadoras está a la orden del día. El sistema de "democracia ampliada" instaurado en 1912 será remplazado por un régimen representativo de participación restringida suavizado por el fraude. En cuanto a Uriburu, es favorable a una revisión constitucional en un sentido corporativista que fracasa. Está rodeado de impetuosos capitanes de tendencias fascistas a quienes volveremos a encontrar como coroneles o tenientes coroneles "nacionalistas" durante el golpe de Estado de junio de 1943 de donde surge el peronismo.

Si hubiera que hallar una característica común para las orientaciones políticas de los militares de los diferentes países durante este período, podríamos decir que está marcada con el signo del nacionalismo. La ambigüedad de comportamientos, a menudo más autoritarios que reformistas hasta en las experiencias "revolucionarias", remite siempre a la voluntad de fortalecer, incluso mediante la justicia social, el potencial económico, humano y por ende militar de la nación. Orientación que se enfrenta a las políticas de desarrollo autónomo o autocentrado que florecen en ese entonces y persiguen el objetivo de "sustituir las importaciones".

La guerra fría en el Nuevo Mundo

La sombra proyectada del conflicto Este-Oeste llega muy tarde a América Latina, esfera de influencia "reconocida" de Estados Unidos desde 1945. Esta nueva circunstancia política se remonta si no a la entrada de Fidel Castro a La Habana, por lo menos a la ruptura del régimen castrista con Estados Unidos en 1960-1961. Un régimen comunista se instalaba a un centenar de kilómetros de Florida en el "Mediterráneo

constituyen gran parte del clero parroquial. Las diferencias nacionales son enormes. En 1965 se hallaba un sacerdote por cada 3 000 a 3 700 habitantes en Chile (país líder), Colombia o Ecuador. Situación que se degradó ligeramente en 1975, más a causa de la oleada demográfica que de la reducción de la cantidad de sacerdotes. No obstante las diferencias siguen siendo las mismas. Varios países no tienen más que un sacerdote por cada 10 000 habitantes o más: Haití, Honduras, El Salvador y República Dominicana están aproximadamente en ese caso. Cuba, por razones muy particulares que por lo demás sólo obedecen a la persecución religiosa, presenta un panorama aún más crítico. Con unos 200 sacerdotes por 10 millones de habitantes (1 por cada 50 000), nos enfrentamos a una sociedad profundamente descristianizada. Cierto, el marxismo leninismo ha provocado la deserción de la mitad del clero hostil a la nueva corriente revolucionaria. Sin embargo si bien de hecho actualmente no hay más que 100 000 practicantes, ya en 1955 apenas el 10% de los cubanos era practicante, es decir 450 000 personas. Los cultos africanos de las santerías, en boga bajo Batista, atraen más fieles que las iglesias.

El clero latinoamericano presenta además dos características que disminuyen o limitan todavía más su audiencia: comprende un porcentaje elevadísimo de extranjeros, está dividido por las discrepancias que reflejan los conflictos y distorsiones de las sociedades latinoamericanas. Paradójicamente, ese continente masivamente cristiano es también tierra de misión. No sólo los obispos latinoamericanos recurren a la ayuda extranjera, sino una proporción frecuentemente elevada del clero proviene de los países industrializados, principalmente de Europa. La mitad del clero venezolano no está constituida por nacionales. En Cuba, más del 70% de los sacerdotes eran extranjeros en 1960. ¡Se ignora que en Chile hay obispos franceses, y en América Central o El Caribe obispos norteamericanos! Ésa es una de las causas de la "desnacionalización" de la Iglesia que no favorece mucho que digamos el acercamiento entre el sacerdote y la masa de fieles. Numerosos problemas de integración se le plantean a este clero misionero, sospechoso además a los ojos de la autoridad si se interesa demasiado de cerca en los desheredados, y fácil de expulsar.

Por otra parte, la distribución geográfica del clero corresponde a actitudes particulares. Los sacerdotes son más numerosos en las ciudades, sobre todo a causa de las funciones de enseñanza desempeñadas por algunas órdenes. En Venezuela, el 40% del clero regular reside en la capital; ahora bien, en ese país que cuenta con menos de 1 800 sacerdotes, hay más de 1 000 religiosos. En los barrios residenciales donde se hallan los colegios religiosos —una tercera parte de la capital en superficie—, la concentración sacerdotal alcanza la cifra de un sacerdote por cada 500 habitantes. Esa elevada densidad en los barrios elegantes, y esas funciones tradicionales de formación de élites no carecen de cierta identificación con ésta. Más generalmente y *a contrario*, es en los barrios pobres y las regiones desheredadas donde aparece el clero progresista. Así, en Brasil, es en el nordeste o en las zonas obreras donde se hallan los obispos "de avanzada", los más activos y comprometidos. Sus nombres han dado la vuelta al mundo: Hélder Cámara, obispo de Recife; Antonio Fragoso, originario de Crateus en Ceará; Pedro Casaldáliga, de origen catalán, que tiene a su cargo la diócesis "caliente" de São Félix de Arraguaia en el Matto Grosso, o Cándido Padim, obispo en Bauro, ciudad obrera del estado de São Paulo, son muy representativos de ese fenómeno. Por el contrario, es en las pequeñas ciudades adormiladas de las zonas tradicionales de Minas Gerais donde surgen los paladines del ala más conservadora del episcopado brasileño, como el célebre monseñor Proença Sigaud, obispo de Diamantina. La disparidad de los "lugares sociales" inspira las actitudes y divide a los cleros.

Iglesia y sociedad: del aggiornamento *a la discordia*

Tradicionalmente la Iglesia, o por lo menos su jerarquía, está estrechamente ligada a las clases dirigentes. Esa herencia de la historia continental se ajusta sin duda a la lógica de lo religioso. El papel de "administradores de bienes de salvación", según Pierre Bourdieu,[4] ¿acaso no es el de "justificar a las clases dominantes el existir en calidad de dominantes" e "imponer a los dominados un reconocimiento de la legitimidad de la dominación"? La trilogía obispo, general, gran propietario no es una imagen del pasado. La alianza del sable y el hisopo está muy fuerte en algunos países.

[4] Pierre Bourdieu, "Genèse et structure du champ religieux", *Revue Française de Sociologie*, XII, 1971.

En Colombia donde el cardenal Muñoz Duque, arzobispo de Bogotá, fue promovido a general de brigada en junio de 1976, la Iglesia goza de un poder temporal considerable. Por el Concordato y el Acuerdo Misionero de 1953, una parte del territorio es confiada al gobierno directo del clero. En este imperio teocrático los poderes civiles deben obediencia a la autoridad eclesiástica. El papel de esos "siervos de Dios" que también son "amos de los indios" es por supuesto denunciado por los cristianos progresistas y el clero contestatario colombiano.

En Argentina, la entusiasta acogida reservada por parte de la jerarquía a los sucesivos regímenes militares no tiene nada de excepcional. En 1966, el arzobispo de Buenos Aires, rodeado de un equipo de cristianos "preconciliares" y mesiánicos, bendecía el golpe de Estado del general Onganía con un rotundo "es una aurora para nuestro país". A pesar de los asesinatos de religiosos, catequistas y hasta de un obispo, que habían tomado el partido de las "clases peligrosas", el arreglo de una parte del clero y la jerarquía con la sangrienta dictadura militar del general Videla y sus acólitos en 1976 fue particularmente notorio. El capellán del ejército (monseñor Tórtolo) llegó a exaltar la acción purificadora del ejército que liberaba al país de la subversión. Si bien algunos obispos participaron desde 1979 en las diferentes instituciones de defensa de los derechos humanos, no fue sino hasta agosto de 1982 cuando la Iglesia institucional manifestó su preocupación con respecto a los 8 000 a 10 000 "desaparecidos" de la "guerra sucia" que hasta entonces había ignorado. En cambio, bajo la democracia restablecida, la prontitud de la Conferencia Episcopal para fustigar la licencia de las costumbres y el eventual restablecimiento del divorcio es reveladora de una tranquilidad de conciencia conservadora y a menudo antidemocrática que jamás se ha desdicho.

De manera menos manifiesta, el polo conservador de la Iglesia latinoamericana en sus diferentes matices, de los "integristas" a los "pastorales", dispone de una doctrina y una

legitimidad cristianas inexpugnables así como de una red de organización muy amplia, ajustadas a la función canónica de lo religioso en la vida de las sociedades organizadas. La doctrina es bien conocida. Ha sido mil veces orquestada. Se refiere a la palabra de Cristo recordando que su reino no es de este mundo. "Dadle al César...", se dijo, y "Bienaventurados lo pobres..." El poner el acento en las virtudes de esperanza y caridad tiene como consecuencias, voluntarias o no, debilitar la resistencia a las injusticias del *statu quo* y reforzar las tendencias a la resignación. Si bien la misión de la Iglesia es la salvación eterna de los creyentes, la felicidad terrestre escapa de su dominio. Esta posición tan atrasada frente a las terribles realidades de aquí abajo evidentemente no disgusta a las fuerzas conservadoras, que esperan de ella la santificación del "misterio del orden social", y a las dictaduras militares, que pretenden defender el "estilo de vida occidental y cristiano" de las repúblicas latinoamericanas. Esas posiciones, criticadas por el ala "activa" de la Iglesia, son generalmente consideradas preconciliares, es decir no ajustadas a las enseñanzas del Vaticano II (1962-1965) mediante el cual Juan XXIII había querido que la Iglesia "se adaptara a su siglo".

De hecho, la Iglesia goza de una capacidad de movilización y organización tanto más eficaz cuanto que aparece como un polo ideológico contrarrevolucionario. Su papel de bastión de los valores espirituales y de la paz social contra el comunismo ateo y la lucha de clases le da una audiencia inigualada. La densidad de sus redes parroquiales así como la amplitud de sus recursos financieros le permiten incluso, en algunos países, utilizar medios de propaganda modernos con un éxito seguro. Así, la Iglesia colombiana, cuyo triunfalismo es uno de sus rasgos dominantes, es maestra en el arte de poner a su servicio la radio y la televisión. Las escuelas radiofónicas del padre Salcedo (radio Sutatenza) llegan a un amplio público campesino al que alfabetizan y catequizan.

La influencia política de los episcopados actúa las más de las veces en favor de las causas conservadoras: en las elecciones, donde la palabra autorizada de la Iglesia condena las candidaturas que no respetan su enseñanza en el terreno familiar y escolar, frecuentemente también durante intervenciones militares contra gobiernos progresistas o simplemente considerados insuficientemente sensibles al peligro del comunismo ateo. Así, la Iglesia que apoya al ejército en República Dominicana, es un verdadero golpe de Estado "clérico-militar" que arrastra a Juan Bosch, presidente socializante, en septiembre de 1963.[5] En 1963-1964 en Brasil, se organizan marchas "por la defensa de la familia con Dios y por la libertad" en las grandes ciudades del sur contra el gobierno legal del presidente Goulart. Numerosos sacerdotes toman parte en ellas con la aprobación de sus obispos. En agosto de 1971, en Bolivia, el golpe de Estado del general Bánzer fue precedido o preparado por las jornadas eucarísticas de Santa Cruz donde se expresó en un lenguaje de guerra santa una verdadera "teología del golpe de Estado", cuyo carácter providencial subrayaron los portavoces después del acontecimiento.[6]

De las organizaciones de apostolado o de catequesis a las congregaciones religiosas o laicas, la Iglesia dispone de numerosos medios para inspirar actitudes, incitar agrupaciones, estimular acciones en el terreno político y social. En América Latina, el Opus Dei ha tenido una fortuna casi tan brillante en algunos países y en ciertas épocas como en la España franquista. Los cursillos de cristiandad, especie de "rearme moral" para uso de las élites "que han sentido la amenaza del marxismo",[7] tienen una influencia decisiva en Venezuela, Perú y Argentina donde toda una generación de generales golpistas ha frecuentado esos retiros de primera línea. No hay grupúsculo, incluyendo a los resueltamente integristas como las células del movimiento Tradición, Familia y Propiedad (presentes en Brasil, Chile y Argentina), cuyos resabios de macartismo policiaco no engañan a nadie, que no goce del apoyo de algún príncipe de la Iglesia.

No obstante son los sindicatos y los partidos de inspira-

[5] "L'Eglise à Saint-Domingue", *Frères du Monde*, núm. 66, abril de 1970, pp. 23-49.

[6] "La Bolivie du colonel Banzer", *Les Informations Catholiques Internationales*, 1 de noviembre de 1972.

[7] Según Jean Toulat, sacerdote francés, en su libro *Espérance en Amérique du Sud*, París, Librairie académique Perrin, 1965, p. 42. Parece que esos cursillos tuvieran una coloración diferente o más bien progresista en algunos países como Perú o El Salvador.

ción cristiana los más representativos hoy de la acción de masas de la Iglesia tradicional, y de la profundidad de su evolución en los últimos veinte años. Los "círculos obreros" y los sindicatos cristianos fundados por iniciativa de la Iglesia católica para aplicar su doctrina social nacen para preservar a los trabajadores de las ideologías socialistas y oponerse a la "lucha de clases". De esta manera en Colombia, la Unión de Trabajadores de Colombia fundada en 1946 es asesorada por los jesuitas y está estrechamente ligada al partido conservador. La UTC predica la paz social y la armonía de las relaciones capital-trabajo que excluye el recurrir a la huelga. Esta central sindical evolucionará hacia una mayor independencia y espíritu reivindicativo paralelamente al movimiento de la Iglesia. Los partidos demócrata-cristianos que, desde la década de los sesenta, han conquistado el poder en varios países, constituyen fuerzas conservadoras modernas dotadas de un discurso anticapitalista ambiguo: raíces conservadoras, frutos radicales, se ha escrito.[8] Esos partidos nacen generalmente de la ruptura con la ideología conservadora tradicional por parte de sectores juveniles universitarios sensibles a los estímulos dispensados por la enseñanza social de la Iglesia desde León XIII (*Rerum novarum*). Así en Chile, el partido que llevó a la presidencia a Eduardo Frei en 1964 nació en 1938 de una escisión bajo la influencia de la Acción Católica de las juventudes del partido conservador, que se convirtió en la Falange Nacional. Esa agrupación política modernista vaciló por largo rato entre los espejismos corporativistas de los movimientos autoritarios europeos y la inspiración democrática de Maritain, y hasta de Marc Sangnier. En 1964, el partido de Frei representaba, con el apoyo de la jerarquía católica y la ayuda del gobierno de Estados Unidos, un polo de reunión para todos los que querían poner obstáculos al candidato marxista Salvador Allende. No obstante, la democracia cristiana chilena puso en práctica un programa de reformas, y sobre todo una reforma agraria, que la separó de sus aliados de derecha mientras que su ala de izquierda, hostil a la colaboración de

[8] "¿D.C.latinoamericana, ideología o partido?", en *The Economist para América Latina*, 18 de septiembre de 1968.

clases y tentada por el socialismo, se desprendería de la ex Falange a partir de 1970.

En Venezuela, el COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente), partido social cristiano, comprende también hoy un ala de izquierda activa. No obstante esta formación política, creada en 1946, inspirada por la Falange española y sostenida por los grandes propietarios de los estados andinos, surgió para oponerse al "peligro marxista" representado por el partido socialdemócrata Acción Democrática, mayoritario en la oposición y detentador del poder en 1948. El COPEI está desde 1958 en competencia-complicidad con el partido AD, uno de los dos pilares de la democracia venezolana, pero se ha mantenido claramente más conservador que su homólogo chileno. Es cierto que la posición de los partidos siempre es relativa. Si bien en Honduras el partido demócrata cristiano, que dispone de un solo diputado en la Cámara en 1982 y se alía con los partidos marxistas de la extrema izquierda, no puede ser considerado moderado, en El Salvador, el PDC, dominado por la fuerte personalidad de Napoleón Duarte, presidente de la República elegido desde 1984, es denunciado por la oligarquía y la extrema derecha del mayor d'Aubuisson como comunista y cómplice de la guerrilla tanto a causa de su ideología "comunitarista" como por las reformas que promulgó, sobre todo en el terreno agrario.

El polo avanzado de la Iglesia católica de América Latina goza, sobre todo en Francia, de una mayor visibilidad que el ala tradicionalista, lo cual no siempre significa que sea más representativo. Los gestos políticos espectaculares de sacerdotes revolucionarios o de obispos opositores no han pasado inadvertidos. Sigue siendo necesario volverlos a colocar en el contexto de las iglesias nacionales y de una evolución continental pacífica. Algunas fechas y algunos datos permitirán poner en perspectiva la mutación que ha sufrido el catolicismo latinoamericano en los últimos veinte o treinta años. En septiembre de 1955, al final del Congreso Eucarístico de Río de Janeiro, se creó un Consejo de Obispos Latinoamericanos destinado a reflexionar sobre las condiciones específicas en las que vive el cristianismo en los países del continente. El centenar de obispos que crean el CELAM, tal es el nombre de este organismo, fue sensible a las presiones de sacerdotes

y laicos deseosos de que la Iglesia se involucrara más directamente en los problemas de las sociedades latinoamericanas. Hombres como Hélder Cámara, en aquel entonces auxiliar de Río, y Manuel Larrain, obispo de Talca en Chile, que desempeñaron un papel decisivo en su creación, se sienten directamente requeridos por la injusticia y la miseria en cuanto pastores. Un año antes, en Santiago de Chile, se había fundado la CLASC (Confederación Latinoamericana de Sindicatos Cristianos), que se convirtió en 1971 en la CLAT (Confederación Latinoamericana de Trabajadores), siguiendo en ello a la "desconfesionalización" a nivel mundial de la CISL, hoy Confederación Mundial del Trabajo (CMT), cercana a la Iglesia y sobre todo a la izquierda demócrata-cristiana. En 1961, la encíclica *Mater et magistra* de Juan XXIII manifiesta la misma preocupación social y refuerza la orientación ya esbozada, que *Pacem in terris* (1963) y luego *Populorum progressio* (1967), tras la actualización pastoral del Vaticano II, vienen a confirmar y apoyar. El despertar teológico, espiritual y social de la Iglesia romana halla un eco profundo en América Latina. La semilla de la renovación cayó en terreno fértil: una América Latina en plena mutación social, que se urbaniza e industrializa, un continente donde la guerra fría acaba de hacer irrupción y sobre el cual flota el espectro de las revoluciones castristas.

Con el impulso de Vaticano II, la mayoría de las iglesias del continente, con más o menos entusiasmo y celo, se disponen a amoldarse a su siglo y a responder a las exigencias sociales de la actualidad tomando bajo su responsabilidad a "todos los hombres y todo el hombre". Con ese ánimo de renovación evangélica, la presencia de la Iglesia debe adoptar nuevas modalidades que la acerquen al "pueblo de Dios": las pastorales especializadas (la pastoral de la tierra en Brasil, por ejemplo) y la creación de "comunidades eclesiásticas de base" son los medios institucionales elegidos para manifestar "la opción preferencial por los pobres" conforme a las nuevas prioridades de la Iglesia. La vanguardia del clero comprometido que ha elegido ese nuevo apostolado critica sin tapujos la dimensión institucional de la Iglesia privilegiando lo que debería ser su *función profética*. Denuncian la injusticia como un pecado cardinal y subrayan la incompatibilidad entre la miseria y la vida espiritual: el hombre oprimido y explotado no puede ni alcanzar su pleno desarrollo humano ni ajustarse a un ideal moral. La denuncia de la "violencia institucionalizada" de las estructuras sociales inicuas evidentemente varía de un país a otro. No todos los episcopados se comprometen como la CNOB (Conferencia Nacional de Obispos Brasileños) a "apoyar las luchas del pueblo a través de los sindicatos y otras organizaciones populares intentando conocer mejor la realidad vivida por los oprimidos". A veces, las personalidades del movimiento son relativamente representativas del tono dominante de la Iglesia —es el caso de monseñor Hélder Cámara en Brasil—, otras veces los obispos de avanzada son figuras más bien aisladas, incluso encerradas en guetos diocesanos, que no hacen sino reforzar el tradicionalismo de jerarquías conformistas; tal era el caso de monseñor Méndez Arceo en su diócesis de Cuernavaca en México en la década de los setenta o de monseñor Romero en El Salvador, quien fue asesinado en marzo de 1980 por haber denunciado a la oligarquía y al ejército de su país y declarado legítimo el "derecho a la violencia insurreccional" a falta de cualquier otro canal de diálogo.[9]

Ese compromiso en favor de los pobres y oprimidos tiene sus teólogos, que hacen hincapié en el mensaje liberador de Cristo e interpretan la violencia estructural de las sociedades injustas a la luz de las ciencias sociales. Algunos cristianos no se conforman, a partir de esos análisis, con tomar partido por las masas para "concientizarlas" y movilizar con miras a su liberación pacífica. Esta "teología de la liberación", anticapitalista y revolucionaria, a veces desemboca en la opción del socialismo. Fue el caso de los "Sacerdotes por el Tercer Mundo" en Argentina en la década de los setenta o, en la misma fecha, de los "Cristianos por el socialismo" en Chile. Agunos sacerdotes que llegan al extremo de su compromiso espiritual incluso han abrazado la lucha armada como Camilo Torres, muerto con los guerrilleros castristas de Colombia en febrero de 1966, y que decía que "la revolución es una lucha cristiana y sacerdotal", o el sacerdote

[9] En una entrevista concedida al periodista mexicano Mario Menéndez Rodríguez, publicada en *El Salvador, una auténtica guerra civil*, San José, Educa, 1981, p. 113.

español Domingo Laín quien compartió la misma suerte. Esos gestos deslumbrantes y heroicos, que dan prueba de otra manera de vivir la fe cristiana o de un resurgimiento mesiánico, ciertamente siguen siendo minoritarios. Camilo Torres, brillante intelectual procedente de una gran familia colombiana, es un sacerdote entre 4 000; los "Sacerdotes por el Tercer Mundo" argentinos no eran sino 300 o 400 de casi 5 000. Pero no deja de ser cierto que la Iglesia latinoamericana está de "parto". Desgarrada por graves divergencias y conflictos que rebasan las controversias teológicas, en ella se llevan a cabo enfrentamientos internos de naturaleza innegablemente política. Aparece pues como un "factor en juego", lo cual no puede dejar a la Curia romana indiferente.

En este clima excesivamente polarizado se sitúan las segunda y tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, inauguradas respectivamente por Pablo VI y Juan Pablo II, así como los numerosos viajes efectuados por este último por todo el continente y sobre todo a las iglesias más divididas. La Conferencia Episcopal de Medellín en Colombia, que se llevó a cabo del 26 de agosto al 6 de septiembre de 1968, se caracterizó por la personalidad del papa Pablo VI quien vino a inaugurar los trabajos, y por la euforia progresista y renovadora del Vaticano II. Sin duda el papa se esforzó por sosegar las pasiones y acercar a los dos sectores extremos de la Iglesia. No obstante, a pesar de las advertencias contra la violencia como medio de transformación social, los "liberadores" y los "proféticos" innegablemente se anotaron algunos tantos. ¿Acaso no reconoció *Populorum progressio* el derecho a la insurrección en el caso de una "tiranía evidente y prolongada que atente contra los derechos de la persona"?

En la Conferencia Episcopal de Puebla, del 27 de enero al 12 de febrero de 1979, la atmósfera es diferente. Los medios progresistas temen un retroceso con relación a Medellín, y hasta una pública llamada de atención a la iglesia contestataria. La personalidad y las preocupaciones del papa llegado del Este son conocidas. El nuevo soberano pontífice está muy apegado a la ortodoxia doctrinal. Poco inclinado a los éxitos teológicos, quiere ser el defensor de la enseñanza moral tradicional de la Iglesia y desconfía de todo lo que, de lejos o de cerca, se refiere al marxismo. Además, el CELAM

cambió de manos. Los obispos de avanzada perdieron el control. El secretario general es monseñor López Trujillo, obispo de Bogotá, quien no oculta sus preferencias conservadoras. Por todas estas razones, los teólogos innovadores, algunos de los cuales estaban presentes en Medellín, fueron excluidos. No obstante el documento final es equilibrado y ambiguo. Condena el capitalismo liberal de manera poco tajante y el colectivismo marxista de manera muy firme. La doctrina de la seguridad nacional, ideología contrarrevolucionaria de los regímenes militares —ciertamente está en franco retroceso en la época de Puebla—, fue igualmente objeto de un rechazo total. En el momento en que numerosos sacerdotes son perseguidos por su oposición a las dictaduras, en El Salvador, Brasil o Chile, la conferencia da su apoyo al clero en lucha por los derechos humanos. Pero se niega a considerar la violencia como medio legítimo para abatir las tiranías y liberar a los hombres. Menos avanzados en comparación con *Populorum progressio* y Medellín, los obispos latinoamericanos no dan la razón ni al terrorismo de Estado ni a las guerrillas revolucionarias.

Las Conferencias de Medellín y Puebla fueron acontecimientos mundiales. A causa de la importancia numérica de las comunidades católicas del otro lado del Atlántico, todo lo que afecta a la Iglesia latinoamericana afecta ahora directamente a la Iglesia universal. Si cualquier desviación teológica o un cisma se apoderara de ella, podemos pensar que sería todavía más grave que la reforma del siglo XVI. Asimismo es comprensible que la Santa Sede y numerosos obispos estén preocupados por las tendencias centrífugas de un catolicismo radicalizado y hasta revolucionario. Es cierto que la Iglesia está muy lejos de hablar con una sola voz. Exponiéndonos a cometer una irreverencia impía estaríamos más bien tentados a hablar de cacofonía. A pocas semanas de distancia, el episcopado brasileño justifica el robo en caso de "extrema necesidad" citando a Santo Tomás de Aquino mientras Juan Pablo II declara que "los pobres no son una clase en lucha" y un obispo brasileño denuncia la "teología de la liberación" como una teología de clase que debe más a Marx que a Jesús.[10]

[10] Véase *Le Monde*, 4 y 13 de octubre de 1984, y la entrevista de don

Si bien el Vaticano jamás ha manifestado su inquietud frente a las tendencias integristas en el seno de la Iglesia ni condenado públicamente el apoyo de sacerdotes o episcopados a las dictaduras militares, a la Curia romana y al papa Juan Pablo II les han inquietado algunas desviaciones doctrinales y pastorales representadas por el funcionamiento de las "comunidades eclesiásticas de base" (CEB), por los "teólogos de la liberación" y por lo que se ha dado en llamar la "Iglesia popular". Las comunidades eclesiásticas de base, destinadas a acercar la Iglesia a los fieles, y sobre todo a los más desfavorecidos, paliando la falta de sacerdotes, han sido alentadas por el clero progresista y vistas con gran recelo por parte de los poderes establecidos. Esta manera de vivir la fe cristiana colectivamente en vez de ir simplemente a orar a la Iglesia ocasiona una "concientización" de los participantes que se agrupan en el lugar donde viven. Así, frecuentemente, las CEB desempeñan un papel en la defensa de los intereses comunes de sus miembros. Por consiguiente, la pastoral comunitaria aparece esencialmente como una pastoral de clase. Para las clases poseedoras y los medios conservadores, las comunidades, al organizar una asociación horizontal entre semejantes sociales, rompen la organización vertical del *statu quo*. De allí a acusarlas de comunismo no hay más que un paso que es alegremente dado. Para la Santa Sede y una parte de los episcopados tradicionalistas, son la división en clases del pueblo de Dios que realizan las CEB y su tendencia a ignorar la jerarquía, lo peligroso para la cohesión de la Iglesia. Si bien es arriesgado cancelar esta forma de evangelización que ha tenido tan buenos resultados, es la reflexión teológica que acompaña a esas nuevas prácticas en medios pobres la que está en la mira de la Iglesia conservadora. El proceso contra la teología de la liberación por parte de los sectores conservadores de los episcopados latinoamericanos en la década de los setenta, y luego a través de la ofensiva del Vaticano en 1984, se basa en cierto número de puntos doctrinales que supuestamente constituyen otras tantas desviaciones graves. Esta teología, contra la cual una Instrucción de la Congregación Romana para la

Boaventura Kloppenburg publicada por *Veja* (Río de Janeiro), núm. 9, enero de 1985, bajo el título "O marxismo na igreja".

Doctrina de la Fe puso en guardia a los fieles y el clero en septiembre de 1984,[11] supuestamente olvida el pecado y quizá hasta la trascendencia de la salvación para sólo interesarse en los disgustos y las violencias de órdenes terrestre y temporal. Sus partidarios como el franciscano brasileño Leonardo Boff, dramáticamente convocado en Roma en septiembre de 1984 para explicarse sobre sus escritos, utilizan el marxismo como instrumento de análisis de las realidades sociales y privilegian un enfoque racionalista o historicista de la Iglesia en cuanto institución. Para el Vaticano el marxismo, incluso bautizado, no puede ser inocente, porque está consustancialmente ligado a una ideología atea. La proclamación de la Palabra Divina no debe esperar los cambios de estructuras. Y éstos no incumben a la Iglesia. "La misión de la Iglesia no puede reducirse a lo sociopolítico", como el papa Juan Pablo II decía a los brasileños en julio de 1980.

Si bien los teólogos incriminados se defienden de los reproches que se les hacen, y sobre todo del de interesarse más en los pobres o el desarrolló que en Dios, es cierto que el catolicismo progresista toma a veces un sesgo poco ortodoxo, que huele bastante a azufre. Así, el sacerdote poeta y hoy ministro del gobierno sandinista nicaragüense Ernesto Cardenal escribía, antes de la victoria del Frente, en marzo de 1979, no sólo que el cristianismo era compatible con la violencia revolucionaria, sino que el reino de Dios era "el establecimiento de una sociedad justa y perfecta sobre la tierra, la sociedad comunista", y que "un revolucionario ateo conoce a Dios, pero que un obispo que defiende a una dictadura, ése no conoce a Dios".[12]

Por lo demás, no hay duda de que la situación de la Iglesia en Nicaragua no es ajena a las inquietudes del Vaticano ante la teología de la liberación. En efecto, algunos cristianos y

[11] *Instructions sur quelques aspects de la théologie de la libération*, publicado el 3 de septiembre de 1984, y firmado por el cardenal Joseph Ratzinger. Esta condena fue atenuada por la *Instruction sur la liberté chrétienne et la libération* del 22 de marzo de 1986.

[12] Citas sacadas del artículo del padre Ernesto Cardenal, intitulado "Deux annonces du royaume des cieux", publicado en *Le Monde*, 15 de marzo de 1979. Véase también su libro *Cris-Psaumes politiques*, París, Le Cerf, 1977.

numerosos sacerdotes apoyan el régimen revolucionario de Managua que afirma ser marxista leninista y se propone edificar una sociedad socialista original. A pesar de las conminaciones del Vaticano, tres sacerdotes son miembros del gobierno sandinista mientras que la jerarquía se halla en oposición al régimen. Esos sacerdotes identifican sin dificultad al Frente Sandinista con la causa de los pobres: una Iglesia popular paralela parece estar a punto de ver la luz. En todo caso, la Iglesia nicaragüense está partida en dos. El papa que llegó a reunir al rebaño desunido, en marzo de 1983, fue muy mal recibido por los comandantes en Managua. Éstos le reprochaban su tono beligerante y su negativa de condenar la agresión del "imperialismo" y de los contras. Ese incidente no favoreció ni a la Iglesia ni a la revolución sandinista.

Los numerosos viajes del papa Juan Pablo II revelan su nuevo interés por este continente cristiano. En Brasil, en julio de 1980, aquello fue una apoteosis y una lección de equilibrio pastoral. A los gestos hacia los pobres —favelados de Río o sindicalistas perseguidos— seguían discursos políticamente muy balanceados donde la buena doctrina era claramente recordada. En América Central, en marzo de 1983, el papa fue a proclamar el "derecho a la vida" a Guatemala donde el dictador (protestante) en funciones creyó oportuno hacer ejecutar entonces a seis opositores. En El Salvador, visitó la tumba de monseñor Romero, mientras que en Managua llamaba a la disciplina al clero descarriado y a los fieles nicaragüenses divididos entre su fe y su credo sandinista. En octubre de 1984, la peregrinación papal al Caribe fue la ocasión que aprovechó para denunciar a la Iglesia popular de tipo nicaragüense. En enero de 1985, durante una visita a cuatro países andinos, y sobre todo Perú, el papa lanzó una advertencia insistente contra la teología de la liberación. No debemos hacernos ilusiones de que vaya a disminuir el activismo papal en esta parte del mundo donde se juega el futuro de la Iglesia y, para algunos observadores, quizá más. El "Che", guerrillero cristiano y mártir reverenciado de las iglesias populares, ¿acaso no dijo que cuando los cristianos se volvieran auténticamente revolucionarios, la revolución latinoamericana sería invencible? ¿Es esta perspectiva la que tortura al papa Wojtila?

Las otras iglesias: ¿refugio o liberación?

Antes de mencionar las iglesias protestantes y los cultos africanos, sería bueno evocar el singular avatar del catolicismo en su versión brasileña que ha sido el mesianismo religioso. Surgido en el nordeste a principios de siglo, ha sido justamente comparado con el bandolerismo de los *cangaceiros*: dos fenómenos ligados, según Josué de Castro y Roger Bastide, a las grandes sequías que exaltan el espíritu en busca de la Tierra Prometida y de la Nueva Jerusalén. Antonio Le Conseiller, profeta laico, anuncia a las masas campesinas del *sertão* en 1889 el próximo regreso de Cristo y la cercanía del Reino. Crea su ciudad mística en Canudos, donde lo acompañan miles de peregrinos exaltados y famélicos, y predica la guerra contra la república impía que acaba de ser proclamada. Se necesitaron varias campañas militares para poner fin a la ciudad sagrada y a esa rebelión popular. El padre Cicero, auténtico sacerdote de la pequeña ciudad de Juazeiro, en Ceará, tuvo más suerte que su predecesor Le Conseiller. Como taumaturgo, atrae a miles de peregrinos, enfermos y penitentes. Tras infructuosos ataques policiacos contra su feudo, el gobierno reconoció la autoridad del padre Cicero, que hasta su muerte en 1936 se convirtió en un "coronel místico" cuya autoridad política era reconocida por todos. En ambos casos, se trata de una reinterpretación de ideas esencialmente católicas. Más generalmente, lo que proponen los mesianismos viene a ser la liberación milagrosa de la desgracia. Esos mesías son santos patronos vivos de quienes se espera ayuda y protección sobrenaturales mientras que se da por supuesto que la sociedad de injusticia no puede ser cambiada. Volvemos a hallar este enfoque en otras manifestaciones religiosas.

El protestantismo, bajo su forma mayoritariamente evangelista y pentecostista, parece haber realizado grandes progresos en América Latina en los últimos treinta años. ¿Acaso la Guatemala católica e india no tuvo un presidente protestante del 23 de marzo de 1982 al 9 de agosto de 1983? El desconcertante general Ríos Montt, tras haber militado en la democracia cristiana, se había convertido al protestantismo y se había vuelto prosélito y predicador de una secta norteamericana, la Iglesia del Verbo, antes de apoderarse tempo-

ralmente del poder. Se considera que hay aproximadamente un 4% de protestantes, incluyendo todas las iglesias, en todo el subcontinente. Con algunos puntos fuertes. Chile es sin duda el país donde el establecimiento del pentecostismo ha sido más denso: cerca del 12% de la población responde a ese credo. El protestantismo es generalmente más minoritario. Incumbe al 6% de la población de Brasil —lo cual, tomando en cuenta la importancia de ese país, equivale a cerca de 8 millones de personas— y al 2% en Argentina. Se concentra igualmente en algunas regiones en países donde, a nivel nacional, no tiene una dimensión masiva. Es el caso del noreste de México; Nuevo León tuvo un gobernador protestante. En algunos pueblos de los estados costeños de Tabasco y Veracruz, hallamos tantos templos protestantes como iglesias católicas. Por último, el avance del protestantismo es muy marcado en el Caribe y América Central: del 10 al 15% de la población en Guatemala y El Salvador.

Es que en efecto el éxito protestante es tributario de las misiones norteamericanas que no carecen de medios para establecerse y propagar su credo. Ese protestantismo —esto es sin duda menos cierto en el caso del extremadamente austral Chile— propone, se ha dicho, una interpretación norteamericana de la Biblia y constituye uno de los instrumentos de la penetración cultural de Estados Unidos. De eso a ver móviles poco religiosos detrás de algunas sectas y sus enviados. . . Sea lo que fuere, las iglesias evangélicas raramente procuran, como una parte del catolicismo hoy, "concientizar" a los pobres y a los desheredados. Les ofrecen más bien "una estructura sociológica que sacraliza la opresión".[13] Su éxito en los estratos populares y en particular en los sectores más desfavorecidos, los negros en Brasil por ejemplo, se debe a su coloración comunitaria, pero también a su función de escapatoria frente a una realidad insoportable. Se ha hablado de "religión refugio" para subrayar su papel social conservador.

Con las religiones africanas del Caribe o Brasil, abordamos un fenómeno de otra naturaleza, de funciones sociales ambiguas. Esas religiones de desarraigados, nacidas en la población esclava deportada de África, tienen como fondo común la recomposición de vestigios de mitologías procedentes del continente negro. Esa rearticulación que tiene algo de chapucería incorpora elementos variados: brujería en el vudú de los campesinos haitianos, catolicismo en los cultos brasileños donde los *orixás* tienen como asistentes sincréticos a los santos del panteón cristiano. Correspondencia particularmente marcada en el *candomblé* de Bahía, mientras que el *umbanda* ha tomado muchas cosas del espiritismo kardecista. No obstante esas religiones de "adaptación social" (*social adjustment*) son también cultos de resistencia que manifiestan la voluntad de preservar una identidad africana y una vida comunitaria de la que atestigua el aspecto festivo del *candomblé* por ejemplo. Algunos de esos cultos, como el *umbanda*, que ya no es sólo privilegio de los negros, tienen gran éxito en Brasil porque responden a una súplica de intercesión y protección sobrenaturales de las poblaciones desheredadas. Se piensa que hay unos 20 millones de umbandistas hoy. Esos "cultos de aflicción" son muy apreciados por los políticos tradicionales en Brasil, porque contribuyen a la paz social —en la medida en que "se proponen interpretar en términos individuales desgracias cuyos orígenes son eminentemente sociales".[14]

Por lo demás Brasil es un laboratorio religioso. Las sectas se han multiplicado hasta decir basta. No hay pueblo que no tenga su templo de la "Asamblea de Dios". El espiritismo ha encontrado allí, más que en Argentina, su tierra de elección. Alan Kardec es más conocido en Río o São Paulo que en París donde está enterrado (en el Père Lachaise). En Brasilia, la sede de la Federación Espiritista es más imponente que la de la Conferencia Episcopal. Los santuarios espiritistas no han dejado de multiplicarse, sobre todo en el altiplano en torno a la capital federal, Brasilia. En Vale do Amanhecer, verdadera ciudad espiritista, millares de médium atienden a

[13] Christian Lalive d'Epinay, "La iglesia evangélica y la revolución latinoamericana" (conferencia presentada en la consulta de ISAL en Piriápolis [Uruguay], el 12 de diciembre de 1967, 12 pp., mimeografiado), reproducido en *CIDOC Informa*, Cuernavaca, 1968, Doc. 78.

[14] Según el antropólogo Peter Fry en su ensayo "Manchester século XIXe. e São Paulo século XXe., dois movimentos religiosos", en Peter Fry, *Para inglês ver, identidade e política na cultura brasileira*, Río de Janeiro, Zahar Editores, 1975, p. 29.

pacientes llegados de todo el país, mientras que otros iniciados, vestidos con trajes de romanos de teatro, recogen las firmas de los visitantes para la redención de almas.

No pretendemos pasar revista de todas las religiones practicadas en el continente. Para ello tendríamos que mencionar a los hinduístas y musulmanes de Surinam, las colonias menonitas de Paraguay y Belice, y las activas y prósperas comunidades judías de Brasil y sobre todo de Argentina. Los gauchos judíos cantados por Gerchunoff se han vuelto raros, pero Buenos Aires sigue siendo la segunda ciudad judía del mundo después de Nueva York. El catolicismo no está amenazado en su dominación, no es la única religión conquistadora de América Latina y su evolución social y política, que tanto inquieta al Vaticano, puede dejar el terreno libre a religiones más consoladoras que, desviando al fiel de las realidades de este "valle de lágrimas", ofrecen remedios individualistas a sus sufrimientos.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Antoine, Charles, *Le sang et le pouvoir*, París, Le Centurion, 1970.

Azevedo, Thales, "Catolicismo no Brasil?", en *Vozes* (Petrópolis), 3, 2 de febrero de 1969.

Bastide, José Roger, *Brésil, terre de contrastes*, París, Hachette, 1957.

Castro, Josué de, *Geopolítica del hambre*, Madrid, Guadarrama, 1972.

Comblin, Joseph, "Problèmes sacerdotaux d'Amérique latine", en *La vie spirituelle* (París), marzo de 1968, pp. 319-343.

De Kadt, Emmanuel, "Paternalism and populism: Catholicism in Latin America", en *Journal of Contemporary History* (Londres), octubre de 1967, pp. 89-106.

———, "Church, society and development in Latin America", *The Journal of Developmet Studies*, octubre de 1971, pp. 23-39.

Gheerbrant, Alain, *L'Église rebelle d'Amérique latine*, París, Éd. du Seuil, 1969.

Hurbon, Laennec, *Culture et dictature en Haïti. L'imaginaire sous contrôle*, París, L'Harmattan, 1979.

Lafaye, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, México, FCE, 1975.

Landsberger, Henry A. *et al.*, *The Church and social change in Latin America*, Notre-Dame, University of Notre-Dame Press, 1970.

Malley, François, *Inquiétante Amérique latine*, París, Le Cerf ("L'Église aux cent visages"), 1963.

Meyer, Jean, *La cristiada*, vol. 2, *El conflicto entre la Iglesia y el Estado (1926-1929)*, México, Siglo XXI, 1973.

Singer, Paulo, Vinicius Caldeira Brant *et al.*, *São Paulo: o povo em movimento*, São Paulo, Vozes-CEBRAP, 1981.

Vaccari, Giuseppe, *Théologie et révolution*, París, UGE, 1971.

Verger, Pierre Fatumbi, *Orisha. Les dieux yorouba en Afrique et dans le Nouveau Monde*, París A.-M. Métailié, 1982.

Consultamos muy particularmente las siguientes publicaciones:

Fréres du Monde,
Les Informations Catholiques Internationales,
Témoignage Chrétien,
Études,
Projets,
Criterio (Buenos Aires).

Obras literarias:

Bloy, Léon, *Le Révélateur du globe: Christophe Colomb et sa béatification future*, en *Oeuvres de Léon Bloy*, t. I, París, Mercure de France, 1964.

Carpentier, Alejo, *El arpa y la sombra*, México, Siglo XXI, 1979.

Da Cunha, Euclides, *Os Sertões. Campanha de Canudos* (1a. ed. 1902), Río de Janeiro, Francisco Alves, 1982 (31a. ed.).

Vargas Llosa, Mario, *La guerra del fin del mundo*, Barcelona, Seix Barral, 1983.

7. ESTILOS DE AUTORIDAD Y MECANISMOS DE DOMINACIÓN: CAUDILLOS, CACIQUES Y CLIENTELAS

El carácter más vertical que horizontal de las relaciones sociales en América Latina no es simplemente un arcaísmo propio de las zonas rurales atrasadas. La indignación contra la organización independiente de las clases populares (sindicatos o comunidades de base) dan prueba de ello. Esas situaciones sociales autoritarias tienen como resultado formas más o menos oligárquicas o personalizadas de concentración del poder. En su gran mayoría, los sistemas políticos latinoamericanos durante mucho tiempo han descansado y a menudo siguen descansando en mecanismos de exclusión de aquellos a los que puede llamarse los "dominados", los de abajo. Pero esta lógica "exclusionista" es compleja y ambigua hoy pues comprende algunas formas de participación que contribuyen a la dominación, la disimulan o la perpetúan.

Las modalidades tradicionales del autoritarismo así como las formas más modernas y sutiles de no competitividad política echan sus raíces en un mismo tejido social. Es éste el que conviene examinar, en el nivel micropolítico del pueblo o del barrio, para comprender el funcionamiento y el estilo del poder en las sociedades del continente.

Caudillos y dictadores

En América Latina, en el siglo XIX, el poder local, regional y hasta nacional es muy a menudo acaparado por personajes todopoderosos. El surgimiento de esos hombres fuertes, los caudillos, no está como a veces se ha dicho ligado a la incapacidad congénita de los pueblos latinoamericanos para el *self-government*. El caudillismo nace de la descomposición del Estado tras la caída de las autoridades coloniales en las naciones procedentes del antiguo imperio español. Son "señores de la guerra" que, en las aguas revueltas de la independencia, se hacen de un feudo por la fuerza de las armas. Pero

la debilidad de las lejanas autoridades centrales da origen ulteriormente a un fenómeno que las estructuras latifundistas y la concentración del poder social hacen prácticamente inevitable. ¿Acaso los hacendados no se arrogan en ciertas zonas andinas las prerrogativas del poder público en pleno siglo XIX disponiendo de prisiones y de milicias privadas y emitiendo signos monetarios que tienen circulación en su propiedad y en sus propias tiendas?

Ese fenómeno suscita numerosas preguntas. ¿Quiénes son esos caudillos? ¿De dónde sacan su poder y cómo aparecen? ¿Cómo se distingue el caudillo del dictador o del presidente militar de un régimen *de facto*? Y finalmente ¿con qué huella marcaron esos potentados locales o nacionales la vida política y social?

Esos poderes señoriales nacen ante todo en períodos preestatales en los cuales la conciencia nacional es aún balbuciente. El vacío institucional y el desierto administrativo engendran situaciones casi espontáneas de preponderancia y patrimonialismo. Muy a menudo, por diversas razones el poder central sólo dispone de una autoridad nominal o negociada con los señores enfeudados en una parte del territorio nacional. El estallido centrífugo del caudillismo lleva en germen el desmembramiento del Estado, a menos que surja un caudillo unificador que imponga su ley, ya sea aplastando por las armas a los feudales revoltosos, o consolidando su dominio centralizador en una red de vasallos. Rosas, el "Luis XI de la Pampa", gobernador de la poderosa provincia de Buenos Aires, fue ese hombre para Argentina a mediados del siglo XIX. El presidente Calles a fines de la década de los veinte en México se erigió en César unificador de los "generales" revolucionarios. En Venezuela, Cipriano Castro (1899-1908) y sobre todo Juan Vicente Gómez (1908-1935) fueron si no los "gendarmes necesarios" del discurso cortesano, por lo menos los tiranos implacables para todos los caudillos rivales, y contribuyeron a pacificar una vida política hasta entonces eruptiva.

En esas circunstancias de precariedad preestatal son pues los hombres más enérgicos, y hasta los cabecillas más violentos, los que se consolidan. Y los vínculos personales, el vasallaje a aquel que es capaz de ofrecer cierta protección están en la base de toda estructura política. El jefe de clan

arrastra a su familia y a quienes le deben favores a la lucha por el poder local, regional o nacional. Su clientela de favorecidos comprende a todos aquellos a quienes da trabajo, a aquel a quien le prestó dinero o simplemente le hizo un favor. Así se crea un vínculo de reciprocidad desigual entre poderoso y dependientes. El caudillo es menos un hombre carismático que aquel que sabe crear redes de lealtad. Al nivel que se sitúe, el poder del caudillo se ejerce siempre "de cuerpo presente" como escribe García Márquez en *El otoño del patriarca*, es decir en persona y dando la cara.

La médula de ese poder reside por ende en las relaciones de parentesco, reales o ficticias. El caudillo que se convierte en gobernante erige el nepotismo en piedra angular de su dispositivo político. Coloca en puestos de confianza a los miembros de su familia cuyo enriquecimiento rápido asegura igualmente. El dictador dominicano Trujillo, benefactor y "generalísimo", caudillo único que remplaza a los múltiples e inconstantes "barones" en lucha antes de la ocupación norteamericana de la isla, reina en el país por completo de 1930 a 1960, fecha de su asesinato. Sus hermanos, sobrinos e hijos legítimos o naturales ocupan todos los puestos delicados. La enumeración de esta jerarquía familiar no deja de ser amplia y pintoresca. A sus hermanos, por ejemplo, confía el ministerio de Guerra, el del Interior, la dirección del estado mayor o el mando de la principal división del ejército de tierra. La dinastía Somoza que aquejó a Nicaragua de 1936 a 1979 hizo lo mismo. Tras el asesinato del patriarca "Tacho" en 1956, dos de sus hijos lo sucedieron en el trono de Managua. El yerno de "Tacho" y cuñado de "Tachito" —su hijo, último del apellido— es embajador ante el gobierno norteamericano prácticamente durante toda la duración de la dinastía. Incluso fue decano del cuerpo diplomático en Washington. El jefe de la guardia nacional es medio hermano del "presidente"; el nieto del patriarca, oficial de carrera, mandaba en 1979 un regimiento de élite antiguerrilla.

En otro registro y que no debe nada a la historia universal de la infamia que recuerdan los personajes que acabamos de citar, el general Torrijos, jefe de la guardia nacional que se apodera del poder en Panamá en 1968, tiene muchos rasgos del caudillo tradicional: afición por la unanimidad y los contactos humanos, presencia en el terreno, valor físico, prudencia y audacia, sentido de la familia y un alegre machismo muy bien vistos por sus conciudadanos. En el mismo orden de ideas se ha dicho que el líder marxista leninista en que se ha convertido Fidel Castro no se parece en nada a los secretarios generales burocráticos e intercambiables del modelo soviético, sino que el jefe de la revolución cubana se inscribe en la tradición caudillista continental. Generalmente se cita, para sostener esta opinión, tanto el valor y la presencia física del comandante, que conquistó el gobierno por la lucha armada, como el papel desempeñado en su régimen por algunos miembros de su familia o de su entorno inmediato (siendo su hermano Raúl, por otra parte, el número 2 de la jerarquía oficial y sucesor designado).

Sea lo que fuere, si bien los favores hechos tejen vínculos de solidaridad duraderos, mucho más poderosos son los de la sangre y el parentesco. La abundancia de hijos naturales, prueba tangible de virilidad, era uno de los atributos canónicos de los caudillos de ayer. Esos pintorescos personajes tenían en mucho ser prolíficos y generosos procreadores. El venezolano Gómez, arquetipo del patriarca, tenía noventa hijos reconocidos. No obstante los parentescos ficticios y rituales son sin duda todavía más buscados por sus repercusiones políticas. El padrinazgo de un hijo crea relaciones de compadrazgo de innegable eficacia sociopolítica. Al compadre no se le niega nada. Las reglas de obligaciones recíprocas entre compadres, la protección del padrino hacia su ahijado y la familia de éste componen una malla de solidaridad en la que han sabido participar hasta los dictadores, bautizadores a manos llenas. Trujillo se había creado así una red de devotos partidarios en todas las clases sociales. Somoza I supo también entregarse a esta inestimable costumbre.

¿Quiénes son esos caudillos? Ante todo aventureros o más bien notables que poseen el arrojo, la clientela o los partidarios necesarios para lanzarse a la conquista del poder por la fuerza. Como esos caudillos del Táchira en Venezuela, grandes propietarios o negociantes de ganado, que bajaban de sus montañas andinas para apoderarse, en la costa de Caracas, del palacio presidencial tras haber echado a su ocupante. Cipriano Castro o Juan Vicente Gómez son modelos a este respecto. Esos "señores de la guerra" raramente son militares, aun cuando fácilmente llevan uniformes, títulos y galo-

nes. Declaran la guerra, es cierto, levantan a soldados para apoderarse del poder, pero generalmente detestan las presiones disciplinarias y burocráticas del oficio de las armas así como son impermeables a las exigencias jurídicas del estado de derecho. Algunos, a nivel nacional, han sido salvajes sanguinarios como el dictador Estrada Cabrera en Guatemala (1898-1920) o el general Hernández Martínez de El Salvador, militar de carrera, responsable de las masacres de campesinos de 1932 y que gobernó el país con manos de hierro de 1931 a 1944. Como teósofo convencido, pretendía que era más criminal aplastar una hormiga que matar a un hombre pues este último podía reencarnar.

Esos dictadores, cuyo "carácter rupestre" ha subrayado García Márquez, aseguran su permanencia en el poder mediante una mezcla de astucia, violencia y corrupción. Pareciendo trasponer al nivel nacional el "sistema de la hacienda", han privatizado con la mano en la cintura el poder estatal. El "paradigma de los patriarcas", descrito con inigualable inspiración barroca por novelistas latinoamericanos,[1] evoca un poder personal llevado a su último grado de verdad, eficacia y pesadez. Un estilo político a la vez cauteloso y brutal, una mezcla de megalomanía y rapacidad caracterizan a esas dictaduras patrimoniales. A causa de su duración[2] e impunidad, esos rústicos tiranos confunden muy a menudo la cosa pública con su tesoro particular y el tesoro nacional con su cuenta privada. Esta confusión entre el Estado y los intereses familiares da cierto fundamento a la afirmación, a fin de cuentas cómica, del último retoño de la dinastía Somoza que afirmaba que Nicaragua era desde su padre "un Estado socialista". Veamos. La hidra Somoza poseía en 1979 la quinta parte de las tierras arables del país, las veintiséis principales compañías industriales, intereses en ciento veinte sociedades, el monopolio del alcohol y la leche pasteurizada, el control de gran parte de los aceites vegetales, del plátano, la sal, sin hablar de compañías de transporte, de un parque inmobiliario impresionante y algunas otras naderías. La empresa Somoza padre e hijo no carecía de apetito sino de envergadura.

[1] El ancestro común de ese verdadero género literario es el *Tirano Banderas* del inimitable novelista español Ramón del Valle Inclán. Entre las obras maestras de los novelistas más grandes del continente, hallamos novelas de la tiranía, como *El Señor Presidente* del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, *El recurso del método* del cubano Alejo Carpentier (que fue llevada al cine), *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez, a las cuales podría añadirse, en un estilo un poco distinto, el héroe netamente menos siniestro, *Yo, el supremo* de Augusto Roa Bastos.

[2] La duración no es más que un factor, pero combinada con el carácter inconsistente o incoativo del Estado, ha entrañado los fenómenos que describimos. Juan Vicente Gómez gobernó Venezuela de 1908 a 1935, Trujillo, la República Dominicana de 1930 a 1961, Tiburcio Carías permaneció en el poder en Honduras de 1933 a 1949, y Porfirio Díaz reinó en México de 1876 a 1910.

También se hallan los rasgos propios del caudillismo en hombres que, lejos de parecerse a las monstruosidades políticas que acabamos de mencionar, de una u otra manera han cultivado los procedimientos constitucionales. Así Álvaro Obregón, general revolucionario y "constitucionalista" de Sonora, que fue presidente de México (1920-1924), afirmaba en su manifiesto electoral de 1919: "Me proclamo candidato a la presidencia de la República por mis pistolas, sin compromiso de partidos ni programa [. . .] ¡Quien me quiera que me siga!", expresión ejemplar del caudillismo político en su estado puro.[3] El general Perón, que por tanto tiempo dominó la vida política argentina y fue tres veces presidente electo, jamás hablaba del partido ni del movimiento justicialistas en sus conversaciones con extranjeros; simplemente decía: "Yo y mi gente. . ." Así, líder de multitudes o reformador social, el caudillo es el hombre político que hace pasar los vínculos personales antes que las consideraciones de ideología o legitimidad organizacional, y que no admite más que las estructuraciones verticales del campo político.

Caciquismo, dominación y reciprocidad

Si bien el caudillismo en su modalidad más ruda y caprichosa está en vías de desaparición, los caciques locales están en plena forma. Incluso se integran sin grandes dificultades a los sistemas políticos modernos. El caciquismo no está ligado a la crisis del Estado ni al carácter incompleto de la

[3] Citado por François Chevalier, quien consagra al caudillismo un capítulo de su obra *América Latina: de la independencia a nuestros días*, cit.

construcción nacional. La dominación de preponderantes locales tendría más que ver con el encuentro de dos universos o de dos lógicas económicas en una fase de transformación capitalista de las estructuras y/o con la valorización de los notables locales ofrecida por la utilización del sufragio universal en "contextos autoritarios". Según algunos autores, el caciquismo es la forma de dominación política que corresponde no a economías precapitalistas sino a "la articulación del modo de producción capitalista con un modo de producción no capitalista".[4] La relación entre el sufragio universal y el poder local es más perceptible en sociedades culturalmente desfavorecidas y económicamente desheredadas donde el voto aparece como un bien intercambiable entre otros, y por otros bienes más inmediatamente utilizables.

De hecho el caciquismo nace en sociedades que a causa de sus características particulares presentan las condiciones favorables para la aparición de relaciones de patrocinio y para la constitución de redes de clientela. El patrón es el hombre rico, influyente o bien colocado en el circuito social y que "hace favores". Es la inseguridad la que llama al protector. La relación de clientela es ante todo una especie de "seguro, un antídoto a la precariedad de la existencia".[5] La búsqueda de un protector permite reducir la incertidumbre frente a las calamidades y amenazas de poblaciones desprovistas de todo. Las zonas donde el problema de la supervivencia se plantea cotidianamente son particularmente propicias a la aparición de notables benévolos, dispensadores de favores individualizados a cambio de un apoyo político. Esas relaciones de ventajas mutuas entre interlocutores desiguales de las que hablan los sociólogos[6] son conscientemente buscadas por el patrón. Un analista mexicano señala

[4] Luisa Paré, "Caciquismo y estructura de poder en la sierra norte de Puebla", en Roger Bartra *et al.*, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI, 1975, p. 32.

[5] Para una definición operativa del clientelismo, véase G.N. Foster, "The dyadic contract: A model for the social structure of a Mexican peasant village", *American Anthropologist*, 23, 6 de diciembre de 1961, pp. 1173-1192, así como J. Duncan Powell, "Peasant society and clientelist politics", *American Political Science Review*, LXIV (2), junio de 1970, p. 412.

[6] G. Greco, "Appunti per una tipologia delle clientela", *Quaderni di Sociologia*, 1972, núm. 2, p. 183.

el caso de un cacique, presidente municipal de un pequeño municipio que, para hacer pasar bajo su férula a nuevos favorecidos, metía a la cárcel a un campesino o un miembro de su familia y luego se ofrecía a pagar la multa exigida por su liberación. De esta manera subrepticia y perversamente generosa, creaba una deuda y se aseguraba el control de un nuevo cliente.[7]

La política de la dádiva es ante todo una política de la escasez. Un elevado desempleo estructural, la escasez de tierra, el trabajo estacional, la inmigración y el éxodo rural son otros tantos factores del caciquismo. Los barrios miserables son el terreno preferido del patrocinio tanto como el latifundio. La escasez de un bien vital y la vulnerabilidad de la condición económica constituyen los dos motores de una inseguridad favorable a las solidaridades verticales. El detentador de la tierra, el dueño de las aguas o el distribuidor del crédito poseen las llaves del poder. En los ejidos, propiedades comunitarias producto de la reforma agraria en México, el presidente electo del ejido que asigna a cada familia una parcela en usufructo puede, tomando en cuenta las diferencias de fertilidades de los suelos, favorecer o desfavorecer a los miembros. Así como el representante del Banco Ejidal, al otorgar créditos limitados. La empresa pública y los empleos municipales son fuentes de clientela. Más generalmente, todo bien limitado puede ser instrumento no sólo de influencia, sino de control social por la vía de una reciprocidad no igualitaria a la que a menudo viene a añadirse la coerción. La insuficiencia de los servicios sociales públicos y teóricamente gratuitos, la dificultad de distribuir bienes en principio accesibles a todos según criterios universalistas, hacen indispensable al intermediario. El patrocinio está inscrito en la necesidad de la intercesión.

En toda América Latina se conoce la figura del despachante, personaje servicial que interviene ante una administración lenta, paralizada o corrupta. De las aduanas a los tribunales, llena formularios, sabe tocar a la puerta correcta y obtiene todo aquello a lo que todos tienen derecho pero que

[7] Según Víctor Raúl Martínez Vázquez, "Despojo y manipulación campesina: historia y estructura de dos cacicazgos del valle del Mezquital", en Roger Bartra *et al.*, *Caciquismo y poder político*. . ., *op. cit.*, p. 157.

no reciben sin su ayuda interesada. El analfabetismo o el multilingüismo son también razones de la importancia de esos *brokers* en la vida diaria. Es comprensible que el hombre que conoce a los poderosos, que posee "relaciones", las utilice para consolidar su poder. En Río de Janeiro, en las décadas de los setenta y ochenta cuando dominaba la "máquina" política "chaguista", no se entraba al hospital público sin la recomendación de un diputado o de un miembro del ejecutivo local.[8] Eso puede ser igualmente cierto a otros niveles. No se llega a nada sin amigos, dicen en México. Un estudio sobre el reclutamiento de las élites mexicanas da a este respecto resultados reveladores. Así, en una empresa comercial pública, menos del 20% de los ejecutivos medios obtuvo su empleo a través de un proceso de reclutamiento abierto; los otros deben su puesto a un favor.[9]

El aislamiento es también favorable al dominio de las autoridades locales. Las dificultades de comunicación —incluso lingüísticas— acrecientan la necesidad de protección y de mediación de los débiles, y por ende su dependencia personal con respecto a los poderosos. El benévolo patrón sirve de mediador entre el centro y la periferia. Pero muy a menudo ese intermediario sólo termina con la discontinuidad social o geográfica para mantenerla indefinidamente.[10] En efecto la sociedad cerrada engendra la dominación social. En México se ha visto cómo los caciques se oponen a la construcción de carreteras o ferrocarriles que harían posible la movilidad de sus súbditos. Lo mismo ocurre a menudo en los sectores rurales, cuando el motor de la dominación es comercial, cuando el patrón es el principal comprador de la producción local. Así, en un pueblo aislado de Colombia, un comprador

[8] Véase el estudio de Eli Diniz, *Voto e máquina política. Patronagem e clientelismo no Rio de Janeiro*, Río de Janeiro, Paz en Terra, 1982, pp. 117-118. Se trata de una investigación sobre las prácticas políticas de la máquina instaurada por el gobernador Chagas Freitas en la década de los setenta.

[9] Según Peter H. Smith, en su libro *Los laberintos de poder. El reclutamiento de las élites políticas en México (1900-1971)*, México, El Colegio de México, 1981, p. 295.

[10] Véase Benno Galjart, "Class and following in rural Brazil", *América Latina*, 7 (3), julio-septiembre de 1964, y Steffen Schmidt, "Bureaucrats as modernizing brokers? Clientelism in Colombia", *Comparative Politics*, 6 (3), abril de 1974, pp. 437-455.

de café, detentador de un monopolio de compra, amenaza a los campesinos con bajar el precio de su producción si no votan en el sentido correcto. La gran propiedad que vive aislada y que sólo se comunica con la ciudad o el pueblo mediante el vehículo o el teléfono del patrón, es la imagen ideal del microcosmos clientelista más autoritario en algunas zonas de América Latina. No es raro que el patrón, para evitar todos los contactos exteriores y lograr un control monopolista sobre sus recursos humanos, abra una tienda y a veces distribuya alcohol más o menos gratuitamente el sábado por la noche, u organice fiestas.

Estas relaciones de clientela se desarrollan sobre todo, pero no exclusivamente, en un contexto social donde no existen garantías duraderas y sobre todo imparciales de posición y seguridad. Ni los medios elementales de existencia ni los de una protección social eficaz son proporcionados por mecanismos objetivos e impersonales. O bien el Estado mínimo y lejano se preocupa poco por el bienestar de sus ciudadanos, o bien prefiere delegar su poder a autoridades territoriales privadas a cambio del mantenimiento del orden y un apoyo electoral. Fue el caso del coronelismo brasileño en el que originalmente el poder central que daba un título militar (de la guardia nacional) a los señores territoriales legitimaba su poder efectivo confiándoles una misión pública.[11] En semejante caso, parece que los débiles y los pobres no tienen nada que esperar del poder central. "El comandante es más fuerte que el gobierno", declaraba un campesino del nordeste a un periodista con respecto a un oficial de policía que había acaparado tierras en el estado de Pernambuco. Se han interrogado mucho en Brasil sobre las relaciones entre la privatización del poder y el reforzamiento de la centralización estatal a partir de 1930 sobre todo.[12] No parece que, salvo en las zonas urbanizadas de fuerte movilidad hori-

[11] Antonio Octavio Cintra, "A política tradicional brasileira: uma interpretação das relações entre o centro e a periferia", *Cadernos do departamento de ciencia política*, Belo Horizonte, Universidade de Minas Gerais, marzo de 1974, 1, pp. 59-112.

[12] A partir de la obra clásica de Victor Nunes Leal, *Coronelismo, enxada e voto* (1a. ed. en 1949; ed. consultada Alfa Omega, São Paulo, 1978), nos hemos interrogado mucho sobre el coronelismo hoy, su posible desaparición, su probable transformación. Véase particularmente Marcos Vinicius Vila-

zontal, el mandonismo local haya retrocedido grandemente ante el Estado central. Por lo demás, en los sistemas políticos más centralizados, los notables locales siempre tienen un papel de primer plano que la máquina estatal fomenta y mantiene. En México, para establecerse, el partido del Estado (el PRI) practica una política de "líderes naturales" que consiste en apoyarse, cooptándolos, en quienes conocen bien a las poblaciones y pueden movilizarlas.

El cacique es un engranaje indispensable para el funcionamiento de la democracia representativa en un orden patrimonial. Es él quien establece la comunicación entre el sistema político formal y el sistema sociopolítico real. La existencia de "votos cautivos" se ajusta a la configuración vertical del sustrato social y a su escasa fluidez. El voto clientelista puede ser "vendido" o "gregario" en función del grado de autonomía del elector en relación con el patrón. Aunque el voto que llamamos gregario comprende casi siempre cierta gratificación mientras que el voto vendido no carece de un mínimo de coerción: la obligación de vender representa una, sobre todo cuando aparece una alternativa antisistema.

En el primer caso, el sufragio es un valor que se intercambia. No siempre es trocado por dinero sino más bien por bienes escasos o apreciados. Puede ser alcohol, como en la costa caribeña colombiana, alimentos, vestidos o hasta máquinas de coser, como en Ceará en Brasil en 1962.[13] Las más de las veces es un empleo, un alojamiento o la promesa de obtenerlo, una posibilidad de crédito, de riego o de venta correctamente remunerada de la producción agrícola. No obstante, el voto vendido es raramente un voto libre. Dado que lo propio de un bien escaso es el ser monopolizado, el comprador único

ça y Roberto Cavalcanti de Albuquerque, *Coronel, coroneis*, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro, 1965; así como Maria Isaura Pereira de Queiroz, *O mandonismo local na vida política brasileira*, São Paulo, Anhembi, 1969, y Celso José da Silva, *Marchas e contramarchas do mandonismo local, Cacté um estudo de caso*, Belo Horizonte, Edições da Revista Brasileira de Estudos Políticos, 1975, y Decio Saes, "Coronelismo e Estado burguês. Elementos para uma reinterpretação", *Estudios rurales latinoamericanos*, 1 (3), septiembre-diciembre de 1978, pp. 68-92.

[13] Según A.F. Montenegro, "As eleições cearenses de 1962", *Revista Brasileira de Estudos Políticos*, enero de 1964, p. 89.

ejerce una aplastante dominación sobre el ciudadano vendedor. La entrega del sufragio no amortiza la deuda que se contrae por él. Contribuye a establecer o fortalecer la relación de clientela.

El voto gregario es esencialmente colectivo y pasivo. Supone la organización del electorado para el día del escrutinio. Así, en el campo brasileño del norte votar cuesta caro: hay que registrarse, obtener la credencial de elector y transportarse a la cabecera municipal donde se efectúa el escrutinio, a veces a varias horas de transporte por carretera. El generoso organizador que se embolsará los sufragios ha previsto todo esto. Los electores son transportados, alojados, alimentados y divertidos por su cuenta. Incluso reciben pequeños regalos. Parranda y borracheras recompensan el celo cívico organizado. La elección es una fiesta. Los ciudadanos son conducidos en rebaño a las urnas. El vocabulario electoral brasileño, rico en términos para designar este tipo de elecciones, las ha bautizado como *voto de cabestro*, es decir voto de "rebaños electorales". Lo importante en el nordeste, hasta fechas relativamente recientes, era redilear bien a los "contingentes electorales" en espera de la hora del escrutinio. En efecto el resultado de la elección depende, para la amplitud del éxito, de la disciplina o la indisciplina de los electores reunidos.[14] Para lograrlo, a menudo es necesaria la violencia. Cuando las circunstancias se prestan, el patrón goza de un verdadero voto plural y ese gran elector puede ceder al partido o al político el mejor postor en los bloques de sufragios que emiten los "bancos de voto" que controla. Cierto, esas elecciones manipuladas bajo su forma canónica sólo afectan hoy las zonas rurales y sobre todo las más atrasadas, pero el caciquismo no por ello ha muerto: simplemente se ha modernizado.

Si bien es cierto que el cacique sigue siendo un hombre influyente que detenta bienes escasos y sirve de intermediario

[14] Esas prácticas no son privativas del Brasil tropical. Pablo Neruda evoca en un poema de 1947 titulado "Elecciones en Chimbarongo", una elección senatorial que utiliza los mismos procedimientos con un electorado campesino al cual se arroja "carne y vino" y al que "se deja bestialmente envilecido y olvidado. . ." (*Canto general*, t. I, Buenos Aires, Losada, 1968, p. 167).

obligado con la sociedad global, la administración o simplemente el mundo exterior, han aparecido nuevas formas de patrocinio que viene a añadirse a las antiguas, completarlas o remplazarlas. El Estado en su nuevo papel, los partidos políticos modernos u otras instituciones propias de las sociedades en vías de industrialización toman a menudo el relevo del terrateniente o del comerciante, notable local de naciones que siguen siendo ampliamente rurales. Lo cual no significa que la "política de la dádiva" haya dejado de practicarse, o que el compadrazgo haya dejado de santificar los vínculos que unen al explotador con el explotado. Si bien los actores han cambiado o se han multiplicado, los mecanismos tradicionales del clientelismo siguen en vigor. Entre los nuevos actores hallamos por ejemplo a dirigentes sindicales de grandes empresas en regímenes de sindicatos oficiales. Así, en México, los dirigentes del sindicato de petroleros son verdaderas potencias en las *company cities* donde Pemex se ha establecido; fortalecidos por quienes les deben favores, la riqueza sindical y también sus pistoleros, designan a las autoridades locales, hacen reinar la paz social cuando no el terror. Los servicios hechos al Estado dan a un hombre o a una familia los recursos necesarios para distribuir favores y crearse una red de clientela. Así el propietario de una línea de autobuses que ha sabido poner a disposición del poder en México sus unidades para el "acarreo" de los manifestantes o los electores del partido oficial, puede convertirse en un personaje poderoso al cual no se le niega nada. Un grado más abajo, pero en el contexto del desarrollo de un Estado cuasiprovidencia, el funcionario o el notable local que supuestamente gozan de relaciones influyentes, se atribuye fácilmente el acceso de sus favorecido a los servicios públicos si tiene la posibilidad de privar de ellos a sus enemigos. Al hacerse responsable más generalmente de las realizaciones imputables al Estado (servicios sociales o sanitarios), incluyendo carreteras y vías de comunicación que no pudo impedir, desempeña su papel de intercesor en un contexto nuevo. La "privatización" de entidades estatales o de servicios públicos diversos mediante control individual o familiar aparece muy a menudo —la experiencia colombiana da pruebas de ello— como una de las formas modernizadas más frecuentes de patrocinio. Pero abordamos allí un tipo de patrocinio más

colectivizado y más centralizado donde las comunidades campesinas y el Estado desempeñan un papel decisivo.

Del patrocinio al clientelismo de Estado

Las relaciones entre el Estado y las redes de patrocinio pueden ser múltiples según el tipo de organización política. En estados liberales, el patrocinio tradicional descansa en la dominación ejercida por notables locales sobre redes de clientes protegidos y gente que les debe favores. La relación de clientela no es principalmente política. El voto dirigido no es más que una adaptación secundaria de una estructura de mando a las funciones difusas. La verdadera relación patrón-cliente es multiforme y no especializada. En el nordeste brasileño de los "coroneles", al *mandonismo* local correspondía el *filhotismo*, más o menos teñido de padrinazgo de los inferiores favorecidos. Este tipo de relación paternalista raramente se confundía con las estructuras de un partido. Generalmente, como resultado de reñidas negociaciones, el patrón "reservaba" los sufragios de su feudo al mejor postor, candidato o fuerza política.

El patrocinio de partido constituye una forma modernizada de esta relación que hace depender el voto no de la opinión del elector sino de los favores obtenidos y de la protección dispensada. Este tipo de patrocinio reviste una dimensión histórica, primordial, es decir no voluntaria, en situaciones de bipartidismo hereditarias como las conoció el Uruguay de los colorados y los blancos, y sobre todo la Colombia de los conservadores y los liberales. Las comunidades partidarias —"patrias subjetivas" en Uruguay, "super estados" en Colombia— protegen al ciudadano contra el Estado o el partido adverso. Las dominaciones monocolores, sobre todo cuando son dramatizadas, como en Colombia, con pueblos liberales que se oponen a los pueblos conservadores y a veces armas en mano, favorecen el dominio de las autoridades locales y las estructuras jerárquicas de mando. En todo caso impiden las solidaridades horizontales sobre la base de intereses o de concepciones socioeconómicas comunes y fortalecen las configuraciones verticales. La otra forma del clientelismo de partido está ligada al funcionamiento

de "máquinas" electorales. Se trata, en un sistema de nuevo liberal, de competencia política abierta, de una institución que responde a demandas particularistas a cambio de sufragios. A diferencia de las formas de patrocinio partidario anteriormente mencionadas, su terreno preferido es la ciudad en período de urbanización acelerado y de fuerte inmigración. Electores necesitados y dóciles a causa de su desarraigo —"verdaderos enfermos cívicos", según una frase empleada por la *machine politics* del *bossism* norteamericano— aseguran el éxito de este tipo de intercambios. En Buenos Aires, a principios de siglo, los jefes de barrio del partido radical (caudillos de barrio) desempeñaban el papel de servicio de asistencia y de organizaciones de crédito. Los comités vendían incluso alimentación a bajo precio: "pan radical". La fortuna política de Adhemar de Barros en São Paulo, en la década de los cincuenta, respondía a procedimientos similares de asistencia y de división en zonas.

Los favores hechos por la máquina política palian la ausencia de protección social pública. Incluso a veces la máquina electoral se confunde con el partido oficial, emanación del gobierno que prefiere asegurarse un amplio cimiento social canalizando su "capacidad distributiva" a través del partido. Un favor o un servicio crean lazos de reconocimiento y dependencia personal que atan al ciudadano al bienhechor. Un derecho garantizado por una ley, impersonal por definición, ofrece menos dividendos políticos. Ésa es una de las razones y de las modalidades del clientelismo de Estado.

En América Latina, el Estado integrador, que se esfuerza por incorporar a las clases populares, practica un tipo de patrocinio burocratizado en el cual la iniciativa privada o bien tiene poca participación, o bien está sometida al control estatal. La movilización "correcta" de los estratos subordinados se efectúa a través de instituciones y mediante diversos procedimientos cuyo denominador común es que el Estado remplaza a los múltiples patrones independientes e instaura un clientelismo de masa que da una dimensión más impersonal a los mecanismos de intercambio sociopolítico, sin por ello abandonar los criterios individuales de protección y dependencia. Esta estatización del clientelismo no es puntual ni aislada; constituye un rasgo distintivo de un tipo de régimen. El organismo de ayuda social y el sindicato "estatizado" remplazan al gran propietario o al notable de clase media, pero el mecanismo constitutivo de base se mantiene idéntico. Se cambian favores por una lealtad política y esta transacción incluso burocratizada y a la que se añade la coerción, sigue siendo considerablemente, o al menos simbólicamente, interpersonal. Los grupos dirigentes se esfuerzan así por identificar el régimen al *welfare State* que pretenden instaurar. Se trata de un nuevo avatar de una estrategia de privatización del poder en el contexto de una "sociedad de masas" y de una economía de relativa prosperidad.

La presencia de un partido único o dominante organizado sobre una base sectorial o corporativa, como el partido peronista y su rama sindical o, mejor aún, el PRI mexicano y sus tres sectores (obrero, campesino y popular), proporciona un marco político adecuado para ese tipo de sistema. Los sindicatos oficiales y las organizaciones campesinas estatizadas permiten la cooptación de las clases populares a través del otorgamiento selectivo de ventajas marginales y la atribución de beneficios sociales según criterios individuales que entrañan transferencia de lealtad de los beneficiarios del patrón local al Estado-partido o al Estado-persona. Un sindicalista peronista resumía bastante bien el comportamiento clientelista de sus pares diciendo: "Perón es mi padre y el Estado mi madre (sic)." Ese sistema controlado por el Estado, el presidente o el partido, descansa sobre una pirámide de dependencia y lealtad. De esa manera, los jefes sindicales reciben del poder central recursos de patrocinio que pueden utilizar con sus mandantes para consolidar su autoridad y crear la cadena de reciprocidad que tienen a su cargo. Por la distribución de ayudas y favores no universalizables (préstamos, viviendas, etc.) a sus fieles, se aseguran una estructura de encuadramiento donde la ideología obrera tiene poca participación. Cuando el sindicato posee el monopolio de la contratación, el poder de sus dirigentes está en su grado máximo. La "cláusula de exclusión" inscrita en los convenios colectivos, en México, favorece notablemente la disciplina sindical. La división de los trabajadores en diferentes categorías, con posiciones desiguales, conforme a una lógica corporativista y venal impuesta por algunas direcciones sindicales, ofrece a los líderes "obreros" un poder considerable. Así, de nuevo en México, el sindicato de petroleros

(SRTPRM) puede actuar a partir de tres tipos de condiciones: los trabajadores "titulares", cuyas plazas hereditarias se venden sin embargo a buen precio, los "provisionales" que pueden ser integrados al cabo de cierto número de años y que, mientras tanto, deben untar la mano para obtener su contrato, y por último los obreros externos o pelones que el sindicato proporciona a las empresas de construcción que trabajan para Pemex a cambio de obediencia, cotización sindical y mordida obligatoria.[15] Se trata de un caso extremo de corrupción en un sindicato autoritario, pero el exceso mismo ilustra la lógica de este tipo de sistema.

El paternalismo del Estado y la creación de redes de clientela a través de los organismos de asistencia y previsión social politizados configuran asimismo una de las vías óptimas del patrocinio estatal. La retórica popular y populista permite confundir con el régimen o el presidente legislaciones sociales que habrían podido ser tan impersonales como anónimas. La "Fundación Eva Perón", en Argentina, sus hospitales y sus ciudades de niños, las espectaculares distribuciones de ropa o de juguetes efectuadas en persona por la rutilante esposa del general constituyen un caso ejemplar de beneficencia personalizada y de utilización clientelista de una política social.

Ese clientelismo de masa y de Estado generalmente va acompañado de una dimensión ideológica que socava las solidarides horizontales. En nombre del "pueblo" o de la "revolución", se hacen esfuerzos por frenar la acción autónoma de las clases dominadas. El acento puesto en la solidaridad nacional puede ser utilizado contra las potencias exteriores y las minorías dominantes ligadas al extranjero —la antipatria en la jerga del peronismo—, pero ese nacionalismo repudia igualmente las "ideologías extranjeras" que podrían servir de armas a los grupos sociales subordinados o contestatarios. Se vio en México en 1968 y en Argentina en la década de los setenta cómo la xenofobia populista utilizada en otro tiempo contra los "imperialismos", se emplea ahora contra los grupos revolucionarios. Bajo todas sus formas, ¿acaso

[15] Véase Marie-France Schapira, "Travailleurs et pouvoir syndical au Mexique", *Cahiers des Amériques latines*, núm. 20, 2o. semestres de 1979.

no está destinado ese clientelismo de Estado principalmente a asegurar, en una sociedad de masas, el mantenimiento del pacto de dominación tradicional?

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Cajueiro, José, "As eleições em Alagoas, em 1962", *Revista Brasileira de Estudos Políticos*, enero de 1964, pp. 101-120.

Callado, Antonio, *Os industriais da seca e os galileus de Pernambuco. Aspectos da luta pela reforma agraria no Brazil*, Río de Janeiro, Civilização brasileira, 1960.

Carrera Damas, Germán, "Juan Vicente Gómez: la evasora personalidad de un dictador", en *Jornadas de historia crítica*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1983.

"Dictadores y dictaduras", *Crítica y Utopía*, núm. 5, 1981 (número especial).

Gilhodes, Pierre, *Politique et violence. La question agraire en Colombie*, París, Presses de la FNSP, 1974.

Favre, Henri, *L'État et la paysannerie en Méso-Amérique et dans les Andes*, París, CREDAL-ERSIPAL (documento de trabajo), 1980 (mimeografiado).

Fortes, Bonifacio, "Sergipe, democracia de poucos", *Revista Brasileira de Estudios Políticos*, enero de 1964, pp. 121-159.

Loret De Mola, Carlos, *Los caciques*, México, Grijalbo, 1979.

Miranda Ontaneda, Néstor, *Clientelismo y dominio de clase*, Bogotá, CINEP, 1977.

Reyes Posada, Alejandro, *Latifundio y poder político*, Bogotá, CINEP, 1978.

Rock, D., "Machine Politics in Buenos Aires and the Argentine radical party. 1912-1930", *Journal of Latin American Studies* (2), 1972, pp. 233-256.

Sabloff, L.W. Paula, *Caciquism in post-revolutionary Mexican ejido-grant communities*, Albuquerque (Nuevo Mexico), The University of New Mexico (Research papers series, nº 7), 1981 (mimeografiado).

Schryer, Frans, *Faccionalismo y patronazgo del PRI en un municipio de la Huasteca hidalguense*, México, El Colegio de México (Cuadernos del CES), 1976.

Valenzuela Ramírez, Jorge, *Producción arrocera y clientelismo*, Bogotá, CINEP, 1977.

Vasco Montoya, Eloísa, *Clientelismo y minifundio*, Bogotá, CINEP, 1978.

8. IDEOLOGÍAS: POPULISMOS, "DESARROLLISMO", CASTRISMO

El capítulo precedente, consagrado a formas más o menos rústicas o modernizadas de manipulación de la soberanía popular y de los ciudadanos, difícilmente dejaba prever que florecieran en ese continente ideologías singulares. Por lo menos si por ese término se entiende no ideas y visiones del mundo sino un cuerpo de concepciones sociales, que informan la acción colectiva, ya sea que aparezcan bajo la forma de doctrina política o estén desprovistas de contenido propiamente ideológico en el sentido estricto del término. En realidad, en América Latina ciertos tipos de estrategias, de regímenes o de sistemas políticos y sus garantes ideológicos presentan una innegable especificidad. Son esas manifestaciones políticas propias de las realidades históricas del continente las que vamos a examinar dejando de lado las ideologías universales (democracia o comunismo por ejemplo), aun cuando ocupan allí un lugar decisivo. Con esos perfiles ideológicos fuertemente enraizados, salimos de la prehistoria de lo político para abordar los debates y problemas más actuales y más álgidos de la América de hoy. Presentaremos los diferentes "temas" por orden estrictamente cronológico. El primero, el populismo, prolonga en otro plano los mecanismos de clientelismo de Estado descritos en las páginas anteriores; veremos en seguida el desarrollismo, y luego las diferentes posturas de los socialismos criollos, del castrismo al sandinismo y otros más.

Los populismos: ¿despotismo ilustrado o socialdemocracia dura?

No es posible leer un diario o un libro de historia contemporánea en casi cualquier país de América Latina sin tropezar con el término populismo del cual se usa y abusa. Ese concepto, por su misma frecuencia e imprecisión, parece reser-

vado a un fenómeno original que no puede ser aprehendido con el vocabulario político europeo. ¿Se trata de un esfuerzo para emanciparse de la tutela semántica de los conceptos "centrales"? Loable empresa en verdad, si esta noción históricamente confusa no fuera un instrumento de análisis bastante defectuoso. Para el historiador del mundo occidental, y para el "hombre decente" que posee algunos rudimentos de cultura histórica, el populismo se aplica en efecto a la cólera de los agricultores del *middle west* contra los políticos y financieros de la costa este de Estados Unidos, o más aún, casi en la misma época, los arranques anarco-bucólicos de los *narodniki* rusos, esos intelectuales impresionados por la miseria de los mujiks y que se acercaban al pueblo. El término remite pues a realidades muy heterogéneas y sin puntos comunes. En su acepción estrictamente latinoamericana, la terminología no es más satisfactoria.

En primera se trata de un término peyorativo. Nadie se dice o pretende ser populista. La ausencia de rigor de este concepto es tan grande que resulta un tanto difícil situar el nivel de análisis al cual remite este epíteto casi infamante: ¿partido, régimen, líderes o políticas seguidas? Para delimitar su sentido fuertemente connotado, es preciso dejarse llevar por las palabras y su aura. ¿Qué evoca el término si no caudillos urbanos adulados por las masas y generalmente acusados de demagogos? Nombres: Perón, Vargas, pero también Velasco Ibarra en Ecuador. Así la mayoría de las definiciones muy poco satisfactorias del populismo son resultado de una concepción moral y hasta moralista: liberales o marxistas, consideran este fenómeno como una aberración censurable. Es así como se considera a los regímenes populistas dictaduras demagógicas que se apoyan en las clases populares urbanas. En esos análisis se insiste con facilidad en la dimensión carismática del jefe —lo cual fue generalmente cierto pero quizá no lo era en el caso de Getúlio Vargas— y sobre todo en la irracionalidad de las masas y su emotividad que las llevó a seguir al mal pastor. Cierto, no hay duda de que el prestigio de los líderes "populistas" absolutos ante las masas urbanas ha alcanzado cumbres de popularidad y fidelidad extraordinarias. Perón, el líder, "el primer trabajador", no sólo no perdió a sus partidarios en dieciocho años de exilio, sino, como lo atestigua su triunfal reelección en

1973, ganó más, a tal grado parecía en Argentina en la década de los sesenta que la frase atribuida a Malraux sobre el gaullismo convenía aún más al jefe del justicialismo: ¡todo el mundo es, ha sido o será peronista! Vargas, "el padre de los pobres", fue reverenciado como mártir religioso en los medios populares brasileños tras su suicidio en 1954. Velasco Ibarra, el "apóstol de los olvidados" ecuatorianos, elegido cinco veces presidente, decía: "Denme un balcón y reconquisto el poder." Sin embargo también se bautizó de populista cierto período del régimen posrevolucionrio mexicano caracterizado generalmente como una "dictadura impersonal" del partido oficial. En cuanto a las interpretaciones que hacen hincapié en la responsabilidad "culpable" de las masas en la aparición de esos regímenes "destructores", no parecen muy convincentes que digamos.

Veamos. Un teórico de la izquierda marxista chilena define al populismo como "un virus patológico del movimiento obrero [. . .] la manifestación de un retraso ideológico y político de las masas".[1] En Argentina, el peronismo, fuera de su identificación coyuntural o fundamental con el "nazifascismo",[2] ha sido objeto, desde el punto de vista de sus relaciones con la clase obrera, de dos interpretaciones: una polémica, que manifiesta el despecho de los jefes del socialismo democrático ante el "abandono" de las masas, la otra sociológica, basada en una investigación histórica. Según la primera, la clase obrera argentina vendió su libertad por un plato de lentejas al aceptar apoyar la tiranía. Según los autores partidarios de la segunda interpretación, el éxito del peronismo proviene de la existencia de una "nueva clase obrera", procedente del éxodo rural, sin tradiciones sindicales o políticas y a la que la política paternalista del coronel Perón supo ganarse.[3] Vemos fácilmente que se trata, poco más o menos, de dos presentaciones diferentes de una misma opinión. Es la que el partido comunista argentino expresa en la jerga estereotipada leninista con una elegancia consumada cuando afirma que debe "hacer volver al proletariado argentino a las organizaciones de la clase obrera".

Para algunos autores, el populismo se confunde con políticas de distribución de ingresos. Es en ese sentido en el que se consideró que el partido socialista chileno presentaba rasgos de populismo, o en el que Alain Touraine señala que el fracaso de la Unidad Popular en 1973 marca el final del populismo en la política chilena. Algo hay de cierto en esta apreciación. El peronismo se ajusta bien en su primer período y en su objetivo ideológico a esta definición parcialmente justa. Pero en cambio, los historiadores de Brasil no lo aceptarían en lo concerniente a los comienzos del getulismo. Aunque el debate esté lejos de haberse cerrado en lo referente a este punto, parecería que, de 1930 a 1945, los salarios de los obreros no hubieran tenido, a pesar de la instauración del salario mínimo, un verdadero salto hacia adelante, muy por el contrario.[4] ¿Cómo ver más claro si no queremos conformarnos con asimilar simplemente el populismo a los "partidos de masa" (*mass politics*), o a los sistemas políticos movilizadores del Tercer Mundo en general? Si todos los partidos populares policlasistas de América Latina, de la democracia cristiana chilena a la Acción Democrática de Venezuela, pertenecen a la categoría populista, simplemente hay que concluir que ésta no tiene ninguna pertinencia. Lo cual no creemos. Todavía falta, para delimitar un fenómeno en su consistencia, aprehender la especificidad de su contexto histórico y de sus situaciones políticas privilegiadas.

A pesar de la variedad de las experiencias nacionales, la era de los populismos se sitúa históricamente en límites fácilmente ubicables: entre 1930 y mediados de la década de los cincuenta. Getúlio Vargas domina la vida política brasi-

[1] Fernando Mires, "Le populisme", *Les Temps Modernes*, junio de 1979.

[2] Para una discusión histórica y sociológica de esta calificación, véase Peter Waldmann, *El peronismo (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981, y la polémica además, Juan José Sebrelli, *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Legasa, 1983.

[3] Véanse principalmente las obras de Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1971, y "El surgimiento del peronismo, el rol de obreros y de los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, 13 (51), octubre-diciembre de 1973, y los comentarios de Peter Smith y Tulio Halperín Donghi, respectivamente en la misma revista, julio-septiembre y enero-marzo de 1975. Véase asimismo Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

[4] Robert Rowland, "Classe operaria e Estado de compromisso (orígenes estructurais da legislação trabalhista e sindical", *Estudos Cebrap* (São Paulo), abril-junio de 1974, pp. 5-40.

leña de 1930, fecha de su llegada al poder como presidente provisional, a 1954. Derrocado en 1945 tras quince años de presidencia, ocho de los cuales fueron de dictadura, es presidente democráticamente elegido de 1951 hasta su muerte. Perón, que llegó al poder en Argentina en el marco del golpe de Estado militar de 1943, es elegido presidente en 1946 y echado por los militares en 1955. Su segundo y tumultuoso regreso al poder en 1973 no puede decirse que sea cosa de populismo. Velasco Ibarra, cinco veces presidente, dictador por vez primera en 1935, a pesar de un breve *come back* en 1960 y en 1972 cuando ocupa por algunos meses la presidencia, influyó en la vida política ecuatoriana de 1934 a 1956 esencialmente. La fase presuntamente populista de la revolución mexicana es situada por todos los autores entre 1930 y 1940, cuando no se la reduce a la presidencia de Lázaro Cárdenas. Esta concentración temporal merece que hagamos un alto.

El populismo parece pues corresponder a una coyuntura, la de las décadas de los treinta y cuarenta cuando se dieron a la vez la desorganización de las corrientes comerciales tradicionales, y la crisis de los sistemas agroexportadores. Esos dos fenómenos estrechamente ligados provocan en todas partes dificultades para mantener el esquema de dominación oligárquico que prevalece hasta entonces. En los países más desarrollados, el fortalecimiento del sector industrial, las transformaciones ocurridas en los equilibrios sociales en función del cambio del polo dinámico de la economía, crean una situación a la vez de vacío político y de disponibilidad de las clases populares nuevas o viejas pero que ahora escapan a los controles tradicionales. En Argentina, el crecimiento del proletariado urbano tropieza con la ceguera de las clases poseedoras y de las élites conservadoras. En Brasil, asimismo, la galopante urbanización durante este período y la "movilización social" —en el sentido de Karl Deutsch y de los teóricos de la modernización— a la que conduce coinciden con las disputas interoligárquicas que desembocan en el desmantelamiento de la "vieja república" exigida por las clases medias emergentes. En Ecuador, las migraciones internas debidas a la gran crisis multiplican a los marginales que escapan al control clerical-conservador de la Sierra y no caen bajo la férula de los liberales que los ignoran y les temen. El subproletariado de Guayaquil, formado en gran parte por grupos expulsados del sector rural tradicional proporciona, tras la reacción conservadora de 1932, la mayor parte de las tropas y del público de Velasco Ibarra. En México, el populismo, sus reformas sociales y su discurso obrerista, según algunos autores,[5] estaban destinados a conjurar una verdadera revolución social. Fue de alguna manera una política "contrarrevolucionaria" destinada a frenar el movimiento campesino independiente desencadenado por la revolución y a incoporar con este fin a los sectores obreros.

Esos regímenes llamados populistas aparecen pues como sistemas de transición que se esfuerzan por integrar las clases populares al orden político y social existente a través de una acción voluntaria del Estado. A este respecto podemos insistir en el aspecto de colaboración de clases de esas fórmulas políticas, en la subordinación, o por lo menos la ausencia de autonomía, de las organizaciones obreras; podemos igualmente subrayar el papel de "vacuna contra la revolución" que desempeñan en tales regímenes las políticas sociales, la retórica popular, y el reconocimiento bajo la égida del Estado de los sindicatos y las organizaciones campesinas. No obstante lo que sorprende por encima de todo y aparece pues en el centro mismo de la singularidad de esos regímenes, son los papeles contradictorios que asumen: recurren a la movilización de las clases peligrosas e intentan garantizar, al mismo tiempo —casi podríamos decir por ese mismo medio—, la conservación del modelo de dominación. Al remplazar modalidades pasivas y tradicionales de obtención del consentimiento de las clases subordinadas, esos regímenes no practican la exclusión por la fuerza, pero no por ello descansan en los mecanismos interiorizados y voluntarios empleados en las democracias liberales.

Sin duda de allí procede el aspecto de psicodrama ruidoso y a veces incomprensiblemente caótico que caracteriza a la ideología populista. La violencia verbal generalmente está en un primerísimo lugar. El "desmantelamiento simbólico" de las oligarquías, y hasta de los capitalistas o de las socie-

[5] Véase sobre todo Arnaldo Córdova, *La formación del poder político en México*, México, Era, 1975, pp. 29-33.

dades extranjeras, es frecuentemente invocado. Es "el caos en nombre del orden". De hecho, casi no se afectan los intereses de los grupos así atacados. Cuando se realizan, lo cual es raro, las reformas de estructura no rebasan el estadio embrionario. Desde luego hay que introducir matices. El velasquismo no es el cardenismo. La concepción étnica y cristiana de la vida social cultivada por el individualista conservador que es Velasco Ibarra no puede confundirse con el reformismo duro de la revolución mexicana bajo Cárdenas, caracterizado por la nacionalización del petróleo en 1938 y el ritmo relativamente acelerado impuesto a la reforma agraria. Con todo, hay puntos comunes entre esos hombres y esos regímenes. Si bien la personalización de un poder providencial es el elemento de semejanza más espectacular, ciertamente no es el más decisivo, ni el más central. Por lo demás, es un rasgo frecuente en América Latina, incluso en las democracias presidenciales, para no hablar del resto del mundo en desarrollo. La integración/cooptación de los trabajadores de las ciudades o de los campesinos, que se efectúa no contra las oligarquías locales sino contra la autoorganización de las clases populares, y las políticas sociales que la acompañan forman por el contrario la médula de la lógica populista. Esta política de "arriesgar un poco para ganar lo principal", cínicamente formulada por Perón en sus discursos de 1945-1946, se inscribe en diferentes formulaciones que resumen sus objetivos y métodos. Consiste según sus exégetas brasileños en "hacer la revolución antes de que el pueblo la haga", o, para los mexicanos más prácticos y prosaicos, en "dar un centavo para ganar un peso". Se trata de "revoluciones desde arriba" que lo cambian todo para que nada cambie, efectuando sobre todo "reformas autoritarias y con derecho de preferencia". En ese proyecto, el Estado es la institución clave, más que el presidente o el partido cuando los hay. El nacionalismo "popular" es la ideología común a esas diferentes experiencias.

La estatización de las organizaciones socioprofesionales, la transferencia de las lealtades hacia el Estado, identificado o no con un hombre, gracias a la satisfacción de demandas limitadas y sobre todo a un reconocimiento social inédito, sirven de marco a un estilo de gobierno paternalista y autoritario en el cual el clientelismo de masa burocratizado es

uno de los mecanismos esenciales de una organización ficticia. Al mismo tiempo, el Estado puede afirmar estar de parte de los obreros, a los que mantiene en libertad vigilada y en quienes se apoya. La ideología popular esgrimida concibe al "pueblo" como el conjunto de la comunidad nacional, dotada de intereses comunes de los que sólo están excluidas las minorías (el antipueblo) vinculadas al enemigo exterior. La conciencia de clase es ocultada por la "conciencia de masa". El nacionalismo solidarista contribuye a la integración política de los estratos subordinados y de las masas urbanas.

Ese sistema tiene sus límites. Siendo transitorio, sucumbe a la modernización de las sociedades. La transformación de una sociedad de masas en sociedad de clases es generalmente fatal a sus mecanismos de control. El Estado populista contribuye paradójicamente, por su predicación popular y por la organización de los trabajadores, la cual dirige, a la constitución de las clases y al surgimiento de una conciencia de pertenencia entre los obreros urbanos. En su dinámica ambidextra que oscila entre la movilización popular y la manipulación de las masas, es entonces la movilización la que triunfa y sus agentes tratan de romper el collar estatal al que están sometidos. La inversión del corporativismo populista en Brasil bajo el presidente Goulart (1961-1964) es reveladora al respecto. ¿Acaso el aparato sindical integrado al Estado no parecía funcionar en un sentido diametralmente inverso a aquel para el que había sido programado, al grado de que el espectro de una república sindicalista obsesionaba las mentes de los opositores? En Argentina bajo el segundo peronismo (1973-1976), los sindicatos burocratizados, en el pináculo de su poderío, eran por el contrario desbordados por la combatividad obrera que se ejercía a costa suya. El encanto populista había dejado de operar. Esas instituciones de encuadramiento social que funcionan en otros contextos históricos y políticos ¿sólo son simples supervivencias? La historia de las próximas décadas en Argentina y Brasil nos lo dirá.

El "desarrollismo" y la modernización capitalista sacralizada

"Desarrollismo", el término es poco elegante, pero al menos, a diferencia del populismo, fue forjado por sus propios creadores y partidarios. Las más bellas muestras de esa corriente política aparecieron en Brasil donde una institución, el ISEB (Instituto Superior de Estudos Brasileiros), contribuyó a popularizar y defender esas tesis mientras que en Argentina, a principios de la década de los sesenta, como se ha dicho, el desarrollo de la ideología parecía triunfar sobre la ideología del desarrollo, tan densa era la producción. Las ideas defendidas por los desarrollistas fueron puestas en práctica principalmente por el presidente Juscelino Kubistschek en Brasil (1956-1960) y por Arturo Frondizi (presidente de 1958 a 1962) en Argentina.

Esas tesis son simples, si no es que simplistas. Consisten en sacralizar de alguna manera el crecimiento industrial identificado con el progreso o la "civilización". El frenesí del desarrollo, muy difundido entre los ejecutivos y la burguesía comercial o industrial en las décadas de los cincuenta y sesenta, se incorpora al nacionalismo populista en los países más avanzados de América Latina. El México del desarrollo estabilizador no escapa de esta corriente de pensamiento de agresivo optimismo. La alianza de los productores, en el sentido sansimoniano, con el pueblo de los populistas, debe establecer las bases para una industrialización a marchas forzadas que resuelva los problemas del país. Esta arriesgada aceleración del industrialismo permite rechazar cualquier reforma y criticar las políticas redistributivas en nombre de los imperativos de la producción. La reforma agraria en los países donde el bloqueo agrícola se debe de manera patente a la concentración territorial es considerada arcaica y superada: hay que introducir la técnica en el campo. De esta manera un neocapitalismo dinámico, y accesoriamente social, no se opone en nada a los intereses tradicionales si es que éstos se modernizan. Sobre todo porque los partidarios de ese nuevo culto al progreso consideran indispensable la alianza de clases para su proyecto así como la subordinación del enfrentamiento entre patrones y trabajadores a los objetivos comunes del desarrollo.

Esta "desviación mercantilista del mito del desarrollo" tiene por objetivo último la grandeza nacional a través de la industria y la técnica. Pero ese nacionalismo de los fines no selecciona los medios. Para ello no distingue, como otros tipos de nacionalismo más frecuentes, los orígenes de los capitales invertidos: poco le importa que sean nacionales o extranjeros. Todo capital es bueno si contribuye al "progreso". Esta ideología de la sucursalización voluntaria es también antiideológica en el sentido de que los desarrollistas rechazan cualquier distinción derecha/izquierda no sólo en nombre de la unidad nacional indispensable, sino sobre todo en función de otra discrepancia, la de la modernidad y el arcaísmo. La tecnolatría de ese voluntarismo industrialista está generalmente llena de un optimismo sin límites ni márgenes ilustrado por el lema de la presidencia Kubitschek: "Cincuenta años en cinco años", y más simbólicamente todavía, en el espacio, el plano en forma de arco de esa utopía sansimoniana diseñada por Lucio Costa y construida bajo Kubitschek que es Brasilia, la nueva capital de Brasil.

Juscelino Kubitschek no sólo es el hombre de la *nova cap* (la nueva capital) erigida en el vacío del Planalto en el centro de un país regionalmente desequilibrado. Puso en ejecución una política de industrialización activa que hizo entrar a Brasil en la era de los bienes de consumo duraderos y de la producción de bienes de equipo. Para la industria brasileña hay un antes y un después de la presidencia JK, como se la llamaba familiarmente. Recurriendo al capital extranjero en el marco de un ambicioso "plan de objetivos" (*plano de metas*), Kubitschek rompe paradójicamente con la orientación nacionalista de la última presidencia Vargas, caracterizada por la instauración del monopolio de Estado del petróleo, cuando es apoyado por los partidos laborista (PTB) y socialdemócrata (PSD), ambos creados por Vargas. Período de euforia y de ciega confianza en el radiante futuro del país, la presidencia *desenvolvimentista* de Kubitschek, durante la cual el crecimiento industrial alcanza una tasa cercana al 10% anual gracias a un elevado nivel de gasto del gobierno central, para gran perjuicio de los monetaristas que claman contra la catástrofe y también de las clases desfavorecidas, pues el nuevo modelo de desarrollo implica una redistribución regresiva de los ingresos con miras a crear un mercado

propicio para los bienes de consumo duraderos. La entrada de Brasil en la era del automóvil es también la época en que una fuerte concentración de los ingresos se vuelve funcional para el desarrollo.

En Argentina, el émulo de JK, Arturo Frondizi, tuvo menos éxito que su modelo. Llegado al poder en 1958 gracias al apoyo electoral del peronismo proscrito, no logra conservar ni el apoyo ni siquiera la benévola neutralidad de los sindicatos y de las clases populares duramente golpeadas por un plan de estabilización establecido sobre la base de las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional, cuya ayuda financiera fue solicitada para corregir equilibrios económicos que estaban en situación crítica. Si bien el clima de la presidencia "frondizista" está lejos de ser tan embriagador como el del mandato de Juscelino en Brasil, hallamos allí la apertura a los capitales extranjeros y el establecimiento de industrias de bienes de consumo duraderos. La industria automovilística se desarrolla en Córdoba, se permite a las compañías petroleras extranjeras explotar el petróleo argentino, lo cual provoca la indignación de los medios nacionalistas. Varios organismos de desarrollo tecnológico, tanto en el terreno agrario como en el de la industria, reciben un impulso sin precedente. No obstante el primer gobierno civil posperonista, amenazado desde su llegada al poder, atrapado entre los militares y los sindicatos, es asfixiado por sus propias maniobras de supervivencia. Su gran proyecto se reduce a una industrialización desordenada, a la vez anárquica y espontánea, donde las empresas extranjeras se establecen con fines más especulativos que productivos para gozar de las elevadas barreras arancelarias al abrigo de las cuales operan. En marzo de 1962, Frondizi, a pesar de su habilidad maniobrista, es derrocado por un golpe de Estado militar. El ejército le reprocha a la vez favorecer el comunismo y manifestar una indulgencia demasiado grande para con los peronistas.

El "nacional desarrollismo" de Kubitschek y de Frondizi aparece como una manera original de hacer compatibles un nacionalismo capaz de canalizar las tensiones sociales y la dependencia con respecto a los capitales extranjeros considerados indispensables para pasar a un estadio superior de desarrollo industrial. Esta ideología está en el centro de la

práctica económica del México de la década de los sesenta. La volvemos a hallar en Argentina bajo una forma autoritaria, de donde está excluida cualquier retórica populista, de 1966 a 1970, bajo el gobierno del general Onganía. Aunque aún no sea discernible, está presente también en Brasil entre 1969 y 1984; sirve de base al "milagro brasileño" y al ambicioso plan de desarrollo del general Geisel (1974-1978). Esta estrategia conservadora de desarrollo, mediante el empleo de capitales extranjeros particularmente, parece formar parte del esquema defensivo de las élites tradicionales más ilustradas para mantener el sistema de dominación. Sin duda su éxito se debe a ello.

Las estrategias de los socialismos criollos: castrismo, sandinismo...

El socialismo no es una idea nueva en América Latina, pero antes de 1961 ningún Estado había afirmado ser marxista-leninista en este continente. Todo comienza con Cuba. Todo en ese terreno, desde entonces, gira en torno a la gran isla del Caribe, y del hombre que la gobierna y encarna su régimen socialista. El castrismo del primer momento, antes de ser más o menos normalizado después de 1968, es a la vez una estrategia y un fenómeno continental. Las otras variedades del socialismo criollo o de los movimientos revolucionarios se sitúan en relación con él.

Analizar la ideología castrista en su originalidad y su práctica, no es ni describir los cambios de la sociedad cubana desde 1960, ni seguir la evolución del gobierno revolucionario cubano, y mucho menos hacer un catálogo de las variedades de experiencias marxistas-leninistas del continente. Se trata de ver cómo durante sus diez primeros años —antes de la adopción del modelo soviético—, y quizá también después, la revolución cubana propuso al conjunto de movimientos revolucionarios de la región una clave y tácticas de transformación sociopolítica, y la repercusión que éstas pudieron tener.

Conviene recordar ante todo algunas fechas y algunos datos. En enero de 1959, el régimen del dictador Batista se viene abajo. El "ejército rebelde" comandado por Fidel Castro

hace su entrada en la Habana. Una revolución comienza: revolución popular dirigida por un movimiento de liberación nacional que no afirma ser oficialmente marxista sino partidario de Martí, "el apóstol de la independencia cubana". Esta revolución que dice ser "humanista" es ante todo agraria y antimperialista, es decir antiestadunidense. No olvidemos que Cuba es una especie de protectorado de Estados Unidos y una prolongación tropical y dominada de su economía. Podemos interrogarnos sobre la fecha de la conversión al marxismo-leninismo de Fidel Castro. ¿Evolución o duplicidad, toma de conciencia o táctica? Los partidarios de las dos escuelas no han terminado de discutir. Sin duda conocemos mejor la fecha de adhesión tardía (¿1958?) del Partido Socialista Popular, nombre del partido comunista ortodoxo cubano, a la lucha de los guerrilleros de la Sierra Maestra. Ese PC estuvo cerca de Batista, quien contó en 1942 con dos comunistas en su gobierno. A partir del asalto al cuartel Moncada en 1953, estigmatizó a Castro y sus compañeros como alcistas y "pequeñoburgueses". Más tarde, uno de los líderes del PSP reconocería que "la revolución cubana es la primera revolución socialista que no fue hecha por un partido comunista". No será la última, ni en el mundo ni en el continente. Sea lo que fuere, a causa de cierta cantidad de circunstancias apremiantes, y sobre todo de la asperísima reacción de Estados Unidos ante la política de nacionalización de las nuevas autoridades, Cuba, tras haber roto con Washington, se proclama socialista en abril de 1961. Un Estado socialista acaba de nacer a menos de 150 km de las costas norteamericanas. La Unión Soviética se mostró primero reticente a reconocer ese socialismo no total pero, desde julio de 1960, una ayuda económica soviética muy activa permitía al régimen sobrevivir a pesar de las sanciones de Estados Unidos. Sin embargo, de 1962, año de la "crisis de los misiles", en el cual no sólo ocurrió el enfrentamiento de las dos "K" (Jrushov* y Kennedy) sino sobre todo, desde el punto de vista cubano, el retiro de los misiles soviéticos sin consulta previa con el gobierno de La Habana, hasta 1968, las relaciones cubano-soviéticas son conflictivas y tensas. En el conflicto sino-soviético que entra entonces en su fase aguda, Cuba

* La transcripción francesa es Khrouchtchev, de allí las dos "K".

no elige su bando sino que a pesar de la ayuda soviética no da la razón a ninguno de los dos rivales. En enero de 1966, en la reunión Tricontinental que se lleva a cabo en La Habana, un nuevo eje revolucionario tercermundista y no alineado que une a Vietnam del Norte, Corea comunista y Cuba parece ver la luz. Ni la Unión Soviética ni China están representadas en los órganos directores de la conferencia.

Estados Unidos, además del embargo económico y la malograda tentativa de invasión mercenaria de Bahía de Cochinos, aprovecha el gran temor desencadenado por el castrismo en América Latina para hacer que se excluya a Cuba de la Organización de Estados Americanos en Punta del Este, en enero de 1962. Puesta al margen de las naciones latinoamericanas, Cuba responde con la "segunda declaración de La Habana", que define la vía cubana al socialismo, y lleva la iniciativa revolucionaria a todo el continente. Al ya no tener relaciones diplomáticas con los estados latinoamericanos, excepto México, Castro exportará la revolución tal como la concibe ayudando y entrenando a los grupos armados revolucionarios que se dicen partidarios de su experiencia. En 1967 aparece *La revolución en la revolución*, teorización de Régis Debray sobre la vía cubana. En agosto del mismo año comienza la Conferencia de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), una internacional, dominada por Cuba, creada contra los partidos comunistas ortodoxos que han elegido la vía "reformista", pacífica o parlamentaria y no "quieren hacer la revolución" según las recetas castristas. Es la proclamación solemne del compromiso revolucionario internacional de Cuba. Pero es también el canto del cisne de ese activismo armado y heterodoxo. La muerte del Che Guevara, en octubre de 1967 en Ñancahuazú en Bolivia, marca simbólicamente el fracaso de una lucha armada continental que la Unión Soviética no aprobaba. Cuba, enfrentada a graves problemas económicos, entra en un período de repliegue y alineamiento con Moscú tanto al exterior como al interior donde el modelo soviético de colectivismo centralizado remplaza la desordenada espontaneidad de la primera etapa. Para algunos, Castro dejó de ser castrista. A fines de 1968, La Habana aprueba la invasión de Checoslovaquia por los ejércitos del Pacto de Varsovia.

El castrismo, más allá del aura romántica que rodea a la

isla caribeña que desafía al gigante norteamericano, o al "primer territorio libre de América", es ante todo una estrategia revolucionaria en firme y espectacular oposición con la táctica de espera de los partidos comunistas del continente. Esta estrategia descansa en la lucha armada de una vanguardia revolucionaria. El socialismo está al final del fusil. Pero a partir de la constitución de un foco de guerrilla rural y no por la lucha de masas campesinas organizadas o como consecuencia de una larga marcha bajo las órdenes del partido. Por lo demás el ejército de guerrilla precede al partido. El poder revolucionario es irradiado a partir del foco guerrillero. La Acción precede al Verbo. No es necesario esperar que las condiciones objetivas de la Revolución estén reunidas, el levantamiento armado puede crearlas. "El deber de todo revolucionario es hacer la revolución." Por ello las estrategias de alianza de las fuerzas de izquierda tradicionales son rechazadas. Por lo demás, para el análisis castrista las burguesías latinoamericanas no son sino precursoras del imperialismo, la etapa democrática burguesa es rebasada en América Latina. Si bien el castrismo en su primer período humanista afirma ser seguidor de Martí, el héroe de la emancipación cubana, su proselitismo regional niega las fronteras y la soberanía de los estados en nombre de la "gran patria" bolivariana y de un ideal de unidad continental que ninguna corriente política, ni siquiera el APRA en la década de los veinte, había hecho vibrar con tanta seguridad y éxito. Por lo demás la estrategia castrista es continental. Echan a la cara del imperialismo y sus aliados las provocadoras consignas: "crear el mayor número posible de focos de guerrilla", "uno, dos, tres Vietnams", "la cordillera de los Andes será la Sierra Maestra de América Latina". En realidad fue la tumba del Che y de las esperanzas revolucionarias de Cuba. Esta teoría del atajo revolucionario, latinoamericanista, espontaneísta, y lista para aplicarse, tuvo cierto eco en el continente. Ese "voluntarismo revolucionario" que no parecía tomar en cuenta ni condiciones nacionales, ni coyunturas, estimulaba la impaciencia de la juventud y el hastío de algunos viejos militantes. La mística militarista y el romanticismo de la metralleta iban, durante una decena de años, a engendrar un optimismo revolucionario inédito en la izquierda latinoamericana. Los partidos leninistas se opusieron, casi todos, a ese aventurero cortocircuito estratégico que, según palabras de Lenin, "erigía la impaciencia en argumento teórico". Con un par de excepciones, todos los partidos comunistas ortodoxos condenaron la lucha armada pero manifestaban su solidaridad con Cuba. Sólo el PC venezolano, aunque el país sea desde 1958 una democracia, se lanzó a la insurrección armada, no sin manifestar graves divergencias tácticas con Castro. Militarmente diezmado, y al margen de la ley, el PC venezolano estuvo a punto de desaparecer como partido político. El PC uruguayo manifestó su simpatía por la estrategia castrista pero no la adoptó; se conformó con capitalizar la popularidad de Castro presentando en las elecciones de 1966 un frente de izquierda bautizado Fidel (Frente de Izquierda de Liberación). En Chile, si bien el partido comunista sigue vinculado a la organización de masas urbanas y a las amplias alianzas parlamentarias, el partido socialista, fiel a su ideología de liberación continental y revolucionaria, apoya la línea cubana, sin aplicarla. Estará presente en la OLAS en La Habana. Se creó una sección local de la OLAS en Santiago cuya presidencia es confiada al secretario general del PS. Las más de las veces, los grupos guerrilleros que se lanzan a la lucha armada nacen de escisiones de los partidos de izquierda o de partidos populares, o bien espontáneamente de grupos de estudiantes radicalizados como el MIR chileno, y hasta de jóvenes oficiales alcistas como, en Guatemala, el MR 13 (Movimiento Revolucionario del 13 de noviembre). Los MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) provienen en Perú o Venezuela de la ruptura del ala izquierda de partidos socialdemócratas o de centro izquierda: el APRA rebelde en el primer caso, la izquierda de la Acción Democrática, el partido del presidente Betancourt, en el segundo. Se prenden focos de guerrillas rurales de tipo castrista en Argentina, Brasil, Colombia, Guatemala, Perú, Venezuela sobre todo, destinados al fracaso constante. Una serie de sangrientos reveses que inscriben en el panteón revolucionario a las figuras del Che Guevara o del cura guerrillero Camilo Torres, tendió a probar el carácter excepcional del modelo cubano, la imposibilidad de verlo repetirse en las condiciones de activa vigilancia contrarrevolucionaria de la década de los sesenta.

Si bien la guerrilla rural, castrista o no, que a menudo ha

tomado el relevo de las guerrillas liberales de la época de la violencia, se prolonga en Colombia con diversas fortunas hasta 1985, desaparece en casi todos los demás países, destruida o replegada y en espera de mejores días. Tendrá algunos resurgimientos tan miméticos como desastrosos cuando son aislados. En 1974, el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), formado por trotskistas disidentes, establece en Argentina un importante foco de guerrilla en la selva subtropical de la provincia de Tucumán, en el norte del país; tardará el ejército más de año y medio para liquidarlo. La guerrilla maoísta de Araguaia en los agitados confines del Pará, del Goiás y del Mato Grosso en Brasil, en la década de los setenta, no tuvo mejor suerte. En la misma época, es en la guerrilla urbana donde encarna el sueño "guevarista". En Brasil, un disidente del comité central del PC, Carlos Marighela, pasa a la acción directa con un esquelético Ejército de Liberación Nacional. Sucumbe en noviembre de 1969 bajo las balas de la policía. En Uruguay, el Movimiento de Liberación Nacional de los Tupamaros, organización clandestina, comienza por denunciar mediante actos de violencia simbólica los escándalos, la corrupción y la penetración económica extranjera. Pero cuando esos "Robin Hood" nacionalistas y respetuosos se deslizan hacia la guerrilla revolucionaria y acometen contra las fuerzas del orden, la escalada de la lucha armada les es fatal. La ofensiva del ejército encargado de terminar con el contrapoder de los Tupamaros pone igualmente fin a la frágil democracia uruguaya en 1973. En Argentina, al lado del ERP, los Montoneros, que afirman ser peronistas revolucionarios, tras haber contribuido, por sus atentados bajo el régimen militar, al regreso de Perón al poder, vuelven a pasar a la clandestinidad en septiembre de 1974 tratando de arrastrar con ellos a la Juventud Peronista y a toda el ala izquierda del movimiento. Una despiadada guerra secreta opone entonces la derecha peronista y sus "escuadrones de la muerte" a la izquierda y sus Montoneros. Conocemos el desenlace. El 24 de marzo de 1976, los militares vuelven a tomar el poder. Instauran un Estado terrorista que pretende atacar la subversión en la raíz, deteniendo, asesinando o haciendo desaparecer no sólo a los guerrilleros sino a sus simpatizantes, a los opositores y en general a todo el que piense mal, sindicalistas o intelectuales.

Las razones de la victoria del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, que derrocó la dictadura de los Somoza en julio de 1979, residen en parte en la crítica de las experiencias anteriores. Los sandinistas tardaron dieciocho años para tomar el poder. Repudiaron pues la impaciencia y el "inmediatismo" de las guerrillas foquistas. Abandonaron igualmente el militarismo y el radicalismo sectario que aislaban a los guerrilleros, no sólo separándolos de las masas donde no se sentían como peces en el agua, ya fuera porque no había agua —lo cual a menudo ocurrió en los focos andinos fundados en las regiones despobladas—, o porque no se había hecho ningún "trabajo" político para obtener el apoyo y la complicidad de los estratos populares. Recurriendo esencialmente al sentimiento nacional y a referencias nicaragüenses, exaltando la figura heroica de Sandino, se esforzaron por crear coaliciones muy amplias con todas las tendencias, grupos sociales u organismos que compartieran sus objetivos principales, sin espantarlos inútilmente con proclamaciones bolcheviques o marxistas-leninistas. Finalmente, en el plano internacional, la búsqueda de apoyos amplios en países no revolucionarios fue decisiva. Costa Rica contribuyó más a la victoria sandinista que Cuba.

Un camino similar tomaron las oposiciones armadas de El Salvador y Guatemala, aparecidas mucho antes de 1979. Así como Cuba podía volverse a producir justamente porque los "barbudos" habían triunfado, es dudoso que la victoria sandinista pueda repetirse en las mismas condiciones. No obstante en ambos países se halla la misma voluntad de evitar los escollos simétricos de la vía revolucionaria, "el pueblo sin armas o las armas sin el pueblo", la de crear frentes amplios y obtener un apoyo internacional muy diversificado. El caso de El Salvador es ejemplar a este respecto puesto que el FDR (Frente Democrático Revolucionario) agrupa partidos políticos pero también "organizaciones de masas" civiles —sindicatos, asociaciones de campesinos— y que cada uno de los cinco movimientos de guerrilla unificados en el FMLN (Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional)[6] está vinculado con una de esas organizaciones que

[6] Farabundo Martí (1893-1932) es como Sandino o José Martí un héroe nacional, pero es también uno de los fundadores del partido comunista sal-

desempeñaron un gran papel político antes de que estallara una verdadera guerra civil en 1979. Así, a las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) creadas en 1970, corresponde el Bloque Popular Revolucionario (BPR) nacido en 1975; al ERP corresponde la Liga Popular del 28 de Febrero. ¿Quiere esto decir que los partidos mandan a punta de fusil y que los políticos tendrán la última palabra? Es dudoso cuando se sabe que ni Cuba ni Nicaragua se han liberado de una desviación militarista nacida en las montañas y ampliada tanto por la legitimación heroica de la revolución como por la agresión externa. Cualquiera que sea el papel real de Cuba en el surgimiento, fortalecimiento y mantenimiento de esos movimientos armados, es innegable que la referencia castrista jamás está ausente. Cuando no imitamos al hermano mayor que ha triunfado, es con él con quien nos medimos. Si bien el castrismo está muerto en América Latina, tiene numerosos y vigorosos nietos. Por lo demás, desde 1956, la lucha armada revolucionaria nunca ha cesado en ese continente.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Avec Douglas Bravo dans les maquis vénézuéliens, París, Maspero ("Dossiers partisans"), 1968.

Brandi, Paulo, *Vargas, da vida a historia*, Río de Janeiro, Zahara, 1983.

Caroit, Jean-Michel, Véronique Soulé, *Nicaragua. Le modèle sandiniste*, París, Le Sycomore, 1981.

Cueva, Agustín, "Interpretación sociológica del velasquismo", *Revista Mexicana de Sociología*, mayo-junio de 1970.

Cuvi, Pablo, *Velasco Ibarra, el último caudillo de la oligarquía*, Quito, Universidad Central, 1977.

Debray, Régis, *Revolución en la revolución*, La Habana, Casa de las Américas.

______, *La crítica de las armas. 1*, México, Siglo XXI, 1975.

______, *Las pruebas de fuego. La crítica de las armas. 2*, México, Siglo XXI, 1975.

Debrun, Michel, "Nationalisme et politique du développement au

vadoreño y uno de los dirigentes de la insurrección campesina de 1932 que le costó la vida.

Brésil", *Sociologie du Travail*, núms. 3 y 4 (64), julio-septiembre/octubre-noviembre de 1964.

Detrez, Conrad, *Pour la libération du Brésil* (en colaboración con Carlos Marighela), París, Éd. du Seuil, 1970.

Evans, Ernest, "Revolutionary movements in Central America. The development of a new strategy", en Howard J. Wiarda, *Rift and revolution. The Central America imbroglio*, Washington, American Entreprise Institute for Policy Research, 1983, pp. 167-193.

Gillespie, Richard, *Soldiers of Perón. Argentina's Montoneros*, Oxford, Oxford Clarendon Press, 1982.

Ionescu, Ghita, Ernest Gellner, *Populism, its meaning and national characteristics*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1969.

Jaguaribe, Helio, *O nacionalismo na atualidade brasileira*, Río de Janeiro, ISEB, 1958.

Sémidei, Manuela, *Les États-Unis et la révolution cubaine (1959-1964)*, París, Julliard ("Archives"), 1968.

Van Niekerk, *Populism and political development in Latin America*, Rotterdam, Rotterdam University Press, 1974.

Obras literarias:

Vargas Llosa, Mario, *Historia de Mayta*, Barcelona, Seix Barral, 1984.

TERCERA PARTE

LOS PROBLEMAS DEL DESARROLLO

1. LAS ETAPAS DEL DESARROLLO Y LOS PROCESOS DE INDUSTRIALIZACIÓN

Es difícil reducir a la unidad los problemas del desarrollo en América Latina, tan grandes son las disparidades de riquezas, estructuras y modelos económicos. Al lado de países de "menor desarrollo relativo", según la nomenclatura del Pacto Andino, se halla un "país menos desarrollado", PMA y sólo uno, Haití, pero varios países semindustrializados, ora clasificados como NIC (New Industrial Countries) ora catalogados como "países de industrialización avanzada". Si bien la mayoría de las economías son de tipo mixto, en el cual el Estado desempeña un papel importante, no son raras las políticas económicas abiertas, ultraliberales, y un Estado relevo de la economía estatal centralizada. Esas diferencias desaparecen un poco si se aborda el desarrollo industrial a través de la historia: vemos entonces que se perfilan sorprendentes paralelismos. Por el contrario, al hacer un catálogo de los recursos mineros o energéticos de los distintos países, podríamos creer que las diferencias se basan en objetos materiales, y que las evoluciones están determinadas por las potencialidades nacionales. Ahora bien, como veremos, nada de eso ocurre. También allí los hombres mandan. O por lo menos la riqueza natural no es garantía de despegue industrial, así como la ausencia de un recurso decisivo no impide el desarrollo.

Las fases del desarrollo

Historiadores y economistas concuerdan generalmente en considerar que las economías latinoamericanas han conocido en su conjunto tres fases, tres grandes etapas. Y a cada fase correspondían formas de industrialización si no distintas por lo menos con lógica propia. Aun cuando esta división puede parecer arbitraria, sin duda es útil para situar las modalidades dominantes de los procesos de cambio económico.

Esta trilogía clásica se compone de las siguientes partes:

1. Crecimiento extravertido: de 1860 aproximadamente a 1930, más tarde en los países de menor desarrollo.
2. Industrialización nacional, o desarrollo hacia dentro: de 1930 a 1960 aproximadamente.
3. Internacionalización del mercado interior después de 1960, a veces con veleidades de "sustitución de exportaciones" en el último período.

En lo concerniente al primer estadio, generalmente se habla más de crecimiento que de desarrollo, y hasta de crecimiento sin desarrollo. Los países latinoamericanos se integran al mercado mundial como proveedores de materias primas, productos mineros o agrícolas. Tratándose de productos mineros, su explotación prolonga la economía colonial. En Bolivia, la decadencia de las minas de plata del Potosí deja el lugar a ricos yacimientos de estaño del cual ese país se ha convertido en uno de los grandes productores mundiales. Todavía en 1971 el estaño constituía cerca del 50% de las exportaciones del antiguo Alto Perú. En cuanto a las economías agroexportadoras, han gozado del progreso de los transportes marítimos y de la enorme demanda de los países europeos en plena industrialización. Ese tipo de crecimiento se efectúa en el marco de una división internacional del trabajo bajo la égida de Gran Bretaña, primera potencia industrial y financiera mundial, prácticamente hasta 1930. Las naciones de América Latina se especializan pues en los bienes primarios y compran productos manufacturados en virtud de la teoría de las "ventajas comparativas", es decir de los costos comparados: la producción de carne de res y el trigo es menos cara en Argentina, el azúcar de caña es más barato que el de remolacha. A causa de esas teorías económicamente fundadas y de los intereses de las clases dirigentes, de la "metrópolis" y de las sociedades latinoamericanas, ese pacto neocolonial entre dos sectores exportadores complementarios provocó, por lo menos en un primer tiempo, la extinción de los gérmenes de industrialización local. Frente a la competencia europea y a las virtudes del librecambio, la pequeña industria artesanal se debilita y desaparece. Esto ocurre principalmente con la industria textil. La manta confeccionada por el telar local es remplazada por la manta industrial de Manchester, menos cara, más caliente. A menor

escala, hallamos el fenómeno de sustitución impuesto a las Indias por la dominación británica:[1] una fuerte industria de cotonadas fue así voluntariamente arruinada por la potencia colonizadora. Sin llevar el paralelo demasiado lejos, el librecambio es una de las causas de lo que se llamará el subdesarrollo en comparación con la situación de las economías "centrales".

Intervinieron otros factores que obstaculizaron la aparición de la industria moderna en la misma época. En primer lugar sólo una fracción de la población en el siglo XIX está integrada al mercado. La inmensa mayoría vive en economía de subsistencia o de semisubsistencia. No será sino más tarde cuando la urbanización acelerada, anterior a la industrialización, modificará totalmente la situación desde este punto de vista y creará el mercado indispensable para una economía moderna. Señalemos de paso que la victoria de los librecambistas no fue sencilla y que a menudo se obtuvo por la violencia luego de enfrentamientos y hasta de guerras civiles entre los partidarios del exterior, liberales o unitarios, y los defensores de las economías locales, de las provincias del interior, conservadores o federales. Es cierto que la relación internacional de fuerzas siempre actuó en favor de los liberales. Fuera de la dictadura autárquica y jacobina del Dr. Francia en Paraguay (1814-1840), ¿acaso triunfó siempre el librecambio impulsado por Gran Bretaña?[2]

Con todo, el propio dinamismo de la economía de exportación suscitó la industria, por varias razones. Ante todo la transformación y el condicionamiento de los productos agrícolas constituyen verdaderas actividades industriales. Los mataderos frigoríficos, el descerezado y secado del café y el cacao, las fábricas de azúcar que remplazan a los arcaicos molinos de azúcar forman el primer núcleo de la actividad industrial. Las infraestructuras indispensables para el crecimiento dirigido hacia el exterior —puertos, ferrocarriles, producción de gas y electricidad— conducen a toda una se-

[1] Véase a este respecto el *Discurso sobre el problema del librecambio*, de Karl Marx (1848), en Marx/Engels, *Escritos económicos varios*, México, Grijalbo, 1962.

[2] Sobre la extraña dictadura autocrática y estatizante del Dr. Francia, puede leerse el estudio del historiador cubano Sergio Guerra Vilaboy, "El Paraguay del Dr. Francia", *Crítica y Utopía*, núm. 5, 1981, pp. 93-125.

rie de actividades para o casi industriales: la aparición de talleres de reparación de los equipos importados a menudo desemboca en su producción parcial o total. Esas infraestructuras son generalmente financiadas por un aflujo de capitales extranjeros que dan un impulso decisivo a los primeros pasos de la industria. Además, los inmigrantes europeos, como vimos en un capítulo precedente, sobre todo en el Río de la Plata, al no poder adquirir tierras, se concentran en las ciudades y se consagran al artesanado, al comercio y luego a la pequeña industria. El desarrollo natural de la producción exportada, y de todo el entorno económico que le es necesario, acrecienta la mano de obra asalariada y los estratos medios urbanos. Así nace un verdadero mercado interior para el cual trabajan empresas que fabrican bienes de consumo corrientes más baratos —y a menudo de calidad menor— que los equivalentes importados en los terrenos de la alimentación, las bebidas (y sus envases, por tanto el vidrio), los muebles, la industria textil y la pequeña metalurgia. La protección natural impuesta por la desorganización de los intercambios internacionales durante la primera guerra mundial (1914-1918) provocó la reactivación y la expansión de esas industrias de productos corrientes. La supresión momentánea de la competencia europea dio un latigazo a las industrias existentes e hizo surgir otras, cuando la caída de los ingresos en divisas a veces ya no permitía importar. Si bien la guerra no tuvo el efecto milagroso sobre la industrialización que algunos autores han querido ver, no podemos subestimar totalmente su impacto. Sea lo que fuere, el número de las sociedades industriales en el estado de São Paulo aumenta más de diez veces de 1907 a 1920, mientras que el valor de la producción se multiplica por ocho.[3]

Sin embargo ese conjunto de actividades de tipo industrial es frágil: atomizadas y sin relaciones coherentes entre sí, esas actividades están condicionadas por el comercio internacional. Como se ha escrito, si bien la actividad de exportación es industrializante, también es fuertemente "antiindustrializante".[4] La dinámica del crecimiento primario

[3] Según Warren Dean, *A industrializaçao de São Paulo*, São Paulo, DIFEL, 1977, p. 99.

[4] Véase Pierre Salama, "Au-delà d'un faux débat: quelques réflexions

extravertido hace a la industria periférica y dependiente del sector productor de bienes exportables. Las transferencias de ingresos hacia las actividades industriales son siempre provisionales, revocables y subordinadas. No obstante, aun cuando las economías latinoamericanas son ante todo consideradas mercados para los productos manufacturados de los países centrales y una fuente de materias primas, la industria ha aparecido de manera estable y duradera desde principios de siglo. El surgimiento de algunos polos de crecimiento industrial cuya expansión no se limita a los lugares disponibles del mercado dejados por los mecanismos del sistema agroexportador, obedece a causas aún mal esclarecidas relacionadas con condiciones anteriores tanto subjetivas como objetivas a menudo locales. Hemos mencionado ya algunos de esos polos antiguos. En Monterrey, en México, la creación de fundidoras supuestamente se debió en parte al efecto disuasivo de un nuevo impuesto arancelario sobre las importaciones de mineral de hierro mexicano a Estados Unidos y a la llegada de capitales norteamericanos que aquél desencadenó. En Medellín, en la Antioquia colombiana, el florecimiento de una pequeña industria metalúrgica coincide con la crisis del café a principios de siglo y con la voluntad de los dueños de plantaciones de diversificar sus actividades económicas. La disponibilidad de capitales exigida por el cultivo del café y la frontera agrícola que creó permanentemente, se hallan asimismo en Medellín y São Paulo. La presencia de inmigrantes europeos como mercado, pero también como portadores de técnicas o capitales, desempeñó un papel no desdeñable en la industrialización paulista. No obstante el papel del Estado y de la protección arancelaria fue también decisivo. Esos fenómenos de industrialización primitiva autogenerada nos permiten comprender fácilmente la lógica de la segunda fase de la industrialización.

sur l'articulation des États-nations en Amérique latine", en Pierre Salama y Patrick Tissier, *L'Industrialisation dans le sous-développement*, París, Maspero, 1982, pp. 48-49.

La industrialización nacional

La importación de bienes manufacturados de alguna manera dio nacimiento al mercado interior. La industrialización va a intensificarse por la fabricación local de bienes hasta entonces importados. En la primera etapa, esta sustitución se efectúa a través de las empresas de capitales nacionales, primero de poca intensidad de capital y de tecnología relativamente sencilla. Son los períodos de crisis de los flujos comerciales internacionales los que, al poner en entredicho el esquema dominante de intercambio, aseguran condiciones propicias para la expansión y la aceleración del desarrollo industrial. A causa de la disminución de la capacidad para importar, la gran depresión de la década de los treinta y la guerra mundial de 1939-1945 obligan a las economías nacionales a producir *in situ* lo que no pueden comprar. Ese desarrollo muy vulnerable al restablecimiento del comercio internacional muy a menudo se mantuvo y prosiguió gracias al apoyo del Estado y a políticas proteccionistas. ¡Sin la prótesis estatal, el "desarrollo introvertido" difícilmente habría sobrevivido a las excepcionales condiciones que permitieron su auge! Asimismo, el establecimiento de políticas de ampliación del mercado interior por la estimulación del consumo popular favoreció el crecimiento sostenido del aparato industrial. Se comprende que los regímenes llamados populistas coincidan en el tiempo con ese tipo de industrialización.

Esta industrialización progresa gradualmente, de lo sencillo a lo complejo, en función de las necesidades de capitales y tecnología. Los primeros pasos de la industria recorren el terreno de los bienes de consumo no duraderos de poco valor agregado cuya fabricación a menudo utiliza una materia prima abundante en el país o fácil de obtener. Es el caso del tejido de algodón o de lana, de la alimentación, del mobiliario, de los cueros y pieles y de sus derivados finales. . . Generalmente siguen bienes de equipo sencillos, equipo para máquinas que sirven para tratar los bienes exportables. Finalmente nace la producción de bienes intermedios, y sobre todo la química tradicional así como la industria pesada, casi siempre por impulso del Estado. La aparición y los resultados de la siderurgia merecen una mención aparte.

Los altos hornos simbolizan durante este período la industrialización clásica a la manera del siglo XIX. Dado que se le sigue considerando la bandera de la independencia nacional, y que las preocupaciones militares están a menudo ligadas a su aparición, la siderurgia reviste un alcance político. Aparece como un umbral decisivo en la larga marcha del desarrollo. Por lo demás es sorprendente la gran cantidad de países que disponen de una capacidad de producción de acero en el subcontinente. Los desfases en el tiempo, la naturaleza de los obstáculos hallados y la identidad de los principales actores presentes en la puesta en marcha de las acerías ilustran la diversidad de los procesos de industrialización.

En Brasil, a causa de la negativa de las grandes sociedades siderúrgicas extranjeras y sobre todo de la US Steel de construir una acería, fue el Estado bajo la presidencia de Vargas, en 1941, el que asumió esta tarea. Los círculos económicos norteamericanos y sus relevos locales adictos al liberalismo parecen haber manifestado una franca hostilidad a un proyecto que consideraban contrario a la naturaleza de las cosas: ¿acaso Brasil no era un país agrícola y una reserva de materias primas? ¡Que los brasileños exporten su mineral de hierro en vez de producir a costos antieconómicos acero que no utilizan![5] Se ha discutido mucho acerca de las razones políticas que desembocaron, a pesar de los obstáculos, en la fundación de la Compañía Siderúrgica Nacional y luego en la creación de la gran acería de Volta Redonda en la línea Río-São Paulo, a 145 kilómetros de la capital. ¿Nacionalismo del *Estado novo* "getulista", razones de seguridad nacional y presiones militares? Sea lo que fuere, dado que Estados Unidos estaba en guerra, que necesitaba a Brasil y sus bases en el nordeste, aceptó contribuir a ese proyecto otorgando un préstamo del Eximbank; quizá también con el fin de evitar que Vargas se volviera hacia Alemania para obtener los medios necesarios para la ejecución de su proyecto de industrialización pesada. Por lo demás Roosevelt dio todas las fa-

[5] Véase sobre este punto el estudio de Luciano Martins en el capítulo V ("La sidérurgie et l'étatisme") de su libro *Pouvoir et développement économique. Formation et évolution des structures politiques au Brésil*, París, Anthropos, 1976, pp. 164 ss.

cilidades para la colaboración de empresas estadunidenses y el transporte del equipo necesario. Volta Redonda, fruto de la "negociación internacional", no comenzó a funcionar sino hasta 1947, produciendo 1 millón de toneladas de acero, cantidad llevada a 1.4 millones ulteriormente. Para numerosos analistas, Volta Redonda es una fecha clave del desarrollo brasileño, y los efectos múltiples de la fundición de acero contribuyeron a romper el modelo de dependencia hasta entonces en vigor en el marco del crecimiento hacia afuera. Volta Redonda, además de la absorción de tecnología que su puesta en marcha implicó, abrió la posibilidad de una industria metal-mecánica nacional y sobre todo de la industria automovilística. Sin embargo la siderurgia nacional habría tenido efectos movilizadores no sólo en una dirección (construcción, industrias mecánicas) sino también en la otra (explotación hullera). Sea lo que fuere, el éxito de Vargas es patente: el Brasil de la década de los cincuenta cubría ya una fracción importante de sus necesidades de acero, tanto en productos planos como en lingotes, y ahorraba divisas.

Desde entonces, la siderurgia brasileña aumentó sus capacidades de producción, dado que el Estado seguía desempeñando en esta expansión el papel principal. En 1953 se fundó la Cosipa (Compañía Siderúrgica de São Paulo), controlada en un 98% por el gobierno y, en 1956, Usiminas en Minas Gerais, sociedad en la cual el Estado es mayoritario pero con una fuerte participación japonesa. Esas dos empresas, cuya capacidad instalada fue recientemente llevada a 3.5 millones de toneladas cada una, muestran que las autoridades brasileñas a pesar de la recesión del mercado mundial del acero tienen confianza en el futuro. Una prueba más de ello es el proyecto nipo-ítalo-brasileño (Kawasaki-Finsider) de Tubarão (Espíritu Santo) que debe proporcionar para la exportación 3 millones de toneladas anuales de productos semimanufacturados. En cuanto al complejo de laminado de 20 millones de toneladas de Açominas, en Minas Gerais, en el que colaboran sociedades británicas, el retraso de su puesta en marcha parecería indicar que no es fácil convertirse en uno de los cinco primeros productores mundiales de acero como lo preveía el gobierno de Brasilia a fines de la década de los setenta. Brasil producía 5 millones de toneladas de acero en 1970, más de 11 millones en 1977, 15 millones en 1980, 2 millones de los cuales eran exportados. Si bien el plan de la siderurgia nacional preveía con alguna tendencia a la megalomanía 25 millones de toneladas para 1980, o sea el equivalente al total de América Latina en 1970 o a la producción china, hoy, y una cifra cercana a lo que vaciaban las acerías francesas o británicas antes de la crisis, estamos en realidad muy lejos de la verdad. La producción, en retroceso, había vuelto a caer a 13 millones en 1983. En el sombrío entorno internacional de la década de los ochenta, el ritmo de crecimiento anual del 11% que tuvo la siderurgia brasileña de 1970 a 1979 era difícil de mantener. No obstante Brasil, uno de los mayores productores de mineral de hierro del mundo, cuenta con unas treinta empresas privadas de siderurgia y nueve públicas que coordina el *trust* de Estado Siderbras cuyas previsiones de aquí a final de siglo siguen estando impregnadas de un optimismo muy brasileño.

La producción siderúrgica en México es menos que en Brasil, en sus orígenes, fruto de la política voluntarista del Estado. La tradición de los propietarios mexicanos de establecimientos siderúrgicos se remonta a principios de siglo y a la creación, en Monterrey, de la Fundidora, que fabricó en 1904 los primeros rieles de ferrocarril de América Latina. Todavía en el sector privado sigue estando muy bien representado con la compañía HYLSA (Hojalatas y Láminas) perteneciente al grupo Alfa de Monterrey, que produce 1.5 millones de toneladas y la TAMSA (Tubos y Aceros de México), en el estado de Veracruz. El *trust* de Estado Sidermex controlaba a principios de la década de los ochenta más del 60% de la producción, porcentaje destinado a crecer en función de los programas de expansión de la siderurgia pública. Ésta comprende esencialmente Altos Hornos de México, en Monclova (Coahuila), en el norte del país, y sobre todo el gran complejo Lázaro Cárdenas-Las Truchas, a orillas del Pacífico, en el estado de Michoacán. Este proyecto, nacido en 1972, destinado a eliminar el déficit de acero mexicano, está instalado en un puerto cerca de un yacimiento de mineral de hierro. La sociedad pública Sicartsa que lo administra previó una capacidad de producción de 1.3 millones de toneladas anuales en la primera etapa terminada en 1976, y de 3.6 millones de toneladas en la segunda —siendo el objetivo alcanzar los 10 millones de toneladas en 1990. La puesta en ejecución de

este ambicioso programa fue más difícil y lenta de lo previsto. México, que producía 4.7 millones de toneladas de acero en 1973 y 9 millones en 1977, no alcanzaba en la época del *boom* petrolero a responder a la demanda de productos planos y de tubos de la compañía de petróleos y sus subsidiarias. El país importaba entonces entre el 15 y el 25% de sus necesidades. Hoy, frente a la recesión, pareciera que con una capacidad instalada de aproximadamente 12 millones de toneladas, México estuviera destinado a buscar mercados exteriores. Si así fuera, los proyectos privados o públicos de acerías en Altamira, nuevo polo de desarrollo en la costa del golfo, se verían comprometidos, y particularmente el complejo de Estado de más de 5 millones de toneladas de capacidad instalada que debe construirse allí.

En Argentina, al contrario que en México, el peso del sector agroexportador y de la ideología liberal que ha frenado la industrialización, ha afectado particularmente a la industria pesada. Es con el impulso del Estado y más precisamente de los militares quienes, desde 1941, fecha de la creación de Fabricaciones Militares, controlan un amplio sector de las empresas nacionalizadas con destino al mercado civil, como nace la siderurgia argentina. Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, un primer alto horno entra en actividad en Zapla en la provincia de Jujuy. Situado cerca de un yacimiento de mineral de hierro, es construido por el ejército y funciona con leña. Su producción anual es de 40 000 toneladas en 1954. Ulteriormente, el Estado, mayoritario en una sociedad mixta (Somisa), construye en San Nicolás en el Paraná un moderno complejo siderúrgico que tardará mucho en ponerse en marcha. El proyecto data de 1947, el primer vaciado de acero de principios de la década de los sesenta. La producción, que rebasó los 3 millones de toneladas en los años setenta, anda por los 2.5 millones, lo cual, fuera de los períodos de recesión, no satisface un consumo estimado en 3.6 millones de toneladas. Un optimista plan siderúrgico a fines de la década de los setenta preveía llevar la producción a 8 millones de toneladas de acero anuales. Fue fuertemente revisado a la baja.

El acero no es sólo cuestión de los tres grandes semiindustrializados. La clase media continental participa igualmente en la epopeya de los altos hornos. El lirismo industrial tiene

sus lugares privilegiados. Paz del Río en el caso de Colombia, Chimbote en Perú, Huachipato en Chile o Sidor (Siderurgia del Orinoco) en Venezuela son nombres que hacen vibrar el orgullo nacional. Poner fin a las importaciones de acero, adquirir la independencia comercial y tecnológica en un sector neurálgico, son los objetivos de esas acerías que producen para mercados relativamente estrechos. El valor agregado del sector manufacturero de cada uno de esos cuatro países varía entre la mitad y la tercera parte del de Argentina (13 mil millones de dólares aproximadamente); es una quinta o una octava parte del de México (de 30 a 34 mil millones de dólares). Acaso esos esfuerzos de sustitución de importaciones mediante la utilización directa de las riquezas del subsuelo ¿no serán gastos ostentatorios encaminados a la afirmación de la soberanía? Si bien Perú, Colombia y Chile difícilmente producen más de 500 000 toneladas anuales cada uno a pesar de los ambiciosos programas —como aquel que en Perú, con la ayuda japonesa, preveía rebasar los 2 millones de toneladas en 1982—, en Venezuela, donde la consigna "sembrar el petróleo" para crear riquezas duraderas ha orientado las políticas económicas, la Sidor (Siderurgia del Orinoco), fundada en 1957, y en pleno crecimiento hasta 1980, produjo con los procedimientos más modernos (acero eléctrico) 1.8 millones de toneladas en 1981, o sea cerca del triple de la producción de 1978.

Lo simbólico del acero echa sus raíces en la historia, pero su fascinación tardía puede hacer temer que países en vías de desarrollo intenten dotarse hoy de los medios de las revoluciones industriales de ayer. Con todo, frente al desafío industrial América Latina no carece de ventajas naturales. Presenta los recursos indispensables para una industrialización diversificada, coherente y acumulativa.

Recursos y desarrollo

A menudo se ha dicho a propósito de diferentes países de América Latina, particularmente de Bolivia y Perú: "un mendigo sobre un trono de plata". En efecto no son la ausencia o la insuficiencia de minerales o de energía lo que ha frenado el desarrollo. Por lo demás sabemos muy bien que algu-

nos de los países hoy industrializados no tenían ayer ni hulla ni mineral de hierro y que, de las siete grandes naciones industriales, raras son las que poseen petróleo. Si bien desde su descubrimiento América es el continente minero por excelencia, sus riquezas son muy diversas así como desigualmente repartidas. Lo mismo ocurre en el caso de los recursos energéticos.

América Latina es rica en metales no ferrosos. El subsuelo del continente proporciona cinc, plomo, níquel, platino, molibdeno, cadmio, mercurio, uranio. La tercera parte del dinero del mundo proviene de Perú y de México, la cuarta parte del antimonio de Bolivia y de algunos otros países. América Latina, si en ella se incluye a Jamaica, Surinam y Guayana, representa cerca del 40% de la bauxita, del 15 al 20% del estaño, y más del 20% del cobre: la mina de Chuquicamata en Chile es la más grande del mundo y ese país produce más de un millón de toneladas de cobre anuales (1980), frente a aproximadamente 350 mil toneladas en Perú. Brasil es el segundo productor del mundo de manganeso (más de 2.5 millones de toneladas anuales). México posee 16 millones de toneladas de reservas de ese mineral. El oro finalmente, el "fabuloso metal" identificado con la conquista del continente, sigue estando en buen lugar. Perú, México y Chile extraen cada uno 6 toneladas anuales, y Brasil, desde el descubrimiento del vasto yacimiento de Serra Pelada en el estado de Pará en 1980, 15 toneladas.

Ese continente está sobre todo particularmente bien provisto de mineral de hierro de alta concentración, principalmente en Brasil y Venezuela, pero no exclusivamente. En Brasil, donde desde el siglo XVIII sin cesar se descubren nuevos recursos mineros, las reservas de hierro se hallan hoy en el primer lugar de las riquezas del país. El mineral de hierro constituye en las décadas de los setenta y ochenta la segunda posición en exportaciones después del café o la soya conforme pasan los años. El principal yacimiento es el triángulo ferrífero de Minas Gerais, que contiene 6 mil millones de toneladas de reservas probables de altísima concentración. Pero el descubrimiento del nuevo Eldorado minero de la serra de Carajas ha modificado las perspectivas. Carajas, situado en el estado de Pará cerca de Araguaia, en los confines del Goiás y del Maranhão, contiene no sólo hierro (17 mil millones de toneladas de reservas) sino también bauxita, manganeso, estaño y oro, en una cuenca hidráulica de amplias posibilidades energéticas. Esta situación, la proximidad de Belem y de São Luis del Maranhão augura muchas posibilidades de exportación que podrían hacer de Brasil el primer exportador de mineral, y quizá de acero y de bauxita o de aluminio, del mundo. A reserva de inversiones faraónicas, Carajas será, según palabras del ex presidente Figueiredo, "la redención de Brasil". La CVRD (Companhia Vale do Rio Doce), empresa del Estado, que explota el mineral de hierro, proyecta exportar de Carajas 35 millones de toneladas anuales. Es cierto que Brasil produce más de 100 millones de toneladas de ese mineral (110 millones de toneladas en 1981), la mitad de las cuales proviene de la CVRD, y las tres cuartas partes son exportadas.

Venezuela es el segundo "gigante" del hierro, con reservas que ascienden a 2.1 mil millones de toneladas. La producción, a la baja, no rebasa los 16 millones de toneladas en los años ochenta, contra más de 20 millones de toneladas diez años atrás. Las exportaciones permanecen estables en unos 12 millones de toneladas. México y Perú se sitúan al mismo nivel de producción con alrededor de 4 a 5 millones de toneladas anuales. El segundo es un exportador importante pero en disminución, mientras que la producción del primero creció de manera notable durante el *boom* de la década de los setenta. Chile es también un importante productor de mineral de hierro, pero en decadencia, puesto que su producción actual de 8.5 millones de toneladas es la mitad de la de 1968 (15.6 millones de toneladas). Es cierto que la abundancia de hierro no es indispensable para la creación de una industria siderúrgica, como lo muestra el caso de Argentina, la cual a pesar de las reservas no explotadas en la Patagonia sólo produce 200 000 o 300 000 toneladas de mineral e importa lo necesario para su producción de acero.

En el terreno energético, el continente presenta cierto número de particularidades. Pero las disparidades entre naciones son muy fuertes. Ante todo la región está bastante mal provista de carbón (sólo 0.3% de los recursos mundiales), lo cual evidentemente no explica su retraso industrial. Brasil posee carbón, de mala calidad, en los estados meridionales de Santa Catarina y de Rio Grande do Sul. Las reservas

son de 22 mil millones de toneladas y según el objetivo, para fines de la década de los ochenta, se emitía la cifra excesiva de 70 millones de toneladas, es decir el 6% de la energía total consumida por el país; estamos lejos de ello con una producción de 3.4 millones de toneladas en 1980. México y Chile producen cada uno 1.5 millones de toneladas de hulla anuales. Argentina apenas rebasa las 500 000 toneladas a pesar de proyectos cuyo objetivo es triplicar esa cifra. La gran esperanza del continente en materia de carbón es Colombia y su yacimiento gigante de El Cerrejón, a 30 km de la frontera venezolana, en la Guajira, cuya explotación a cielo abierto que ha requerido enormes inversiones debería permitir rebasar los 20 millones de toneladas en 1990.

Si bien, con esa excepción, el carbón no es muy abundante, en cambio el continente está bien provisto de hidrocarburos. Casi todos los países disponen de petróleo en cantidad más o menos abundante. Las prospecciones, ligadas al nivel de los precios petroleros, modifican de uno a otro año el mapa petrolero. Así, México tuvo un período importador entre dos fases exportadoras. Brasil, cuya situación hasta 1983 parecía desesperada a este respecto, podría convertirse pronto en el tercer productor de hidrocarburos de la región. Ecuador, hoy miembro de la OPEP, no producía en 1960 más que 360 000 toneladas de crudo anuales: el petróleo constituye el 61.4% de sus exportaciones en 1981 frente al 0.6% diez años atrás.

México, gran exportador de petróleo a principios de siglo, no ha podido superar los obstáculos financieros y comerciales creados por la nacionalización de las compañías petroleras en 1938. La mayoría de sus yacimientos tradicionales se hallaba prácticamente agotada hacia 1950. Nuevas explotaciones y la triplicación del precio del barril a principios de la década de los setenta ocasionaron la explotación de yacimientos recién descubiertos en Chiapas y Tabasco. El país, con 40 mil millones de barriles de reservas probadas, se sitúa en el sexto lugar en el mundo. Y a pesar de las medidas tomadas por los poderes públicos para resistir a la "maldición del oro negro" e impedir la "petrolización" de la economía nacional, en México la parte del petróleo en sus exportaciones saltó de 30 a 65% entre 1977 y 1981. La producción alcanzaba en 1981 2.3 millones de barriles diarios. La caída

de los precios no disminuyó la producción, pero este país sufre algunas dificultades para conservar su parte del mercado internacional. La voluntad de las autoridades mexicanas por diversificar su clientela no resistió la crisis. Estados Unidos ocupa el primer lugar y constituye un mercado privilegiado para ese país petrolero, cercano a él y políticamente seguro, que no pertenece a la OPEP.

Venezuela, uno de los fundadores de la OPEP, es desde hace mucho el primer productor del continente y el tercero del mundo. No obstante, al ritmo de extracción actual, si no se descubren nuevos yacimientos, sus reservas de 20 mil millones de barriles sólo durarán aproximadamente unos veinticinco años (frente a setenta años en el caso de México). En efecto, Venezuela produce unos 3 millones de barriles diarios, o sea actualmente un poco menos de 800 millones de barriles anuales, cinco sextas partes de los cuales son exportadas en forma de crudo o de productos refinados —pues Venezuela se ha dotado de una importante capacidad de refinación en el marco de una política de industrialización voluntarista y a menudo dispendiosa.

Si bien Argentina satisface más o menos sus necesidades de hidrocarburos desde hace unos veinte años, a pesar de las discontinuidades de una política petrolera sometida a los azares de una inestabilidad política crónica, ese gran exportador agrícola abriga la esperanza de convertirse también en exportador petrolero gracias a sus reservas patagónicas aún poco explotadas. En cambio, durante mucho tiempo se consideró a Brasil un "desfavorecido del petróleo". A la escasez de su producción de hidrocarburos, a pesar de los esfuerzos de exploración de la sociedad nacional Petrobras, sólo se le igualaba el peso aplastante de la factura petrolera sobre todo a partir del primer "impacto petrolero". En 1982, el monto de las compras brasileñas de petróleo (más de 10 mil millones de dólares) representaba más del 52% de las importaciones y el 50% de los ingresos por exportación. El petróleo parecía ser el talón de Aquiles del gigante brasileño y de su desarrollo industrial acelerado. El peso de la dependencia exterior en ese terreno no sería ajeno a la modificación de la orientación tercermundista y sobre todo a la activa política árabe de los gobiernos de Brasilia. Pero sobre todo el estrangulamiento energético dio origen al ambicioso

"plan alcohol", que consistía en sustituir el carburante automovilístico por una mezcla de gasolina y alcohol de caña de azúcar, comprometiéndose en consecuencia los fabricantes a adaptar los motores. Todo cambia, parece ser, a partir de 1983.La producción de hidrocarburos, gracias a la explotación de un vasto yacimiento *off shore* a la altura de Río de Janeiro, pasó de 170 000 barriles diarios a 500 000 en 1984-1985. Brasil, que consume un millón de barriles diarios, cubriría así la mitad de sus necesidades. Según Petrobras, la autosuficiencia podría ser alcanzada antes de 1990, a menos que la caída de los precios internacionales de los hidrocarburos ocasione una revisión a la baja de esta optimista perspectiva.

Entre las ventajas de la región, hay que indicar asimismo el enorme potencial de producción hidroeléctrica de los tres grandes sistemas fluviales de América del Sur. La importancia de las distancias entre los lugares de producción y de consumo durante mucho tiempo frenó el equipo hidroeléctrico de algunos países, pero el alza de los costos petroleros a partir de 1973 actuó en sentido contrario. La parte de la energía hidroeléctrica en el balance energético de los países latinoamericanos, petroleros o no, no deja de aumentar. En Brasil, incluso antes de la puesta en marcha de las últimas grandes presas a principios de la década de los ochenta, la electricidad de origen hidroeléctrico representaba el 92% del total de la producción eléctrica (frente al 67% para el conjunto del continente). A causa de la escasez de su producción de hidrocarburos o de carbón, Brasil ha hecho, es cierto, un enorme esfuerzo para disminuir la parte de la energía térmica mediante una audaz política de construcción de grandes presas. Itaipú, en el Paraná, construida conjuntamente con el Paraguay fronterizo, una de las presas más grandes del mundo, tendrá una capacidad instalada de 12 000 megawatts. Su embalse llenado en octubre de 1982 cubre 2 200 km². Las primeras turbinas entraron en servicio en 1983. La presa de Tucurui, en el río Tocantins de Pará, debe proporcionar la energía necesaria para la explotación del gran Carajas y para los proyectos de transformación de bauxita. Representa una capacidad instalada de 7.9 millones de kilowatts. En un período de fuerte demanda energética en la década de los setenta, Argentina se enfrentó con Brasil en lo

referente al equipo hidroeléctrico del Paraná. Esta "guerra de las presas" provocada por la utilización del curso de un río común se ha calmado hoy, sobre todo a causa del retraso de los argentinos en la realización de sus proyectos. La construcción de Yaciretá (2 000 megawatts de capacidad instalada), tras muchas incertidumbres, no empezó verdaderamente sino hasta 1983, cuando Itaipú estaba ya terminada. Los otros grandes proyectos, sobre todo Paraná medio, río abajo de Itaipú, podrían muy bien verse amenazados por la recesión de la economía argentina, una menor demanda de energía y problemas financieros difíciles de superar. Esta incertidumbre no sólo pesa sobre la política energética de Argentina: numerosos analistas se preguntan si el equiparse con grandes presas en un período de optimismo económico no estuvo por encima de las necesidades también en Brasil. Un mejoramiento de la coyuntura bastaría para anular tal inquietud.

América Latina no carece pues de los recursos básicos para el desarrollo industrial. Los países del continente, reservas de materias primas mineras y agrícolas, disponen asimismo de ventajas culturales que pocas regiones del Tercer Mundo poseen: élites científicas y técnicas de calidad, un nivel de educación relativamente elevado en las zonas urbanas, un acceso directo a los conocimientos y tecnologías occidentales. Las razones de las lentitudes, de las dificultades o de las distorsiones de la industrialización no deben buscarse en las desventajas físicas. Es en otra parte donde hallaremos el origen de los titubeos y de los límites del desarrollo latinoamericano.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Arnaud, Pascal, *Estado y capitalismo. Casos de México y Argentina*, México, Siglo XXI, 1981.

BID, *Progrès économique et social en Amérique latine*, Rapport 81-82, Washington.

Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, siglo XXI, 1978.

Furtado, Celso, *La economía latinoamericana*, México, Siglo XXI, 1971.
Martinière, G., *Les Amériques latines. Une histoire économique*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1978.
ONU-CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, Santiago de Chile, ONU, 1970 y 1981.
Padil Cadis, Pedro (bajo la dirección de), "L'Amérique latines après cinquante ans d'industrialisation", *Tiers Monde*, octubre-diciembre, 1976.

2. NIVELES Y MODELOS DE DESARROLLO

El desarrollo de las economías latinoamericanas es muy inconexo y por tanto no es fácil comparar su nivel de industrialización. Por otra parte, el paralelismo de las evoluciones es evidente y las economías de todos los países del continente afrontan hoy desafíos similares y padecen debilidades idénticas. Frente a esas presiones, en nombre de valores sin duda antagonistas, se han buscado soluciones en nuevos modelos, ultraliberales o colectivistas, o en gestiones regionales concertadas. Los éxitos moderados de esas decisiones, la gravedad de la crisis financiera externa en la cual se debate la mayoría de los países del continente en la década de los ochenta, y el contexto de marasmo y hasta de recesión en que se hallan casi todos han llevado a algunos analistas a pensar que a pesar de todas sus ventajas América Latina puede ser "el continente que no se desarrollará jamás". Un diagnóstico tan pesimista no es raro aun cuando no siempre se expresa tan crudamente. Antes de arriesgar una estimación de conjunto de las posibilidades del desarrollo, veamos los hechos.

Tipos y niveles de desarrollo

Sabemos cómo los indicadores globales de la riqueza nacional dan cuenta de manera insuficiente del grado de desarrollo: los emiratos petroleros a la cabeza de todas las categorías en el *hit parade* del PIB per cápita dan prueba de ello. No obstante en el caso de América Latina, a pesar de las distorsiones petroleras, ese indicador no es totalmente desdeñable. En 1982, en el pelotón de avanzada del PIB por habitante (en dólares de 1970), hallábamos tres grupos: los de más de 1 000 dólares, Argentina, Uruguay, Venezuela y México, este último en el primer lugar. Por debajo, los cercanos a los 1 000 (entre 800 y 1 000 dólares): Brasil, seguido por Chile, Colombia y Costa Rica. Al final, los de 300 dólares y menos:

Haití a la cola, El Salvador, Honduras, Bolivia, Nicaragua. En Brasil, tenemos un mapa bastante confiable del desarrollo continental, pero si queremos obtener un panorama más fiel de la industrialización podemos retener criterios de clasificación relativamente simples que permitan orientarse mejor. Dos indicadores complementarios son a este respecto particularmente pertinentes: la parte de la industria manufacturera en la composición del PIB, y la estructura interna del sector industrial. Esos indicadores evidentemente no proporcionan más que datos nacionales y no toman pues en cuenta las disparidades regionales.

El primer criterio (parte de la industria manufacturera en la composición del PIB) destaca tres grupos de países. Un primer grupo se sitúa por encima del 22% (promedio continental). Hallamos a los tres grandes: Argentina, México, Brasil, estando este último, en lo sucesivo, a la cabeza (1982) con más del 27%, es decir la cifra de Argentina en 1975 antes de la contracción de su aparato industrial. Entre 16 y 22%: Chile, Uruguay disminuyendo su velocidad, Ecuador aumentando, Perú, Colombiá, El Salvador, Nicaragua, Venezuela. El tercer grupo, por debajo del 15% comprende a los países menos industrializados del Caribe y América Central así como Paraguay y Bolivia.

El indicador estructural permite corregir o matizar este índice global de industrialización. Según la CEPAL, podemos distinguir dos tipos de industrias: las tradicionales o de bienes de consumo no duraderos y las industrias dinámicas, las más "industrializantes" (bienes de consumo duraderos, bienes de capital). Ese criterio define igualmente tres grupos de países. En el primero, las industrias llamadas tradicionales representan alrededor del 40% solamente: Argentina, Brasil, México. Entre 45 y 65% se coloca el segundo grupo que comprende la clase media de las naciones del continente: Chile, Venezuela, Perú, Ecuador, Uruguay. Por debajo, hallamos a los demás países, con cifras que llegan hasta el 86% (Guatemala, Bolivia) y hasta el 95% (Haití) de industrias "vegetativas". Entre los líderes indiscutibles de la industrialización dinámica, observamos que la parte de la producción industrial constituida por industrias mecánicas y metalúrgicas es particularmente fuerte. Cerca del 30% en el caso de Argentina (en 1975, último año en que la CEPAL nos proporciona series completas) y alrededor del 22% en el de Brasil y México.

Esas instantáneas en cifras ocultan o empobrecen situaciones complejas y fenómenos nacionales específicos. Así, Argentina, a quien todos los indicadores colocan a la cabeza y que por varios motivos nos cuesta trabajo clasificar entre los países en desarrollo (¿acaso no tenía en 1960 una disponibilidad per cápita de productos manufacturados más de tres veces superior a la de Brasil o México?) constituye un caso patente de "despegue inconcluso"[1] y de decadencia económica. Ese país, que presenta índices de alta modernización similares a los de las sociedades industriales y un sector manufacturero fuerte, parece, a causa de graves debilidades estructurales, incapaz de un crecimiento autosostenido. País semiindustrializado, cierto, pero no país desarrollado a pesar de todas las señales de un consumo de masa que lo colocaba desde 1929 por delante de numerosas naciones europeas. Asimismo, si bien Brasil es hoy la octava potencia industrial, sus desequilibrios regionales, que confinan al dualismo sectorial, dan cuenta de indicadores contradictorios. Brasil es en efecto el país del subcontinente cuyas exportaciones comprenden el mayor porcentaje de productos manufacturados (cerca del 40% en 1982), pero ocupa un lugar relativamente mediocre en cuanto a la disponibilidad de productos manufacturados por habitante. Brasil es en efecto un país del Tercer Mundo en el cual existen una sociedad y una economía desarrolladas. El triángulo industrial del centro-sur (Río-São Paulo-Belo Horizonte) concentra en el 11% de la superficie brasileña el 63% del ingreso nacional y el 80% del ingreso industrial. Tan sólo el estado de São Paulo —"la locomotora paulista"— contribuye en más del 55% a la producción industrial del país. Mientras que Celso Furtado comparaba su país con el imperio británico en la época victoriana, otro economista designaba a su país con el cruel término de Belgadesh, contracción de Bélgica y Bangladesh. Por lo demás, esta metáfora geográfica sería indudablemente aplicable a México que presenta distorsiones igualmente significativas.

De este intento de tipología sumaria se desprende que en

[1] Según Denis Lambert, *19 Amériques latines. Déclins et décollages*, París, Économica, 1984, p. 76.

América Latina existen dos categorías de país: los que poseen los elementos para una industrialización avanzada y los otros. En el caso de estos últimos, la industria se limita generalmente a los productos alimenticios, ya sea para consumo local o para exportación. En este último caso, la transformación inicial realizada *in situ* por sociedades de plantación generalmente extranjeras se sitúa en la prolongación de la actividad agrícola. Sus efectos industrializantes son de lo más limitados. En cuanto a la producción alimentaria destinada al mercado nacional, tampoco modifica el paisaje económico. La empresa artesanal conserva una importancia considerable. Las empresas que emplean a un máximo de 5 personas constituyen el 75% del sector manufacturero en América Central y más del 60% en Colombia.

Los países de industrialización más avanzada presentan algunas características comunes relativas a las dimensiones de las empresas y a la naturaleza de los capitales invertidos. Si bien en los países más industrializados los establecimientos de más de 100 personas ocupan del 58 al 67% de los asalariados, éstos sólo constituyen el 10.7 y el 13% respectivamente de la totalidad de los establecimientos industriales en Argentina, Brasil y México. El peso de la pequeña y mediana empresa (de 5 a 20 asalariados) es aún muy fuerte en esos tres países, ya que corresponde a más del 50% de las empresas en Argentina y en México, y a más del 70% en Brasil. Por el contrario, en las ramas más dinámicas (mecánica y química principalmente), lo esencial de la producción está asegurado por grandes empresas. Además, a consecuencia de decisiones políticas o de situaciones de hecho, los mercados nacionales que se han desarrollado al abrigo de confortables barreras arancelarias son a menudo monopolizados por una sola sociedad. La concentración oligopolítica en esos países no es resultado de la competencia. Revela su ausencia. Así, no es raro que, en un país de dimensión importante, no haya una marca de cerveza o una sola firma de jabón o de harina. Estamos pues en presencia de un tejido industrial de escasa homogeneidad formado por una miríada de microempresas y algunas grandes sociedades que contribuyen, a veces en la mitad o las dos terceras partes, a la producción nacional.

A esto hay que añadir que las empresas más grandes y los sectores más modernos son ya sea filiales de sociedades extranjeras o empresas públicas. La parte del sector privado nacional parece incluso reducirse a medida que el tamaño de las empresas crece. Así, en México, el capital extranjero controla once de las veintiún empresas más grandes, cinco son empresas públicas (química y siderurgia esencialmente), seis pertenecen al sector privado (mayoritariamente al grupo llamado Monterrey). En Argentina, las diez empresas más grandes son extranjeras (Ford, Renault, Exxon, Shell) o públicas (YPF, SEGBA, Somisa, Gas del Estado). Y el período 1976-1981 que entrañó algunas distorsiones, sin duda provisionales, del aparato productivo[2] no afectó esos datos. La primera sociedad privada, Molinos Río de la Plata, del grupo argentino multinacional Bunge y Born, pertenece a industrias tradicionales (molinería, productos alimenticios). El caso de Brasil es igualmente revelador. 1973 marca el origen del capital de las veintidós mayores empresas, que representan el 64.4% del volumen de ventas de las 2 345 sociedades más importantes del país (véase cuadro 12).

De nuevo en Brasil, si clasificamos las 10 mayores empresas de cada uno de los principales sectores de la actividad industrial y comercial, obtenemos una imagen muy llena de contrastes de la especialización según el origen del capital (véase cuadro 13).

Como vemos, las sociedades extranjeras controlan las ramas modernas y dinámicas más rentables de la industria brasileña. En cuanto a participación en la producción, la preponderancia del capital exterior es aún más clara: 100% de la producción de vehículos de motor, 100% de la producción de neumáticos, 80% de la farmacia en Brasil dependen de filiales de sociedades extranjeras. Pero también el 59% de la producción de máquinas y el 50% de la química. En México, los capitales extranjeros representan el 60% de la producción de bienes de consumo duraderos y el 80% del material eléctrico. Esta dependencia es agravada en México por una menor diversificación que en Brasil o Argentina: el 78% de las inversiones extranjeras son de origen norteamerica-

[2] Véase Jorge Schvarzer, *Argentina, 1976-1981. El endeudamiento externo como pivote de la especulación financiera*, Buenos Aires, CISEA (Cuadernos del bimestre), 1983.

CUADRO 12

Porcentaje sobre el volumen total de ventas de las 2 345 empresas más importantes		*Origen del capital*
2.9%	Privado	(2) Varig, Matarazzo
20.4%	Público	(6) Petrobras, Petrobras distribution, CSN-Compañía Siderúrgica Nacional, Cía. Vale do Rio Doce, Electrobras, RFF.
41.1 %	Extranjeras	(14) Volkswagen, Exxon, Shell, Light, General Motors, Ford, Mercedes, Texaco, Pirelli, Rhodia, Souza Cruz, Sambra, Atlantic, Nestlé.

FUENTES: *Visão* y *A opinião*, agosto-octubre de 1973.

CUADRO 13
LAS DIEZ EMPRESAS MÁS GRANDES DE CADA SECTOR DE ACTIVIDAD

Grandes sectores	*Públicas*	*Privadas nacionales*	*Extranjeras*
Bienes de capital	—	3	7
Bienes de consumo duraderos	—	—	10
Bienes de consumo no duraderos	1 (Petrobras)	3	6
Bienes intermedios	4	1 (Brasileira de Aluminio)	
	9	—	1 (Light)
Comercio al detalle	—	8	2 (Sears Roebuck, Hermes Macedo)

FUENTES: *Quem é quem na economia brasileira*, editado por Visão, 1973; *A opinião*, 8 de octubre de 1973.

no. Esas características de la industrialización latinoamericana revelan también su fragilidad y sus presiones.

Los límites de la industrialización latinoamericana

De los cuadros que preceden se desprende la debilidad general de la inversión industrial nacional. Esta relativa carencia de inversionistas privados, incluso en los países mejor dotados de burguesía industrial, tiene numerosas razones históricas que obedecen a los comportamientos de las clases dirigentes. Los gastos improductivos o el gusto inmoderado por el consumo ostentatorio, a menudo mencionados, no son sino la expresión de un clima económico en que la especulación y la inversión a corto plazo han prevalecido siempre. La dependencia industrial se debe menos a los factores tecnológicos que a cierta propensión a no inmovilizar el capital.

La importancia del papel del Estado en el desarrollo de las economías latinoamericanas no procede sólo de esta debilidad estructural o de los tropismos propios al capital privado nacional. Por lo demás no es privativo de ese continente y no sólo aparece con los comienzos difíciles de la industrialización. La acción anticrisis del Estado, para regularizar los precios de las materias primas durante la gran depresión de 1929 e incluso antes (caso del café brasileño), es notoria. Se pusieron en práctica políticas voluntaristas de estimulación pública de los grandes establecimientos industriales en cierta cantidad de países del continente después de 1930. De esta manera se crearon instituciones con miras a financiar el desarrollo, como la Corfo chilena (Corporación de Fomento de la Producción), nacida bajo la presidencia del radical Pedro Aguirre Cerda en 1938, la Nacional Financiera mexicana, que surgió bajo Cárdenas, o más tarde, en 1952, la BNDE brasileña. No obstante, a pesar de esos esfuerzos públicos concertados, no puede decirse que el desarrollo en América Latina se haya realizado de manera armoniosa y racional con miras a la obtención de efectos multiplicadores y en función de las necesidades del país.

Por otra parte, y es la segunda observación que se impone, a pesar de la retórica de los desarrollistas, la industrialización tal como se ha efectuado en América Latina no es en ab-

soluto factor de independencia nacional. A veces ha transformado la dependencia haciéndola más insuperable: hoy es estructural e intangible con riesgo de crisis mayores. Dicho de otra manera, si bien las importaciones eran reductibles en la época del crecimiento extravertido, en adelante las importaciones de equipo, de bienes intermedios indispensables para las industrias, y alimentadas por las exportaciones de bienes primarios, no pueden ser reducidas y menos aún suprimidas. La característica principal del modelo de sustitución de importaciones adoptado radica en que se producen sobre todo bienes terminales para el consumo final. Como consecuencia, una de sus principales deficiencias procede del sector de bienes intermedios y de las industrias de equipo.

La dependencia exterior de bienes semiterminados y de capitales es generalmente fuerte e impide un crecimiento autónomo y autosostenido. La pirámide industrial no tiene base de sustentación. Algunos datos en cifras dan prueba de ello. Así pues, en Brasil, las industrias mecánicas representan aproximadamente el 22% de la producción industrial; ahora bien menos del 40% de ese 22% son bienes de equipo. La producción nacional en ese mismo país satisface la demanda interna en un 99% en el caso de los vehículos automotores, en un 97% en el de la construcción naval, pero en menos del 30% a mediados de la década de los setenta en el caso de las construcciones mecánicas en general. En Perú, según la declaración del ministro de Economía del 7 de marzo de 1985, mientras el servicio de la deuda exigible en 1985 era de 3.5 mil millones de dólares y las exportaciones difícilmente rebasan los 3.4 mil millones, las importaciones irreductibles de *inputs* industriales para mantener el nivel —ya bajo— de la actividad económica ascendían a 1.2 mil millones de dólares.

El problema central del desarrollo latinoamericano es el de su modelo. Lo que algunos analistas han llamado el "subdesarrollo industrializado"[3] para subrayar la ausencia de dinámica autónoma, se resiente enormemente por una subordinación multiforme con respecto a sociedades industrializadas o que entraron más pronto en la competencia industrial. Lejos de aprender la lección de sus fracasos o de sus triunfos como Japón u otros países de Asia o del sudoeste, los países latinoamericanos parecen haberse conformado con adoptar pasivamente comportamientos y procedimientos sin que el interés o las potencialidades nacionales hayan sido tomados en cuenta.

[3] Según la frase de Luis C. Bresser Pereira; véase su artículo así titulado en la revista *Tiers Monde*, octubre-diciembre de 1976.

La debilidad de la industria latinoamericana proviene ante todo de sus objetivos primeros y de su historia. Como su nombre lo indica, la industrialización por sustitución de importaciones produce bienes según un modelo de consumo exógeno. Su adopción sufre los efectos de demostración de las economías centrales que alienta la continuidad cultural con Occidente. Así, a imitación de los países más avanzados se han instaurado producciones poco adaptadas a las necesidades fundamentales de la mayoría de la población pero destinadas a grupos sociales relativamente restringidos y privilegiados. Mejor aún, ese tipo de industrialización ha ido generalmente a la par con políticas económicas de redistribución regresiva de los ingresos a fin justamente de crear un mercado concentrado y propicio para esas producciones. El automóvil particular, la "línea blanca" de enseres electrodomésticos, la televisión, son los sectores dominantes de ese tipo de desarrollo fuertemente sucursalizado que engendra paradojas o contrastes particularmente flagrantes.[4] La deformación "consumista" del aparato productivo desvía el capital y la mano de obra calificada hacia sectores que difícilmente contribuyen al equipo de los demás sectores de la economía, o a un crecimiento autónomo y por tanto a la salida del subdesarrollo. La mala asignación de las inversiones es patente en las economías más avanzadas. Así, en Brasil, el 80% de las inversiones en la década de los setenta iba a las industrias mecánicas y eléctricas. La elección del automóvil como principal medio de transporte de carga así como de pasajeros, que respondía a la lógica del modelo económico elegido, aparece como particularmente antieconómica en un país mal provisto de petróleo. El sector automovilístico

[4] Así como esos anuncios para sofisticadísimas limpiezas dentales norteamericanas en un país cuyo presidente declaraba que la gran mayoría de sus conciudadanos descubría el uso del cepillo de dientes durante su servicio militar.

lleva por lo demás hasta la caricatura la irracionalidad de ese tipo de industrialización. Brasil y Argentina han contado hasta con una decena de constructores. En estos países, cuando comenzaba a establecerse la industria automovilística, se propusieron al público 23 modelos de autos particulares ¡para un mercado de menos de 250 000 unidades!

Los efectos perversos de la integración de las clases medias latinoamericanas al tipo de consumo de los países centrales constituyen asimismo un obstáculo importante para cualquier transformación del aparato económico destinada a tomar más en cuenta las necesidades y medios de la comunidad nacional y de las mayorías no consumidoras. Una de las principales fuentes de conflicto social en la Nicaragua posterior a 1979 proviene de la voluntad de las autoridades sandinistas de definir nuevas prioridades en la asignación de recursos que, al darle la espalda a los hábitos de consumo de una sociedad fuertemente norteamericanizada afectan las industrias de montaje y de distribución que están ligadas a ellos.

La segunda limitación de esta industria se refiere al modelo de producción mismo, tal como se desprende de las elecciones de consumo (a menos que sea lo contrario). Las empresas más dinámicas, al depender de las sociedades extranjeras, utilizan las tecnologías de los países industrializados. Instauran producciones que requieren grandes capitales y que absorben poca mano de obra, no obstante excedentaria, y cuyo empleo podría proporcionar una ventaja comparativa no desdeñable al ampliar el mercado nacional de los productos manufacturados. Sin entrar en el debate teórico en torno a las "tecnologías apropiadas", es claro que el mimetismo tecnológico es contradictorio con un desarrollo introvertido duradero y dinámico.

Por lo demás, esta subordinación entraña la inutilidad de la producción tecnológica local. La creatividad científica latinoamericana es en parte marginada por las transferencias que operan las sucursales de las sociedades extranjeras. Por lo demás, las actividades de "investigación y desarrollo" de los países latinoamericanos son insignificantes (de 0.2 a 0.3% del PNB) en comparación con las de los países industrializados (2% en Europa) y tienen muy poca tendencia a aumentar. El éxodo de cerebros es la consecuencia directa de

ello. El subdesarrollo, por lo menos su forma latinoamericana, no proviene de la insuficiencia de capacidad técnica y científica, pero la provoca. El *brain drain* es hoy uno de los más graves problemas que tienen que enfrentar los países de América Latina. Si los gobiernos de los países en vías de industrialización son tan dados a solicitar transferencias de tecnología, es sin duda ya porque ignoran su costo, o porque olvidan que la asimilación tecnológica no puede ser mecánica sino debe ser concertada y controlada para no producir frutos envenenados.

El resultado más visible de todo esto es, con algunas excepciones, la escasa competitividad de esta industria. Las causas de los elevados costos de producción son múltiples. La exigüidad del mercado nacional a veces difícilmente permite economías de escala. Sobre todo ha actuado la hiperprotección del aparato productivo. El despegue industrial sólo ha sido posible gracias a fuertes barreras arancelarias, las cuales han permitido, además de las situaciones de monopolio o acuerdo, ignorar el problema de los costos relativos. Un equipo obsoleto o fuera de uso, de muy lenta renovación, acarrea productividades muy reducidas. A ello hay que añadir el costo adicional ligado a la dependencia tecnológica y a la sucursalización. La industria local compra patentes y licencias en el exterior pero también piezas sueltas, semiproductos, equipo. Este último es a menudo sobrevaluado: una sociedad vende a veces a su filial de ultramar máquinas ya amortizadas para la fabricación de modelos obsoletos. Las facturaciones de piezas o de patentes dentro de una misma firma son prácticamente imposibles de controlar. La sobrefacturación de las compras o la subfacturación de las ventas permiten eludir las leyes que regulan la repatriación de los beneficios y elevan aún más los costos de producción.

En conjunto, la producción industrial destinada al mercado interno, sobre todo cuando tiene un fuerte valor agregado, sólo es escasamente competitiva en el mercado internacional haciendo a un lado algunas notables excepciones, en particular las industrias tradicionales que utilizan las materias primas locales (de conservas, cueros y textiles). La "sustitución de importaciones" parece ser una estrategia antagónica a la "sustitución de exportaciones" tal como la

practican las "plataformas" industriales del sudeste asiático. Una excepción, debida a condiciones geográficas particulares: las maquiladoras mexicanas. Se trata de industrias norteamericanas de montaje establecidas en la frontera de México. La totalidad de la producción es reexportada hacia Estados Unidos. Emplean para operaciones simples (electrónica, confección, juguete) una mano de obra relativamente numerosa y casi exclusivamente femenina (80 000 empleos aproximadamente). De hecho, los productos estadunidenses reciben un agregado de plusvalor en una zona de mano de obra barata. Difícilmente puede hablarse de una industria nacional. El éxito de las industrias de armamento brasileñas en el mercado internacional, otra excepción aparente, obedece a otros criterios, más políticos.

Hemos visto algunas de las consecuencias de la dominación directa o indirecta de las firmas extranjeras en los sectores más modernos de la industria, cuyos capitalistas nacionales están notoriamente ausentes. El impacto en el empleo industrial, la asfixia tecnológica, la incitación para las importaciones entre otros factores son en principio compensados por la aportación de capitales frescos. Es muy cierto que las inversiones extranjeras constituyen entradas de capital que crean nuevas unidades de producción, y que proponen nuevos productos al mercado. Pero no siempre ocurre así, al menos en América Latina. Ante todo porque gran parte de las inversiones extranjeras se efectúa a partir del ahorro local o mediante el autofinanciamiento. La parte de ese tipo de financiamiento, contabilizada como capital extranjero para todos los efectos, puede alcanzar hasta el 75% del total de las inversiones exteriores (Brasil, 1957-1961). Por lo demás, esas inversiones se realizan muy a menudo a través de la compra de empresas nacionales existentes, pudiendo ser esta operación, es cierto, reversible. Con todo, en gran cantidad de casos, sociedades nacionales tributarias de marcas o de patentes pertenecientes a firmas extranjeras se ven obligadas, para saldar sus deudas con proveedores de licencias, a concederles una participación en el capital que puede ir hasta la toma del control total. Concentración y desnacionalización de las industrias toman muy a menudo este camino. En Brasil, entre 1956 y 1960, el 33% de las inversiones extranjeras se efectuó de esa manera, el 61% de 1979 a

1983. Veremos ulteriormente sus incidencias sobre la balanza de pagos. Desde el punto de vista del control del proceso industrial, esta "desnacionalización" puede tener ciertas consecuencias negativas: además de la agravación del estrangulamiento externo que constituye un serio freno al crecimiento, obstaculiza los esfuerzos de planificación del desarrollo, dado que las decisiones económicas tomadas en las capitales occidentales en el marco de estrategias transnacionales escapan totalmente a los estados anfitriones. Por esta misma razón, sus efectos de arrastre sobre la economía local son tanto más pobres cuanto que la unidad de producción está más integrada a un dispositivo internacional, y que dirige sus esfuerzos preferentemente al mercado del país donde se establece en detrimento de los esfuerzos de exportación deseados por los poderes públicos. Estamos lejos de hacer nuestras las visiones catastrofistas y unilaterales de los efectos de las transnacionales. Sin ellas, a causa de la carencia misma de inversionistas locales, el equipo industrial de los estados latinoamericanos sería sin duda mucho más reducido. Con todo, los intereses de las firmas extranjeras tienen su lógica, y corresponde a las políticas de los estados oponerse o someterse a ellos.

Endeudamiento exterior y nuevo orden económico internacional

El incremento de la deuda externa latinoamericana está en parte ligado a la transnacionalización de las economías. El pago de derechos elevados para la explotación de patentes no siempre responde a una auténtica transferencia de tecnología, sino que depende de fenómenos de moda o de asimetría económica. Así, cuando una cadena de *fast-food* norteamericana se instala en México, de cada sandwich patentado, la sociedad matriz recibe una regalía. El poder financiero de esas grandes sociedades les permite eliminar la competencia local y gravar aún más la balanza de pagos del país anfitrión. De nuevo en México, en 1960 había aproximadamente 1 000 fábricas de bebidas no alcohólicas y gaseosas. Los gigantes Pepsi Cola y Coca Cola absorbieron 698 en diez años y las otras fueron prácticamente arruinadas mientras dismi-

nuía su parte del mercado. Gracias a enormes presupuestos de publicidad y a prácticas comerciales monopolistas, esas internacionales del *soft-drink* han barrido con los productos nacionales y contribuido a incrementar la deuda externa mexicana. La compra de las botellas, por ejemplo, ha sido una de las armas más temibles utilizadas por Pepsi Cola para paralizar la competencia. Se sabe que en Ciudad Obregón, 43 200 botellas provenientes de las competidoras locales fueron compradas y "neutralizadas" por el representante local de esa sociedad.[5]

El pago de regalías por productos superfluos o inútiles y el agravamiento de la malnutrición, son las dos caras negativas de la integración de las sociedades latinoamericanas al universo económico y comercial occidental. El tipo de desarrollo, el peso de las inversiones extranjeras, y hasta las prácticas propias de las transnacionales, han contribuido notablemente al endeudamiento externo de los países del continente. El déficit crónico de las balanzas comerciales y de pagos que afecta a las economías latinoamericanas de los países más industrializados se debe en gran medida al modelo de industrialización y a las importaciones que implica. En cuanto a las inversiones extranjeras directas, lejos de contribuir al enriquecimiento de los países donde se establecen, los empobrecen y pesan muy fuertemente sobre su equilibrio financiero exterior. Cuando sabemos que cada dólar invertido en forma de inversión directa provoca en promedio una salida de 3 a 5 dólares en el curso de los siguientes diez años, frente a 1.5 dólar en el caso de un préstamo a un inversionista nacional, se comprende que las ganancias sacadas por las multinacionales hayan sido superiores al monto de sus inversiones. En México, la totalidad de los beneficios y de las regalías repatriados entre 1966 y 1969 por las firmas extranjeras representó casi el doble de su inversión (465 millones de dólares frente a 976).[6]

Si bien el endeudamiento externo de la economía latinoamericana es hoy particularmente dramático, es justamente porque el desarrollo incrementa la dependencia financiera

[5] Philip Russel, *Mexico in transition*, Austin, Colorado River Press, 1977, p. 155.

[6] Philip Russel, *op. cit.*, p. 71.

pública y privada. En América Latina, mientras más industrializado es un país, más endeudado está. Por ello las tres cuartas partes de la deuda exterior del subcontinente son soportadas por tres países, Brasil, Argentina y México, que son también las tres naciones más industrializadas. En 1983, la deuda externa latinoamericana representaba más de la mitad de la deuda de los países en vías de desarrollo no miembros de la OPEP: 340 de 668 mil millones de dólares. A fines de 1984, los tres "grandes" del endeudamiento debían por sí solos 239 mil millones de dólares. Esta deuda contratada en una coyuntura de euforia financiera y de dinero fácil presenta un perfil muy particular. Dado que el alza de los precios del petróleo en 1973 acarreó una abundancia de liquidez, los bancos se esforzaron por "reciclar" los petrodólares multiplicando los préstamos, a menudo a corto plazo, a países en vías de desarrollo que, o estaban en un período de expansión, o practicaban políticas favorables a los capitales especulativos. También a diferencia de los períodos anteriores, esta deuda es esencialmente de origen bancario. Ese tipo de crédito se multiplicó por seis entre 1965 y 1970, por dos entre 1975 y 1978. El total de la deuda se duplicó de 1977 a 1981 en Brasil, se triplicó en México, y se cuadruplicó en Argentina (véase cuadro 14).

El peso del servicio de la deuda es enorme y generalmente desproporcionado con respecto a las capacidades financieras de los países deudores. En varios de ellos, la deuda se acerca y hasta rebasa el PNB per cápita (véase cuadro 15).

Durante los años fastos, que terminan en 1981 (crisis polaca) y sobre todo en 1982 (crisis mexicana de pagos), los servicios de la deuda externa se hacen más pesados. Tan sólo para el pago de intereses, consumen el 22% de los ingresos por exportaciones latinoamericanos en 1970, más del 35% en 1983, 51% en el caso de Argentina, cerca del 45% en el de Brasil. Con todo, en la década de los setenta la permanencia de un flujo financiero externo permitía obtener sin insuperables dificultades pagarés para el futuro. El endeudamiento es la prueba del crédito internacional de la que puede preciarse un país. El ministro de Economía del presidente Médici en Brasil se vanagloriaba de ese signo exterior de riqueza: "Somos el primer deudor del mundo." De regreso a los negocios después de la crisis, se conformaba, bajo Figueire-

CUADRO 14
DEUDA TOTAL Y PARTICIPACIÓN BANCARIA (1977-1981)

	Deuda total (miles de millones de dólares)		*Participación de la deuda bancaria %*	
País	*1977*	*1981*	*1977*	*1981*
Argentina	7.8	30.8	62.4	80.7
Brasil	33.1	65.3	76.5	80.7
Chile	5.2	15.5	37.2	83.8
Colombia	3.9	8.4	45.1	65.0
México	26.1	73.7	77.8	85.5
Perú	6.1	8.5	56.4	53.7
Venezuela	10.8	28.9	84.1	93.2
Haití				
Jamaica	2.9	3.8	62.6	34.2
Nicaragua				
Otros países	104.6	241.5	69.7	80.4

FUENTE: Ricardo French-Davis, *Antecedentes sobre el problema de la deuda externa latinoamericana*, Santiago de Chile, CERC, abril de 1984.

CUADRO 15
DEUDA Y PNB PER CÁPITA
(*En dólares*)

País	*Deudas*	*PNB*
Venezuela	2 372	4 893
Panamá	1 712	2 202
Costa Rica	1 635	1 506
Chile	1 619	1 819
Argentina	1 554	2 202
Uruguay	1 527	1 866
México	1 230	2 033
Ecuador	794	1 453
Brasil	734	1 788
Perú	686	862
Bolivia	612	1 020
Honduras	531	733
Colombia	427	1 378
Guatemala	234	1 143
RFA	1 963	10 618
Francia	1 743	9 576

FUENTE: *The Wall Street Journal*, 28 de junio de 1984.

do, con declarar que Brasil está protegido, por su endeudamiento mismo, contra el peligro de bancarrota, pues si esa desgracia ocurría todo el castillo de naipes se vendría abajo: "No hay un hoyo lo suficientemente grande como para tragarse a Brasil." Mientras nuevos préstamos permitieran refinanciar sin problema las deudas vencidas, los riesgos parecían menores. Pero cuando, a fines de 1982, tras el agosto negro de México, el flujo de créditos internacionales que se dirigían hacia América Latina cayó de 11.7 mil millones a 0.3 mil millones, todo el edificio económico del continente se estremeció. La crisis se debía a múltiples factores: recesión de los países de la OCDE, disminución de los términos de intercambio y particularmente de los precios petroleros, alza de las tasas de interés estadunidenses que golpearon a los países generalmente endeudados a muy corto plazo. A pesar del ascenso del precio de los hidrocarburos y luego de su relativa consolidación en su nivel de 1975, los otros productos exportados por América Latina sufrieron caídas espectaculares en el último período: los términos de intercambio bajaron un 15% para todo el continente, incluyendo a países exportadores de petróleo, y un 31% para los países no petroleros (—42% para Brasil) entre 1979 y 1983.

Para el sistema financiero mundial el pago de la deuda constituye un desafío sin precedente. Los bancos comerciales y las instituciones financieras internacionales imponen condiciones de refinanciamiento a los países deudores que equivalen a una verdadera programación de la recesión. En efecto, además de las drásticas limitaciones de los gastos públicos, en ausencia de nuevos flujos financieros, los países endeudados se ven obligados a liberar apreciables excedentes comerciales para hacer frente a sus obligaciones externas, lo que sólo obtienen limitando de manera dramática sus importaciones. Esto no solamente afecta el nivel de actividad económica de los países latinoamericanos, sino que frena igualmente la recuperación de la economía mundial y tiene por consecuencia millares de supresiones de empleo tanto en Estados Unidos como en Europa. En 1983, las importaciones latinoamericanas disminuyeron un 30%, y un 20% en 1982. El PNB de los países del continente retrocedió un 3.3% en 1983 tras una caída del 1% en 1982. El desempleo aumenta, mientras los programas sociales públicos son suprimidos

o amputados: la agitación nacida de la desesperación económica es un elemento esencial de esta peligrosa situación. Mientras que el aumento de la producción en los países endeudados parece ser la única manera que tienen de pagar a sus acreedores, la ortodoxia del Fondo Monetario Internacional y de los bancos conduce al empobrecimiento de las economías nacionales. El riesgo de una oleada nacionalista que oponga un rechazo colectivo al pago de los compromisos financieros o del desfallecimiento financiero de un país que provocaría el crac de todo el sistema, es real. Para los dirigentes latinoamericanos de todos los colores políticos, parece evidente que la lógica del mercado, por sí sola, no basta para resolver este espinoso problema.

Durante las Conferencias de Quito (enero de 1984) y luego de Cartagena (junio de 1984), los gobiernos de los países latinoamericanos endeudados, solidarios ante los bancos y los gobiernos de los países ricos, emitieron proposiciones razonables con miras a aligerar su carga evitando el conflicto o las infracciones no controladas a las normas establecidas. Proponen sobre todo que las políticas de ajuste no sean unilaterales y que todas las partes (países acreedores y deudores, bancos) asuman su parte dada la corresponsabilidad compartida a la hora de la prosperidad y del dinero fácil. Piden una reducción sustancial de las tasas de interés (cada 1% de alza de las tasas representa 1.5 mil millones de dólares más de intereses a escala del continente e implica una disminución de importaciones suplementaria de 1 a 5% según los países), plazos de pago, y un equilibrio entre el servicio de la deuda y el nivel de las exportaciones, a fin de evitar la asfixia económica. Perú estableció, en julio de 1985, un tope de 10% del valor de las exportaciones.

Esas proposiciones coyunturales se sitúan en la prolongación de las reivindicaciones de los países en vías de desarrollo por un nuevo orden internacional que, en la década de los sesenta y los setenta, tuvieron cierto avance en las instancias internacionales (CNUCED, grupo de los 77, reuniones Norte-Sur). Los dos grandes ejes de ese New Deal internacional son la estabilidad de los precios y/o de los ingresos por exportación de productos primarios, y el libre acceso de los productos industriales provenientes de los países en desarrollo a los mercados de los países ricos. Es esta segunda reivindicación la que parece haber dado origen a políticas económicas que, inspiradas en el liberalismo, tenían por objetivo una reorientación completa del proceso de industrialización y, por consiguiente, de toda la economía nacional, renegando del modelo de sustitución de importaciones privilegiadas hasta entonces.

Las políticas económicas neoliberales y la nueva división internacional del trabajo

La crítica liberal de la sustitución de importaciones no carece ni de peso ni de sustancia. Según ella, las industrias destinadas al mercado interior desarrolladas en el marco de un proteccionismo intransigente dieron origen a producciones costosas e ineficaces, incapaces de enfrentar la competencia internacional. En esta óptica, esas industrias son, además de un factor de debilidad del sector externo, una causa de inflación. La racionalización del aparato productivo dependerá pues de la canalización de recursos hacia los sectores que presenten ventajas comparativas y sean competitivos en los mercados exteriores. Para lograr este fin, se proyecta principalmente liberar las importaciones de productos manufacturados a fin de que la competencia elimine a los productores menos aptos para sobrevivir. Estas políticas están llenas de medidas de "desregulación" y de "desprotección" en el terreno social que, según las experiencias, fueron aplicadas con más o menos espíritu de sistema y de dogmatismo. Moderadas en Colombia y en Perú bajo gobiernos democráticos, esas experiencias tuvieron versiones más extremas en las dictaduras militares que pretendían reducir al silencio la política para liberar mejor la economía: Chile, Uruguay, Argentina.

En Colombia, bajo el presidente López Michelsen (1974-1978), la cura neoliberal, que comprendía sobre todo una apertura a las importaciones y un plan de estabilización que reducía subrepticiamente el salario real, no cumplió el objetivo de transformar al país en el Japón de América Latina. No obstante es innegable que las exportaciones colombianas no han dejado de crecer desde entonces, hasta 1981: incluso se quintuplicaron entre 1970 y 1980, duplicándose la parte de

los productos manufacturados mientras que ese país era uno de los menos fuertemente endeudados del continente. Otra cosa muy distinta ocurrió con Perú, donde el presidente Belaúnde (1980-1985) no obtuvo con la misma medicina resultados muy convincentes. Mientras que su política se resumía en la consigna "exportar o morir", el valor de las exportaciones de Perú estuvo en baja constante y cayó de 4 mil millones anuales en 1979 a 3.1 mil millones en 1982.

No obstante fue en Chile y Uruguay, y en cierta medida en Argentina, donde se aplicaron las medicinas más violentas. En esos países, regímenes autoritarios fuertemente coercitivos intentaron poner en marcha políticas dogmáticamente liberales inspiradas por los discípulos de Milton Friedman y de la escuela de Chicago. Tras el golpe de Estado de 1973 en Uruguay, el régimen militar puso fin al Estado-providencia establecido en la década de los treinta. El nuevo modelo económico preveía una drástica disminución de los gastos del Estado. La apertura de las fronteras a las importaciones, la especialización en los sectores industriales donde a causa de la baja de los salarios reales Uruguay puede aspirar a ser competitivo en el mercado internacional, tales eran los grandes ejes de un plan económico basado en la concentración de los ingresos. Según el Banco Central, el índice del salario real cayó de 100 en 1968 a 69 en junio de 1977. Pero el nuevo modelo de economía y de estabilización financiera golpeaba directamente las industrias que producen para el mercado interior. Ni los propios ganaderos, base de la economía nacional, se salvaron. Víctima de una presión fiscal selectiva, su producción no cesó de decaer. Las grandes beneficiarias, gracias a ayudas fiscales, a las primas por exportación y a las facilidades bancarias, fueron las industrias de exportación: carnes, cueros y pieles, textiles, calzado. Esas "primas por exportación" que pesaban fuertemente sobre el presupuesto del Estado parecen haber permitido cierto crecimiento de las exportaciones no tradicionales en 1974-1975. No obstante, la destrucción del sistema económico y social tradicional de Uruguay no bastó para hacer de la ex "Suiza de América del Sur" un Hong Kong latinoamericano, como deseaban algunos "monetaristas" impenitentes. En efecto, las inversiones extranjeras en ese continente se dirigen siempre de preferencia hacia los mercados nacionales en expansión. De hecho, al ligarse más a la demanda externa, el "modelo" incrementó la dependencia del país.

Chile fue durante algunos años el laboratorio privilegiado de los *Chicago boys*, discípulos del gurú monetarista de Illinois. Para el régimen del general Pinochet, se trataba de asegurar un "futuro sin inquietudes ni temores", encargándose el "Dios-mercado" de exterminar duraderamente los demonios del colectivismo. A fin de restablecer los mecanismos del mercado y de crear un nuevo polo de crecimiento —las exportaciones no tradicionales— se liberaron los precios, y las presiones que "pesaban" sobre las relaciones de trabajo fueron suprimidas. Mientras que los impuestos directos se elevaban y se eliminaban los subsidios al consumo popular, los gastos públicos, particularmente en el terreno social, sufrían una brutal amputación. A fin de permitir una reestructuración de las industrias, los derechos arancelarios pasaron de 100 a 10% mientras que la sobrevaluación del peso con relación al dólar incrementaba las importaciones y, lo que es más, en 1976 Chile se retiró del Pacto Andino con el fin de atraer los capitales sustrayéndolos a las limitaciones y prohibiciones de la comunidad. La supresión de la mayoría de los controles estatales, la desnacionalización de las empresas socializadas por el régimen de la Unidad Popular (1970-1973) y una contrarreforma agraria completaron ese tratamiento de choque del cual se esperaba el "milagro chileno". Se obtuvo, cierto, una disminución de la inflación relativamente espectacular, puesto que el alza de los precios cayó del 500% en 1973 al 30% en 1978, pero a un costo considerable. El PNB per cápita era, en 1978, inferior al de 1970. Si bien la recuperación económica es innegable con tasas de crecimiento promedio superiores al 7% anual entre 1976 y 1980, la inversión se estanca entonces en un nivel inferior al de los años sesenta y setenta. La parte de la industria en la producción global disminuye mientras que el 90% de las inversiones extranjeras se dirige hacia el sector minero. En nombre de las ventajas comparativas, Chile se subdesarrolla. En el plano social, la contracción de los esfuerzos de solidaridad nacional y de los gastos públicos tiene consecuencias espantosas: la desnutrición se agrava en las ciudades y el campo mientras que a causa de la concentración de los ingresos las importaciones de productos de lujo aumentan de

manera insultante. En 1978, las importaciones de confitería aumentan un 16%, las de whisky un 160%. Si bien el aflujo de capitales a corto plazo y el *boom* de algunas exportaciones no tradicionales (maderas, frutas) parecieron dar un latigazo a una economía frágil, ese "milagro" fue de corta duración y el castillo de naipes ultraliberal se derrumbó ruidosamente en 1983, dejando una economía profundamente debilitada, un aparato industrial agrietado si no es que destruido por la política de apertura de las fronteras sin discriminación proseguida hasta 1982, una balanza de exportaciones más tradicional y por tanto más vulnerable de lo que podía pensarse, puesto que descansa en cerca del 50% tan sólo en el cobre y sus fluctuaciones. Con una tasa de desempleo que alcanza casi la tercera parte de la población activa, una deuda exterior cuyos intereses absorben, desde 1983, la mitad de los ingresos por exportación —mientras que apenas el 5% de la deuda contratada a partir de 1974 sirvió para reforzar el equipo productivo del país—, el modelo chileno hace agua por todas partes y pone en entredicho la validez de la poción mágica ultraliberal.

Las experiencias neoliberales y su notorio fracaso requieren algunas observaciones. En economías donde el aparato industrial ha sido construido conforme a las recetas tradicionales del proteccionismo, la sustitución de exportaciones difícilmente remplaza el modelo clásico de sustitución de importaciones. Dicho de otra manera, a países recién industrializados les cuesta trabajo lograr un lugar diferente del que siempre han ocupado en la división internacional del trabajo. La reorientación hacia el exterior de un aparato industrial moldeado por el mercado interno no se decreta. No hay atajo hacia la prosperidad.

La vía no capitalista y el socialismo dependiente

Frente a la dependencia y a los desafíos del desarrollo, la elección de un modelo no capitalista fue muy rara en América Latina. La vía chilena al socialismo no fue un éxito económico por diferentes razones, no todas externas o que haya que abonar sólo a la cuenta de la CIA. El gobierno militar peruano pretendía, entre 1968 y 1975 (bajo la presidencia del general Velasco Alvarado), no ser ni socialista ni capitalista. Su dirigismo, a pesar de las profundas reformas de estructuras (reforma agraria, industrial) que puso en marcha y el acrecentamiento o la diversificación del sector público, que impulsó, difícilmente constituye una política coherente y sin ambigüedad.

En cuanto a la Nicaragua sandinista, oficialmente partidaria de la economía mixta, del pluralismo político y del no alineamiento, su orientación socialista no confesada procede tanto del acoso militar al que Estados Unidos la somete como de las convicciones leninistas de sus comandantes. El caso cubano ofrece por el contrario una imagen más clara del socialismo criollo.

El régimen revolucionario cubano transformó la economía según un modelo de planificación centralizado y autoritario, que sólo se impuso tras muchos titubeos. La economía cubana monoproductora, de recursos energéticos limitados en un país de pequeñas dimensiones, se orientó hacia el socialismo siguiendo políticas contradictorias, mal controladas y a menudo caracterizadas por la falta de profesionalismo y la improvisación. Por lo menos en una primera fase, que podríamos titular la de la "república utópica". En efecto, de 1960 a 1963, comienza en la isla el período de las grandes ilusiones revolucionarias: reforma agraria, prioridad a los estímulos morales, gratuidad de los servicios, son otras tantas elecciones deliberadas del voluntarismo castrista. Durante este primer período, las nuevas autoridades revolucionarias intentaron diversificar la agricultura e incrementar, mediante una industrialización acelerada, la autonomía económica de la isla. Fue un fracaso y, a partir de 1964, Fidel Castro decidió desarrollar la producción de azúcar a un ritmo sin precedentes. Pero el objetivo fijado, de 10 millones de toneladas anuales a partir de 1970 —voluntarismo obliga—, jamás se alcanzó. Se llegó entonces a una estrategia más ortodoxa de edificación del socialismo.

Mientras Cuba se acercaba a la Unión Soviética, su economía se sovietizaba. Se rehabilitaron los "estímulos materiales", se recurrió a los precios como instrumento de regulación mientras numerosos productos eran racionados. Convertida en miembro del Comecon, Cuba traba relaciones económicas privilegiadas con la Unión Soviética a partir de 1972,

comprándole ésta a Cuba el azúcar a un precio superior al del mercado internacional y vendiéndole petróleo por debajo del precio mundial. Así la Unión Soviética subsidia la economía cubana. Generalmente se estima en varios millones de dólares diarios el costo del apoyo a esta experiencia socialista *in partibus*. Y si bien no se renegó totalmente de la ambición de diversificar el comercio exterior cubano, el peso de los países socialistas jamás dejó de aumentar paralelamente, según parece, al deterioro del mercado internacional del azúcar. La Unión Soviética, que absorbía en 1975 el 56% de las exportaciones cubanas, recibía el 71% de ellas en 1977, mientras que las importaciones de origen soviético, que pasaron durante el mismo período del 40 al 54%, crecieron todavía más a causa principalmente del embargo comercial de Estados Unidos.

A pesar de algunos triunfos notables en el terreno de los servicios y de los bienes colectivos (educación y salud particularmente), los resultados de la revolución cubana se revelaron modestos en materia económica. Sobre todo, la "segunda independencia" proclamada por Castro no tuvo lugar. Una dependencia remplazó a otra. Una metrópolis, ciertamente lejana, sustituyó el protectorado de un vecino omnipresente. ¿Será una fatalidad la subordinación económica?

Integraciones regionales e industrialización

El nacionalismo continental así como la voluntad de paliar la exigüidad de los mercados nacionales contribuyeron a la creación de conjuntos comerciales regionales o subregionales y a la instauración de procesos de integración económica. Según la idea de sus promotores, la integración regional debía permitir que la sustitución de importaciones se prosiguiera en mejores condiciones. Un mercado más vasto, economías de escala que aseguraran costos de producción inferiores y el incremento de los intercambios entre países de la zona podían reducir la dependencia del mercado mundial, y por tanto aflojar el estrangulamiento externo.

Se intentaron múltiples experiencias de integración o de librecambio, desde la firma en 1960 del tratado de Montevideo que dio origen a la ALALC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio). Como su nombre lo indica, este acuerdo entre las naciones de América del Sur y México no tenía por objeto formar un verdadero mercado común. Sus objetivos, relativamente poco ambiciosos, consistían en liberar progresivamente los intercambios negociando producto por producto a través de los complejos mecanismos donde abundaban las cláusulas de salvaguarda. En efecto, las desigualdades del desarrollo, el peso de las economías industrializadas de Brasil, Argentina y México, que muy pronto aparecieron como los beneficiarios principales de la asociación, entrañaron negociaciones difíciles, eludidas a veces por acuerdos bilaterales. No obstante, entre 1970 y 1979 el comercio interregional se multiplicó por siete para los países de la ALALC, mientras que veinte mil productos eran liberados y veinticinco acuerdos de complementariedad industrial firmados. Un nuevo tratado de Montevideo, concluido en 1980, transforma la ALALC en ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración) que, tomando en consideración los múltiples bloqueos que sufrió la asociación primitiva, nace bajo el signo del pragmatismo y de la flexibilidad para tomar en cuenta la profunda heterogeneidad de las economías a las que atañe.

Fue para superar las insuficiencias y las lentitudes de la ALALC por lo que se creó, mediante el tratado de Cartagena en 1969, el Grupo Andino. Para los estados signatarios (Colombia, Perú, Ecuador, Chile, Bolivia, a los cuales más tarde se unió Venezuela) se trataba de ir más allá de una simple unión arancelaria y de poner en pie un verdadero mercado común. Los países miembros tenían entonces dos particularidades comunes: una voluntad política nacionalista, una industrialización de nivel intermedio (exceptuando Ecuador y Bolivia, que por lo demás gozaron de cláusulas de salvaguarda adaptadas a su menor desarrollo relativo). Los objetivos del grupo no carecían de ambición. Los intercambios entre países miembros debían ser acelerados por procedimientos de desarme arancelario automáticos e irreversibles que desembocaran en la libertad de intercambios en 1980. Mientras que los responsables del Pacto Andino se establecían como objetivo a mediano plazo la promulgación de una tarifa exterior común y un comienzo de "planificación conjunta" del establecimiento de industrias, los procedimientos de control de las inversiones extranjeras no resistieron el cam-

bio de coyuntura económica y política. La "decisión 24" que sustentaba un reglamento general para los capitales extranjeros preveía la progresiva "andinización" de algunas producciones y ventajas tarifarias selectivas para los productos fabricados por empresas andinas o mixtas. Esta política nacionalista, destinada a crear reglas del juego estables y rigurosas evitando la demagogia nacional de las políticas neoliberales, apareció como una prueba para los estados nacionales. Su solidaridad no resistió la desaparición de los gobiernos de tendencia nacionalista que habían dado origen al pacto. Así, los nuevos dirigentes de Chile, tras el golpe de Estado militar de septiembre de 1973, se opusieron al código de inversiones y se retiraron del pacto en 1976. En cuanto a Perú y Colombia, no tardaron en considerar demasiado coercitivas las medidas adoptadas con respecto a los capitales extranjeros. Tampoco ha nacido todavía la tarifa exterior común y, por difícil que parezca, en 1983 el Pacto Andino parecía estar en un callejón sin salida. A fin de evitar la multiplicación de decisiones unilaterales de los países miembros, que constituían otros tantos navajazos al contrato común, los países andinos decidieron en junio de 1983, en Caracas, volver a poner su reloj a la hora del pragmatismo y tener ambiciones más modestas. No está vedado pensar que la homogeneidad recobrada de los regímenes políticos de los miembros y el paralelismo de sus aspiraciones pueden dar un nuevo aliento al más exigente de los procesos de integración latinoamericana.

El Mercado Común Centroamericano y la Comunidad del Caribe (Caricom) surgen como otras tantas experiencias poco convincentes de objetivos muy diferentes. Los cinco países de Centroamérica fueron los primeros que intentaron instaurar, desde 1961, un espacio comercial común. Se propusieron igualmente armonizar sus políticas económicas e integrar su desarrollo industrial. Así, gracias a la creación de infraestructuras comunitarias (Banco Centroamericano de Integración Económica-BCIE), debían establecerse "industrias de integración" para crear un tejido industrial equilibrado. Es en este punto donde el MCCA tropezó y se dividió. Si bien el estímulo a los intercambios fue innegable desde los primeros años y se prosiguió después de la crisis (el comercio interregional fue multiplicado por cinco entre 1970 y 1979), la integración industrial sólo benefició a los más ricos, llevándose El Salvador y Guatemala la mejor parte. Honduras se consideró víctima del mercado común y se separó al final de la guerra que, en 1969, la opuso a El Salvador, paralizando por varios años no sólo el proceso de integración sino hasta el comercio internacional.[7] Hoy, a la profunda crisis institucional debida a las disparidades de equipo industrial, ha venido a añadirse una grave crisis política desde la victoria de la revolución sandinista en Nicaragua. Países condenados a cohabitar y a los que todo conduce a entenderse —historia común, permeabilidad del espacio, exigüidad de los mercados—, demasiado preocupados por sus convulsiones internas y los factores internacionales en juego que los dividen, han dejado así pasar una oportunidad histórica de realizar la federación centroamericana que los libertadores tanto deseaban.

La Comunidad del Caribe, que desde 1973 reúne a once estados angloparlantes de la zona, ha tenido hasta ahora por objetivo principal unificar las relaciones exteriores de los países miembros y hacerlos hablar con una sola voz frente a Estados Unidos, México o Europa. La cooperación entre los miniestados miembros apenas ha progresado a pesar de la creación de instituciones comunitarias.

Como vemos, a pesar de los entusiasmos iniciales y de la retórica obligada, el éxito de los procesos de integración en América Latina sigue siendo muy limitado. Desde luego podemos preguntarnos si realmente hay en el mundo integraciones que hayan funcionado y mercados comunes felices. De hecho, no sólo la integración regional no es la panacea sino en países dependientes no se decide de manera autónoma. O más bien, fuera de las efímeras voluntades políticas y de las coincidencias ideológicas, a merced de un cambio de régimen, hasta ahora. . . las más de las veces la racionalización industrial regional se ha efectuado en el marco de los grupos transnacionales y de su estrategia.

[7] Véase nuestro artículo "Honduras-El Salvador. La guerra de cent heures: un cas de 'désintégration régionale'", *Revue Française de Science Politique*, diciembre de 1971, pp. 1290-1395.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Carraud, Michel, *L'Intégration des pays andins*, París, Économica, 1983.
Centre d'Études Européennes (Université Catholique de Louvain), *Nouvelles perspectives de l'intégration latinoaméricaine*, Lovaina, Vander, 1981.
French-Davis, Ricardo, *Antecedentes sobre el problema de la deuda externa latinoamericana*, Santiago de Chile, CERC, abril de 1984 (mimeografiado).
Lambert, Denis-Clair, *Le mimétisme technologique des tiers monde*, París, Économica, 1983.
ONU-CEPAL, *Cuba, estilo de desarrollo y políticas sociales*, México, Siglo XXI, 1980.
______, *Preliminary overview of the Latin American economy during 1983*, Santiago, 29 de diciembre de 1983 (mimeografiado).
"Politiques économiques, libéralisme, monétarisme et endettement", en *Problèmes d'Amérique Latine*, 4o. trimestre de 1982 (La Documentation Française).

3. PROBLEMAS AGRÍCOLAS Y CUESTIÓN AGRARIA

Si bien la agricultura ha desempeñado un papel decisivo en el crecimiento extravertido de la mayoría de las economías de América Latina, podemos observar hoy que el sector agrícola está casi en todas partes en crisis cuando no constituye un freno al desarrollo. Cierto, las situaciones varían considerablemente de un país al otro, pero es necesario advertir que muy pocos escapan a las consecuencias negativas de la concentración territorial y de la heterogeneidad de las estructuras agrarias o de las modalidades de explotación. El arcaísmo de las técnicas o, más generalmente, la mediocre productividad agrícola no siempre van a la par con un excedente de mano de obra rural que la industria de alta intensidad de capital no logra absorber, pero el escaso dinamismo agrícola tiene afectos sociales y económicos que hipotecan en mucho el crecimiento del aparato productivo. ¿Acaso no se pretende, desde la revolución industrial en Inglaterra, que la industrialización es imposible sin una agricultura moderna? Si bien la revolución agrícola es la condición previa para la industrialización autosostenida, podemos dudar de las posibilidades de desarrollo del continente.

Además, la multiplicidad de los tipos de aprovechamiento y la crisis de las estructuras agrarias desembocan en conflictos sociopolíticos para los cuales ningún país latinoamericano realmente ha hallado remedios. Las reformas agrarias más radicales no constituyen la panacea como no la constituyen improbables y elitistas "revoluciones verdes".

Tipos de agricultura y modalidades de explotación

La concentración territorial no es un mito. La pareja maldita latifundio/minifundio sigue dominando el campo. Más aún, las desigualdades se agravan constantemente. La conquista de nuevas tierras, cuando es posible, no las hace disminuir. Por el contrario. Parecería que los microfundios se

multiplican. En Brasil, las tierras de menos de 10 hectáreas, que constituían el 34.5% de las unidades agrícolas en 1940, representaban en 1980 más del 50% de las propiedades, pero sólo el 2.5% de las superficies. Por lo demás, el mosaico agrario yuxtapone unidades productivas heteróclitas. En función de la apropiación de la tierra, del destino de las producciones y de la situación de los agricultores, podemos distinguir varios tipos de agricultura. Los tractores con aire acondicionado y las segadoras trilladoras informatizadas van de la mano con la coa para los cultivos en chamicera. La roza es contemporánea de los abonos nitrogenados y de las semillas híbridas. Esta "simultaneidad de lo no contemporáneo", que no es privativa de la agricultura, es aquí fuente de conflictos particularmente graves.

La distinción canónica entre la pequeña y la gran propiedad es bastante insuficiente para dar cuenta del caleidoscopio rural. La pequeña propiedad que, según los países o los suelos, representa unidades productivas desde algunas áreas hasta 25 hectáreas comprende sistemas de aprovechamiento tanto directo como indirecto. En el primer caso, el agricultor es o un pequeño propietario independiente, o miembro de una comunidad indígena, y a veces colono de frentes pioneros oficiales o labrador "salvaje". El aprovechamiento indirecto está en principio ligado a la gran propiedad, pero corresponde a una multiplicidad de casos heteróclitos: granjeros a la europea, como en Argentina por ejemplo, que pueden ser verdaderos empresarios de cultivos, aparceros de diversas condiciones, las múltiples formas del "colonato" (es decir del usufructo a título temporal de una parcela a cambio de prestaciones en trabajo), finalmente "precaristas" (los *posseiros* brasileños por ejemplo), ocupantes sin derecho en tierras aparentemente sin dueños. La gran propiedad no siempre es el latifundio extensivo de cultivo o ganadería. La plantación moderna mecanizada de cacao, plátano, algodón o café, y propiedades agroindustriales intensivas, con riego o no, de caña de azúcar, viñedos, frutas o verduras tempranas exportables, también suelen ser de enorme tamaño. Así como las estancias de *pedigree* del Río de la Plata.

El campo latinoamericano constituye pues un verdadero museo de regímenes territoriales. La situación de los trabajadores refleja la superposición de los modelos de explotación. Asalariados y semiasalariados, trabajadores o temporeros permanentes y eventuales rozan con la mano de obra familiar, la semiservidumbre de las prestaciones en trabajo, las formas más arcaicas de trabajo colectivo y de ayuda mutua (minga andina o *mutirão* brasileño). En una misma finca sutiles jerarquías separan y dividen a los campesinos sin tierra según traten directamente o no con el patrón, que arrienden o subarrienden las tierras de la hacienda, o son excluidos de los "beneficios" del sistema latifundista: inquilinos y afuerinos en Chile, arrendires, allegados o habilitados en Perú son otras tantas categorías desiguales de trabajadores rurales.

El destino de la producción frecuentemente presenta más contrastes que en el Viejo Mundo. Los diferentes tipos de agricultura de subsistencia sólo destinan al mercado una ínfima parte de la producción, según modalidades por lo demás antieconómicas. Ya sea que un acaparador local se embolse el excedente al precio que le convenga o que éste sea ofrecido en el mercado del pueblo, feria de la miseria más que plaza cosmopolita de la abundancia, donde el campesino obtiene, tras horas de transporte, el único ingreso monetario de que dispone. La agricultura comercializada para el mercado interior, policultivo, granos básicos o ganadería lechera, presenta muy diversos grados de prosperidad en función del nivel de su integración industrial o comercial. Con todo, el sector dominante es la gran especulación exportada por la cual se sacrifican los cultivos de plantas comestibles. La plantación bananera, el café, el algodón o más recientemente la soya, producidos para el mercado internacional, son preponderantes. Los cultivos de exportación, incluso cuando hay varios en un mismo país, se dividen las mejores tierras. Al proporcionar las divisas indispensables para la economía, ocupan posiciones privilegiadas. La deformación del aparato productivo, consecuencia de esta dominación, es a veces muy marcada. Así, en El Salvador, país agroexportador y provisto de buenas tierras bien regadas, dedicado en otro tiempo exclusivamente al café, se importan de Guatemala las frutas y legumbres que consumen los habitantes de la ciudad. Pero el café de El Salvador así como el plátano de Honduras son mucho más que cultivos. "Nacionales" aquí, "extranjeros" allá, esos productos soberanos constituyen un

sistema económico. Del propietario de la plantación al exportador pasando por los beneficiadores y los detentadores del crédito, el café ha modelado la sociedad durante cerca de un siglo. En el país vecino, la United Fruit poseía no solamente las mejores plantaciones de plátano, sino toda la infraestructura económica y financiera. El poder agrícola no se deriva ya de la agricultura.

Problemas agrícolas, estructuras agrarias y desarrollo

Con algunas excepciones, los países del continente son o han sido países agrícolas extravertidos. Su futuro económico y su estabilidad social dependen eminentemente del sector agrario. También las llaves del desarrollo en América Latina se hallan a menudo en el campo. El progreso económico tropieza con la productividad agraria. Las estructuras de propiedad, que frenan la expansión del mercado interior, lo hacen precario. La extraversión productiva multiplica las contradicciones que pesan tanto sobre el equilibrio social como sobre la balanza comercial.

La exigüidad de la productividad es el principal problema de la agricultura latinoamericana. Impide obtener excedentes suficientes para importar bienes de equipo o industrias y poner en funcionamiento la economía. Provoca graves déficit en bienes alimentarios y acarrea un incremento de las importaciones. Esta escasa productividad, relativa o absoluta, afecta a todos los países incluyendo los países agroexportadores que han tenido una fase de modernización agraria como Argentina y Uruguay. A nivel continental, las dos quintas partes de la problación activa empleadas en la agricultura sólo contribuyen en un 10.4% al producto interno bruto global. Desde luego el contraste entre la población activa de la agricultura y la parte del PIB presentada por este sector comprende importantes diferencias de un país al otro. Si bien la relación es relativamente satisfactoria en el caso de Argentina o Colombia, cuyos efectivos agrícolas son muy diferentes (14% y 30% de la población activa respectivamente), lo es mucho menos en el de Brasil y México, cuyos sectores agrícolas, con aproximadamente el 40% de la población activa, contribuyen con menos del 10% al PIB. Pero hasta los

países agrícolas más dinámicos, salvo en algunas producciones nuevas (soya por ejemplo), están lejos de obtener rendimientos parecidos a los de los países productores más avanzados (particularmente en lo concerniente a los cereales) (véase cuadro 16). El incremento de productividad obtenido en los últimos veinte años en Estados Unidos o la CEE difícilmente se refleja en América Latina, cuya parte en las exportaciones agrícolas mundiales no ha dejado de reducirse. Como consecuencia, la situación alimentaria del continente se ha deteriorado fuertemente a pesar de los inmensos recursos agrícolas y de un crecimiento relativamente sostenido de la agricultura. Mientras que el consumo de calorías y de proteínas per cápita bajó desde hace diez años a escala continental, las importaciones de cereales en la mayoría de los países (con excepción de Argentina y Uruguay, países exportadores) se triplicaron de 1968 a 1979, y las tasas de autoabastecimiento bajaron mucho. En 1980, México y Centroamérica importaron más del 20% de su consumo de cereales, y los países andinos el 40%. México, que en 1979 compró 12 millones de toneladas de granos, importó 8.5 millones en 1983. La involución de algunos países en ese terreno es particularmente sorprendente. Chile, abastecedor de trigo de California a fines del siglo XIX, hoy importa trigo, carne, oleaginosas, azúcar y lana, productos susceptibles de ser obtenidos en el suelo nacional. Las importaciones agrícolas, que representan el 60% del déficit de la balanza comercial en ese país, absorben una tercera parte de los ingresos por exportación.

Podemos atribuir esta crisis a varios factores, independientes del acelerado crecimiento demográfico que ha afectado a la casi totalidad del continente. La parcelación de las propiedades en tierras de tamaño insuficiente, la gran propiedad donde las inversiones son escasas, y hasta la combinación de las dos, han desempeñado un papel decisivo. En efecto podemos señalar que las propiedades medianas, la agricultura familiar, detentan los récord de productividad. En Argentina, las propiedades de 25 a 100 hectáreas tienen el doble de productividad que las de más de 1 000 y casi el triple de las de más de 2 500 hectáreas. Gran parte de la producción, incluida la de productos exportables, le está en deuda. En Brasil, la agricultura "familiar" produce el 40% del

CUADRO 16
RENDIMIENTO COMPARADO DE LOS DIFERENTES CULTIVOS.
AMÉRICA LATINA/RESTO DEL MUNDO
kg/ha-1978-1980

Producto	*País*			*Principales productores*	
Caña de azúcar	Brasil 55 001	México 66 731		Estados Unidos 82 123	
Frijol	Brasil 484	México 556	Colombia 625	Uganda 701	
Maíz	Brasil 1 481	Argentina 2 944		Estados Unidos 6 317	Francia 5 217
Trigo	Brasil 850	Argentina 1 621		Francia 4 991	Estados Unidos 2 220
Soya	Brasil 1 394	Argentina 1 987	México 1 670	Canadá 2 231	

FUENTES: FAO, *Annuaire; Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 65 (1982) y núm. 68 (1983).

café, el 30% del cacao. En Ecuador, el sector campesino proporciona el 65% del cacao. La mediocridad técnica se deriva de las particularidades territoriales. La mecanización es escasa excepto en el sector medio de la agricultura familiar. En Brasil, las propiedades de 10 a 100 hectáreas, que cubren el 17.5% de las superficies, poseen el 43% de los tractores, las de 100 a 10 000 hectáreas, con el 29% de las superficies cultivadas, sólo agrupan el 13% del parque de tractores. Tres países (Brasil, México y Argentina) detentan por sí solos más de las cuatro quintas partes de la totalidad de las máquinas agrícolas de todo el continente. A pesar de los recientes progresos en el uso de fertilizantes y pesticidas, y de la creciente utilización de semillas seleccionadas, el incremento de la producción agrícola latinoamericana es, tenida cuenta de la ola demográfica y sobre todo de una urbanización incontrolada, claramente insuficiente para responder a las necesidades de la población. La "seguridad alimentaria" continental sigue siendo un ideal lejano, cuando varios países de América Latina ocupan el primer lugar en el mundo como productores o exportadores de diversos bienes alimentarios: café, azúcar, cacao, entre otros.

La segunda distorsión seria de la agricultura latinoamericana proviene precisamente del carácter extravertido de las economías. La producción exportable hace la competencia a la producción de alimentos. La ausencia de políticas alimentarias concertadas y el atractivo de las ganancias por exportación para el capital privado, pero también y sobre todo para el Estado, desembocan en el estímulo a la expansión de los productos destinados al mercado externo mientras que los bienes alimentarios que utiliza el mercado interno se estancan. La agroexportación, que goza de todas las solicitudes gubernamentales, se moderniza y se desarrolla; el cultivo de plantas comestibles, paralizado en un marco arcaico, no obtiene más que rendimientos muy escasos. Así, en Brasil, la recurrente escasez de frijol negro (*feijão preto*) y de arroz, bases de la dieta popular, no carece de vínculos con las políticas selectivas de ayuda técnica y financiera que favorecen particularmente a la soya. Río de Janeiro padeció revueltas alimentarias en 1976 a causa del alza súbita de los precios de dos productos de primera necesidad cuyos rendimientos permanecen inmóviles (véase cuadro 17).

Sin duda el desarrollo está ligado a la exportación, pero la lógica del crecimiento no coincide necesariamente con los intereses de la mayoría de la población.

CUADRO 17
RENDIMIENTOS COMPARADOS DE LAS PRODUCCIONES DE PLANTAS COMESTIBLES Y EXPORTABLES DE BRASIL (índices)

Productos	*1964-1966*	*1973-1975*	*1982*
Soya	100	1 604	2 723
Naranjas	100	213	470
Cacao	100	131	200
Arroz	100	107	147
Frijol	100	105	136
Mandioca	100	106	98

FUENTES: Hervé Théry, *Le Brésil*, París, Masson, 1985, p. 162.

Conflictos agrarios y movimientos campesinos

Las más de las veces la gran propiedad se ha formado por usurpación de las tierras de las comunidades indígenas, la exportación de los campesinos arruinados o endeudados, y

la apropiación de las tierras públicas por particulares con la ayuda o el consentimiento del Estado.

Asimismo las tensiones sociales en el campo son una situación permanente en las zonas de campesinado denso en América Latina. En los Andes, el nordeste brasileño, Centroamérica y México principalmente, los campesinos despojados y explotados, cuando no están estrechamente controlados por medios paternalistas o coercitivos, se esfuerzan por volver a tomar u ocupar tierras vacías o subexplotadas. Las "invasiones" de las fincas y su ocupación colectiva o individual forman la trama del drama rural latinoamericano. Esta sed de tierra, que llamamos irracional y que es histórica, es la expresión de una cultura campesina y la otra cara del acaparamiento y de la concentración de la propiedad. Que los desequilibrios se agraven o que una coyuntura política propicia se presente y el umbral de ruptura es alcanzado. El movimiento campesino nace. La toma de conciencia de una injusticia secular se transforma en organización. La pasividad tradicional cede el lugar a la explosión y a los levantamientos, o a la reivindicación revolucionaria.

Se plantea así la cuestión agraria. Se presenta de esta forma a lo largo de toda la historia de América Latina desde los levantamientos de las comunidades indígenas andinas en el siglo XVIII, hasta los enfrentamientos de hoy entre los *posseiros* del Maranhão o del Pará, en Brasil, y los pistoleros (*grileiros* y *jagunços*) de las grandes sociedades capitalistas propietarias de vastas extensiones inexplotadas.[1] Podríamos alinear los ejemplos. Es preferible analizar algunos mecanismos del movimiento campesino con el fin de ilustrar las condiciones de su desencadenamiento y de su acción.

En el período contemporáneo, las revueltas campesinas son generalmente desatadas por la penetración del capitalismo en el campo y el rechazo de un proceso de modernización que despoja al campesinado de sus derechos adquiridos. La revolución mexicana, en su dimensión agraria, ofrece el modelo. El despojo agrario, como lo muestra el movimiento zapatista en el estado de Morelos, es uno de los factores que desencadenaron la gran conmoción revolucionaria en 1910. La expoliación por parte de grandes compañías azucareras de las tierras comunales, versión mexicana de los cercamientos, provocó un levantamiento al grito de "Tierra y Libertad", cuyo eco no ha dejado de obsesionar a México desde entonces. Más generalmente, la crisis política mexicana de 1910 sólo se volvió revolucionaria porque movilizó al campesinado contra la expropiación de los baldíos y contra el peonaje, condición semiservil de los campesinos expoliados. La concentración patrimonial, bajo el orden "porfirista", alcanzaba proporciones de una desmesura "garciamarquiana". En el estado de Hidalgo, una línea de ferrocarril atravesaba una sola propiedad a lo largo de 120 kilómetros. Luis Terrazas poseía, en Chihuahua, más de 2.5 millones de hectáreas. En 1911, había en México 900 grandes hacendados y 9 millones de campesinos sin tierras. Dado que la presión campesina venía a añadirse a las luchas civiles que duraron varios años, el México "revolucionario" se dotó de una legislación avanzada e inició un programa de redistribución agraria. No siempre sucede así y, por un ardid de la historia, un movimiento agrario puede ser el instrumento de la modernización capitalista. Es así como a veces se interpreta el fenómeno de la violencia en Colombia.

[1] Se ha hablado de una "verdadera guerra civil agraria" con respecto a los disturbios que ensangrentaron los estados de Maranhão y Pará en 1985 y que causaron unas 150 muertes, en su mayoría de campesinos pobres.

Más allá de los enfrentamientos entre conservadores y liberales que desgarran el país de 1948 a 1953, la guerra civil rural llamada violencia estalla justamente en el momento en que se expulsa de las haciendas a los peones beneficiarios de una ley de estabilidad del empleo. Al final de esas convulsiones intestinas, la pequeña propiedad campesina se reduce en las regiones más afectadas. La violencia parece haber tenido entre otras consecuencias la de apresurar la concentración de la propiedad y, en algunas regiones, el nacimiento del capitalismo agrario. Zonas donde casi todos los campesinos eran propietarios o agricultores estables (norte del Valle del Cauca por ejemplo) se hallan en la década de los cincuenta con un 80% de campesinos sin tierras. Sin duda se trata allí de un caso extremo y paradójico que escapa a las difiniciones que podemos dar del movimiento campesino. Sin embargo, las convulsiones sociales acarreadas por el malestar del campo y luego la feroz guerra agraria colocan todavía hoy

ese problema de la tierra en el corazón de la vida política y social colombiana.

No obstante a menudo los movimientos campesinos desembocan, si no en revoluciones, por lo menos en el establecimiento de reformas agrarias. Esta transformación valorizada o condenada según los grupos sociales, pero siempre dramatizada, oculta realidades muy diversas.

Las reformas agrarias

La redistribución de la propiedad territorial es en todos los casos un medio para responder a la sed de tierra del campesinado. Sin embargo esas reformas pueden ser o verdaderos cambios de estructura, o remedios homeopáticos destinados a desactivar las tensiones agrarias. En México y Bolivia, las reformas agrarias se inscriben en un movimiento revolucionario de conjunto donde la participación campesina ha sido decisiva. En Perú en 1968 y en Chile en 1967 y luego en 1970, las reformas se esfuerzan por responder a los males endémicos en una coyuntura política favorable. Las decisiones desde arriba no son arrancadas por la agitación del campo, bajo la presión de las circunstancias, sino tomadas fríamente para instaurar un nuevo modelo agrícola.

Las reformas más radicales, las de Cuba y Nicaragua, ciertamente se produjeron en un marco revolucionario, pero a instigación de no campesinos y en función de un modelo de sociedad por construir. Estas reformas agrarias no sólo intentan parcelar las grandes fincas, crean igualmente complejas formas de explotación, de comunidad o colectivas.

Otra muy distinta es la lógica de las seudorreformas agrarias que, en nombre del derecho de propiedad o de la productividad, se limitan a repartir tierras públicas o colonizar tierras vírgenes. La mayoría son lanzadas después de 1962 y obedecen a consideraciones diplomáticas más que a la presión de los campesinos o a su capacidad de influir en las decisiones. En la década de los sesenta, Colombia, Venezuela, Ecuador, Brasil y los estados de Centroamérica, para ajustarse a los deseos de Estados Unidos y a los criterios de la Alianza para el Progreso, promulgan programas de promoción agrícola, pomposamente bautizados como "reforma" o "transformación agraria".

Las reformas agrarias del primer tipo, que llamaremos revolucionarias para distinguirlas de las otras, no se inspiran todas, ni mucho menos, en la ideología marxista. La revolución mexicana realizó la primera reforma agraria del continente y la más larga. La ley de reforma se incorporó a la Constitución de 1917. Setenta millones de hectáreas fueron distribuidas de manera muy irregular, según la coyuntura y la política agrícola seguida por cada presidente. Así, el progresista presidente Cárdenas (1934-1940) repartió 18 millones de hectáreas a 810 000 beneficiarios. En 1947, el presidente Alemán decretó una pausa y una enmienda al artículo 27 de la Constitución introduciendo recursos jurídicos contra la expropiación de las tierras afectadas por la reforma. Bajo Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), se declaró que ya no había más tierras que repartir. Luis Echeverría (1970-1976) reconoció que todavía había, lo cual negaba su sucesor López Portillo, quien sin embargo distribuyó unos quince millones de hectáreas, de las cuales por lo menos 90% carecían de valor agrícola.

Esta reforma preveía la desaparición de las grandes fincas, puesto que las propiedades de cultivos no podían rebasar de 100 a 200 hectáreas según la calidad de los suelos y su transformación en propiedad colectiva o ejido. Esta nueva propiedad colectiva prevé el otorgamiento en usufructo, a título individual e inalienable, pero transmisible, de parcelas generalmente muy exiguas. Una de las consecuencias de la reforma es pues el crecimiento del minifundio. La ruptura de las unidades económicas, la ausencia de asistencia técnica y financiera, la rigidez misma del sistema han privado al ejido de contenido productivo. Muy a menudo el ejidatario, desprovisto de animales y de cualquier fondo para operaciones, trabaja como jornalero. Se considera que cerca del 80% de los beneficiarios de la reforma no son sino proletarios dotados de tierra. Hace todavía treinta años se consideraba al ejido como la "única solución" para conservar la paz social en México. En efecto se suponía que disminuiría el éxodo rural estableciendo a los campesinos en la tierra y que haría reducir las tensiones sociales en el campo. La presión demográfica hizo perder al ejido gran parte de sus funciones. La

cantidad de campesinos sin tierra aumentó un 50% entre 1950 y 1960; se supone que hoy hay 3 millones de familias en esta situación, o sea tantas como en 1930. La expansión del sector "ejidal" ya no aparece necesariamente como garantía de paz social. Sobre todo porque al lado de ese sector "político" la gran propiedad, a pesar de una legislación restrictiva, no tardó en reconstituirse, gracias a una serie de artimañas legales que van desde el arriendo de los ejidos a la división ficticia de grandes fincas. Diez mil propietarios (3.3% de las propiedades) ocupan hoy 83 millones de hectáreas, mientras que en cincuenta años de reforma agraria apenas se han repartido 70 millones de hectáreas. Esas grandes fincas, conocidas en el *new speak* revolucionario con el nombre de "pequeña propiedad", concentran el 43% de las tierras laborables, el 75% de las máquinas, el 69% de las tierras de riego y el 57% del capital fijo. Producen el 70% de los bienes alimentarios comercializados. Y los latifundistas muy grandes, generalmente hombres políticos muy en boga, no son raros. En el estado de San Luis Potosí, un "cacique" local que fue expropiado por el presidente López Portillo poseía el 60% de las tierras de riego del estado; una sola de sus haciendas contaba con 87 000 hectáreas. Mito o realidad, la reforma agraria sin fin de México continúa alimentando las polémicas políticas, la propaganda gubernamental, pero también las expectativas de la población campesina.

La revolución agraria boliviana nace del encuentro entre un levantamiento político contra el "antiguo" régimen oligárquico y la presión de los campesinos sin tierras de las comunidades indígenas. A diferencia de México, no se trata de lugareños expoliados, sino de campesinos cautivos, atados a la hacienda que no sólo ha usurpado sus tierras, sino los ha transformado en tributarios de trabajo dependientes. También esos campesinos rechazan, a pesar de su pasado, las fórmulas colectivas y reclaman su parcela. A través de la reforma agraria de 1953, más de 200 000 familias recibirán tierras, unos 10 millones de hectáreas son repartidos principalmente en los altiplanos, escapando los bajos valles tropicales de la "otra Bolivia" (Santa Cruz, Beni) totalmente a la repartición. Los resultados económicos fueron poco convincentes. La disminución de la producción alimentaria ocasionó serias dificultades para el abastecimiento de las ciudades.

Las consecuencias políticas fueron igualmente singulares puesto que el nuevo campesinado propietario de parcelas, procedente de la revolución de 1952, se convirtió en el mejor apoyo de las dictaduras militares que conoció Bolivia a partir de 1964.

En Perú son los propios militares quienes, llegados al poder en 1968, decretan, en 1969-1970, una reforma agraria a la vez radical y prudente. Afecta las grandes plantaciones de algodón y de azúcar de la costa pero prevé conservarlas indivisas y transformarlas en cooperativas incluyendo las industrias adyacentes. En la Sierra de relaciones sociales arcaicas, a fin de superar la heterogeneidad social y cultural de la "mancha indígena" andina, se crearon Sociedades Agrícolas de Interés Social (SAIS). Éstas permiten integrar las comunidades indígenas a las transformaciones estructurales manteniendo o acrecentando la productividad de las grandes fincas construidas las más de las veces en tierras de donde sus comuneros han sido echados. Esas SAIS, que asocian ingeniosamente las haciendas expropiadas y las comunidades, agrupan en grandes cooperativas a los antiguos obreros y aparceros encabezados por técnicos con los campesinos indios que reciben las rentas de la SAIS pero no recuperan sus tierras. En términos generales, muy pocas fincas han sido fraccionadas: los beneficiarios individuales de la reforma son una ínfima minoría (un 10% solamente). Y la voluntad de no arruinar la economía agraria privilegiando las consideraciones sociales, y hasta satisfaciendo la sed de tierras de los campesinos más atrasados, ha entrañado la creación de una fuerte burocracia cooperativista, que según han mostrado algunos estudios, era la principal beneficiaria de la reforma.

En Cuba, las dos reformas agrarias de mayo de 1959 y luego de octubre de 1963 socializaron totalmente la agricultura donde dominan las granjas estatales. Los mismos pequeños propietarios independientes han sido progresivamente sometidos a los imperativos del plan e integrados al sector colectivizado. La situación es infinitamente más compleja en Nicaragua, de la que equivocadamente se dice que en ese terreno ha seguido el camino cubano. Si bien desde la caída de Somoza en 1979, sus bienes territoriales —o sea el 20% de las tierras cultivadas— pasaron al control del Estado y constituyeron el Área de Propiedad del Pueblo (APP), no fue sino

hasta 1981 cuando apareció la primera ley de reforma agraria. Reserva gran parte al sector cooperativo y a la propiedad individual. Podemos incluso observar (véase cuadro 18) que, tras un primer entusiasmo por el colectivismo, la parte de las granjas estatales ha retrocedido. Cierto, la economía nicaragüense evoluciona sobre el filo de la navaja entre la radicalización y el pragmatismo geopolítico, y no sabemos de qué estarán hechos sus mañanas. Pero en Cuba, seis años después de la revolución, ya no se permite la duda, la parte de la propiedad individual ya se había vuelto insignificante. Entre los sandinistas ocurre lo contrario.

CUADRO 18
CAMBIO DEL MODO DE PROPIEDAD DE LA TIERRA

	Reparto de la superficie en procentaje		
Modo de propiedad	*1978*	*1983*	*1984*
Individual	100	65	63
superior a 350 ha	37	14	12
de 140 a 350 ha	16	13	13
de 35 a 140 ha	30	29	29
de 7 a 35 ha	15	7	7
inferior a 7 ha.	2	2	2
Colectiva	—	35	37
Cooperativas	—	14	18
Granjas del Estado	—	21	19

FUENTE: Midinra (Ministerio de Desarrollo y Reforma Agraria de Nicaragua), 1985.

¿El final de los campesinos?

Frecuentemente se atribuye la insuficiente productividad de la agricultura tradicional latinoamericana a su arcaísmo y a su falta de medios de capital. No obstante la industrialización de la agricultura, el desarrollo de la agroindustria, ligados al avance del capitalismo agrario, no parecen tener que resolver el problema de las subsistencias y del abastecimiento de los mercados interiores. También se pensó que modernizando al campesinado se podía paliar el déficit alimentario. Con ayuda del Banco Mundial sobre todo, se lanzaron programas de desarrollo rural integrado (DRI) a fin de frenar el éxodo rural y aumentar la producción agrícola para, según el título del plan aplicado en Colombia, "cerrar la brecha" entre la gran agricultura capitalizada y el campesinado autóctono. Gracias a créditos y a una asistencia técnica, a servicios de salud y de educación, esos planes pretendían integrar la población marginada del campo y atenuar el contraste entre los sectores modernos y tradicionales del mundo rural. En México, con la misma idea el SAM (Sistema Alimentario Mexicano) preveía en 1980, gracias a subsidios importantes y a una ayuda técnica, dar un latigazo a la producción campesina de bienes alimentarios y facilitar que los agricultores marginados rompieran su aislamiento económico. No obstante la ley de desarrollo agrícola (ley de fomento agropecuario) votada a fines de 1980 revelaba el profundo escepticismo que rodeaba los objetivos mismos del SAM. La LFA preveía en efecto la asociación entre "pequeños propietarios" (es decir según la fraseología "revolucionaria", las grandes fincas) y ejidatarios, con el fin de formar unidades de producción coherentes. Esta alianza de la "paloma y el halcón" acaba con la política agraria revolucionaria al suscitar la desaparición de los campesinos beneficiarios de la reforma agraria considerados irremediablemente ineficientes.

Numerosos observadores consideran que ni el DRI colombiano ni el SAM mexicano podían llegar a salvar al campesinado atrasado. Esos planes de modernización sólo se dirigen a la élite de los campesinos que obtienen mejores resultados: los que más tierras y capital tienen. Esos programas debían necesariamente fortalecer a un campesinado medio del cual los agricultores más pobres están condenados a convertirse en mano de obra. La kulakización así obtenida no hará sino acelerar la "descampesinización desde arriba y desde abajo",[2] es decir mediante la proletarización por un lado y la formación de pequeños empresarios agrícolas del otro. Con todo, para algunos autores, la gradual eliminación de los pe-

[2] La frase es de Henri Favre en su estudio *L'État et la paysannerie en Méso-Amérique et dans les Andes*, París, CREDAL-ERSIPAL (documento de trabajo mimeografiado), p. 41.

queños propietarios y su inevitable proletarización están inscritos en el desarrollo del capitalismo agrícola.[3] Así pues, con este punto de vista, el final de los campesinos es irremediable. La polémica alrededor de la descampesinización está en boga. Una sola certidumbre queda: el éxodo rural, fruto del movimiento campesino más incoercible, sigue vaciando el campo. El éxodo rural, expresión del malestar campesino y manifestación contra el *statu quo*, al tiempo que sirve de válvula de escape para las tensiones rurales, traslada los problemas sociales a las ciudades. Más que un "sutil proceso de asimilación", ese "voto con los pies" de campesinos desarraigados muy a menudo desemboca en la ruralización de las ciudades latinoamericanas y en esa fisonomía tan particular que les imprime, última etapa de la desestructuración del campesinado.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Barcelo, Ramón, "Changements techniques et paupérisation dans les campagnes. Dix ans d'agriculture en Amérique latine", *Amérique Latine*, núm. 14, abril-junio de 1983, pp. 14-20.

Brisseau-Loaiza, Jeanine, "Les limites de l'intégration des communautés paysannes depuis les réformes de 1969-1970", *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 76, 2o. trimestre de 1985.

Chonchol, Jacques, "La revalorisation de l'espace rural, un axe fondamental pour le développement de l'Amérique latine", *Amérique Latine*, abril-junio de 1984, pp. 10-22.

Gros, Christian, Yvon le Bot, "Sauver la paysannerie du tiers monde? La politique de la Banque mondiale à l'ègard de la petite agriculture. Le cas colombien", *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 56, abril de 1980.

Musalem, Omar López, "Voyage au pays de l'utopie rustique: le Mexique paysan", *Amérique Latine*, núm. 7, otoño de 1981, pp. 15-19.

Riding, Alan, *Vecinos distantes, un retrato de los mexicanos*, México, Joaquín Mortiz-Planeta, 1985.

Théry, Hcrvé, *Le Brésil*, París, Masson, 1985.

[3] Véase E. Feder, "Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (pero no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado", *Comercio Exterior*, núm. 12, 1977, y núm. 1, 1978.

4. CUESTIÓN URBANA Y MARGINALIDAD

La hiperurbanización y la metropolización son dos características notables de las sociedades latinoamericanas contemporáneas. Los rasgos principales del fenómeno urbano en ese continente tal como fueron resumidos por los expertos de la ONU reunidos en Santiago de Chile en 1959 siguen siendo válidos hoy:[1]

1. La población urbana es superior al nivel alcanzado por la productividad agrícola y no agrícola.
2. La rapidez del crecimiento urbano es resultado de factores de expulsión económica de la zona rural más que de la atracción de las ciudades; por lo demás, la atracción de la ciudad es más de naturaleza social que económica.
3. En gran medida, la urbanización es un fenómeno independiente de la industrialización.
4. La población urbana tiende a concentrarse en las ciudades más grandes, sobre todo en las capitales que crecen proporcionalmente más rápido que las otras ciudades.

El exagerado aumento de los complejos urbanos y la hipertrofia de las capitales ciertamente no son exclusivos de América Latina. Sin embargo esos dos fenómenos alcanzan en ese continente proporciones espectaculares. Son menos que en otra parte consecuencia del crecimiento explosivo de la población. Las migraciones internas y en particular el éxodo rural explican ampliamente la expansión de las ciudades pero también la degradación del tejido urbano que es su corolario. En efecto esas migraciones, cuyas modalidades conviene examinar, no carecen de relación con la multiplicación del asentamiento precario bajo formas espontáneas o no que constituye uno de los rasgos distintivos del paisaje urbano en los países en vías de desarrollo. Las consecuencias económicas y políticas de esta realidad social son numerosas y están aún mal exploradas. Se las disfraza con el

[1] ONU-CEPAL-UNESCO, *La urbanización en América Latina* (edición preparada por Philip M. Hauser), Buenos Aires, Solar-Hachette, 1962, pp. 82-84.

término genérico y ambiguo de marginalidad que, lejos de aclarar realidades complejas, añade un poco más a la confusión. Intentaremos situar las relaciones de la sobreurbanización irregular y de la marginalidad volviéndolos a colocar en el conjunto de los elementos que las condicionan, de las migraciones a las políticas urbanas pasando por los movimientos populares nacidos de las presiones de la integración en las ciudades.

Asentamiento irregular e integración urbana

Asistimos en todos los países de América Latina a dos fenómenos masivos y concomitantes. El desplazamiento de la población hacia las ciudades más importantes, el reagrupamiento de los habitantes más desfavorecidos de aquéllas en lugares de habitación precarios. El asentamiento espontáneo, ecológicamente marginado, es típico de esta concentración. Así, en Lima, en 1979, el 60% de la población reside en zonas populares de hábitat con condiciones muy críticas. Si bien el 20% habita los cuchitriles tradicionales de los centros urbanos deteriorados, el 2% de las urbanizaciones populares construidas por los poderes públicos, más del 32% vive en barrios miserables, al margen del hábitat urbano regular.

Los sociólogos han planteado el problema de la naturaleza social de la población así económicamente marginada. Se han interrogado para saber si formaba un estrato social nuevo, los "pobres de las ciudades", no asimilables a las clases populares habitualmente clasificadas, y en particular a la clase obrera. Se han preguntado si esos grupos no o mal integrados eran portadores de una cultura propia, la "cultura de la pobreza". Ésa es una cuestión considerablemente teórica y a menudo política —en el sentido táctico del término— sobre la cual no hay razón para extenderse. En una perspectiva más empírica, creemos útil describir las diversas manifestaciones concretas del fenómeno con el fin de circunscribir sus límites y componentes.

Conocemos los cinturones de miseria de las ciudades latinoamericanas. "Ranchitos" de las alturas de Caracas, "villas miserias" de las periferias desheredadas de Buenos Aires,

"cantegriles" de Montevideo, "callampas" o "poblaciones" de Santiago de Chile, "barriadas" de Lima convertidos, en aras de la esperanza y la euforia en "pueblos jóvenes", proliferan generalmente en la periferia urbana. A veces hay asentamientos espontáneos que penetran en los intersticios de los barrios elegantes, como en Caracas o en Lima. Es el caso particular de las favelas de Río de Janeiro encaramadas en los morros y que dominan la arrogante opulencia de Copacabana o de Ipanema. Las más de las veces las casuchas de lámina, de cartón y de desechos de las ciudades se establecen en terrenos insalubres o donde es imposible construir, pendientes en deslave, canteras, zonas pantanosas o lagunas. Los mocambos construidos sobre pilotes en los albañales de Recife ilustran el atroz y simbólico ciclo del cangrejo descrito por Josué de Castro.[2]

Ese fenómeno de asentamiento irregular es masivo y creciente a pesar de las decisiones o las declaraciones de los poderes públicos. Si bien es resultado de las técnicas de autoconstrucción y propone por todas partes a la vista el mismo urbanismo de la miseria, no siempre utiliza materiales heterodoxos de recuperación (latas, cajas, etc.). Cierto, desafiando las clasificaciones de los urbanistas y juristas, el barrio marginado a veces es construido con materiales sólidos pero está desprovisto de las infraestructuras más elementales. El barrio miserable mejorado tiene también sus ciudadelas. En las inmensas favelas de Vidigal o de la Rocinha, en Río, las habitaciones más cercanas a la carretera asfaltada son verdaderas casas de piedra sillar mientras que los recién llegados se conforman, lejos de las comodidades urbanas que trae consigo la calle, con cobertizos de lámina de cartón. A veces inmensas aglomeraciones con instalaciones precarias se establecen en fraccionamientos adquiridos regularmente y con ayuda del Estado. Con todo, el resultado no es muy diferente. Nezahualcóyotl, tercera aglomeración de México, cuyos 2.4 millones de habitantes ocupan el emplazamiento del lago de Texcoco en la periferia de México, no puede calificarse de barrio miserable, pero tampoco se le puede considerar una verdadera ciudad. Las "colonias proletarias" de

[2] Véase Josué de Castro, *Géographie de la faim*, París, Éd. du Seuil, 1962 [hay edición en español].

esta ciudad-dormitorio en las cuales los relegados de la capital azteca han edificado sus hogares constituyen un espacio urbano inclasificable, a medio camino entre campo de refugiados y a veces muladar. Nezahualcóyotl, ni ciudad ni barrio miserable, es ambos a la vez: la mitad de la población no tiene ni agua corriente ni alcantarillado. Sus unidades de habitación heteróclitas van de la ciudad de emergencia de los programas de ayuda social a las casuchas de madera y cartón pasando por todas las gamas de la autoconstrucción progresiva, en materiales tradicionales.

El fenómeno del asentamiento precario es relativamente reciente en América Latina, pero adquirió una amplitud desmesurada a partir de la década de los sesenta. Algunas cifras bastan para darse cuenta. En 1957, el 9.5% de los habitantes de Lima vivía en barriadas, eran el 21% en 1961, y el 35% en 1984. Tan sólo el "pueblo joven" de Villa El Salvador cuenta con 300 000 habitantes. En el mismo país, los barrios miserables agrupaban a más del 70% de la población de Chimbote, el 40% de la de Arequipa y el 76% de la capital del Amazonas peruano, Iquitos. En Brasil, las favelas se multiplicaron más pronto en Río que en São Paulo. En Río de Janeiro, en 1950, el 7% de la población, aproximadamente 170 000 personas, vivía en barrios miserables; la cantidad de favelados alcanzaba los 350 000, o sea el 10.2% de la población, en 1960 y el 32% (2 millones) en 1980. En São Paulo el movimiento comenzó más tarde. Sólo el 0.6% de la población vivía en favelas en 1960. De 1972 a 1982 la cantidad de favelados se multiplicó por catorce para alcanzar el 12% del gran São Paulo o sea aproximadamente 1 millón de personas.

Los orígenes de los habitantes de los barrios "irregulares" han dado pie a interrogantes. Algunas investigaciones hacen aparecer cierta coincidencia entre las migraciones internas y el auge de las nuevas formas de asentamiento popular. Un estudio de las barriadas de Lima en 1956 destacaba que sólo el 11% de los jefes de familia había nacido en la capital, el 89% era provincial y el 61% provenía de la Sierra, la región más pobre donde el problema de la tierra se presenta con una agudeza secular. En Río, hacia la misma fecha, sólo el 17% de los favelados mayores de veinte años había nacido en Río; la mayoría provenía de los estados vecinos o del nordeste. No obstante sería inexacto considerar la "barrio-miserabilización" de las metrópolis latinoamericanas como una consecuencia urbana directa y casi mecánica del éxodo rural. Si bien la ruralización de las ciudades es innegable —¿quién no ha visto borregos o vacas pacer en los solares de Bogotá o de Lima?—, manifiesta estrategias de supervivencia más que la presencia de una tradición campesina. Hoy el barrio miserable no es más que raramente una etapa de transición del campo a la ciudad. En la mayoría de los países, la multiplicación del asentamiento irregular prosigue o se acelera mientras que el flujo migratorio ha disminuido. De hecho, el barrio miserable, si bien a veces, en sus comienzos, entre 1930 y 1950, fue el lugar de llegada de los desarraigados del campo, una etapa en el proceso de integración a la ciudad, hoy ya no cumple esta función. No es o ha dejado de ser el peaje obligatorio para acceder a una existencia plenamente urbana. Recibe menos marginados no integrados que trabajadores víctimas de la especulación inmobiliaria y del desempleo. En efecto, los habitantes de los barrios miserables provienen muy a menudo de la ciudad.[3] Es la pauperización de la población urbana la que infla el asentamiento irregular. La autoconstrucción es un medio de defensa contra la inestabilidad del empleo propia de ciertas actividades como la construcción o la gran industria. Manifiesta la degradación de las condiciones de existencia de los trabajadores sin calificación al tiempo que crea ilusiones de autonomía: se construye de acuerdo a los medios con que se cuenta, sin propietario ni renta que pagar.

Históricamente, las clases pobres de las ciudades en el siglo XIX y durante una parte del XX ocupaban los cuchitriles de los viejos barrios en el centro de las ciudades, tugurios de Perú, cortiços de Río, conventillos de Buenos Aires o casas de vecindad mexicanas.[4] Esos cuchitriles colectivos siguen constituyendo una parte del hábitat popular. Pero las más de las veces no son sino el primer lugar de residencia de los emigrantes del campo, constituyendo el barrio miserable la etapa siguiente.

[3] En Santiago de Chile, una encuesta de 1970 en las poblaciones daba un escaso porcentaje de residentes recientemente urbanizados; sólo el 10% de los jefes de familia eran de origen rural.

[4] El conocidísimo estudio de Oscar Lewis *Los hijos de Sánchez* tiene por marco no un barrio miserable sino uno de esos cuchitriles.

En cuanto a las categorías socioprofesionales que residen en esos asentamientos marginados, también allí hay que desconfiar de las ecuaciones más evidentes. Generalmente se considera que al asentamiento irregular corresponde el sector informal de la economía. Según este punto de vista, una economía paralela engendra o desarrolla un tipo de habitación precaria. Eso sólo es parcialmente cierto. Desde luego hallamos en los barrios miserables muchos representantes de los oficios menores de la calle, de las actividades de servicios parasitarias y proliferantes que disimulan el desempleo y permiten luchar contra la indigencia absoluta. Pero el asentamiento marginado no sólo está reservado a los sectores marginados e improductivos de la economía. El barrio miserable traduce muchas veces una crisis de habitación y de empleo, más que un problema de integración a la vida urbana y al sector productivo.[5] También en ese punto algunas investigaciones muestran que los obreros están lejos de estar ausentes de los barrios miserables. El estudio ya citado sobre las barriadas de Lima revela que el 58% de su población activa está empleada en el sector secundario como obrero o artesano. En el barrio popular más pobre de São Paulo, San Miguel Paulista, hallamos al 44% de asalariados de la industria y al 3% de trabajadores de la construcción. En una población del gran Santiago, el 30% de la población activa está empleada en la industria, el 18% en la construcción. Los resultados de esas investigaciones desmienten pues los análisis que no vacilan en considerar a los "marginados" de las ciudades como un estrato social "autónomo", no integrado al universo de la producción. El concepto de marginalidad que hizo furor en América Latina, tanto en la derecha como en la izquierda en la década de los sesenta, tiene más de mito que de realidad. La segregación ecológica no basta para definir un nuevo actor social. Lo cual no significa que los "pobres entre los pobres" que pueblan los barrios miserables no padezcan problemas específicos que pesan sobre la evolución de las sociedades latinoamericanas.

[5] De allí los comentarios escandalizados con respecto a las antenas de televisión en los techos de las casuchas de los barrios miserables. De hecho, la televisión es el índice de una voluntad de integración a la sociedad global y el símbolo del rechazo de la degradación que representa el traslado al infierno de la marginalidad ecológica.

Sobreurbanización marginada y problemas sociales

Si bien la marginalidad es un mito, el desempleo es sin embargo una de las principales características de los habitantes de los barrios miserables. Podríamos añadir por definición: el asentamiento espontáneo, aun cuando no siempre acoge directamente a los emigrantes del campo, corresponde de manera mediatizada a una transferencia del subempleo rural hacia las ciudades. El habitante tipo de barrio miserable es un obrero de la construcción o de la industria sin calificación, que trabaja de manera intermitente, cuya mujer es trabajadora doméstica o vendedora ambulante. Y la amplitud del desempleo urbano se debe en gran parte al aflujo ininterrumpido de mano de obra proveniente del campo o de las regiones más atrasadas. La industria y los servicios productivos se hallan en la incapacidad de ofrecer un empleo a todos los nuevos residentes urbanos. Mil personas llegan diariamente a México. Seiscientos mil nuevos inmigrantes se establecen cada año en el gran São Paulo. La abundancia de la oferta agravada por el empleo generalizado de niños y mujeres, particularmente en los servicios domésticos, influye en el nivel de remuneración de los asalariados menos calificados y entraña por consiguiente el incremento de los habitantes de los barrios miserables. Así pues el círculo se cierra. En Nezahualcóyotl, de cada 100 personas en edad de trabajar, sólo 55 tienen efectivamente un empleo. Es el desempleo el que crea la "marginalidad ocupacional"[6] y no a la inversa. El desempleado se convierte en *todero* o *biscateiro*, es decir gente dispuesta a aceptar cualquier trabajo. Conocemos el papel desempeñado por los tiraderos públicos y las actividades de recuperación en la economía de los barrios miserables. La organización misma del hábitat auto-

[6] Según el cómodo barbarismo hispánico utilizado por Humberto Muñoz, O. de Oliveira y Claudio Stern en su estudio "Migration et marginalité occupationnelle dans la ville de Mexico", *Espaces et Sociétés*, núm. 3, julio de 1971.

construido de esos barrios es igualmente resultado del trabajo espontáneo.

La ausencia de servicios colectivos y de un mínimo de infraestructura están en la lógica de ese urbanismo salvaje. La administración de las ciudades, así lo quisieran los poderes públicos, no puede adaptarse a un crecimiento no programado que a veces ocurre brutalmente y por sorpresa. Todas las grandes metrópolis latinoamericanas rozan la catástrofe presupuestaria, y permanecen impotentes ante el incontrolable caos urbano. Las "invasiones" de terrenos propios para la construcción, simétricas a las ocupaciones de tierras agrícolas del campo, crean a menudo nuevos espacios de hábitat popular. En Lima, en 1954, 3 000 personas crearon en una noche una barriada a orillas del Rímac. En Santiago de Chile, varios barrios "callampas" han surgido en las mismas condiciones en el curso de la década de los ochenta, a veces no sin incidentes sangrientos.

Esos ocupantes ilegales, que en México llaman paracaidistas, se esfuerzan por que se les reconozcan sus derechos de ocupación y por impedir a los propietarios o a los promotores inmobiliarios efectuar las operaciones de urbanización previstas en el espacio conquistado. Los poderes públicos, por su parte, intentan desalojar a los invasores si no son muy numerosos, si no es demasiado tarde y si la operación puede ser realizada discretamente.[7] Las más de las veces el tiempo legitima la "posesión" y hace imposible la erradicación de la aglomeración informal. ¿Cómo desalojar y volver a alojar a 200 000 o 300 000 habitantes? Si no se les puede expulsar hay que regularizar su instalación, a veces a pesar del valor mercantil de los terrenos invadidos, que no todos se sitúan en la periferia.

Colocadas ante el hecho consumado, las autoridades reconocen si no títulos de propiedad a los usurpadores, por lo menos la realidad colectiva del barrio miserable. Es la política de los pueblos jóvenes en Perú a partir de 1968. Se instalan algunas tomas de agua, servicios de limpieza mínimos, una cabina telefónica, a veces un centro de salud, una escuela y un comisariado de policía. Las infraestructuras son siempre insuficientes. Se crean con un retraso considerable. Se elabora un "sistema de la escasez" que se transforma en una segunda cultura aceptada por todos. Hay que pagar por los servicios públicos. El agua es vendida por bidón, sólo se consigue lugar en la escuela a cambio de una "contribución" y a veces hasta los sacramentos del clero son remunerados. Usureros de la miseria prestan algunos centavos a tasas exorbitantes para financiar esta minieconomía. La ausencia de infraestructuras y de servicios no es privativa de los barrios de invasión. Los "colonos" de Nezahualcóyotl sólo disponen de un hospital general para 2 millones de habitantes y sólo escolarizan a sus hijos mediante una "mordida".

La construcción de viviendas de interés social, solución al problema del asentamiento irregular, pronto se revela imposible o ilusoria en las sociedades latinoamericanas. No sólo porque los modelos de desarrollo adoptados desde hace veinte años hacen hincapié en la demanda solvente y porque la especulación inmobiliaria hace difíciles las construcciones baratas. Sino que cuando están reunidas las condiciones jurídicas y financieras y los poderes públicos instauran una política de vivienda popular, sólo se dirige a una fracción ínfima de los habitantes de los barrios miserables. Incluso bajo una forma muy cercana a la vivienda autoconstruida original, la vivienda de interés social es demasiado cara para trabajadores de ingresos escasos e irregulares. Así, en Nezahualcóyotl, un programa de construcción de normas mínimas exigía en 1973 un ingreso mensual de 3 500 pesos. Ahora bien, el 63% de los habitantes de la aglomeración tiene en aquel entonces un ingreso familiar de 1 200 pesos o menos; sólo el 3.6% gana 3 000 pesos o más. Los resultados en este terreno no fueron más convincentes en Brasil donde se había creado para este fin el BNH (Banco Nacional de Habitación).

Ante la ineptitud de los poderes públicos y para paliar la falta de servicios esenciales, los habitantes de los barrios miserables se organizan a fin de hacer soportable lo precario de su existencia y crear condiciones de vida relativamente urbanas. El trabajo comunitario permite trazar calles, abrir alcantarillas, construir lavaderos o casas comunes tan-

[7] Para ello los regímenes militares sin libertad de prensa ni oposición tolerada están en mejor posición que las democracias. La última dictadura argentina (1976-1983) en su megalomanía represiva y xenófoba acometió contra las villas miseria de Buenos Aires que supuestamente sólo recibían a los inmigrantes bolivianos o paraguayos.

to religiosas como laicas. La autoconstrucción privada, originaria del asentamiento espontáneo, se vuelve colectiva. La solidaridad de los marginados es también una estrategia de supervivencia. Esta solidaridad sirve igualmente para presionar a los poderes públicos para obtener la regularización de la ocupación *de facto* de los terrenos invadidos, o la creación de dispensarios, de escuelas y de tomas de agua públicas. En Brasil, la formación de "asociaciones de amigos de barrio" (associações de amigos de bairro) desempeñó un papel importantísimo en la evolución de las relaciones entre los favelados y el Estado, así como en el renacimiento de la sociedad civil bajo la dictadura militar después de 1964. A menudo las comunidades eclesiales de base han asumido las mismas funciones de expresión de las reivindicaciones populares en la "esfera de la reproducción".

El fracaso de las políticas de vivienda social, la amplitud del fenómeno de barrio-miserabilización así como la práctica colectiva de los habitantes de las zonas urbanas marginadas han provocado por parte de los poderes públicos y luego de algunos organismos internacionales de ayuda al desarrollo, un cambio de enfoque de la cuestión del asentamiento irregular. El gobierno peruano y su "desarrollo comunitario" de los "pueblos jóvenes" fue uno de los iniciadores de ese viraje que consiste en considerar el asentamiento espontáneo no como un problema sino como una solución al problema de la vivienda,[8] en no intentar la erradicación de los barrios miserables sino su humanización. Es así como en varios países los gobiernos u organismos independientes ayudan a los habitantes de los barrios miserables a mejorar su habitación precaria dándoles, o vendiéndoles a precios muy bajos, materiales de construcción. Se trata de hacer soportable lo que no se puede suprimir. Esta política de *self-help*, que racionaliza y hace más productiva la autoconstrucción gracias a la asistencia técnica y material de las municipalidades o de entidades especializadas, presenta evidentemente ventajas inmediatas aun cuando el urbanismo global de la ciudad deba salir afectado. Este enfoque empírico del problema, solución provisional como el propio barrio miserable, se apoya en la solidaridad y la autoorganización de los "marginados". No carece de consecuencias sobre la dignidad colectiva de los habitantes de los barrios "irregulares".

[8] Para retomar la frase de Michel Foucher en "L'habitat du grand nombre dans les villes d'Amérique latine", *Hérodote*, 4o. trimestre 1980, p. 152.

Explosiones sociales y movimientos urbanos

En países donde el fomento de los recursos y la planificación urbana son prácticamente imposibles, las ciudades congestionadas e invadidas por recién llegados son particularmente vulnerables. Las gigantescas diferencias sociales hacen temer particularmente la violencia urbana que sólo la coerción parece poder controlar. Con todo, a pesar de las tensiones extremas que crean condiciones de vida infrahumanas para la gran mayoría y la proximidad provocadora de la extrema riqueza, las explosiones urbanas son más temidas que frecuentes. Cuando ocurren, pueden revestir varias formas.

Las capitales o las grandes ciudades son a menudo teatro de manifestaciones políticas o sociales que los conflictos urbanos, la marginalidad incontrolable y hasta manipulada, y la indigencia absoluta que no tiene nada que perder, hacen degenerar en revueltas de proporciones considerables. Una catástrofe natural, así como una protesta pacífica, pueden también dar lugar a escenas de pillaje que desembocan en el saqueo de un barrio o de una ciudad. El bogotazo de 1984 fue un levantamiento urbano desencadenado por el asesinato del líder de la izquierda liberal colombiana Gaitán, esperanza populista de los pobres. Bogotá fue devastada. Una guerra civil comenzaba. Menos espectacular, a causa misma de la configuración de la sociedad argentina a fines de la década de los sesenta, el cordobazo, que estalla en mayo de 1969 en la capital del automóvil argentino, es primero un levantamiento político-sindical contra la política centralista y antipopular del régimen militar del general Onganía. El resto, que tiene algo de revuelta y guerrilla urbana, se desarrolla sin embargo de manera muy clásica. Fue contra la unión posible de los obreros organizados, de las clases peligrosas llegadas de las ciudades perdidas con la pequeña burguesía radicalizada, que los poderes políticos ahogaron en sangre una manifestación estudiantil en la Plaza de las Tres Culturas del barrio de Tlatelolco en México, en 1968.

Las explosiones populares circunscritas son más frecuentes. Ocurren fuera de toda coyuntura política favorable o de alcance nacional. Son provocadas por las dificultades de la vida cotidiana o los problemas colectivos propios de los marginados de las ciudades. Los enfrentamientos por la defensa de los terrenos ilegalmente ocupados y de las miserables habitaciones que allí se construyeron son los más frecuentes. Para resistir a la policía y hacer reconocer su derecho si no a la vivienda por lo menos a la ciudad, los residentes de los barrios irregulares se organizan, crean asociaciones, a veces eligen autoridades "municipales" incluso cuando las elecciones son rechazadas (es el caso de las poblaciones chilenas después de 1973).

No obstante las "emociones" populares más reveladoras de la precaria situación de los "marginados" de las ciudades tienen por causa y objeto los transportes colectivos. El asentamiento marginado está situado, con excepción de los barrios miserables "intersticiales", en la periferia de las ciudades. Las más de las veces lejos de los lugares de trabajo. El tiempo de transporte que tienen que emplear los subproletarios de México o de São Paulo para llegar a su trabajo puede rebasar tres horas diarias. Ahora bien, los transportes colectivos de las grandes metrópolis latinoamericanas no sólo son incómodos e insuficientes, sino también peligrosos pues son vetustos y a menudo están deteriorados. A causa de las características propias del mercado de trabajo, un retraso en la fábrica o en la obra significa la pérdida del empleo. Así pues al lado del drama de la vivienda está el drama de los transportes. En la mayoría de las metrópolis de América Latina, los transportes colectivos de los trabajadores están muy lejos de corresponder a las necesidades. Podemos pensar que a causa de la abundancia de la fuerza de trabajo ese problema no surge como una urgencia económicamente sancionada. A pesar de algunas prestigiosas realizaciones recientes, como el metro de México, ya insuficiente y peligrosamente sobreutilizado, el de São Paulo o de Santiago reservados por su precio y sus trazados a los estratos acomodados, o el metro de Río que comunica a los barrios elegantes entre sí, los transportes urbanos populares en las capitales del continente siguen siendo arcaicos y descuidados. Los ferrocarriles suburbanos por ejemplo, allí donde hay, apenas han renovado su equipo desde la segunda guerra mundial. Dado que el modelo de desarrollo adoptado hace hincapié en la rentabilidad, la política de los transportes se ha orientado en función de los mercados de la industria automovilística. En Brasil, el Ministerio de Transporte consagró el 87% de su presupuesto de inversión al desarrollo de carreteras entre 1960 y 1974, el 13% a los puertos y a los ferrocarriles. En São Paulo, durante el mismo período, la cantidad de automóviles individuales se multiplicó por nueve, mientras que los transportes colectivos disminuían su marcha.

El resultado de esas políticas es llamado en Brasil *quebra-quebra* (del verbo portugués que significa "romper"). Un accidente con muerte de pasajeros (a causa de la cantidad insuficiente de lugares en los vagones, aquéllos se enganchan al exterior en los estribos o en la parte trasera de los trenes, de allí su sobrenombre de *pingentes*), un descarrilamiento o una descompostura cuyas consecuencias sobre el empleo para las víctimas no dejan lugar a dudas. Muchedumbres encolerizadas destrozan las estaciones, acometen contra las vías e incendian los vagones. Ese fenómeno espontáneo es relativamente frecuente en Río y São Paulo desde hace unos cuarenta años. Los sociólogos registraron 12 en 1979, y 10 en 1980.[9] Semejantes explosiones son reveladoras de la extrema tensión en la que viven los pobres de las grandes metrópolis latinoamericanas.

Política de la escasez y clientelismo

Los nuevos "condenados de la tierra" no tienen nada que envidiarle a sus predecesores europeos del siglo XIX. También la inseguridad de sus condiciones de vida hace particularmente sensibles a esos olvidados de la sociedad urbana a cualquier manifestación exterior de interés. Se comprende el partido que han podido sacar los políticos sagaces u organizaciones al acecho de bases sociales. Si bien muy a menu-

[9] Edison Nunes, "Inventario dos quebras-quebras nos trenes e ónibus em São Paulo e Rio de Janeiro, 1977-1981", en José Álvaro Moises *et al.*, *Cidade, povo e poder*, São Paulo, CEDEC-Paz e Terra, 1982, p. 93.

do los regímenes autoritarios no ven en el asentamiento irregular más que perjuicios, desorden del espacio urbano, y hasta violación del derecho de propiedad y peligro social de la pobreza acumulada, algunas fuerzas políticas consideran al barrio miserable una masa disponible dispuesta a darse al mejor postor. A la erradicación del hábitat prefieren la cooptación de los hombres. Para ello se les propone a los más desprovistos ventajas selectivas y se los organiza de manera que se traben lazos de patrocinio duraderos. Algunos ejemplos, sacados de sistemas políticos muy distintos, permiten ilustrar cómo la escasez y la indigencia absoluta pueden convertirse en medios para la movilización política.

El general Odría, presidente y dictador en Perú de 1948 a 1956, tuvo que hacer frente a la gigantesca transformación de la sociedad peruana acaecida inmediatamente después de la guerra. Al éxodo rural y al desmesurado crecimiento de las ciudades, y en particular de Lima, respondió mediante una política de grandes obras destinadas a suprimir el subempleo. Las finanzas del país lo permitían. Aunque poco dado a la demagogia obrerista, ese austero dictador obtuvo una popularidad segura ante los habitantes de las barriadas. Para los semidesempleados de los barrios miserables limeños se convirtió en un líder que infundía seguridad y al que se indentificó con la relativa prosperidad de la década de los cincuenta. Candidato a las presidenciales de 1962, Odría creó comités "María Delgado de Odría" —por el nombre de su mujer— que dividían en zonas los barrios miserables, ofreciendo ayudas en dinero, vestido o víveres a cambio de votos. Esta transacción clientelista se disfrazaba con una propaganda antidemocrática destinada a volver a alborotar a los nostálgicos de la dictadura, con consignas como "la democracia no se come", "el arroz era más barato", "hechos, no palabras". Los resultados electorales estuvieron a la altura de los medios utilizados.

En lo tocante a la máquina política, la del partido oficial mexicano las rebasa sin duda a todas en experiencia y habilidad. Es a través del PRI, sus redes y sus líderes locales, como los habitantes de los barrios miserables pueden establecerse con seguridad al tiempo que obtienen agua y electricidad. Todos los barrios irregulares tienen su delegación del PRI, sus habitantes conocen los beneficios que pueden

sacar de una participación "voluntaria" en las manifestaciones de masa organizadas por el partido-Estado. El "servicio político" es de alguna manera tan obligatorio como el servicio militar. Y fuera del PRI, ¿a quién le importan?

En otro contexto, a principios de la década de los sesenta en Chile, el partido demócrata-cristiano organiza una red de asistencia a los habitantes de las poblaciones que le asegura una base sólida en el subproletariado más indigente. Esta política de ayuda y de patrocinio se basa en una concepción discutible de la "marginalidad" inspirada en las teorías sociológicas dualistas en aquel entonces en boga y según la cual los marginados constituyen grupos sociales no integrados y no modernizados. Según tales teorías la marginalidad es ante todo cultural. Para paliar esta situación, el partido demócrata-cristiano organiza en los barrios miserables centros familiares (centros de madres) encargados de difundir los principios de higiene, y consejos de barrio (juntas de vecinos) con el fin de que los jefes de familia asuman responsabilidades cívicas para mejorar sus condiciones de vida. Todo orientado por militantes del partido en el marco de un proyecto político llamado "promoción popular" cuyo fruto fue dar la presidencia al demócrata-cristiano Eduardo Frei en 1964. Había entonces 9 000 centros de madres y 3 870 juntas de vecinos. Una parte del éxito de la democracia-cristiana se les debe a ellos.

Los movimientos revolucionarios no dejaron a los conservadores o a los reformistas moderados el monopolio de la captación política de las masas marginadas. En Chile, los guevaristas del MIR (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria) se esforzaron por establecerse también en las poblaciones y movilizar a los "pobres de las ciudades" en favor de su proyecto revolucionario. La clase obrera "engañada por los reformistas" del partido comunista y del partido socialista no estaba muy disponible que digamos. Bajo la Unidad Popular (1970-1973), intentaron transformar las poblaciones en campos atrincherados dotados de milicias de autodefensa. El golpe de Estado militar del 11 de septiembre barrió con ellos sin piedad y sin esfuerzo alguno. En el Perú de hoy, los guerrilleros "polpotianos" de Sendero Luminoso agitan a los pueblos jóvenes sin haber obtenido el mismo éxito que en las regiones más desheredadas de los Andes.

Nos interrogaremos por mucho tiempo para saber si la extrema miseria empuja a la revuelta o al conformismo y a la apatía. Cuestión de fe sin duda. No obstante los elementos de la experiencia inclinan más bien hacia la segunda hipótesis. Es más el miedo que dan los "miserables respetuosos" que lo que amenazan el orden establecido. Fuera de las explosiones de violencia esporádica, la calma reina en los barrios miserables. La revuelta no aparece más que raramente como estrategia de supervivencia. La delincuencia es el sustituto más frecuente de la revolución. Los marginados, si bien están mal integrados al mundo urbano, las más de las veces son recuperados por el orden establecido. Al grado que algunos intelectuales latinoamericanos han podido pretender, inspirándose más en Mao que en Castro, que la salvación revolucionaria sólo podría provenir en adelante del campo, dado que las ciudades están corrompidas y son incapaces de reaccionar.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

De la Rosa, Martín, *Nezahualcóyotl, un fenómeno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

Henry, Étienne, "Pérou: la dynamique des secteurs populaires", *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 63, ler. trimestre 1982, pp. 119-146.

Kowarick, Lucio, "O preço do progresso: crescimento económico, pauperização e espoliação urbana", en José Álvaro Moises *et al.*, *Cidade, povo e poder*, São Paulo, CEDEC-Paz e Terra, 1981, pp. 30-48.

Lewis, Oscar, *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*, México, Joaquín Mortiz.

Matos Mar, José, "Migración y urbanización. Las barriadas limeñas, un caso de integración a la vida urbana", en ONU-CEPAL-UNESCO, *La urbanización en América Latina* (edición preparada por Philip M. Hauser), Buenos Aires, Solar-Hachette, 1962, pp. 190-215.

Quijano, Aníbal, "La formation d'un univers marginal dans les villes d'Amérique latine", *Espaces et Sociétés*, julio de 1971, pp. 71-88.

Sachs, Céline, "The growth of squatter settlements in São Paulo: a study of the pervers effects of the State hoysing policies", *Social Science Information*, Londres, 22, 4/5, 1983, pp. 749-775.

Singer, Paul, "Movimentos de bairros", en Paul Singer, Vinicius Caldeira Brant *et al.*, *São Paulo, o povo en movimento*, São Paulo, Vozes-CEBRAP, 1981, pp. 83-109.

CUARTA PARTE

AMÉRICA LATINA EN EL MUNDO

1. LAS RELACIONES INTERREGIONALES Y LA HEGEMONÍA DE ESTADOS UNIDOS

¿El final de América Latina?

Si bien la América llamada latina es un mosaico de estados heterogéneos, parecía sin embargo presentar hasta una fecha reciente —posterior a la segunda guerra mundial— una fuerte homogeneidad externa. Pues bien, hoy ésta parece atenuarse. Las formas de la dependencia evolucionan y se diversifican. Pero sobre todo las disparidades de poderío se intensifican en función del desarrollo o hasta de la coyuntura y de la demanda internacional. Podemos pues preguntarnos si las similitudes de situación exterior de los países del continente no están a punto de borrarse. Dicho de otra manera, ¿no asistimos nada menos que al final de América Latina como conjunto de naciones sometidas a presiones similares?

"América Latina es una abstracción", decía con mucha razón Henry Kissinger. El secretario de Estado del presidente Nixon quería sin duda decir que Washington no debía tener una política global con respecto al subcontinente, sino relaciones bilaterales con países individualizados. De hecho, su señalamiento táctico iba mucho más allá.

Las naciones latinoamericanas parecen haber pasado poco a poco de la evidencia de una imposible unión latinoamericana o iberoamericana a la aceptación resignada de destinos singulares en un contexto más amplio que el de "hemisferio occidental". Si bien por mucho tiempo se ha podido decir que, frenados por las preponderancias exteriores, los estados del subcontinente no eran de ninguna manera actores internacionales sino más bien sujetos pasivos, que a veces tenían políticas exteriores pero no política internacional, podemos preguntarnos hoy si algunos no comienzan a desempeñar un papel extrarregional y hasta mundial que modifica profundamente la realidad de las relaciones interamericanas.

Gran Bretaña y Estados Unidos: sustitución de preponderancia

Las confederaciones independientes formadas entre las antiguas colonias españolas vuelan en pedazos entre 1830 y 1840. Bolívar había convocado en 1826 el Congreso "anfictiónico" de Panamá con miras a federar las nuevas repúblicas. El fracaso fue glorioso. El Libertador, poco antes de su muerte, se quejaba amargamente de "haber arado en el mar". No obstante tuvo muchos émulos, cuyos esfuerzos por lo demás se vieron coronados con los mismos fracasos constantes que los de su ilustre predecesor. Durante todo el siglo XIX, múltiples congresos intentaron en vano poner en pie una unión de las naciones hispano o iberoamericanas. La defensa solidaria de la independencia cultural y económica de los estados latinos de América no progresó mucho. Quedó, además de la nostalgia de una imposible unidad, una retórica vacía que evocaba a la "madre patria" y a las "repúblicas hermanas". No obstante, esas hermanas desunidas, por razones tanto económicas como políticas, se vuelven la espalda. A partir de fines del siglo XIX, están más ligadas a Europa que entre ellas. Sólo un federador externo podría unirlas.

Hasta 1920, Gran Bretaña es la potencia dominante en el continente. Como primera potencia capitalista, es el primer cliente, el primer proveedor y el más importante financiero de los países latinos de América durante todo el siglo XIX y a menudo hasta la "gran depresión". Sus intereses económicos en América Latina son enormes. Los capitales británicos contribuyeron de manera decisiva a la construcción de las infraestructuras necesarias para el crecimiento extravertido de las economías latinoamericanas: los ferrocarriles y las instalaciones portuarias atrajeron prioritariamente a los financieros de la City. Es cierto que el gobierno de su Graciosa Majestad había tomado parte activa en la independencia de las colonias españolas, garantía del libre acceso de los productos británicos a mercados hasta entonces reservados a la metrópolis. Pero desde entonces, Gran Bretaña no manifestó sino un escaso interés diplomático-político hacia los estados de la región. Londres no se interesa sino de manera muy marginal en la vida de esas naciones y no impone ni orientación, ni gobiernos, con tal de que sus intereses, y

esencialmente los principios del libre comercio, estén protegidos. América Latina parece escapar al mundo político de White Hall.

Algo muy distinto ocurre con Estados Unidos. Antes de 1930, ésta no es una potencia mundial llena de responsabilidades planetarias. Pero incluso antes de convertirse en un gran país industrial a partir de 1890, cuando sus intereses económicos a escala continental son aún relativamente menores, la gran república del Norte se volverá resueltamente hacia sus vecinos del Sur. Desde la declaración de Monroe en 1823, Washington parece asumir "responsabilidades particulares" hacia el subcontinente. Cierto, esta declaración circunstancial se inscribe en el marco de una activa solidaridad antieuropea con las colonias españolas en vías de emancipación. Esta advertencia dirigida al Viejo Mundo, directamente a Rusia pero indirectamente a España, será sin embargo el hilo conductor de la política continental de Estados Unidos hasta nuestros días. Completada por el "corolario Roosevelt" de 1904, que atribuye una especie de derecho de fiscalización internacional a Washington, esta declaración no sólo considera "hostil para Estados Unidos" cualquier intervención europea en la América española sino que, al proclamar "América para los americanos", sienta las bases ideológicas del panamericanismo.

La época del panamericanismo (1889-1945)

Una vez terminada la conquista de su espacio interior al oeste y al sur, Estados Unidos, convertido en una potencia industrial y comercial de primer orden, convoca en 1889, en Washington, la primera conferencia internacional de los estados americanos. Washington alimenta ya proyectos coloniales que serán puestos en práctica menos de diez años después, al final de la guerra con España.

Durante esta conferencia, los "americanos" —desde entonces así se llaman, despojando así a los vecinos del Sur de su identidad geográfica— intentan imponer un tribunal de arbitraje permanente para solucionar los conflictos regionales. Proponen igualmente a los países latinoamericanos disminuir sus tarifas exteriores y crear una unión arancelaria

que garantizaría a los productos de Estados Unidos un vasto mercado cautivo. Los países más ligados a Europa, y sobre todo Argentina, se resisten y hacen fracasar esos bellos e ingenuos proyectos de alianza desigual. El canciller Sáenz Peña, representante de los "yanquis del Sur", rechaza la frase de Monroe y opone a "América para los americanos" un ecuménico "América para la humanidad".

De 1900 a la gran depresión, las relaciones interamericanas están dominadas por la arrogante y dominante política de la república imperial. La *big stick diplomacy*, versión estadunidense de la política de los cañones, alterna con la "diplomacia del dólar", menos llamativa, pero no menos eficaz. El Caribe y las pequeñas naciones de Centroamérica son sus principales víctimas, así como Panamá donde Estados Unidos ocupa una zona colonial alrededor del canal. Incluso el principio de la intervención estadunidense es incluido en la Constitución de Cuba liberada del "yugo español". Las tropas norteamericanas sólo se retiran de la isla a cambio de la aceptación de la Enmienda Platt, que entre otras cosas prevé en su artículo III: "El gobierno de Cuba consiente en que Estados Unidos ejerza el derecho de intervenir para preservar la independencia de Cuba, mantener un gobierno capaz de garantizar el respeto de las vidas, de los bienes, de las libertades" y "de las obligaciones internacionales". Los marines ocupan de nuevo la gran isla en 1906. Nicaragua en 1912, Haití en 1915 y Santo Domingo en 1916 sufren la misma suerte que Cuba. República Dominicana es ocupada de 1916 a 1924, Nicaragua lo es dos veces (1912-1925 y 1926-1933). Haití es "protegido" sin interrupción por los marines de 1915 a 1934.

A partir de 1933, y con la llegada de F.D. Roosevelt a la Casa Blanca, ante el ascenso de los peligros en el mundo, las relaciones interamericanas adoptan un estilo nuevo. Es la política de la "buena vecindad" la que ratifica el abandono táctico de la intervención directa y se esfuerza por reducir así las tensiones. A fin de neutralizar el "antiamericanismo" y de poder contar con aliados seguros en caso de necesidad, Washington pone fin a las ocupaciones militares. Estados Unidos quiere así poder reunir en torno suyo a todos sus vecinos meridionales en cuanto la guerra estalle en Europa. Al cabo de una serie de reuniones de consulta de las cancillerías estadunidenses, la entrada de Estados Unidos en la guerra tras Pearl Harbor en 1941 debe arrastrar a los estados del continente.

Estados Unidos aumenta gracias a la guerra su influencia política sobre sus vecinos meridionales, esta vez mucho más allá del Canal de Panamá. El alineamiento casi automático de los "aliados" a pesar suyo con Estados Unidos no es una simple fórmula diplomática. Estados Unidos impone a las naciones del continente la entrada en guerra contra las potencias del Eje. No vacila en desencadenar un verdadero bloqueo diplomático contra los estados más recalcitrantes, entre los cuales se encuentra Argentina. Si bien teme que el Reich hitleriano instale una cabeza de puente en el continente aprovechando las activas y prósperas colonias alemanas de Brasil, Argentina o Chile, o bien que los países más vinculados con Europa, lejos de adherirse a la disputa de las "naciones unidas", se anclen en una neutralidad antiestadunidense (y popular), a Estados Unidos parece interesarle ante todo compartir con sus vasallos el esfuerzo de guerra. En nombre de la lucha contra el nazismo, y por la libertad, Estados Unidos fija unilateralmente el precio de las materias primas que paga en dólares inconvertibles. Pocos países saldrán a flote. Sólo el Brasil del *Estado novo* getulista, tras haber coqueteado por un tiempo con Alemania, abraza con inesperado celo la causa de las democracias. Envía una fuerza expedicionaria a Italia, que es incorporada a un cuerpo de ejército estadunidense, presta sus bases aéreas al ejército del aire de Estados Unidos en la porción saliente del nordeste, y obtiene a cambio un crédito del Eximbank para la creación de la siderurgia nacional.

Al final de la guerra, el "arsenal de las democracias" se convirtió en el "país líder del mundo libre". Europa en ruinas tardará mucho tiempo para ponerse de pie mientras la guerra ha incrementado la dependencia económica y militar de los países del continente en relación con Estados Unidos. En adelante éste remplazará a los países europeos, incluso como proveedores de capitales. Gran Bretaña se hace a un lado. Sus inversiones en América Latina caen de 754 millones de libras en 1938, a 245 millones en 1951. Por su parte Estados Unidos, que sólo había invertido en América Latina 300 millones de dólares en 1897, aumenta a cerca de 2 mil

millones en 1920, alcanza 3.5 mil millones de dólares en 1929, y 4.7 mil millones en 1950. En 1914, las inversiones directas del Reino Unido en el subcontinente eran tres veces más elevadas que las de Estados Unidos.[1] Hasta la guerra, las naciones de América del Sur padecían poco la influencia estadunidense. Vinculadas con Gran Bretaña para las finanzas y el comercio, con Francia o Alemania para el armamento y los problemas militares, tributarias en fin de la cultura francesa, diversificaban lo suficiente a sus socios exteriores y lejanos para no ser avasalladas. Después de 1945 todo cambia. La dependencia es acumulativa. El primer inversionista extranjero, y a menudo el primer cliente —a veces el único en el caso de algunas economías latinoamericanas—, no es un distante país europeo, sino una metrópolis situada en el mismo continente que sus vasallos, un gigante *next door*. En efecto, Estados Unidos es tanto la primera potencia económica mundial como la primera potencia militar, mientras que a Europa, en plena reconstrucción, le cuesta trabajo consolidarse en todos los terrenos donde en otro tiempo dominaba. Los estados latinoamericanos se hallarán pues, al menos por algunas décadas, a solas con su enorme tutor: un país que, representando apenas al 6% de la población mundial, consume cerca de la mitad de todos los recursos del planeta; el primer consumidor, el primer productor del globo.

El sistema interamericano institucionalizado (1947-1965)

La idea rectora que inspirará una estructuración continental en torno a la seguridad del hemisferio fue resumida de este modo bajo la presidencia de Truman: "un hemisferio cerrado en un mundo abierto". Universalismo por supuesto, pero no en la zona de intereses vitales de Estados Unidos que ahora se extiende hasta la Tierra del Fuego. Yalta pasó por allí.

De hecho, la filosofía del sistema interamericano es contemporánea de la guerra fría. En nombre de la solidaridad geográfica, se trata de proteger al hemisferio del comunismo. Para ello se crearon dos instrumentos diplomáticos, uno militar y el otro político. El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, o TIAR, fue firmado en Río en septiembre de 1947. La Carta de la Organización de los Estados Americanos, firmada en Bogotá en mayo de 1948, tiene dos objetivos: la solución pacífica de los diferendos regionales por una parte, y la seguridad colectiva por la otra. La OEA, que en principio admite la igualdad jurídica de sus miembros, ofrece a Estados Unidos una mayoría automática basada en los pretendidos intereses comunes de la "familia americana". Gracias a las presiones bien dosificadas sobre los estados más vulnerables, la dominación de la OEA, por parte de Estados Unidos es tal que Fidel Castro la bautizó con el nombre de "ministerio de las colonias" norteamericano. La utilización de la OEA para encubrir las intervenciones militares directas o indirectas de Estados Unidos, intervenciones que la Carta tenía justamente por objeto impedir, desacreditaron a la institución.

Durante todo el período considerado, las relaciones interamericanas se ven afectadas por crisis ligadas a los enfrentamientos planetarios y a la voluntad de Estados Unidos de "preservar al continente del comunismo". La primera de esas crisis tiene por teatro a Guatemala, en 1954. En ese país que tiene un régimen democrático desde 1944, el presidente electo Arbenz autorizó al Partido Comunista, que le proporcionó algunos cuadros. Promulgó una reforma agraria prudente pero que lesionó los intereses de empresas agrocomerciales norteamericanas. No se necesita más para que los hermanos Dulles, a la cabeza del Departamento de Estado y de la CIA, desencadenen una ofensiva encaminada a aislar y luego desestabilizar al gobierno legal de Guatemala.

Una conferencia de la OEA se reúne en Caracas en marzo de 1954. Vota una resolución que condena el comunismo, considerado un "injerencia inadmisible en los asuntos estadunidenses". Pocos meses después, un ejército de mercenarios deja Honduras con el apoyo de la CIA y derroca al régimen democrático guatemalteco, gracias, es cierto, a la defección del ejército nacional pero sin que la OEA intervenga contra esta violación caracterizada de la soberanía de un país miembro. Desde entonces, y durante treinta y un años,

[1] Según la Organization of American States, Interamerican Economic and Social Council, *Foreign Investments in Latin America*, Washington D.C. 1, 1967.

Guatemala no ha tenido más que una sucesión casi ininterrumpida de dictaduras militares.

La crisis cubana fue mucho más grave. Tuvo su fase aguda entre principios de la década de los sesenta —Fidel Castro y sus partidarios entran a La Habana en enero de 1959— y la "crisis de los misiles" de octubre de 1962, durante la cual las dos "K" tienen un enfrentamiento en torno al establecimiento de misiles nucleares en el suelo cubano. El acercamiento de Castro y la Unión Soviética, y luego la adopción del modelo leninista por parte de los "rebeldes" que habían derrocado al dictador Batista, hizo entrar irreversiblemente al continente en el campo de la rivalidad Este-Oeste, desencadenando una intensa actividad de las instituciones interamericanas encaminada a "contener el peligro comunista".

Una primera reunión de consulta tuvo lugar en San José de Costa Rica, en agosto de 1960. Condenó, sin nombrar a Cuba, la injerencia de una potencia extracontinental —todo el mundo había reconocido a la Unión Soviética— y el totalitarismo. Tras el fracaso en Playa Girón, en abril de 1961, de la lamentable tentativa de invasión de la isla por anticastristas entrenados en Estados Unidos, se echó nuevamente mano de la OEA. La Conferencia de Punta del Este (Uruguay), consagrada a la "solidaridad americana", decidió en enero de 1962, en un clima muy tenso, la exclusión de Cuba del concierto interamericano. Esta medida fue adoptada por escaso margen gracias a los votos de los pequeños estados del Mediterráneo americano, absteniéndose los grandes estados y la mayoría de los países de América del Sur (Brasil, Argentina, Chile, México, pero también Bolivia y Ecuador), hostiles a la medida.

La crisis cubana en la que el David comunista desafió al Goliat capitalista sin por ello sucumbir (si no es que para caer bajo la férula de otro Grande) dio origen a dos iniciativas complementarias de Estados Unidos con respecto al subcontinente que demuestran la influencia de Washington. La primera, la Alianza para el Progreso, marcó la época más por su retórica que por sus resultados; la segunda, a la que se llamó a veces la "mutación estratégica kennediana", tuvo consecuencias más duraderas y más graves.

El presidente Kennedy, ante el desafío castrista, lanza solemnemente en marzo de 1961 un plan de ayuda al desarrollo bautizado como Alianza para el Progreso. Ese programa prevé el envío de créditos a los países de América Latina que se comprometan a efectuar reformas en un marco democrático a fin de permitir un crecimiento armonioso. Ese microplan Marshall, más social que económico, tuvo sobre todo un interés de propaganda. Significaba que los dirigentes estadunidenses ubicaban ahora la raíz del mal en los orígenes de las oleadas revolucionarias y del comunismo. Pero desde mediados del gobierno de Johnson, Estados Unidos que estaba atascado en Vietnam, olvidó la Alianza. Paralelamente a ésta, y siempre a fin de luchar contra la subversión, el Pentágono reorientó la política de defensa del hemisferio. Se puso el acento en la seguridad interna en detrimento de la defensa de las fronteras. La ayuda militar dispensada a los ejércitos del continente fue revisada en ese sentido. Los militares latinoamericanos asumieron en adelante una misión de mantenimiento del orden interior y de lucha contra el comunismo, contribuyendo así a la defensa del mundo libre. En esta perspectiva los ejércitos del subcontinente elaboran las doctrinas contrarrevolucionarias de la seguridad nacional que condenan el cambio, y se entrenan para la contraguerrilla y la acción cívica, es decir para participar en proyectos no militares de utilidad social. Conocemos el resto y las temibles consecuencias políticas de esta transformación.

La tercera crisis que sacude a la OEA sobreviene en abril de 1965 en República Dominicana. Ante los graves disturbios que sobrevienen en Santo Domingo, el espectro de una nueva Cuba inquieta al gobierno estadunidense. El presidente Johnson envía marines que intervienen en un conflicto interno particularmente confuso en favor de los militares de derecha y contra las fuerzas políticas favorables a la instauración de un régimen democrático. La OEA ratifica, violando su Carta, la intervención estadunidense. De 1965 data el comienzo de la irremediable descomposición de la organización regional. El mito de la "familia americana" ha muerto.

El final de las "relaciones especiales": América Latina en el conflicto Este-Oeste

Dado que después de 1965 parecía esfumarse el peligro de

que se exportara la revolución cubana, el interés manifestado por Washington a América Latina decreció otro tanto. Cuba parecía resignarse momentáneamente a construir el socialismo en un solo país. Estados Unidos aceptó, muy a su pesar, una situación de coexistencia conflictiva con el régimen castrista y como consecuencia planeó al menor costo su política latinoamericana. Así, en lo sucesivo, Estados Unidos elaboró políticas globales con respecto al continente. De hecho, el famoso *New Dialogue* propuesto tardíamente por Nixon a los latinoamericanos parece poner término a la *special relationship* que Washington pretendía mantener con sus vecinos del sur. Terminadas las declaraciones rituales de una nueva era en las relaciones hemisféricas. Mientras Nixon y su sucesor Gerald Ford despliegan en el continente el sutil arte del *benign neglect*, los expertos llegaron a teorizar la insignificancia de América Latina para Washington. Un informe presentado en 1970 en el Council of Foreign Relations afirma incluso: "En definitiva, América Latina no tiene ninguna importancia estratégica, política, económica, ideológica o vital para Estados Unidos [. . .]" Bajo la aparente indiferencia, tan alejada del brillo activista de la era Kennedy, se advierten sin embargo los ejes de una política. La llamada cercanía de los "países clave" apreciada por Kissinger halla su aplicación en el continente mediante el establecimiento de relaciones privilegiadas con Brasil. Mientras en 1971 una frase atribuida a Nixon sobre la identidad entre el futuro de América Latina y el de Brasil[2] provocaba la indignación hispanoamericana, Kissinger, en febrero de 1976, intentaba poner en pie en Brasilia las instituciones para una cooperación permanente. Se denunció por todo el continente el nacimiento de un "subimperialismo". Además, si bien Nixon adoptó la "indiferencia" ante el continente, no por ello dejó de defender con la más implacable firmeza los intereses estadunidenses donde quiera que los creyó amenazados por regímenes hostiles. Siguiendo las recomendaciones del informe Rockefeller publicado en 1969, bajo el título *La calidad de la vida en las Américas*, texto que subrayaba el positivo papel modernizador de las élites militares en el desarrollo del continente, la administración republicana no vaciló en intervenir indirectamente para desestabilizar a los gobiernos legales hostiles o sospechosos. La caída de Allende en septiembre de 1973 no fue más que el caso más notorio de esas discretas prácticas. El pragmatismo triunfaba sobre los dogmas pero, para retomar el título en forma de fábula de un ensayo de Arévalo, predecesor del presidente guatemalteco Arbenz,[3] el tiburón seguía muy contento entre las sardinas.

Con la llegada de Carter al poder en 1976, todos creyeron haber regresado a la época de Kennedy, tal era el interés que ese demócrata mostró por América Latina desde su llegada a la Casa Blanca. Sus numerosos viajes y los de su mujer Rosalyn lo atestiguan. Con todo, no por ello se resucitó la "relación especial", y no se elaboró ninguna política específicamente regional. En América Latina como en otras partes del mundo, la política de Carter, que algunos juzgaron ingenua y hasta incoherente y más inspirada en preocupaciones religiosas que en la eficacia, tenía por primer objetivo dar a Estados Unidos una imagen más seductora después de Vietnam, pero también tras el golpe de Estado chileno. El esfuerzo de moralización no era gratuito. La política de los derechos humanos, si bien halla un punto de aplicación fácil en América Latina, no le está en principio destinada. Se inscribe en un vasto plan, por lo demás abortado, de ofensiva contra el campo soviético. Esta política selectiva de derechos humanos, que ignora el Irán del cha hasta su caída, afecta sobre todo a las dictaduras latinoamericanas precisamente porque el continente era estratégicamente poco importante para Estados Unidos. Las presiones moralizadoras sobre los regímenes militares no tuvieron otros resultados más que enajenarle a Washington sus mejores aliados. De esa manera Carter fue recibido fríamente en Brasilia por el gobierno de los generales, y acogido con consideración y simpatía por la oposición. Sin duda semejante inversión de circunstancias jamás le había ocurrido a un presidente norteamericano al sur del río Bravo. Nixon, que varias veces es-

[2] Durante una visita a Washington del presidente brasileño Médici, supuestamente Nixon dijo: "América Latina irá donde Brasil vaya." Frase totalmente vacía que provocó un escándalo, dado que para sus vecinos, Brasil seguía siendo sospechoso.

[3] Juan José Arévalo, *Fábula del tiburón y las sardinas. América Latina estrangulada*, Buenos Aires, Palestra, 1956.

tuvo a punto de ser lapidado durante su calamitosa gira latinoamericana de 1958, podría atestiguarlo.[4]

Carter, siguiendo al respecto las recomendaciones del muy "liberal" informe de Saul Linowitz (1974), no se quedó allí, es cierto. Se esforzó en un primer tiempo por suprimir los principales factores de tensión entre su país y América Latina. Algunos gestos poco duraderos con respecto a Cuba y la voluntad de mejorar las relaciones de Estados Unidos con estados sospechosos de abrigar tendencias socializantes, como Guyana o la Jamaica de Michael Manley, hicieron menos por la nueva imagen de Estados Unidos que la firma y la ratificación de los nuevos tratados sobre el Canal de Panamá que, al poner fin a una situación colonial y al reconocer la soberanía de los panameños sobre la vía transoceánica, aportaba una solución razonable a una cuestión muy "sensible" para todos los latinoamericanos. Sin duda la actitud de la administración Carter ante la crisis de Nicaragua y la dinastía de los Somoza fue la más audazmente original y apartada de la tradición diplomática norteamericana. Por vez primera, aunque en medio de confusión y vacilaciones, que no excluían ni el "somocismo sin Somoza" ni una imposible solución centrista, Washington se negó a apoyar a una dictadura amiga contra los asaltos de una oposición armada y revolucionaria. Fue precisamente a partir de la caída de Somoza y de la irresistible toma del poder por parte de los sandinistas en Managua cuando la política de Carter se endureció y volvió a someterse a los imperativos geopolíticos y a las consideraciones de seguridad desdeñados hasta entonces. La crisis de los rehenes de Teherán, la revivificación de la guerra fría tras la invasión de Afganistán, el temor del contagio castrista en el Caribe tras la instauración de un régimen marxista en la isla de Granada, la inquietud nacida de la orientación antiestadunidense y anticapitalista del gobierno sandinista en Managua y la feroz guerra civil en El Salvador fueron otros tantos elementos que provocaron el final de una breve distensión, paradójica y atípica escampada en las relaciones interamericanas.

El extremadamente conservador republicano Ronald Reagan no se conformó con proseguir a partir del impulso del "segundo" Carter una política pragmática y bilateral de defensa de los intereses permanentes de Estados Unidos. Mientras que América del Sur, ya en edad adulta había dejado de constituir un motivo de preocupación para Estados Unidos, Centroamérica y el Caribe se convertían en una dimensión esencial de la acción global de Washington contra el "imperio del mal", la Unión Soviética. Así como Cart r gobernaba para hacer olvidar los *dirty tricks* de Nixon y los horrores del apocalipsis indochino, Reagan contra Carter, culpable en su opinión de haber "perdido" Nicaragua y de haber permitido que se humillara la bandera estadunidense, redescubría la teoría de los dominós y del *containment* para aplicarla al "coto vedado" centroamericano. A fin de hacer saber al mundo que a pesar de la derrota vietnamita —desesperadamente negada— Estados Unidos no había perdido ni su fuerza ni la fe en su destino manifiesto, el gobierno de Reagan desde el primer momento decidió hacer un ejemplo de su firmeza ante el comunismo. El Salvador fue elegido como prueba. Fue allí donde, según el general Haig, secretario de Estado enérgico y tonante, Washington iba a "suprimir" y "hacer retroceder" a la subversión. La tentativa fue poco convincente y las organizaciones guerrilleras estuvieron a punto de apoderarse del poder en 1983. No era así como Estados Unidos iba a tranquilizar a sus aliados y a asustar a sus enemigos. A fin de dar un golpe definitivo, Granada y sus 100 000 habitantes fueron elegidos como experiencia piloto de intimidación simbólica. Invadida por los marines el 25 de octubre de 1983, es así "liberada" del comunismo. Estados Unidos puede sentirse de nuevo orgulloso. Pero queda Cartago, es decir Nicaragua, a quien Washington considera definitivamente sovietizada y causante, como relevo de Cuba, de la subversión en la región. Bloqueo diplomático y económico, minado de puertos, apoyo financiero a la oposición armada contrarrevolucionaria, todos los medios son buenos para provocar la asfixia del país y el derrocamiento de los "nueve dictadorcitos de Managua", con excepción de la intervención armada directa, según parece. "Ni una nueva Cuba ni un nuevo Vietnam": la frase es precisa. Pero el costo político de una intervención de los marines sería tan elevado que es prudente pensarlo dos veces. La época de los cañones y del corolario Roosevelt se ha quedado atrás. Nicaragua no es

[4] Richard Nixon, *Six crisis*, Nueva York, Doubleday, 1962.

Granada. Y América Latina se ha abierto al mundo. Tampoco 1986 es 1954. El hemisferio ya no está cerrado. Hasta en nombre de la defensa de la democracia —¿cuál democracia?— difícilmente puede convencerse a europeos y sudamericanos de que el *backyard* sólo goza de soberanía limitada y de que es legítimo considerar que "América Central es, —según palabras de Zbigniew Brzezinski— la Europa del Este de Estados Unidos". Sin duda las generosas proposiciones emitidas en el informe de la Comisión bipartita Kissinger sobre el futuro de Centroamérica (1984) así como los pretextos falsos de la Iniciativa para la Cuenca del Caribe, que supuestamente abrirá el mercado estadunidense a los productos de la región, no cambian en nada las cosas.

¿Y la OEA? Tras haber servido demasiado, la organización regional, a pesar de múltiples tentativas de reforma que cuidadosamente evitaron atacar el fondo del problema (la presencia de Estados Unidos), reveló, ante las crisis que sacuden el continente, su inanidad verbal y su ineficacia burocrática. Hasta para Estados Unidos se convirtió en un instrumento defectuoso. Así, durante la Asamblea extraordinaria de junio de 1979 que se reunió en Washington para examinar la situación nicaragüense, una mayoría de países miembros descartó el proyecto presentado por el secretario de Estado Cyrus Vance de enviar una "fuerza de paz" para interponerse entre la guardia somocista y el FSLN. Pero la organización tampoco responde a las expectativas de las naciones latinoamericanas. No ha podido intervenir en ninguno de los grandes y graves problemas que los han agitado en los últimos años: ni la cuestión de la deuda externa, ni la solución a los conflictos centroamericanos pasaron por ella. A causa de la oposición de Estados Unidos, las cláusulas de seguridad colectiva de la Carta de Bogotá y del TIAR no se aplicaron a Gran Bretaña cuando su cuerpo expedicionario atacó a un Estado del continente, Argentina, para reconquistar las islas Malvinas (abril-junio de 1982). Así pues las instituciones interamericanas se desacreditaron totalmente y por mucho tiempo. Mientras Estados Unidos enterraba él mismo la doctrina Monroe manifestando una evidente complacencia en favor de una intervención europea contra un Estado americano.

Una nueva tentativa de salvamento de la OEA tuvo lugar

en diciembre de 1985 en Cartagena, Colombia. Gracias al impulso de un nuevo y dinámico secretario general brasileño, y a pesar de las gesticulaciones del secretario estadunidense de Estado Schultz para obtener la condena si no es que la exclusión de Nicaragua acusada de ayudar al terrorismo en América Latina, los ministros "americanos" votaron la apertura de la organización a todos los estados del continente. Esto deberá permitir a Cuba volver un día al regazo de la "familia latinoamericana". ¿Se transformará el "ministerio de las colonias" norteamericano en "foro de los países del Sur"? Sin duda las presiones administrativas y financieras no lo permitirán y la decadencia de la organización continuará, pues el panamericanismo que lo animaba está completamente muerto.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Bitar, Sergio, Carlos Moneta, *Política económica de Estados Unidos en América Latina. Documentos de la administración Reagan*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984.

Connel-Smith, Gordon, *The United States and Latin America. An historical analysis of Inter-American relations*, Londres, Heinemann, 1974.

Cotler, Julio, Richard Fagen, *Latin America and the United States. The changing political realities*, Stanford (Cal.), Stanford University Press, 1976.

Jaguaribe, Helio *et al.*, *La política internacional de los años 80. Una perspectiva latinoamericana*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

Levinson, Jerome, Juan de Onis, *The alliance that lost its way. A critical report on the Alliance for Progress*, Chicago, Quadrangle Books, 1970.

Mols, Manfred, *El marco internacional de América Latina*, Barcelona, Editorial Alfa, 1985.

Muñoz, Heraldo, Joseph Tulchin *et al.*, *Entre la autonomía y la subordinación. Política exterior de los países latinoamericanos*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984.

Roger, William, "The United States and Latin America", *Foreign Affairs*, 3, 1985, pp. 560-580.

Rouquié, Alain, "La présidence Carter et l'Amérique Latine. Paren-

thèse ou mutation?", *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 60, 1981, pp. 49-57.

Selser, Gregorio, *Informe Kissinger (Introducción, comentarios y epílogos por G.S.)*, México, El Día, 1984.

2. "AMÉRICA LATINA ENTRA EN ESCENA": NUEVAS SOLIDARIDADES Y POTENCIAS EN SURGIMIENTO

La decadencia del sistema formal interamericano no ha suprimido las presiones que impone la geopolítica. Con todo, el vigoroso avance de algunos países, las brechas abiertas en el continente por el conflicto Este-Oeste donde Estados Unidos no ha podido preservar su "patio trasero", el despertar de solidaridades horizontales entre países del Sur frente al Norte industrializado han contribuido a abrir el hemisferio. Por lo demás ese desacoplamiento ha procedido menos del choque de intereses o las ideologías que de la negligencia más o menos condescendiente manifestada varias veces por la metrópolis con respecto al subcontinente.

Si bien el sueño bolivariano de unidad está muy lejos de ser realidad, en la búsqueda de la independencia, la creatividad latinoamericana se ha dado rienda suelta. Con diversas fortunas pero de acuerdo a una tendencia que no parece ser reversible. No es una de las menores paradojas el que el "final de América Latina" coincida con el nacimiento de una verdadera conciencia latinoamericana.

Conciencia latinoamericana y cooperación regional

No podríamos fechar exactamente los primeros indicios de una toma activa de conciencia de los intereses comunes de los países latinoamericanos. Es más fácil hacer un repertorio de las iniciativas o las instituciones que expresan ese nuevo estado de ánimo. Generalmente se considera que la fundación de la CECLA (Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana) en 1963 marca el surgimiento de un subsistema latinoamericano.[1] La CECLA, de la que Estados Uni-

[1] Tomo el concepto de "subsistema latinoamericano" a Manfred Mols en su estudio "Condiciones de surgimiento y funcionamiento de un subsis-

dos está ausente, fue creada en el marco de la OEA. Rápidamente se convirtió en una especie de foro de los países de América Latina. En mayo de 1969, los ministros de Asuntos Extranjeros de los diecinueve estados miembros de la CECLA se reúnen en Chile. Elaboran la "Carta de Viña del Mar" que propone nuevas bases de cooperación con Estados Unidos tomando en cuenta la "personalidad propia de América Latina" y las necesidades de su desarrollo. El documento final de la reunión menciona el "derecho soberano de cada país de disponer libremente de sus recursos naturales" y la igualdad de los estados. El sentimiento unitario que todavía ayer se expresaba a través de la vacía retórica cultural de los discursos diplomáticos, se vuelve operativo. Traduce los intereses económicos comunes y las relaciones de dependencia. La Carta de Viña del Mar es un punto de partida pero sobre todo un fin. No fue sino al cabo de una larga marcha y a causa de circunstancias nuevas como se pasó de una colaboración subordinada y dispersa con la potencia tutelar a una serie de acciones colectivas que implican la solidaridad —desde dentro y cierto nivel de confrontación hacia afuera.

Entre las élites dirigentes de los estados latinoamericanos, dos impresiones ampliamente compartidas nacen en el transcurso de la década de los cincuenta. La primera es que Estados Unidos, manifestando la ingratitud de los pueblos fuertes, ignora a sus vecinos del sur a pesar del apoyo diplomático y político sin falla que éstos, durante la guerra mundial así como en la ONU o en los conflictos Este-Oeste, no dejan de proporcionarle. Fue así como Colombia y Perú enviaron su contingente a Corea mientras todos los demás estados del continente, incluso aquellos que, como la Argentina de Perón, tenían tendencia a rebelarse, apoyaron al campeón del mundo libre durante el conflicto de Extremo Oriente. Los latinoamericanos tienen con alguna razón la impresión de que Washington sólo tiene ojos para Europa, quien goza de las larguezas del plan Marshall. En 1954, los estados latinoamericanos que acaban de condenar el comunismo en Caracas obtienen a cambio la convocación de una conferencia económica interamericana consagrada a los problemas de

tema latinoamericano", en *El marco internacional de América Latina*, Madrid, Alfa, 1985, p. 77.

América Latina. Esta conferencia de ministros de Economía tiene lugar en Quintadinha en Brasil sin ningún resultado práctico. Pero al menos Estados Unidos ha aceptado hablar con sus vecinos de las cuestiones de desarrollo. El presidente brasileño Kubitschek propone en 1958 ir más lejos. Su proyecto de un nuevo tipo de cooperación continental titulado "operación panamericana" sólo será oído durante el mandato de Kennedy cuando, temiendo la propagación continental del castrismo, Estados Unidos lanza la Alianza para el Progreso.

La segunda impresión está de alguna manera ligada a la maduración de las economías latinoamericanas y a la coyuntura. En adelante el desarrollo es un imperativo que requiere políticas voluntaristas. La industrialización implica sacar el mejor partido de los recursos naturales de cada país, y hasta de coger de nuevo las riendas de ser necesario. Una brisa nacionalista se deja sentir por todo el continente a fines de la década de los sesenta. Obedece a causas diversas: a las necesidades del modelo de industrialización por sustitución de importaciones que prevalece —y que se llevaba bastante bien con un proteccionismo con cierta afirmación nacional—, a la indiferencia de Estados Unidos también, atascado en el avispero vietnamita, y a la distensión continental que el repliegue cubano ha ocasionado. Este período de deshielo interamericano es propicio para la manifestación sin disfraces de los intereses nacionales.

Por ello en el mismo momento, con formas y modalidades diversas, llegan al poder en el subcontinente regímenes que, como descendientes del precedente mexicano de 1938, ponen en entredicho las concesiones de riquezas nacionales consentidas a empresas extranjeras, a pesar de Estados Unidos que ha puesto en pie toda una panoplia de sanciones contra los países que expropian sin indemnizaciones adecuadas los bienes estadunidenses. Esta oleada nacionalista se traduce de manera diferente según los países. Algunos no rechazan una confrontación limitada o radical con Estados Unidos. Otros prefieren llegar a acuerdos negociados con el gobierno de Washington y las sociedades estadunidenses consintientes para recuperar sus riquezas naturales.

Entre los moderados están el presidente Frei, demócrata-cristiano en Chile (1965-1970) o Carlos Andrés Pé-

rez, jefe de Estado socialdemócrata de Venezuela (1974-1979). El primero inicia el proceso de "chilenización" del cobre imponiendo una participación nacional mayoritaria en la propiedad de las minas. El segundo, por la ley de "reversión petrolera", pone fin antes de su vencimiento a las concesiones de las grandes sociedades extranjeras. En el otro extremo, la Unidad Popular chilena de 1971 nacionaliza las minas de cobre, con acuerdo unánime del Parlamento, pero en el marco de un proceso de transición al socialismo. Entre los dos, ambiguo y selectivo, el Perú de los "revolucionarios uniformados" que, bajo el general Velasco Alvarado, nacionaliza simbólicamente la International Petroleum Company y la Cerro de Pasco Mining Co., pero abre al mismo tiempo la puerta a las inversiones extranjeras en el sector minero.

Podemos pensar que la nueva percepción de la identidad latinoamericana y la reticencia declarada a presuponer una armonía natural de intereses entre Estados Unidos y las naciones de América Latina no carecen de relación con el regreso a cierta fluidez internacional. El deshielo continental del "post-Che Guevara" así como el "multicentrismo" planetario incrementan la autonomía de los estados latinoamericanos. La ruptura de la relativa homogeneidad de los sistemas políticos, así como la diversidad de las vías de desarrollo adoptadas a partir de la década de los sesenta, alejan a las naciones del continente de los mitos y ritos de la "familia americana".

De hecho, las presiones y necesidades de la economía frecuentemente tienen mucho que ver en la autonomización de los países de la región. A medida que las economías se industrializan, la complementariedad con el primer mercado consumidor de bienes primarios se reduce. Sobre todo porque la competencia de los productos manufacturados latinoamericanos es mal tolerada por los productores y los sindicatos de Estados Unidos que exigen medidas de protección. El *trade bill* de 1974, por ejemplo, engendró una miniguerra económica con los países más avanzados del Sur. La dificultad de acceso al mercado norteamericano entraña la búsqueda de nuevos mercados, mientras las divergencias de intereses se hacen más claras.

El aumento del comercio internacional es una de las causas más que la consecuencia de la nueva solidaridad latinoa-

mericana. Si bien las "industrias de integración" en el marco de acuerdos económicos regionales no siempre han sido un éxito, a menudo convenios de complementariedad sectorial entre países vecinos, a pesar de las diferencias políticas, han conducido a fructuosos acercamientos.

Cierta desvinculación comercial de la potencia hegemónica ha abierto a la vez la puerta al fortalecimiento —si no es que al nacimiento— de la cooperación regional y al establecimiento de relaciones comerciales con todos los países del mundo, al menos en el caso de los estados más grandes. Es así como en 1979-1980 los países de la Comunidad Europea y Estados Unidos se dividen en proporción casi igual las exportaciones latinoamericanas: 27% contra 29%. Lo cual significa una fuerte penetración de los productos latinoamericanos en los mercados europeos y cierta disminución de la participación norteamericana, como el ejemplo de Brasil lo ilustra claramente:

CUADRO 19
COMERCIO EXTERIOR DE BRASIL CON ESTADOS UNIDOS Y LA CEE

	1967	*1974*	*1980*
Importaciones			
Estados Unidos	35.4%	24.3%	17.8%
CEE	20.1%	24.3%	15.2%
Exportaciones			
Estados Unidos	33.2%	21.8%	17.4%
CEE	27.3%	30.6%	25.1%

FUENTES: IBGE/Fundación Getulio Vargas, 1983.

Japón se convierte igualmente en un socio comercial importante. Las exportaciones japonesas en América Latina aumentan de 1 187 millones de dólares en 1970 a 10 500 millones en 1980, mientras que las importaciones japonesas, provenientes de América Latina, que se elevaban a 1 270 millones de dólares en 1970, andaban cerca de los 7 mil millones en 1984. No obstante la presencia comercial más sorprendente y que manifiesta mejor el grado de autonomía de los países de la zona es la de la Unión Soviética. La URSS absorbe el 9.7% de las exportaciones peruanas, el 7.5% de las exportaciones de Uruguay y el 4.6% de las de Brasil en 1975. Es la Argentina de los militares la que, haciendo caso omiso

del embargo cerealero decretado por Carter durante la invasión de Afganistán, desarrolla más su comercio con la URSS al grado de que ésta se convierte en su primer cliente. Ese comercio, que representaba el 3% de las exportaciones argentinas en 1975, absorbe en 1981 más del 33% de éste y el 75% de la cosecha de granos.

Desde luego la política latinoamericana de los presidentes Nixon y Ford es particularmente propicia para esta diversificación del comercio exterior. ¿Acaso no consideran que son los intereses privados (*trade not aid*) los que definen mejor la política de Washington con respecto a esas naciones? Pero la importante coyuntura anterior a 1980 la estimuló particularmente, mientras que la crisis de la deuda exterior que estalla en 1982 devuelve a Estados Unidos, primer acreedor, un lugar privilegiado en las relaciones comerciales del subcontinente. Es así como ese mercado absorbe el 40% en 1982 y el 44% en 1983 de las exportaciones latinoamericanas. El México del *boom* petrolero, totalmente decidido a no convertirse en la "gasolinería" de Estados Unidos, se ve de pronto obligado a vender su producción a su vecino del norte. Con todo, la afirmación de cierta autonomía latinoamericana ha sobrevivido a la coyuntura nacionalista de las décadas de los sesenta y setenta. Dado que la solidaridad regional ha creado sus propias instituciones, se expresa igualmente en instrumentos diplomáticos sólidos.

De esta manera el Pacto Andino preveía un procedimiento de control y de limitación de las inversiones extranjeras así como la progresiva "andinización" de algunas producciones. Pero esta "decisión 24", que traduce la desconfianza comunitaria con respecto a los intereses extrarregionales, no resistió la inversión de coyuntura y las divergencias políticas de los países miembros a partir de 1973. Más permanente fue la defensa del mar territorial, convertida en una de las grandes causas de la diplomacia colectiva latinoamericana. Desde la declaración de Santiago de 1952, firmada por Chile, Ecuador y Perú, varios países del continente llevaron a 200 millas sus aguas territoriales con el fin de proteger sus riquezas marítimas. La conferencia de Montevideo en 1970 reunía partidarios de las "200 millas" tan diferentes como El Salvador, Uruguay, Panamá y Brasil. En un terreno diferente, la creación de la OLADE (Organización Latinoamericana de Energía) en 1973 tiene por objeto favorecer la coordinación de las políticas energéticas del subcontinente.

De alcance más amplio y más ambicioso que la CECLA, el SELA (Sistema Económico Latinoamericano), creado en octubre de 1975, es un organismo de cooperación regional que agrupa a veinticinco estados de América Latina y el Caribe, con miras a definir las posiciones comunes en las reuniones internacionales y formar un frente común ante terceros países. Pero este organismo, fundado por el decisivo impulso del presidente mexicano Luis Echeverría y del presidente Carlos Andrés Pérez de Venezuela, tiene por objetivo contribuir a la "autosuficiencia regional con miras al desarrollo".[2] Con este fin, se han organizado comités sectoriales de acción en terrenos críticos, que a veces desembocan en la formación de multinacionales latinoamericanas por ejemplo en el terreno de la comercialización de abonos.

El origen de este conjunto de acciones e iniciativas es el reconocimiento de la asimetría de las relaciones económicas y tecnológicas con los países industriales. La teoría del desarrollo de la CEPAL, y sobre todo de su prestigioso secretario general Raúl Prebisch, ha constituido una aportación decisiva a este respecto. El acento puesto en la oposición centro-periferia y en el deterioro de los términos del intercambio por la comisión de la ONU para América Latina ha contribuido mucho a percibir las divergencias de intereses Norte-Sur y el carácter falaz de las solidaridades verticales.

Es en las tentativas de solución de las dos principales crisis que afectan a América Latina en la década de los ochentas donde las nuevas solidaridades horizontales se expresan más claramente. Ante los conflictos de Centroamérica y el problema de la deuda externa, la OEA se ha mostrado ineficaz. También son los países de América Latina los que han tomado la iniciativa de proponer sin Estados Unidos —algunos piensan que contra él— procedimientos de concertación y de pago. En enero de 1983, México, Panamá, Colombia y Venezuela, países situados en la periferia de los conflictos centroamericanos, se reúnen en la isla de Contadora, en Panamá, con miras a elaborar un tratado de paz propuesto

[2] Véase Ramón Huidobro, "Primer decenio latinoamericano" en la revista del SELA, *Capítulos SELA*, núm. 10, Caracas, diciembre de 1985, p. 55.

para la firma de los cinco estados del "campo de batalla" antes de que las hostilidades fronterizas o intestinas se extiendan a todo el istmo. Se presenta un proyecto de acuerdo el 7 de septiembre de 1984. Aceptado por Nicaragua, suscita las más vivas reservas por parte de Estados Unidos y de sus aliados más cercanos del grupo de Tegucigalpa: Honduras, El Salvador y Costa Rica. Estados Unidos no acepta, en particular, la limitación de las maniobras conjuntas con terceros países, la prohibición de la ayuda militar a las fuerzas de guerrilla, pues para someter a los sandinistas consideran capital disponer de tropas y bases en Honduras y ayudar desde allí a los grupos contrarrevolucionarios que patrocina. Desde entonces, las discusiones continúan interminablemente con algunos resultados limitados pero positivos como la firma de un acuerdo de control fronterizo entre Costa Rica y Nicaragua en febrero de 1986. Sin embargo la firma del acta choca tanto con la hostilidad de Estados Unidos, que ve en ella la consagración del *statu quo* y por tanto del régimen revolucionario en Nicaragua, como con la intransigencia de Nicaragua quien, considerándose agredida por Washington, exige una garantía norteamericana al tratado. Para "sacar a Contadora del callejón sin salida" e impedir lo peor, es decir una intervención norteamericana contra el régimen sandinista, las nuevas democracias de América del Sur crearon un "grupo de apoyo", pues, según palabras del ministro argentino Dante Caputo, una conflagración en Centroamérica se convertiría en un "problema interno que desestabilizaría las frágiles democracias sudamericanas". El "grupo de apoyo" dio origen a las proposiciones del mensaje de Caraballeda (en enero de 1986) que invitan a Estados Unidos a dialogar con Managua y a todos los protagonistas a tomar medidas apropiadas para restablecer la confianza antes de la firma del acta de Contadora. Con los cuatro de Contadora, los ministros del grupo de apoyo (Brasil, Argentina, Perú, Uruguay) fueron a informar sin éxito el 10 de febrero de 1986 en Washington al jefe del Departamento de Estado que no aprobaban la ayuda estadunidense a los contras.

De esta manera, contra la voluntad de su poderoso vecino del norte, los países de América Latina intentan resolver ellos mismos sus propios problemas. El desempeño de Contadora, incluso en el callejón sin salida, es tanto más reve-

lador de la madurez política de sus participantes cuanto que ninguno de ellos busca la confrontación con Estados Unidos. La mayoría de los ocho estados a los que atañe pueden ser considerados democracias moderadas que mantienen buenas relaciones con Washington.

Esta misma madurez política que resume el lema "devolver América Latina a los latinoamericanos" se expresa igualmente por el tratamiento colectivo del problema de la deuda. Los grandes países del subcontinente, que son también los más endeudados, han soportado mal las políticas de ajuste recesivas e impopulares impuestas por el Fondo Monetario Internacional, que además ponen en peligro la restauración a menudo reciente de la democracia en esos países (Brasil, Argentina, Uruguay, Perú). Mientras los sectores más radicales de sus opiniones los apresuran ya sea a formar un "cártel de deudores" y ofrecer un frente unido a los países acreedores, o a repudiar la deuda, los once países latinoamericanos más endeudados propusieron por el contrario, durante sus cumbres de Quito y luego de Cartagena (enero y junio de 1984), una negociación general y un tratamiento político del problema del que se desprendieran medidas técnicas que permitieran cumplir sus compromisos financieros sin por ello sofocar cualquier perspectiva de desarrollo.

En el terreno diplomático, el inicio de un diálogo entre Europa y Centroamérica constituye un acontecimiento simbólico cuyo alcance no podríamos subestimar aun cuando sus repercusiones económicas parezcan modestas a los beneficiarios. El encuentro histórico que estableció esta nueva cooperación tuvo lugar en San José de Costa Rica los días 28 y 29 de septiembre de 1984. Reunía a los ministros de Asuntos Exteriores de la Europa de los Diez, ampliada a los dos futuros estados miembros, España y Portugal, los cinco países de Centroamérica y los cuatro de Contadora. Huelga decir que se hizo hincapié en la necesidad de hallar soluciones políticas a los problemas del istmo y en el carácter no discriminatorio de la ayuda europea a los países centroamericanos.[3] El seguimiento de esta primera conferencia tuvo lugar en Luxemburgo donde los veintiún ministros se reúnen

[3] "Comunicado político conjunto de la conferencia de Luxemburgo", en *CE-Europa*, Caracas, diciembre de 1985.

de nuevo en noviembre de 1985. La resolución política que se adoptó reiteraba el apoyo de los participantes a los procesos de Contadora, la condena a cualquier intervención en los asuntos de naciones soberanas, la defensa de las democracias y de los derechos humanos. Durante el discurso pronunciado en esta ocasión, el ministro de Asuntos exteriores de Colombia resumió el sentimiento de los participantes declarando: "Las reuniones de San José y Luxemburgo marcan el ocaso de la doctrina Monroe entendida como afirmación del aislamiento del continente americano y sujeción de éste a las decisiones de una sola potencia."

Las nuevas solidaridades internacionales

Si bien América Latina difícilmente se hace ya ilusiones sobre su pertenencia a la "familia americana", sus dirigentes saben por consiguiente que forma parte de un mundo en desarrollo, del conjunto de los "países del sur". Por ello, paralelamente al nacimiento de una conciencia latinoamericana y a la instauración de una activa cooperación regional, esas naciones han descubierto su comunidad de destino con los demás países no industrializados. Esos supuestos apéndices de Europa o de Estados Unidos caen en la cuenta de que forman parte del Tercer Mundo. También los latinoamericanos desempeñan en consecuencia un papel activo en las instituciones internacionales donde se debate la suerte de los países "periféricos". Militan en el seno del "grupo de los 77" en favor de un nuevo orden internacional más equitativo para sus materias primas y más propicio para sus productos industrializados. Ahora se oye la voz de América Latina en las instancias donde se debate sobre el desarrollo. Mejor aún, aquéllas se reúnen en las capitales latinoamericanas. Como la ONUDI en Lima en 1975 o la conferencia del Derecho del Mar en Caracas en 1976. Los países de ese continente en otro tiempo tan discreto en los foros internacionales a veces se hacen portavoces de los países en desarrollo. En la conferencia Norte-Sur de París en 1975, seis países latinoamericanos están presentes junto con seis países africanos y asiáticos y Venezuela es elegido para hablar en nombre del Tercer Mundo. A petición latinoamericana la iniciativa presentada por el presidente Echeverría en la 3a. Conferencia de la CNUCED en Santiago de Chile en abril de 1972 se convirtió en la "Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados", adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1974. Entre los derechos incorporados a esta carta, hallamos el de reglamentar las inversiones extranjeras, controlar las empresas multinacionales, expropiar, mediante indemnización, los bienes extranjeros, formar asociaciones de productores.

La toma de conciencia de una divergencia de intereses con los países industrializados occidentales, y sobre todo con el país líder del "mundo libre", y el rechazo de la política de los bloques que implica han acercado a algunos estados latinoamericanos al grupo de los No Alineados. Es en Bandung, en 1955, cuando veintinueve estados mayoritariamente afroasiáticos rechazan la opción Este-Oeste y ponen por delante sus propios intereses, ningún Estado latinoamericano está presente. En la Conferencia de Argel, en 1973, varios de ellos hacen su entrada en calidad de miembros (como el Chile de Allende y la Argentina de Perón), o como observadores. Cuando el movimiento se vuelve políticamente confuso si no es que contradictorio —dado que un grupo de países satélites o prosoviéticos intentan convencer a los países miembros de que su destino es alinearse al "campo socialista"—, la defensa de los intereses económicos del Tercer Mundo se convierte en el único factor de cohesión. Es justamente entonces cuando numerosos países latinoamericanos ya miembros de otros cárteles económicos internacionales se adhieren al Movimiento de los No Alineados. Si bien la atribución de la presidencia del Movimiento a Cuba es una victoria cubana y soviética —no latinoamericana—, la Conferencia de La Habana en septiembre de 1979 marca la creciente tercermundización de los estados del continente, como lo atestigua la lista bastante heteróclita de los once miembros latinoamericanos (Argentina, Bolivia, Nicaragua, Panamá, Guyana, Perú, Granada, Jamaica, Surinam, Trinidad y Tobago) y de los observadores (Uruguay, México, Brasil, Ecuador, Colombia*). De hecho, se trata ahora de una coalición de países en

* Desde marzo de 1983 (cumbre de Nueva Delhi), Colombia se convirtió en miembro del Movimiento.

vías de desarrollo. Por lo demás es por ello por lo que los latinoamericanos hallan allí su lugar.

Las nuevas solidaridades se expresan igualmente a través de la participación latinoamericana en cárteles de países productores, el más célebre de los cuales es la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), creada en 1960 por Venezuela y los países árabes. El CIPEC (Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre) cuenta entre sus filas a Chile y Perú, mientras que Surinam y Jamaica forman parte de la Asociación Internacional de la Bauxita. Por su parte, Panamá contribuyó fuertemente a la creación de la UPEB, cártel de productores de plátano donde también se hallan Honduras y Colombia.

Sobre el fondo de esas nuevas solidaridades, en el marco de esas orientaciones donde la economía del desarrollo manda, se perfilan políticas internacionales individualizadas mientras el despegue de algunos países hace surgir nuevos actores en la escena internacional.

Potencias en surgimiento y nuevos actores

Los votos en la ONU permiten tomar la medida del papel más afirmado y más autónomo de los estados latinoamericanos en la escena internacional. Los grandes países particularmente expresan allí crecientes divergencias con Estados Unidos. Algunos votos desfavorables a Israel por ejemplo han sido incluso factores de tensión entre Washington y Brasilia o México. Pero salvo los estados incondicionales del Mediterráneo americano que no tienen más alternativa que someterse o romper por su cuenta y riesgo con la potencia tutora, podemos interrogarnos sobre la amplitud, las modalidades, la reversibilidad de esta emancipación aún tímida o marginal.

Es a la vez espectacular y limitada en el caso de México cuya oposición legalista y a menudo platónica a las políticas de las grandes potencias y en particular de su vecino inmediato y primer cliente, Estados Unidos, es una constante histórica, señal de cierto aislacionismo más que de una búsqueda de confrontación. México no reconoció al gobierno franquista tras 1939 ni rompió sus relaciones diplomáticas con Cuba en 1962 como los demás países del continente, pero tampoco se afilió a la OPEP para no disgustar a Washington. En cuanto a Argentina, no esperó en los últimos años para formar bando aparte. Más cercana a Europa que a Estados Unidos, mal integrada a América Latina hasta fechas recientes, no ha padecido por tanto ni revisión dolorosa de sus ropismos diplomáticos ni repentinas veleidades de independencia. No sucedió lo mismo con Brasil, aliado privilegiado de Estados Unidos desde 1964 si no es que desde el barón de Rio Branco a principios de siglo. Brasil, a partir de 1974, ha reconsiderado su panamericanismo y, en nombre de sus propios intereses nacionales, ha dejado de considerar que "lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para Brasil".[4] Apartándose incluso de la doctrina de la seguridad nacional, ideología oficial del régimen militar, Brasil toma sus distancias frente a Washington. Por lo demás, la administración Carter contribuirá a ese cambio mediante su política de derechos humanos y su hostilidad militante a los regímenes militares. Sin embargo las razones esenciales tienen que ver con la percepción del lugar del país en el mundo: como nuevo país industrial, su economía ya no es complementaria de la de Estados Unidos, sino competidora. Lanzados a la aventura del desarrollo sus dirigentes consideran que el conflicto Este-Oeste es para ellos menos decisivo que las contradicciones Norte-Sur. A partir de 1974, Brasil practicará pues una política exterior ecuménica que el presidente Geisel y sus colaboradores llamaron "pragmatismo responsable". El ministro de Asuntos Exteriores del general Figueiredo, sucesor de Geisel, resumió así sus grandes principios: no injerencia, rechazo a los "alineamientos automáticos" que no reconozcan la "personalidad individual de las naciones", "cooperación solidaria", en cuanto "objetivo antihegemónico", "ampliación de la presencia internacional de Brasil", "sin intenciones de preponderancia", diversificación y pluralismo en las relaciones regionales que no "deben ser contaminadas por la lógica de la confrontación Este-Oeste".[5]

[4] Según palabras atribuidas al primer ministro de Asuntos Exteriores del general Castelo Branco, primer presidente del régimen militar de 1964.

[5] Ramiro Saraiva Guerreiro, "Linhas básicas de implementação de política externa brasileira", *Revista Brasileira de Estudos Políticos* (Belo Horizonte), enero de 1982, pp. 7-18.

En la práctica, esta nueva política se tradujo desde 1975 en una serie de decisiones en terrenos muy distintos pero que iban todas a contracorriente o en contra de la política de Estados Unidos. La firma de un importante acuerdo nuclear con la República Federal de Alemania, el inmediato reconocimiento de la independencia de Angola y Mozambique bajo el impulso de movimientos de liberación prosoviéticos, o el voto proárabe en la ONU sobre el sionismo, son en realidad otras tantas iniciativas diplomáticas al servicio del desarrollo. La búsqueda de mercados en África, los problemas energéticos y el establecimiento de relaciones privilegiadas con el mundo árabe, y sobre todo con Irak, tuvieron una influencia sin duda decisiva. Con todo, la ausencia de petróleo en la octava potencia del mundo capitalista no es más que en parte responsable de la política mundialista y autónoma de Brasil que prudentemente y sin estrépito prosigue su búsqueda de una posición internacional de potencia intermedia.

Estados Unidos ha intentado varias veces romper este descarrío tercermundista ofreciendo a Brasil recuperar su lugar de aliado privilegiado. Kissinger, consagrado a su política de países clave, proponía en febrero de 1976 la creación de mecanismos de consulta brasileño-estadunidenses. Ese trato halagador reservado a las potencias occidentales fracasó cuando la administración Carter, en nombre de los grandes principios y del peligro de la diseminación nuclear, intervino ante Bonn, sin consultar a Brasilia, para intentar impedir o limitar el acuerdo nuclear germano-brasileño. El presidente Reagan, en noviembre de 1982, propuso por su parte crear comisiones técnicas bilaterales sobre temas sensibles (armamentos, industria nuclear, informática) a fin de conciliar los puntos de vista. Esta nueva iniciativa quedó rápidamente en la oscuridad, sobre todo porque la protección del mercado informático brasileño se convirtió poco después en un asunto político que apasionó a la opinión y porque Brasil es ahora el quinto exportador mundial de material militar.

Si bien pudo pensarse que la ausencia de petróleo había contribuido a cierta mundialización de la política brasileña, fueron el petróleo y el *boom* de hidrocarburos de 1973 y 1979 los que proyectaron a Venezuela a la escena internacional. Ese viejo rentista petrolero, fundador de la OPEP, se

halló de pronto a la cabeza de una inmensa fortuna que su sistema político democrático y estable le permitió poner al servicio de una proyección exterior limitada pero eficaz. La Venezuela de la década de los setenta, cortejada por el mundo entero, utilizó sus nuevos excedentes con miras a una activa política regional en el Caribe y Centroamérica. Signataria con México del acuerdo de San José para el abastecimiento de petróleo a los países de la zona en condiciones privilegiadas, creadora del SELA, mediadora de las convulsiones centroamericanas en el seno del grupo Contadora, protectora declarada de los países democráticos del istmo, Venezuela parece haber hallado un papel a su medida cuyo estilo, mas no su contenido, fue modificado por el cambio de coyuntura.

Con todo, el caso más sorprendente de promoción internacional es sin duda el de Cuba que accedió a un papel mundial. Cuba reivindica el *leadership* del Tercer Mundo, en los No Alineados (1979), y sobre los problemas de la deuda más recientemente, lo cual no es enteramente nuevo. Recordamos la Tricontinental en 1966: el "primer territorio libre de América" aparecía entonces como el lugar privilegiado de la revolución mundial. Lo que sorprende hoy y desde noviembre de 1975, fecha de la llegada de las primeras tropas cubanas a Luanda, es la política africana de la gran isla. Se calcula que por lo menos unos 20 000 cubanos combatieron en Angola a partir de 1975-1976; todavía son varios millares los que ayudan al gobierno del MPLA a luchar contra las guerrillas de la UNITA y las incursiones sudafricanas. Los "internacionalistas" cubanos impidieron igualmente que la Etiopía revolucionaria del coronel Mengistu fuera militarmente derrotada por Somalia. Los militares cubanos están presentes en número más reducido en varios otros países "progresistas" de África. Hay también varios millares de esos voluntarios civiles o militares en la Nicaragua sandinista; tampoco estaban ausentes de Granada bajo el régimen de Maurice Bishop ni del New Jewel Movement como lo mostró su resistencia a la invasión norteamericana.

Ese proceso de movilidad internacional ascendente es totalmente excepcional para un pequeño país que parece haberse sacudido la tutela de Estados Unidos sólo para colocarse bajo la dependencia política y económica de la Unión Soviética. Se pensó que el activismo mundial de Cuba tenía

menos del mesianismo revolucionario de sus dirigentes que de la obligación de pagar una pesada deuda a Moscú. "Supercliente", "brazo armado o mercenario de la Unión Soviética", sin duda esas interpretaciones no toman lo suficientemente en cuenta la singularidad cubana. En efecto Cuba se inscribe en la confluencia del eje Este-Oeste y de las relaciones Norte-Sur. Lo cual le permite tener conexión con tres universos distintos: la comunidad socialista, América Latina y el Movimiento de No Alineados. Por ello podemos preguntarnos si su internacionalismo proletario no responde a un imperativo de supervivencia ante el rechazo de Estados Unidos de reconocer la existencia de una nación comunista a 100 millas de las costas de Florida.

¿Podría ser que Cuba intentara, al mundializar su política exterior, maximizar la seguridad de la revolución? ¿Qué su activismo planetario no será un medio de ejercer influencia sobre la Unión Soviética para comprometerla a defender la independencia de la isla, tras el fracaso de la estrategia guevarista que consistía en crear una red de nuevos poderes revolucionarios en el Tercer Mundo? ¿No será el complejo de abandono de Cuba el móvil principal de su comportamiento internacional donde la vocación revolucionaria coincide con el imperativo de seguridad? Así el despegue de Cuba quizá sea la otra cara de su vulnerabilidad: ¿acaso conocemos otros "satélites" de la Unión Soviética que tengan una política internacional tan activa y que se hayan elevado a la categoría de actor internacional de primer orden?

Haciendo a un lado ese caso poco ortodoxo, podemos sin embargo observar una tendencia general a la erosión de los alineamientos automáticos con la política de Estados Unidos desde 1970. Esta creciente autonomización es ilustrada hoy por el grupo Contadora y el grupo de apoyo de las cuatro democracias sudamericanas. Notaremos que son gobiernos centristas o moderados los que se afirman así. Podemos hablar con respecto a ellos de independencia en la interdependencia, paralela a la toma de conciencia de sus intereses comunes y de su lugar en el mundo.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Bitar, Sergio, Carlos J. Moneta, *Crisis financiera e industrial en América Latina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, Cuadernos del Rial, 1985.

Blasier, Cole, *The giant's rival. The USSR and Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983.

Cornell-Smith, Gordon, *The United States-Latin America. An historical analysis of Inter-American relations*, Londres, Heinemman, 1974.

Hirst, Mónica *et al.*, *Brasil-Estados Unidos na transição democrática*, São Paulo, 1985.

Jaguaribe, Helio *et al.*, *La política internacional de los años ochenta. Una perspectiva latinoamericana*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

Lowenthal, Abraham F., "Threat and opportunity in the Americas", *Foreign Affairs*, núm. 11, 1986.

Mende, Tibor, *L'Amérique latine entre en scène*, París, Éd. du Seuil, 1954.

Muñoz, Heraldo, Joseph Tulchin *et al.*, *Entre la autonomía y la subordinación. Política exterior de los países latinoamericanos*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984.

Pierre, Andrew J. *et al.*, *Third World instability: Central America as an European-American issue*, Nueva York, Council of Foreign Relations, 1985.

Rogers, William D., "The United States and Latin America", *Foreign Affairs*, 3, 1985.

Rouquié, Alain, "Cuba dans les relations internationales: premiers rôles et vulnérabilité", *Problèmes d'Amérique Latine*, 64, 2o. trimestre de 1982.

Selser, Gregorio, *De la CECLA a la MECLA*, Buenos Aires, Carlos Samonta, 1972.

Varas, Augusto, *Soviet-Latin-American relations under United States regional hegemony*, Washington, Wilson Center, Latin American Program, 1984 (mimeografiado).

CONCLUSIÓN

> Nos habla usted de América Latina. No es importante. Nada importante puede venir del Sur. No es el Sur el que hace la historia, el eje de la historia va de Moscú a Washington pasando por Bonn. El Sur no importa.*

Anteriormente se solía terminar una obra sobre América Latina con calurosos arrebatos consagrados al futuro. Hoy el panorama del subcontinente presenta más sombras que luces, incertidumbres que seguridades de mañanas radiantes. Los últimos estudios de la ONU (1986) revelan que más de una tercera parte de la población latinoamericana (o sea 170 millones de personas) viven en condiciones de extrema pobreza. ¿Quién creería aún que "Dios es brasileño", o, como repiten en Argentina, criollo, es decir latinoamericano? El Nuevo Mundo fue ante todo una inmensa esperanza. ¿Asistimos a la erosión y hasta a la decadencia de esta esperanza? ¿Será sólo un recuerdo el prodigioso futuro prometido en otro tiempo a esas lejanas costas? ¿Se convirtió Eldorado en "tristes trópicos" y en "geografía del hambre"?, mientras la segunda independencia siempre anunciada se hace esperar y el desarrollo parece atascarse en los azares de las fluctuaciones de la economía internacional.

La opulencia de la América septentrional desafía a sus puertas a la América desafortunada ofreciéndole un modelo inaccesible. La brecha tecnológica con las naciones industrializadas se ahonda y alcanzar a las economías superdesarrolladas del Norte parece más que nunca un milagro. Nos hemos interrogado desde hace más de un siglo sobre los destinos divergentes de las dos partes del hemisferio occidental. La latinidad y el catolicismo ibérico durante mucho tiempo fueron acusados. En el momento de las independencias caribeñas, el "mal latino" ya no es muy taquillero que digamos entre los observadores serios y la rudimentaria psicología de los pueblos ha dado paso a la historia y al análisis económico. Las modalidades de la colonización y el tipo de inserción en la economía mundial nos aclaran más sobre la especificidad del Extremo Occidente que enfoques culturalistas que sólo reflejan los prejuicios de sus autores. A causa de su cultura, la punta extrema de nuestra geografía es ante todo occidental por sus expectativas y sus modelos de consumo. Se sitúa en la periferia del universo desarrollado por su producción y su comercio. Al grado de que podemos preguntarnos si ese singular Tercer Mundo no ha sido justamente frenado en su impulso por su bastardía misma.

* Henry Kissinger a Gabriel Valdés según Seymour Hersh, *The price of power. Kissinger in the Nixon White House*, Nueva York, 1983.

Occidente contra las Américas

A Borges le gustaba decir, y la paradoja sólo es aparente: "Nosotros somos los únicos verdaderos europeos, pues en Europa la gente es ante todo francesa, italiana, española. . ." La continuidad cultural con Europa presenta enormes facilidades para las transferencias científicas o tecnológicas. Quizá también constituye un "atajo" que frena el crecimiento. Al estimular cierto modelo de industrialización, la pertenencia occidental sin duda ha ocultado la forma más sutil de la dependencia. En efecto, la industrialización tardía de América Latina no obedece ni a la mutación autónoma y espontánea de la revolución industrial ni al desarrollo defensivo conducido por el Estado sin cambio de modelo de consumo, a la japonesa o a la rusa. El desarrollo en el subcontinente latinoamericano ha sido inducido desde el exterior. Esta "vía de acceso indirecta" comenzó por el consumo a partir de modelos —y productos— provenientes de las economías centrales. La fase de "sustitución de importaciones" no hace más que continuar en la misma vía mimética. Las distorsiones provocadas por ese tipo de crecimiento son múltiples: vulnerabilidad, dependencia externa, endeudamiento, pero también heterogeneidad creciente de las sociedades y acrecentamiento de las desigualdades. Al grado de que un hombre tan ponderado y moderado como Raúl Prebisch escribió: "Ese capitalismo de imitación, al pretender desarrollarse a

la manera de los países centrales, a la larga sólo puede subsistir con el naufragio de los derechos humanos y la consagración de las desigualdades sociales. Hay que pensar en la transformación del sistema [. . .] resolver el problema de la acumulación y el de la distribución."[1] Texto amargo, escrito es cierto en la larga noche de las dictaduras militares, pero también diagnóstico perspicaz de la "modernidad sin desarrollo" o del "subdesarrollo industrializado" del que pocas economías latinoamericanas logran salir. La promoción de las exportaciones hasta ahora no ha hecho milagros a pesar de los deseos de las clases dirigentes que sólo ven la salvación en la transformación de su país en plataforma industrial ampliamente abierta hacia el exterior. Pero América no es Asia. Sólo los grandes mercados latinoamericanos han logrado exportar bienes industriales sin que por ello su comercio resulte definitivamente transformado. Y numerosos países del subcontinente siguen siendo en esencia "productores de postre".

Identidad nacional y soberanía

Si ser latinoamericano hoy no es, como fríamente pensaba Borges antes de que la dictadura peronista le hiciera descubrir su "destino sudamericano", pertenecer a una prolongación de Europa más allá de los mares, ¿qué es entonces? La imagen de la Patria Grande y el sueño bolivariano no resisten las dificultades fronterizas de las que está lleno todo viaje internacional a esa América, con todo, fraternalmente latina. ¿Occidente inconcluso? ¿Tercer Mundo imperfecto? En África y en Asia la imitación y el préstamo sólo afectan la civilización material. Un núcleo duro religioso o cultural resiste todas las seductoras tentativas de desposeimiento del mundo. En el "continente deducido" por el contrario todo es de segunda mano. Los dioses y las palabras. La imitación espiritual cotidiana no siempre evita el malinchismo original, cooperación complaciente con el conquistador.[2] El éxito de las escuelas "americanas" por todo el continente lo atestigua. Los países de Centroamérica no son los únicos donde ingenuamente se celebra en familia el *Halloween* o el *Tranksgiving Day*, como otras tantas fiestas nativas. El protestantismo y el *American way of life* hacen progresos devastadores en países que conocieron el capitalismo "posnacional" aún antes de haber construido el Estado-nación. Miami es hoy la capital de las economías dolarizadas de un nuevo mundo incierto.

Y sin embargo si bien las élites enfrentan temibles crisis de identidad, todos los países de América Latina poseen una personalidad nacional fuerte. Nadie puede dudarlo. Pero de hecho el desarrollo imitativo está también asociado. Por ello algunos estratos de la población están integrados al universo de los países ricos. La difusión de sofisticados modelos de consumo constituyen la causa fundamental de una heterogeneización social que, por haber existido siempre, es más masiva que en el pasado y a veces se parece a la situación colonial. Los beneficiarios de una redistribución regresiva del ingreso nacional viven a la hora de las metrópolis y a menudo a años luz de sus conciudadanos menos favorecidos y de las regiones más apegadas a las costumbres tradicionales. Brasil no es el único Estado donde los símbolos nacionales son paradójicamente tomados a los estratos y las razas dominadas de la población. El negro y el indio humillados y rechazados casi por todas partes son los abanderados de la identidad nacional. Esta tensión social y hasta racial es a la vez expresión de una crisis y una característica esencial del perfil de las sociedades latinoamericanas.

El sorprendente florecimiento de la novela a partir de la década de los sesenta no carece de relación con esta disgregación. El *boom* latinoamericano traduce el talento multiforme, la creatividad de las sociedades pero también y sobre todo el malestar de los intelectuales en busca de sus raíces. El anti-Miami de alguna manera.

La novela latinoamericana, telúrica o mágica, expresa de Sábato a García Márquez, de Vargas Llosa a Benedetti, la conciencia desdichada de una generación que intenta cerrar

[1] *Crítica y Utopía* (Buenos Aires), núm. 1, 1981.

[2] La Malintze (Malinche), hija de un notable azteca, se convirtió en colaboradora y amante de Cortés durante la conquista. En la historia simbólica mexicana, representa a la vez la traición frente al invasor y la fusión de las razas que dio origen a la nación mestiza.

la brecha entre la cultura popular y las élites. En busca de un arraigo que rebase las frivolidades folklóricas. Algunos, cansados de estar sentados entre dos sillas, ven en la "revolución" y su ilusión lírica la solución que reconciliará a la cultura con el pueblo y modelará la nación. Pero todos saben que les corresponde evitar la disolución de la personalidad nacional en una mediocridad mercantil y cosmopolita que pase por modernidad.

Si bien las perspectivas del desarrollo económico, y sobre todo social, latinoamericano tropiezan con obstáculos mayores, la autonomía nacional también tiene límites. De los tres grandes desafíos a los que se enfrentan los países del subcontinente, sólo la cuestión política parece presentarse hoy bajo buenos auspicios.

Democracia y geopolítica

En la época de la marea negra de las dictaduras militares, hubo quienes terminaron por resignarse, decepcionados, a pensar que los países tienen los regímenes que merecen.[3] La ola simétrica de restauración democrática que comenzó en 1979 reavivó el optimismo. En 1986, sólo Paraguay y Chile —si exceptuamos el caso ambiguo y marginal de Surinam— siguen bajo la influencia de los militares. Se nos objetará que en 1961 el general Stroessner era el único que llevaba la antorcha del poder marcial. El viento de desmilitarización que sopla sobre el continente sería pues fruto de una alternancia perversa o de una evolución pendular. Otra indicación viene sin embargo a corregir esta primera impresión. Quizá no sea una fatalidad el tartamudeo de la historia. De 1976 a 1986, en diez años, ningún cambio de gobierno se dio a través de un golpe de Estado militar. Las tentativas no faltaron, pero todas fracasaron. El período que comienza a fines de la década de los setenta parece pues inédito. Prueba suplementaria de madurez, el golpe de Estado es en adelante un delito y los generales tiene que responder ante los tribunales por su gestión y sus exacciones. Los líderes elegidos de las nuevas democracias son centristas a menudo moderados que han tomado conciencia de los límites imperativos que la geopolítica y la historia imponen a los cambios económicos y sociales cuando la democracia es el objetivo principal. Prudentes y sagaces, no la toman contra los intereses estadunidenses y no coquetean con el Este.

[3] Carlos Alberto Montaner, "¿Tiene arreglo la América Latina?", *La Nación* (San José), 22 de diciembre de 1985.

La ola de redemocratización actual obedece a causas múltiples. La crisis económica ha disuadido a los militares de quedarse durante más tiempo en el poder para administrar su propia bancarrota. Las clases poseedoras han comprendido que la peor de las democracias valía más para sus intereses que la mejor de las dictaduras. Para no hablar de las tendencias estatistas y de las chifladuras nacionalistas de los partidos militares. La aventura antioccidental de los generales argentinos en el Atlántico Sur asustó a más de un poseedor. No obstante, simétricamente, el sangriento fracaso de las guerrillas y su responsabilidad en la instauración de los terrorismos de Estado han rehabilitado en la izquierda los valores democráticos. La "desmilitarización", condición necesaria para garantizar la estabilidad del orden representativo, ¿es suficiente ante ejércitos que no han olvidado ni aprendido nada de su paso por el poder si no el gusto por el poder mismo?

Sin duda la democracia liberal es la ideología dominante en ese continente. Dado que los propios militares no pretenden una legitimidad más alta que la procedente de las urnas, algunos de ellos han caído además en las trampas de la legalidad que ellos mismos habían tendido. Tal fue el caso de los generales uruguayos en 1980. Con todo, ciertamente no es un azar si el crepúsculo de las legiones coincide con una verdadera cruzada continental de Estados Unidos en favor de los sistemas representativos pluralistas. Comenzada bajo la presidencia Carter en nombre de los derechos humanos, paradójicamente continuó bajo Reagan al servicio de su política de contención del comunismo en Centroamérica. El papel desempeñado por Estados Unidos en la caída del presidente vitalicio de Haití, Duvalier junior, y en la partida forzada del dictador filipino Marcos permitiría incluso pensar que esta política norteamericana no es ni regional ni táctica sino que responde a una verdadera conversión de los dirigentes de Washington. Estados Unidos, que durante mucho tiempo

sostuvo y hasta fomentó dictaduras impopulares porque eran firmemente proestadunidenses, quizá ahora ha comprendido que ponía la mesa al comunisno que pretendía combatir. Si así fuera, y si el apoyo a los regímenes democráticos se convirtiera en el arma favorita de Washington —instruido por los precedentes de Cuba y Nicaragua— para luchar contra la "subversión" y la "agresión marxista", podemos suponer que la democracia tiene ante sí hermosos días en América Latina.

¿Quiere esto decir que el tipo de régimen de las repúblicas del Sur depende estrechamente de la política de Washington y que un estrecho condicionamiento político preside el destino del subcontinente? Desde luego que no. No obstante la actitud de Estados Unidos crea condiciones favorables ya sea al poder civil elegido o a las intervenciones militares. Dentro de esos límites los países son soberanos y los ciudadanos hacen su historia con más o menos autonomía en función de las variables constitutivas de cada entidad nacional.

¿Mañana las Américas?

Sin duda se nos reprochará el tono pesimista de esta conclusión que no se entrega al lirismo obligado y cortés que esas Américas generalmente suscitan. ¿Para qué confundir la extensión con la grandeza, la tabla rasa con el futuro prometedor? Subrayar que no sólo tiene ventajas, no es injuriar a ese subcontinente conquistado y mimético. La lucidez es un homenaje en el que la adulación no disimula más que un condescendiente desprecio. Los desastres del pasado reciente que han sufrido algunas de esas naciones, y no de las menos ricas en recursos materiales y humanos, ¿acaso no provenían de la ignorancia o de la indiferencia frente a los obstáculos y los cuellos de botella que acabamos de señalar? Ni la historia ni la geografía se reinventan. La "implacable fatalidad" no está tejida sino por desafíos que superar y objetivos que conquistar. La "raza cósmica" evocada por Vasconcelos aún no se afirma. El espejismo de Europa y Estados Unidos, y en pocas palabras de Occidente, le impide asumir su preciosa bastardía. Las sociedades multiétnicas más grandes

del mundo siguen pareciendo yuxtaposiciones de náufragos nostálgicos. Aún no salen esas Américas del laberinto de la soledad.

¡Pero qué camino han recorrido esas naciones adolescentes en poco tiempo y qué éxitos más fulgurantes en medio de los obstáculos! Abstengámonos de juzgar al mundo desde lo alto de nuestros mil años de historia. ¿Quién habría creído hace cinco años que el régimen representativo y presidentes que no son ni populistas ni revolucionarios serían elegidos por la opinión pública de las nuevas democracias de América del Sur? ¿Quién habría pensado hace veinte años que Argentina y México se asociarían un día a Grecia, Suecia, India y Tanzania para denunciar la guerra nuclear y la carrera armamentista; que ocho países del continente se esforzarían fuera de la OEA y rivalizando con Estados Unidos por hallar soluciones latinoamericanas a las convulsiones del istmo central; que once de ellos propondrían un riguroso plan económico a sus acreedores para hacer frente al problema de la deuda externa, y que Brasil, octava potencia industrial, se convertiría en un gran socio del África negra y Cuba en un actor militar obligado para la solución de los conflictos sudafricanos? No sólo América Latina ha entrado en escena con sus procedimientos de concertación y sus actores nacionales, sino que en el subcontinente, para parafrasear a Toynbee, "la historia está de nuevo en marcha". Haríamos mal en ignorarlo.